
PENÉLOPE ALDAYA
LA ESTRELLA DEL HOCKEY Y LA CHICA INVISIBLE

Copyright © 2026 por Penelope Aldaya

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, distribuida o transmitida por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin autorización previa y por escrito de la autora, excepto en el caso de breves citas utilizadas en reseñas o críticas.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares y acontecimientos son productos de la imaginación de la autora o fueron utilizados de forma ficticia. Cualquier semejanza con personas, vivas o fallecidas, o con hechos reales es mera coincidencia.

SUMARIO

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Epílogo

Agradecimientos

CAPÍTULO 1

EL ERROR DEL SISTEMA

GRACE

Hay tres cosas que odio con la misma intensidad: códigos mal escritos, personas que mastican con la boca abierta y cambios de última hora.

A las cuatro y diecisiete de un lunes, la Universidad de Brighton consigue reunir las tres.

El código está en la pantalla de mi portátil.

La masticación viene de Ethan, sentado a mi lado con un paquete de galletas que parece haber sido fabricado para producir el máximo posible de ruido.

Y el cambio de última hora acaba de llegar por correo electrónico.

ACTUALIZACIÓN URGENTE SOBRE SU ALOJAMIENTO ESTUDIANTIL.

Me quedo mirando el asunto del mensaje mientras una sensación desagradable se instala en el fondo de mi estómago.

— Esto tiene pinta de tragedia — comenta Ethan, antes de meterse otra galleta entera en la boca.

— ¿Puedes dejar de masticar como si estuvieras intentando triturar piedras?

Él se lleva la mano al pecho, ofendido.

— Esta es mi comida de la tarde.

— Es un paquete de galletas de chocolate.

— Exactamente. Carbohidrato, grasa y felicidad. Todos los grupos alimentarios importantes.

Vuelvo la atención al portátil.

Estamos en el laboratorio del edificio de Ciencias de la Computación, rodeados de monitores, cables, botellas vacías de bebida energética y alumnos que parecen no ver la luz del sol desde hace al menos tres semanas.

Normalmente, este ambiente me calma.

Las máquinas son previsibles.

Cuando algo sale mal, existe una razón. Un comando incorrecto. Una variable mal definida. Un error lógico escondido entre cientos de líneas.

Las personas, por otro lado, consiguen destruir una rutina entera sin presentar ninguna explicación razonable.

Abro el correo electrónico.

Lo leo una vez.

Luego otra.

A la tercera, empiezo a creer que tal vez he olvidado cómo interpretar palabras simples.

— No — murmuro.

Ethan acerca la silla.

— ¿Embarazo?

Giro el rostro lentamente hacia él.

— Pasamos prácticamente todos los días juntos. ¿En qué momento exactamente crees que eso habría ocurrido?

— No sé. Eres muy misteriosa. Tal vez estés viviendo una doble vida. Programadora durante el día, mujer fatal durante la noche.

— Mi programa favorito de los viernes es organizar archivos.

— Como dije: misteriosa.

Empujo el portátil hacia él.

Ethan lee el mensaje.

La sonrisa desaparece por dos segundos.

Luego vuelve aún más grande.

— Ay, Dios mío.

— No digas eso de esa manera.

— Amiga…

— Ethan.

— Vas a vivir con un hombre.

Algunas cabezas se vuelven en nuestra dirección.

Cierro el portátil rápidamente.

— Habla más bajo.

— ¿Cómo quieres que hable bajo ante un acontecimiento histórico? — Se inclina cerca de mí. — Grace Mitchell, la mujer que considera el contacto visual una invasión de privacidad, va a compartir un apartamento con un hombre.

— No voy a hacerlo.

Abro el ordenador de nuevo y releo el fragmento principal.

Debido a una inconsistencia identificada tras la actualización del sistema de distribución de alojamientos, su unidad fue asignada simultáneamente a otro estudiante. Como todos los alojamientos individuales y compartidos se encuentran ocupados, ambos permanecerán en la unidad hasta que se ponga a disposición un nuevo alojamiento.

Hasta que se ponga a disposición un nuevo alojamiento.

Puede significar mañana.

Puede significar el final del semestre.

Considerando la eficiencia administrativa de la universidad, también puede significar después de mi graduación.

— Esto es absurdo — digo.

— Esto es entretenimiento.

— Mi beca cubre un apartamento individual.

— Tu beca cubría un apartamento individual.

— Sigue cubriéndolo.

— Aparentemente, también cubre una experiencia social inmersiva.

Ignoro el comentario y busco algún número de teléfono al final del mensaje.

— Voy a resolver esto.

— Claro que sí.

— No existe la menor posibilidad de que yo viva con un desconocido.

— Tal vez sea guapo.

— Eso no mejora nada.

— Discrepo profundamente.

— Necesito silencio. Tengo tres proyectos en marcha, un examen de algoritmos la próxima semana y la selección para la beca de investigación empieza en menos de dos meses.

— Tú también necesitas experiencias humanas.

— Te tengo a ti.

Ethan sonríe.

— Qué cosa tan bonita.

— Ocupas espacio emocional suficiente por cinco personas.

— Y aun así no dejo toallas mojadas sobre la cama.

Dejo de buscar el teléfono.

— ¿Por qué mencionaste toallas mojadas?

— Los hombres hacen eso.

— ¿Todos?

— Sí. Está en el cromosoma Y.

Cierro los ojos por un instante.

Desde que fui aceptada en el programa avanzado de Ciencias de la Computación, tengo una rutina cuidadosamente construida. Me despierto a las seis y media. Corro durante veinte minutos. Desayuno. Asisto a las clases. Trabajo en el laboratorio. Vuelvo al apartamento. Estudio hasta que el cuerpo exige que duerma.

No hay fiestas.

No hay sorpresas.

No hay personas invadiendo mi espacio y alterando la posición de mis cosas.

Es una vida tranquila.

Exactamente como me gusta.

— Voy al departamento de vivienda — decido.

Ethan mira el reloj.

— Cierran a las cuatro.

Miro la esquina de la pantalla.

Cuatro y veintitrés.

— Claro que cierran.

— Puedes mandar un correo electrónico agresivo.

— No mando correos electrónicos agresivos.

— Usas frases completas y puntuación correcta. Para la mayoría de la gente, eso ya es una amenaza.

Agarro el móvil y releo el mensaje que también llegó por notificación.

Hay una observación al final.

El otro estudiante recibió autorización para acceder a la unidad a partir de las diecisiete horas de hoy.

Me levanto tan rápido que la silla golpea la mesa detrás de mí.

Ethan abre los ojos de par en par.

— ¿Qué pasó?

— Puede entrar en el apartamento en treinta y siete minutos.

— Esto se está poniendo cada vez mejor.

Empiezo a guardar mis cosas.

— No, no lo está.

— ¿Necesitas que vaya contigo?

— ¿Para qué?

— Apoyo moral. Evaluación de riesgos. Análisis estético.

— ¿Análisis estético?

— Necesito verificar si el invasor es guapo antes de decidir si estoy en contra o a favor de esta violación de tus derechos.

Pongo el portátil en la mochila.

— Eres una persona horrible.

— Pero soy el único amigo que tienes.

— Tengo otros amigos.

Ethan levanta una ceja.

— Nombra dos.

Abro la boca.

No surge ningún nombre.

— Manipulas las situaciones.

— Y tú me amas por eso.

Salimos del laboratorio juntos.

El campus está más concurrido de lo normal. El primer partido importante de la temporada ocurre el viernes, y carteles con el equipo de hockey aparecen en prácticamente todos los edificios.

Hay pancartas colgadas en los postes.

Mesas vendiendo camisetas.

Grupos de estudiantes usando los colores azul y plata de la universidad.

No entiendo la conmoción.

Es un deporte en el que hombres enormes se deslizan sobre una superficie congelada mientras intentan empujar un disco dentro de una red y fingen que los puñetazos son una forma aceptable de resolver conflictos.

Ethan se detiene frente a un cartel.

— Hablando de hombres enormes…

Sigo caminando.

Él me agarra del brazo y me tira de vuelta.

En el centro del cartel está el capitán del equipo.

Noah Sullivan.

Incluso sin seguir el hockey, sé quién es.

Todo el mundo lo sabe.

Su rostro aparece en las redes sociales de la universidad, en las campañas de recaudación, en los vídeos promocionales y, aparentemente, en los sueños de la mitad de las estudiantes del campus.

En la fotografía, lleva el uniforme azul oscuro, sostiene el casco bajo el brazo y mira a la cámara con una sonrisa que parece haber sido cuidadosamente diseñada para crear malas decisiones.

— Eso no es un hombre — declara Ethan. — Es un argumento contra el autocontrol.

— Es una fotografía editada.

— Grace, no todo problema puede explicarse con Photoshop.

Observo el cartel por más tiempo del que debería.

Noah Sullivan es alto, aunque es difícil determinar cuánto por la imagen. Tiene hombros anchos, cabello castaño oscuro y ojos claros que parecen casi demasiado azules bajo la iluminación del estudio.

Hay una pequeña cicatriz cerca de la ceja derecha.

No combina con la sonrisa perfecta.

Tal vez sea eso lo que hace interesante la imagen.

— Parece engreído — digo.

— Puede ser engreído. Con esos hombros, yo permitiría que estuviera equivocado sobre todo.

— Eso explica mucho sobre tu vida amorosa.

— Mi vida amorosa es rica en experiencias.

— Tu última experiencia te robó el cargador.

— El amor exige sacrificios.

Vuelvo a caminar.

Ethan me acompaña.

— Sabes que va a la liga profesional, ¿no?

— No.

— Los ojeadores están siguiendo la temporada. Dicen que puede ser elegido en las primeras posiciones.

— Fascinante.

— No necesitas fingir desinterés conmigo.

— No estoy fingiendo.

— Miraste el cartel durante siete segundos.

— Estaba analizando la composición gráfica.

— Claro. Especialmente la composición de los brazos.

Empujo la puerta del edificio residencial y entro.

Mi apartamento está en el tercer piso de un complejo destinado, en su mayor parte, a estudiantes con becas académicas o necesidades específicas de alojamiento.

La unidad es pequeña, pero fue perfecta desde el primer día.

Dos habitaciones compactas, una sala integrada a la cocina, un baño y una ventana grande orientada hacia la parte más silenciosa del campus.

Una de las habitaciones permanece vacía porque la administración había confirmado que yo me quedaría sola durante el semestre.

O, al menos, eso fue lo que dijeron.

— ¿De verdad crees que puedes echarlo? — pregunta Ethan mientras subimos las escaleras.

— No necesito echarlo. Solo necesito explicar que hubo un error.

— El correo ya reconoce el error.

— Entonces explicaré que la solución encontrada es peor que el error.

— ¿Vas a decirle eso a él?

— Voy.

— ¿Mirándolo a los ojos?

— Sí.

— ¿Sin ensayar?

Me detengo en el segundo tramo de la escalera.

— ¿Por qué estás haciendo esto tan difícil?

— Porque te conozco. En tu cabeza, vas a dar un discurso brillante. En la realidad, te pondrás nerviosa, te ajustarás las gafas cinco veces y dirás algo como "esta configuración habitacional es estadísticamente inviable".

— Yo no hablo así.

Ethan solo me mira.

— Con frecuencia — añado.

Cuando llegamos al apartamento, la puerta todavía está cerrada con llave.

Suelto el aire que no me di cuenta de que estaba conteniendo.

— Todavía no llegó.

— Qué pena.

— ¿Estás de mi lado o del lado del desconocido?

— Estoy del lado de la historia más interesante.

Abro la puerta.

Todo está exactamente como lo dejé por la mañana.

La manta gris doblada sobre el brazo del sofá.

Mis libros organizados en la estantería por área y tamaño.

La pequeña planta que Ethan me obligó a comprar sigue viva sobre la encimera, a pesar de todos los pronósticos.

El apartamento huele a café y al difusor de vainilla cerca de la ventana.

Es mi espacio.

Mi refugio.

La idea de un extraño caminando aquí, abriendo armarios y usando el mismo baño provoca un escalofrío de irritación.

— Necesitamos establecer reglas — digo.

Ethan se deja caer en el sofá.

— ¿Nosotros?

— Él y yo.

— Ah. Por un segundo, pensé que me estaban ascendiendo a mediador oficial de la convivencia.

Agarro un cuaderno de la estantería.

— Nada de fiestas.

— Razonable.

— Nada de invitados sin aviso previo.

— Menos razonable, pero aceptable.

— Silencio después de las diez.

— ¿Tienes ochenta años?

— Algunas personas estudian.

— Algunas personas también viven.

Anoto la regla de todos modos.

— Nada de comida echándose a perder en la nevera. División de las tareas domésticas. Los objetos personales no deben usarse sin permiso. No entrar en mi habitación.

— Esa última debería estar en mayúsculas.

La escribo en mayúsculas.

Ethan se sienta.

— ¿Y sobre la desnudez?

Mi bolígrafo se detiene.

— ¿Qué?

— Es una cuestión relevante entre compañeros de apartamento. Necesitas establecer una política de ropa.

— La gente normal usa ropa en las áreas compartidas.

— Los hombres que juegan hockey tienen una relación complicada con las camisetas.

— Él no juega hockey.

Ethan me mira.

— No sabes quién es.

— Exactamente.

— Imagina si es alguien del equipo.

— La probabilidad es pequeña.

— Hay decenas de atletas viviendo en el campus.

— También hay miles de otros estudiantes.

— Me gustan mis probabilidades.

Sigo escribiendo.

— Prohibido andar sin camiseta.

— Cruel.

— Necesario.

— Ni siquiera sabes si tiene algo que valga la pena esconder.

— Eso no importa.

Ethan apoya la barbilla en la mano.

— ¿Estás nerviosa?

— Irritada.

— No fue lo que pregunté.

Cierro el cuaderno.

— No me gusta no saber qué va a pasar.

Su expresión se suaviza.

Es una de las cosas que más me gustan de Ethan. Puede convertir cualquier conversación en una broma, pero sabe exactamente cuándo parar.

— Todo va a estar bien — dice. — Tal vez él también esté odiando la situación.

— Eso no lo hace más fácil.

— No. Pero significa que pueden unirse por el odio compartido a la administración universitaria.

— Una base sólida para cualquier relación.

— Exactamente.

El sonido de voces atraviesa la ventana abierta.

Alguien grita en el estacionamiento.

Ethan se levanta y va a mirar.

— Ay, Dios mío.

— ¿Qué pasa?

No responde.

Solo sigue de pie frente a la ventana, inmóvil.

— ¿Ethan?

— Creo que el universo decidió pedir disculpas personalmente por todos tus traumas.

Me acerco.

Un coche negro está parado cerca de la entrada del edificio. Dos hombres sacan bolsas deportivas del maletero mientras un tercero habla con alguien por el móvil.

Incluso de espaldas, reconozco la sudadera azul con el número diecisiete.

Vi el mismo número en el cartel hace menos de quince minutos.

— No — digo.

Ethan me agarra el antebrazo con fuerza.

— Sí.

— No puede ser.

— Grace, nunca he estado tan feliz de acompañarte hasta casa.

Noah Sullivan termina la llamada y se gira.

La fotografía no le hacía justicia.

Es mi primer pensamiento.

El segundo es que me gustaría no haber tenido el primero.

Es más alto de lo que imaginé, probablemente casi un metro noventa. La sudadera del equipo se ajusta a los hombros anchos, y el pantalón deportivo oscuro revela piernas fuertes de alguien que pasa una cantidad absurda de tiempo entrenando.

El cabello castaño está despeinado como si se hubiera pasado la mano por él varias veces. Hay una sombra de barba en la mandíbula y la misma cicatriz discreta cerca de la ceja.

Entonces levanta el rostro hacia el edificio.

Incluso a distancia, los ojos claros son imposibles de ignorar.

Azules.

Intensos.

El tipo de azul que parece demasiado bonito para existir en alguien con esa reputación.

Siento una corriente eléctrica absurda recorrer mi cuerpo.

Doy un paso atrás.

Ethan se gira hacia mí muy despacio.

— Amiga…

— No digas nada.

— Vas a vivir con Noah Sullivan.

— No lo sabemos.

Él señala la entrada.

Noah saca una maleta del coche.

— Está trayendo equipaje.

— Puede estar visitando a alguien.

— ¿Con tres maletas?

— Tal vez sea una visita larga.

Ethan esboza una sonrisa peligrosa.

— Tal vez tenga una novia en este edificio.

Algo extraño me aprieta el estómago.

— Eso no hace diferencia.

— No dije que la hiciera.

— Lo insinuaste.

— Y tú respondiste demasiado rápido.

Antes de que encuentre una respuesta, alguien llama a la puerta.

Tres golpes firmes.

Mi corazón se acelera de manera completamente irracional.

Miro a Ethan.

Él me mira.

— Abre — susurra.

— ¿Por qué estás susurrando?

— Porque este es un momento solemne.

Los golpes se repiten.

Camino hasta la puerta sosteniendo el cuaderno contra el pecho.

Me recuerdo a mí misma que Noah Sullivan es solo un estudiante.

Un estudiante inconveniente.

Guapo, probablemente arrogante e incapaz de leer un cartel que diga no molestar.

Agarro el pomo.

Antes de que abra, Ethan se acerca a mi oído.

— Si no quieres compartir el apartamento con él, yo me sacrifico.

— Vete.

— Estoy intentando ayudar.

Abro la puerta.

Noah Sullivan ocupa casi todo el espacio del pasillo.

De cerca, parece aún más grande.

Y aún más irritantemente guapo.

Sus ojos se encuentran con los míos.

Azul claro, con un contorno más oscuro alrededor del iris.

Por un instante, olvido completamente el discurso que preparé.

Él observa mi rostro, luego mira el número en la puerta.

— ¿Apartamento trescientos doce?

Mi voz tarda un segundo en funcionar.

— Sí.

Él suelta el aire, se pasa la mano por el cabello y ofrece una sonrisa cansada.

Un hoyuelo discreto aparece en la mejilla izquierda.

Genial.

Como si el resto ya no fuera suficiente.

— Entonces debes ser Grace.

Detrás de mí, Ethan hace un ruido peligrosamente cercano a un atragantamiento.

Aprieto el cuaderno con más fuerza.

— Y tú debes estar en el apartamento equivocado.

La sonrisa de Noah se agranda.

No parece ofendido.

Parece divertido.

— Es exactamente lo que le dije a la administración.

Apoya una mano en el marco de la puerta.

El movimiento hace que la tela de la sudadera se estire sobre el brazo.

Desvío la mirada inmediatamente.

— Ya me puse en contacto con el departamento responsable — digo. — La situación será corregida.

— Me dijeron lo mismo a mí.

— Entonces entiendes que no necesitas traer tus cosas.

Noah mira por encima del hombro.

Dos maletas, una mochila y una enorme bolsa de hockey están esparcidas por el pasillo.

— Un poco tarde para eso.

— Puedes llevártelas de vuelta.

— ¿A dónde?

Abro la boca.

Él espera.

No tengo respuesta.

Noah inclina la cabeza, estudiando mi rostro con una atención que me deja incómodamente consciente de los mechones sueltos en mi moño y de las gafas resbalando por la nariz.

Empujo la montura hacia arriba.

Detrás de mí, Ethan contiene una risa.

— ¿Puedo entrar? — pregunta Noah.

— No.

Él parpadea.

Es probable que nadie le diga no a Noah Sullivan con frecuencia.

La sorpresa dura poco.

Luego, esa sonrisa engreída regresa.

— De acuerdo — dice. — Podemos hablar en el pasillo, si prefieres.

— Prefiero que busques otro alojamiento.

— Ya busqué.

— Los hoteles existen.

— También cuestan dinero.

— Vas a la liga profesional.

— Todavía no fui.

— Todo el mundo dice que vas.

— ¿Sigues el hockey?

— No.

La respuesta sale demasiado deprisa.

Sus ojos parecen sonreír antes que los labios.

— Entonces, ¿cómo lo sabes?

— Todo el campus está cubierto con tu cara.

— ¿Eso te molesta?

— ¿La contaminación visual?

Ethan suelta una carcajada detrás de mí.

Noah desvía la atención hacia él.

— Hola — dice Ethan, demasiado animado. — Soy Ethan. Mejor amigo de ella. Gay. Disponible. No para ti, necesariamente. Solo estoy proporcionando contexto.

Cierro los ojos.

— Ethan.

— ¿Qué? La honestidad es importante en nuevas relaciones.

Noah se ríe.

El sonido es grave, fácil e inesperadamente agradable.

— Encantado, Ethan.

— El placer es enteramente mío.

— ¿No te ibas? — pregunto.

— ¿Ahora? ¿Con toda esta tensión? Ni pensarlo.

Noah vuelve a mirarme.

— Mira, Grace, yo tampoco elegí esto. Mi alojamiento anterior tuvo un problema estructural y me trasladaron aquí. La administración garantizó que la segunda habitación estaba disponible.

— No lo está.

— ¿Hay alguien viviendo en ella?

— No.

— Entonces está disponible.

— Fue reservada para permanecer vacía.

Frunce el ceño.

— ¿Por qué?

— Porque mi beca incluye alojamiento individual.

— Bien. Y aparentemente mi beca deportiva incluye alojamiento en cualquier lugar que no tenga el techo derrumbándose.

Por un segundo, no sé si está bromeando.

— ¿El techo de tu apartamento se derrumbó?

— Parte de él.

Ethan aparece a mi lado.

— Esto es extrañamente dramático. Me gustó.

— Nadie pidió tu evaluación — digo.

— Lo sé. Aun así, la ofrezco gratis.

Noah mete las manos en los bolsillos.

— Solo necesito un lugar donde quedarme hasta que resuelvan esto.

— El correo dice que puede durar el semestre entero.

— Yo también recibí el correo.

— Entonces entiendes el problema.

— Entiendo que los dos estamos atrapados en una situación mala.

— No existe "los dos".

Él levanta una ceja.

— Estamos en el mismo correo, Grace.

La forma en que dice mi nombre me provoca otra descarga irritante.

Tal vez sea la voz grave.

Tal vez sea el perfume amaderado que llega hasta mí cuando se inclina un poco.

Tal vez lleve demasiado tiempo en el laboratorio y mis neuronas hayan empezado a fallar.

Abro el cuaderno.

— Si esto realmente ocurre, hay reglas.

Noah mira el cuaderno.

— ¿Ya hiciste una lista?

— Sí.

— ¿Antes de conocerme?

— Principalmente por eso.

Se pasa la lengua por la comisura del labio, ocultando una sonrisa.

— Estoy empezando a pensar que no estás feliz de verme.

— Tu capacidad de interpretación es impresionante.

Ethan se acerca a él y mira la bolsa de hockey.

— Ella está nerviosa.

— No lo estoy.

— Sí lo estás. Ella solo se pone sarcástica cuando está nerviosa, cansada, irritada o despierta.

— ¿Eres siempre tan leal? — pregunta Noah.

— Soy un regalo complejo.

Noah se ríe de nuevo.

Ese sonido llena el pasillo.

Me doy cuenta de dos chicas saliendo del ascensor y disminuyendo el paso al reconocerlo. Una de ellas susurra algo a la otra.

Noah no parece notarlo.

O tal vez esté demasiado acostumbrado como para importarle.

Yo lo noto.

Y eso me recuerda exactamente quién es.

Capitán del equipo.

Futuro astro profesional.

Dueño de la reputación más peligrosa del campus.

El tipo de hombre que transforma cualquier lugar en un centro de atención.

Lo opuesto a todo lo que deseo dentro de mi apartamento.

Cierro un poco más la puerta.

— Hablaré con la administración mañana temprano.

— Genial.

— Hasta entonces, puedes dejar tus cosas en algún lugar.

— ¿Dónde?

— Con un amigo.

— Mis amigos viven en apartamentos con otros jugadores.

— Entonces puedes dormir en su sofá.

— Puedo — él asiente. — Pero no voy a hacerlo.

Me quedo inmóvil.

— ¿Cómo?

Noah saca el móvil del bolsillo, toca la pantalla y la gira hacia mí.

Es una autorización oficial.

Su nombre.

El número del apartamento.

La fecha de hoy.

Todo correcto.

Todo absolutamente mal.

— Tengo acceso legal a la unidad — explica. — No quiero invadir tu espacio, Grace. Pero tampoco voy a quedarme sin un lugar para dormir porque la universidad cometió un error.

Sé que tiene razón.

Eso lo empeora todo.

— La segunda habitación es pequeña — advierto.

— Sobrevivo.

— Las paredes son finas.

— No ronco.

— ¿Cómo lo sabes?

— Nunca recibí quejas.

Imagino cuántas personas tuvieron la oportunidad de descubrirlo.

Aparto el pensamiento inmediatamente.

— Nada de fiestas.

— Está bien.

— Nada de invitados sin aviso.

— De acuerdo.

— Silencio después de las diez.

— En días de partido, puedo llegar tarde.

— Llegar no exige ruido.

— Te sorprenderías.

— Nada de usar mis cosas.

— No estaba planeando usar tus gafas.

— Estoy hablando de comida, productos y objetos personales.

Él mira el cuaderno.

— ¿Existe una versión impresa de este contrato?

— Puedo proporcionarla.

— Estaba bromeando.

— Yo no.

Noah me observa durante un momento.

La intensidad de los ojos azules me deja extrañamente electrizada.

Parece intentar decidir algo.

Entonces sonríe de lado.

— ¿Eres siempre así?

— ¿Así cómo?

— Preparada para una guerra.

— Solo cuando alguien aparece en mi puerta intentando ocupar parte de mi casa.

— Nuestra casa, aparentemente.

El aire se queda atrapado en mis pulmones.

Ethan hace un sonido bajo de aprobación.

Le señalo.

— Vete.

— Me encantaría quedarme y ver la siguiente parte.

— Ethan.

— De acuerdo. Está bien.

Él agarra la mochila del sofá.

Cuando pasa junto a Noah, me mira a mí y luego a él.

— Intenten no enamorarse antes de que vuelva mañana. Tengo miedo de perder detalles importantes.

Mi rostro se calienta.

— Sal.

Ethan le sonríe a Noah.

— Buena suerte. Ella parece aterradora, pero ofrece café cuando le gusta alguien.

— Yo nunca te ofrecí café a ti.

— Exactamente. Todavía estoy intentando ganarme tu confianza.

Desaparece por el pasillo antes de que yo consiga responder.

Noah sigue su salida con la mirada.

— Me gustó.

— No necesitas incentivar.

— Creo que él no necesita incentivo.

Asiento en silencio.

Noah se agacha y toma dos maletas.

— ¿Entonces?

Lo miro.

Luego a las maletas.

Luego al apartamento detrás de mí.

Toda mi rutina perfectamente calculada parece a punto de explotar.

Debería seguir bloqueando la puerta.

Debería insistir.

Debería hacerlo esperar hasta que la administración resolviera la situación.

Pero Noah no creó el problema.

Y, por más que me irrite admitirlo, no tengo derecho a dejarlo en el pasillo.

Abro la puerta lo suficiente para que pase.

— Solo hasta que resolvamos esto.

La sonrisa que me ofrece es lenta y peligrosamente bonita.

— Claro, compañera de apartamento.

Pasa junto a mí.

El perfume amaderado invade el espacio.

Noah deja las maletas en la sala y observa todo alrededor, como si intentara entender el lugar — o a la persona que vive en él.

Yo permanezco cerca de la puerta, sosteniendo el cuaderno como un escudo.

Se gira.

Sus ojos se detienen en mí de nuevo.

— ¿Dónde está mi habitación?

Mi habitación.

La expresión me provoca una incomodidad inexplicable.

Señalo la puerta al lado de la mía.

Noah mira las dos puertas muy cercanas.

Luego me mira a mí.

El hoyuelo aparece otra vez.

— ¿Paredes finas, dijiste?

Mi corazón tropieza.

— No pongas esa expresión.

— ¿Qué expresión?

— Esa.

Da un paso hacia mí.

No lo suficiente para tocarme.

Solo lo suficiente para que yo perciba su altura, el calor del cuerpo y el brillo divertido en los ojos azules.

— Creo que vamos a divertirnos mucho, Grace.

Trago saliva.

— Creo que uno de nosotros no va a sobrevivir al semestre.

Noah toma la bolsa de hockey y camina hacia la habitación.

— También sirve.

La puerta se cierra detrás de él.

Me quedo sola en medio de la sala.

El apartamento todavía parece el mismo.

Los mismos libros.

La misma manta.

El mismo difusor de vainilla.

Pero nada está igual.

En la habitación de al lado, algo pesado cae al suelo.

Noah suelta una palabrota.

Cierro los ojos.

Mi vida perfectamente organizada acaba de recibir un error imposible de corregir.

Y tiene ojos azules.

CAPÍTULO 2

LA CHICA QUE NO SE IMPRESIONA

NOAH

La chica del apartamento trescientos doce me odia.

No es una suposición.

Es una certeza.

Puedo notarlo por la forma en que Grace Mitchell sostiene el cuaderno contra el pecho, como si estuviera a un segundo de usarlo para golpearme. También por la manera en que me observa llevar las maletas al interior del cuarto, con los labios apretados y una tensión discreta entre las cejas.

Probablemente preferiría que el techo de mi antiguo alojamiento se hubiera caído sobre mí.

— ¿Necesitas ayuda? — pregunta.

Miro la maleta en mi mano.

Luego la enorme bolsa de equipo a mis pies.

Entonces a ella.

— ¿Lo estás ofreciendo?

— No.

Sonrío.

— Entonces, ¿por qué preguntaste?

Grace se ajusta las gafas.

Es la tercera vez que hace eso desde que abrió la puerta.

— Fue una pregunta de cortesía.

— Entiendo.

— No fue una invitación para prolongar la conversación.

Se da la vuelta antes de que yo responda.

Sigo el movimiento por más tiempo del que debería.

Grace lleva una sudadera gris demasiado grande, vaqueros oscuros y zapatillas blancas. El cabello castaño está recogido en un moño torcido en lo alto de la cabeza, atravesado por algo que parece un bolígrafo.

No sé decir si es naturalmente desordenada o si pasó el día entero estudiando y renunció a intentar parecer presentable.

Sea como sea, funciona.

Algunos mechones sueltos caen cerca del rostro, y ella se los mete detrás de la oreja mientras camina hacia la cocina.

Es bonita.

No de la manera obvia y calculada de las chicas que aparecen en las fiestas del equipo. No hay maquillaje pesado, ropa ajustada ni ningún intento de llamar la atención.

Tal vez sea precisamente por eso que la llama.

Abre un armario.

Yo vuelvo a mirar la maleta.

No estoy aquí para analizar a mi compañera de apartamento.

Estoy aquí porque parte del techo de mi habitación anterior se derrumbó durante la madrugada y casi destruyó mi portátil. La tubería del piso superior reventó, el agua se filtró en la estructura, y la administración decidió que la solución más simple sería mandarme al otro lado del campus.

Solo que no mencionaron que el lugar ya tenía dueña.

Ni que la dueña tendría ojos verdes, pecas discretas y una expresión capaz de congelar el infierno.

Agarro la bolsa de hockey.

Grace se da la vuelta.

— ¿Vas a dejar eso en el cuarto?

— Era el plan.

— ¿Está limpia?

La miro.

— ¿La bolsa?

— El equipo.

— Más o menos.

Su rostro cambia.

Es poco. Solo un movimiento en los labios y un parpadeo más lento.

Pero está claro que elegí la respuesta equivocada.

— Más o menos no es limpio.

— Tampoco es sucio.

— Es exactamente lo que dicen las personas desordenadas.

— ¿Piensas inspeccionar?

— No.

— Entonces estamos seguros.

Ella cruza los brazos.

— Los equipos deportivos acumulan sudor, bacterias y olor.

— Dices eso como si hubiera traído material radiactivo.

— Dependiendo del tiempo desde el último lavado, la diferencia puede ser pequeña.

No puedo evitar la risa.

Grace no se ríe.

Eso hace que todo sea aún más gracioso.

— De acuerdo — digo. — Mantendré la bolsa dentro del cuarto.

— Y la puerta cerrada.

— ¿Alguna exigencia más?

Ella mira el cuaderno sobre la encimera.

— Varias.

Claro que hay varias.

Agarro la bolsa y entro en el cuarto.

Es pequeño, pero sirve.

Una cama individual ocupa casi toda la pared. Hay un armario estrecho, un escritorio y una ventana que da al estacionamiento lateral. La decoración se reduce a una lámpara y un cuadro genérico con un paisaje que nadie elegiría voluntariamente.

Dejo la bolsa en el suelo.

Aun así prefiero esto al sofá de Ryan.

El apartamento de él ya tiene tres jugadores, dos neveras rotas y un perro que nadie admite haber adoptado. Dormir allí significaría despertarme con un defensa de ciento diez kilos usando mi pecho como almohada.

Además, la administración fue clara.

Puedo quedarme aquí hasta que encuentren otra unidad.

Tal vez unos días.

Tal vez unas semanas.

No tengo que gustarme.

A Grace definitivamente no le gusta.

Oigo pasos afuera.

Cuando vuelvo a la sala, ella está organizando dos tazas en el armario.

Una de ellas estaba a pocos centímetros fuera de la línea de las demás.

La corrige.

Luego comprueba de nuevo.

— ¿Haces eso con todo? — pregunto.

Grace no me mira.

— ¿Eso qué?

— Ponerlo en un orden perfecto.

— Yo simplemente no me gusta el desorden.

— Parece agotador.

— Para mí, el desorden es agotador.

La respuesta sale rápida, pero sin agresividad.

Hay algo interesante en la manera en que habla. Como si todas las frases ya estuvieran listas antes de llegar a la boca.

— ¿Vas a mostrarme el resto del apartamento?

— Ya lo viste.

— No sé dónde están las cosas.

— Esta es la cocina.

— Me di cuenta.

— La sala está detrás de ti.

— Impresionante.

Ella me lanza una mirada.

La comisura de mi boca se eleva.

Provocar a Grace es demasiado fácil.

Y, por alguna razón, mucho más divertido de lo que debería.

— El baño está en el pasillo — continúa. — Hay un armario para toallas. La repisa de arriba es mía. La de abajo puede ser tuya.

— Generoso.

— Los productos del lado izquierdo del lavabo son míos.

— ¿Y el lado derecho?

— Está vacío.

— Imagino que es mío.

— Aprendes rápido.

Cruzamos el pasillo.

El olor del apartamento mezcla café, vainilla y algo suave que parece venir de ella. Champú tal vez.

No debería notarlo.

Lo noto.

Grace abre la puerta del baño.

Todo está organizado con una precisión absurda. Toallas dobladas, botes alineados, frascos orientados en la misma dirección.

— ¿Usas regla? — pregunto.

— ¿Para qué?

— Para alinear las cosas.

— No.

— ¿Estás segura?

— Noah.

Es la primera vez que dice mi nombre desde que entré.

Me gusta el sonido más de lo que debería.

— Grace.

Ella entrecierra los ojos.

— ¿Crees que todo es una broma?

— No.

— Lo parece.

— Me parecen graciosas varias cosas. Tú eres una de ellas.

— Qué honor.

— Fue un cumplido.

— Necesitas trabajar mejor en tus cumplidos.

Ella cierra la puerta del baño.

Se acerca al cuarto de ella y señala.

— Esa puerta permanece cerrada.

— El cuarto prohibido.

— Mi cuarto.

— ¿Qué hay ahí dentro?

— Mis cosas.

— ¿Secretos?

— Ordenadores.

— Aún más sospechoso.

Grace suelta el aire por la nariz.

Casi una risa.

Casi.

Me doy cuenta.

Ella también.

Su rostro vuelve a la expresión seria en el mismo instante.

Interesante.

— Estabas a punto de sonreír — digo.

— No lo estaba.

— Lo estabas.

— Fue una reacción involuntaria.

— Entonces puedo hacerte sonreír.

— No saques conclusiones precipitadas.

— Creo que voy a convertir eso en un objetivo.

Ella me mira fijamente.

— No hagas eso.

— ¿Por qué?

— Porque no quiero participar en ninguno de tus objetivos.

Hay una dureza mayor en la frase.

No es solo irritación.

Es cautela.

Como si ya supiera quién soy sin haber hablado nunca conmigo.

Conozco esa mirada.

Casi todo el mundo en el campus tiene una versión diferente de ella.

Algunos ven al capitán.

Otros ven al futuro jugador profesional.

Algunas chicas ven una historia para contar.

Los profesores ven a un atleta que necesita mantener las notas.

Los periodistas universitarios ven clics.

Pocas personas me miran sin esperar algo.

Grace parece no querer nada.

Ni mi atención.

Ni mi sonrisa.

Ni siquiera mi presencia.

Eso debería facilitar la convivencia.

En lugar de eso, despierta una curiosidad inconveniente.

— ¿Siempre tratas así a los desconocidos? — pregunto.

— Solo a los que entran en mi casa.

— Nuestra casa.

Sus ojos se entrecierran.

Descubrí un botón.

Pretendo apretarlo de nuevo.

— Temporalmente — corrige.

— Aun así.

— No te acostumbres.

— ¿Les dices eso a todos los compañeros de apartamento?

— Nunca tuve uno.

— Entonces soy tu primero.

El silencio que sigue dura solo un segundo.

Pero es suficiente.

Sus ojos verdes se abren un poco.

Un tono rosado aparece en las mejillas.

Entendió la provocación.

Y odia haberla entendido.

— Necesitas dejar de hablar — dice.

— Suelen pedirme lo contrario.

— Estoy segura.

La respuesta llega más fría.

Algo cambia.

Tal vez fui demasiado lejos.

No me gusta la idea de que me pongan en el mismo grupo de los rumores sobre mí. Aunque haya contribuido a varios de ellos.

— Estaba bromeando — explico.

— También estoy segura de eso.

Ella camina de vuelta a la cocina.

La sigo.

— Realmente no te gusto.

— No te conozco.

— Pero ya decidiste.

Grace toma una taza.

La llena con café que aún está en la cafetera.

No me ofrece.

Ethan tenía razón.

— Decidí que esta situación es inconveniente.

— No pregunté por la situación.

— Tú formas parte de ella.

— Entonces hay esperanza.

— ¿De qué?

— De que descubras que soy encantador.

Ella da un sorbo.

— Ya oí rumores.

— ¿Buenos?

— No.

Sonrío, aunque una parte de mí se cansa de la conversación.

La reputación peligrosa.

La estrella arrogante.

El jugador que consigue a cualquier chica.

No es totalmente mentira.

Pero tampoco es toda la verdad.

A nadie parece importarle la diferencia.

— No creas todo lo que oyes — digo.

— Ese consejo suele venir de personas de las que se dicen muchas cosas.

— Tal vez porque algunas son inventadas.

— ¿Y las otras?

— Depende de cuáles hayas oído.

Grace apoya la taza en la encimera.

— No oí ninguna en detalle.

— Entonces no sigues el hockey, no vas a las fiestas y no lees chismes.

— Correcto.

— ¿Qué haces?

— Estudio.

— ¿Solo eso?

— Programo.

— ¿Por diversión?

Ella me mira como si le hubiera preguntado si respira por diversión.

— Sí.

— ¿Voluntariamente?

— A algunas personas les gusta usar el cerebro.

— Algunas personas consiguen usar el cerebro y patinar al mismo tiempo.

— ¿Estás diciendo que eres una de ellas?

— Estoy diciendo que hay testigos.

Grace me estudia por un instante.

Su expresión cambia otra vez.

Menos irritada.

Más curiosa.

Desaparece antes de que yo esté seguro.

— ¿Cuál es tu carrera? — pregunta.

— Administración deportiva.

— Pensé que los atletas elegían cualquier carrera solo para mantener la elegibilidad.

La frase me golpea con más fuerza de la que debería.

No por la provocación.

Por el hecho de que ya oí versiones de ella tantas veces.

— Algunos lo hacen.

— ¿Y tú?

— Me gusta la carrera.

Grace percibe el cambio en mi tono.

Sus dedos se cierran un poco más alrededor de la taza.

— Yo no quise…

— Sí quisiste.

Ella baja la mirada.

Por primera vez desde que llegué, parece incómoda por una razón que no tiene relación con mi presencia física.

— Fue una suposición — admite.

— Una mala.

— Sí.

La respuesta me sorprende.

Sin disculpa vacía.

Sin intento de defenderse.

Solo reconocimiento.

— Mi familia tiene una empresa de gestión deportiva — explico. — No pretendo trabajar en ella ahora, pero me gusta entender la parte de negocios.

— Porque puedes ir a la liga profesional.

— Tal vez.

— Todo el mundo habla como si fuera seguro.

— No lo es.

Ella levanta la mirada.

Esta vez, la curiosidad permanece.

— Pero tú eres el capitán.

— Eso no garantiza nada.

— ¿Y los ojeadores?

— Pueden cambiar de idea. Puedo lesionarme. Puedo jugar mal. Puede que no sea tan bueno como creen.

Grace se queda en silencio.

Es extraño decir eso en voz alta.

Con mis amigos, cualquier duda se convierte en una broma o en un discurso motivacional. Con mi padre, se vuelve una discusión. Con el entrenador, se vuelve estrategia.

Grace solo escucha.

Sin decir que todo saldrá bien.

Sin recordarme estadísticas.

Sin mirarme como si estuviera confesando una debilidad imperdonable.

— Debe de ser mucha presión — dice.

La frase es simple.

Aun así, toca algo dentro de mí.

— Es parte de ello.

— Eso no significa que sea fácil.

Miro su rostro.

Las pecas sobre la nariz se ven más bajo la luz de la cocina. Los ojos verdes tienen pequeños puntos dorados cerca del iris.

No lo noté antes.

Ahora lo noto.

— ¿Siempre analizas a todo el mundo? — pregunto.

Grace parpadea.

— No estaba analizando.

— Lo estabas.

— Fue solo una observación.

— Haces muchas observaciones.

— Es útil.

— También puede ser peligroso.

— ¿Para quién?

— Para mí, aparentemente.

Un leve rubor vuelve a su rostro.

Esta vez, no aparta la mirada de inmediato.

Nos quedamos mirándonos un segundo demasiado largo.

El apartamento parece más pequeño.

Demasiado silencioso.

Hasta que suena mi móvil.

El nombre de Ryan aparece en la pantalla.

Contesto.

— Habla.

— ¿Sobreviviste? — pregunta.

— Por ahora.

— ¿Cómo es el lugar?

Miro a Grace.

Ella finge no escuchar mientras lava una taza que ya estaba limpia.

— Organizado.

— ¿Eso significa pequeño?

— Significa organizado.

— ¿Y la compañera?

Grace se detiene por una fracción de segundo.

— Complicada.

Ella gira el rostro despacio.

La expresión promete muerte.

Sonrío.

— ¿Bonita? — pregunta Ryan.

— Tengo que colgar.

— Eso es un sí.

Cuelgo antes de que siga.

Grace seca la taza.

— ¿Complicada?

— Hiciste una lista de reglas antes de dejarme entrar.

— Porque eres un extraño.

— Un extraño guapo, según tu amigo.

— Ethan considera guapo a cualquier hombre con hombros anchos.

— ¿Entonces tú no estás de acuerdo?

Ella se queda congelada.

La punta de la toalla permanece entre los dedos.

— ¿Con qué?

— Con su evaluación.

— No tengo una opinión.

— Me viste en el cartel.

— Vi una campaña publicitaria.

— Y ahora me estás viendo en vivo.

— Por desgracia.

La respuesta es rápida.

Demasiado buena.

Doy un paso hacia ella.

No lo suficiente como para invadir el espacio.

Solo lo bastante como para probar.

Grace no retrocede.

Pero sus hombros se ponen más rígidos.

— ¿Siempre evitas preguntas simples? — pregunto.

— Solo preguntas idiotas.

— ¿Crees que soy guapo?

— Creo que eres engreído.

— No fue lo que pregunté.

— Fue la respuesta que recibiste.

Me acerco un poco el rostro.

Sus ojos bajan por un segundo.

Mi boca.

Luego vuelven a mis ojos.

Muy rápido.

Pero yo lo veo.

Grace se tambalea.

Poco.

Tal vez menos que la mayoría.

Aun así, lo suficiente.

— Te pones roja muy fácil — digo.

— Es el calor.

Miro la ventana cerrada.

— Está haciendo nueve grados.

— La calefacción está encendida.

— No lo está.

Ella aprieta los labios.

Vencida.

No digo nada.

El silencio hace el trabajo por mí.

Grace deja la toalla sobre la encimera.

— ¿Vas a seguir intentando irritarme durante todo el semestre?

— Depende.

— ¿De qué?

— De lo divertido que sea.

— ¿Y lo está siendo?

— Mucho.

Ella toma el cuaderno.

— Entonces vamos a acabar con esto ahora.

— ¿Con qué?

— Con cualquier ilusión de que puedes convertir esta convivencia en un juego.

Abre el cuaderno sobre la encimera.

Hay una lista numerada.

Once reglas.

Once.

— Realmente lo escribiste todo.

— Dije que lo había escrito.

— Pensé que estabas exagerando.

— Yo no exagero.

— Eso es claramente una mentira.

Grace ignora.

— Regla uno: nada de fiestas en el apartamento.

— De acuerdo.

— Regla dos: invitados solo con aviso previo.

— ¿Cuánto tiempo antes?

— Al menos veinticuatro horas.

— ¿Esto es una reunión diplomática?

— Es mi espacio.

— Nuestro espacio.

Ella respira hondo.

— Regla tres: silencio después de las diez.

— Tengo partidos por la noche.

— Puedes llegar sin despertar al edificio.

— No conoces a mis compañeros.

— Ellos no entrarán aquí.

— ¿Estás prohibiendo a mis amigos?

— Estoy prohibiendo que hombres ruidosos y sudados ocupen la sala de madrugada.

— Eso es específico.

— Vi vídeos del equipo.

— Entonces sigues el hockey.

— Los vi por accidente.

— Claro.

Ella continúa antes de que yo pueda sonreír más.

— Regla cuatro: no uses mis alimentos.

— Puedo comprar los míos.

— Regla cinco: no uses mis productos de higiene.

— No lo estaba planeando.

— Regla seis: cada uno limpia lo que ensucie.

— Justo.

— Regla siete: las tareas compartidas se dividirán por turnos.

— ¿Turnos?

— Sí.

— ¿Hiciste una tabla?

Grace pasa la página.

La hizo.

Hay días, horarios y tareas.

Echo la cabeza hacia atrás y me río.

— Esto no es gracioso.

— Es un poco.

— La organización evita conflictos.

— Creo que tú organizas conflictos.

— Regla ocho: puertas cerradas significan no molestar.

— De acuerdo.

— Regla nueve: nada de andar sin camiseta en las áreas comunes.

Me detengo.

La miro.

Grace mantiene la expresión neutra.

Casi lo consigue.

— ¿Esa regla fue idea de Ethan? — pregunto.

— No.

— Entonces lo pensaste tú sola.

— Es una regla básica de convivencia.

— Nunca viví con nadie que tuviera esa regla.

— Ahora vives.

— ¿Tienes miedo de distraerte?

Sus ojos se encienden.

— No.

— Entonces no debería ser un problema.

— Es una cuestión de respeto.

— ¿Puedo usar camiseta de tirantes?

— Sí.

— ¿Y si hace mucho calor?

— Usa una camiseta de tirantes.

— ¿Y si salgo de la ducha y olvido la toalla?

— No la olvides.

— ¿Y si la olvido?

— Vuelve al baño.

— ¿Sin toalla?

— Eso no es problema mío.

— Parece arriesgado.

Su rostro se pone aún más rojo.

Me estoy divirtiendo demasiado.

— Regla diez — dice, elevando la voz —: no entrar en mi cuarto.

— ¿Sin excepciones?

— Sin excepciones.

— ¿Incendio?

— En ese caso, puedes entrar.

— ¿Terremoto?

— También.

— ¿Pesadilla?

Ella me mira fijamente.

— ¿Tuya o mía?

— La tuya.

La pregunta sale antes de que piense.

Grace se queda inmóvil.

Por un instante, no hay ironía en su rostro.

Hay algo más vulnerable.

Pequeño.

Escondido.

Entonces desaparece.

— Regla once — dice —: no habrá ningún tipo de involucramiento entre nosotros.

Esta vez, soy yo quien tarda en reaccionar.

— ¿Involucramiento?

— La universidad prohíbe relaciones entre compañeros de vivienda en determinadas unidades subsidiadas.

— Conozco la regla.

— Entonces estamos de acuerdo.

— ¿Te pareció necesario escribir eso?

— Sí.

— ¿Porque temes que yo intente algo?

— Porque tu reputación sugiere que intentas algo con frecuencia.

La diversión desaparece.

— Mi reputación otra vez.

Grace cierra el cuaderno.

— No te lo tomes como algo personal.

— Es literalmente personal.

Ella parece darse cuenta.

— Yo solo quiero dejar los límites claros.

— No necesitas preocuparte.

— Genial.

— No eres mi tipo.

La frase sale fácil.

Lo bastante falsa como para molestarme.

Sus ojos cambian.

No mucho.

Una sombra rápida.

Tal vez orgullo herido.

Tal vez alivio.

Grace levanta la barbilla.

— Perfecto.

— Perfecto.

Ella toma la taza.

Da un sorbo.

El café debe de estar frío.

Aun así, no reacciona.

— ¿Cuál es tu tipo? — pregunta.

La pregunta me sorprende.

— ¿Tienes curiosidad?

— Estoy intentando entender el nivel de riesgo estadístico.

— Mujeres que no hacen listas sobre mí.

— Entonces realmente estamos seguros.

— Mucho.

Ella sonríe.

Es pequeño.

Casi cruel.

Pero es una sonrisa.

La primera.

Y es bonita.

Más bonita de lo que debería.

Transforma todo el rostro. Suaviza la tensión entre las cejas y revela un hoyuelo discreto cerca de la comisura de la boca.

Me quedo mirando.

Grace se da cuenta.

La sonrisa desaparece.

— ¿Qué?

— Nada.

— Me estás mirando fijamente.

— Sonreíste.

— No sonreí.

— Sí sonreíste.

— Fue sarcasmo.

— Aun así cuenta.

— ¿Para qué?

— Para mi objetivo.

Ella cierra los ojos.

— Yo no acepté eso.

— No hacía falta.

— Eres insoportable.

— Y tú sonreíste.

Grace toma el cuaderno y camina hacia el cuarto.

— Voy a estudiar.

— ¿La puerta cerrada significa no molestar?

Ella se detiene delante de la puerta.

— Exactamente.

— ¿Y si hay un incendio?

— Entra.

— ¿Terremoto?

— Entra.

— ¿Pesadilla?

Grace gira el rostro.

Los mechones sueltos del cabello le rozan la mejilla.

— Resuélvelo tú solo.

La puerta se cierra.

Me quedo parado en el pasillo.

Sonriendo.

Tal vez vivir aquí no sea tan malo.

Mi móvil vibra.

Ryan otra vez.

¿Y entonces? ¿Es bonita?

Miro la puerta cerrada.

Pienso en los ojos verdes.

En las pecas.

En la manera en que Grace intentó esconder que estaba mirando mi boca.

Respondo:

Complicada.

El siguiente mensaje llega en segundos.

Eso no fue lo que pregunté.

Guardo el móvil sin responder.

Vuelvo al cuarto y empiezo a deshacer la maleta.

Tardo menos de cinco minutos en darme cuenta de que olvidé el cargador en el coche.

Salgo del cuarto.

La puerta de Grace sigue cerrada.

El apartamento está completamente silencioso.

Demasiado silencioso.

Agarro la llave y camino hacia la salida.

Antes de abrir la puerta, escucho su voz.

— ¿Noah?

Me detengo.

Grace aparece en el pasillo.

Las gafas están un poco más bajas en la nariz. El cabello ahora está sujeto solo por un bolígrafo negro. Sostiene una hoja impresa.

— ¿Qué pasa?

— Necesito que firmes.

— ¿Qué?

Ella me extiende la hoja.

Es la lista de reglas.

Escrita a máquina.

Con espacio para dos firmas.

La miro.

Luego el papel.

— Imprimiste un contrato.

— Un acuerdo de convivencia.

— ¿En cinco minutos?

— Ya tenía el archivo preparado.

Claro que lo tenía.

— ¿Y si no firmo?

— Consideraré que pretendes incumplir las reglas.

— ¿Y qué pasa?

— Presento una queja formal.

— ¿Harías eso?

— Sí.

Sus ojos verdes permanecen fijos en los míos.

No está bromeando.

Tomo el bolígrafo que me ofrece.

— Está bien.

Firmo.

Grace toma el papel de vuelta.

— Gracias.

— Ahora puedes quedarte tranquila.

— Lo dudo.

— Grace.

Ella espera.

— ¿De verdad crees que no puedo seguir reglas?

— Creo que estás acostumbrado a hacer lo que quieres.

La frase no tiene maldad.

Tal vez sea eso lo que la hace peor.

— No siempre.

Ella me observa por un instante.

— Ya veremos.

Camina de vuelta al cuarto.

— Buenas noches, compañero de apartamento — digo.

Grace sostiene el pomo.

— Todavía son las seis y media.

— Estableciste silencio después de las diez. Estoy aprovechando para hablar mientras puedo.

Ella niega con la cabeza.

Antes de cerrar la puerta, veo la comisura de su boca elevarse de nuevo.

Otra sonrisa.

Más pequeña que la primera.

Pero real.

La puerta se cierra.

Miro el pasillo vacío.

Grace Mitchell no sigue el hockey.

No le importa mi fama.

No parece impresionada por mi sonrisa.

Y cree que puede pasar un semestre entero sin involucrarse conmigo.

Debería sentirme aliviado.

En lugar de eso, siento unas ganas absurdas de descubrir cuántas veces puedo hacerla sonreír antes de que admita que le gusto.

No porque quiera conquistarla.

No porque esté interesado.

Solo porque nunca conocí a una chica tan decidida a no sentir nada.

Y los desafíos siempre han sido mi mayor problema.

CAPÍTULO 3

REGLAS HECHAS PARA SER ROTAS

GRACE

Descubro, a las seis y doce de la mañana, que Noah Sullivan canta en la ducha.

No muy bien.

Pero canta.

La música es alta, desafinada y acompañada por el sonido constante del agua golpeando contra la mampara.

Sigo acostada, mirando al techo del cuarto mientras intento decidir cuál es la parte más irritante de la situación.

El hecho de que esté cantando.

El hecho de que esté cantando tan temprano.

O el hecho de que yo reconozca la canción.

Es una canción antigua, de esas que mi padre solía escuchar los domingos mientras preparaba panqueques.

No pienso en eso.

Me doy la vuelta y me tiro la almohada sobre la cabeza.

La pared entre los cuartos puede ser fina, pero la pared entre mi cuarto y el baño parece prácticamente decorativa.

La voz de Noah sube en el estribillo.

Cierro los ojos.

Tal vez se muera atragantado con agua.

La posibilidad no es realista, pero es reconfortante.

El despertador suena a las seis y quince.

Lo apago antes del segundo timbre.

Me quedo inmóvil por unos segundos.

Mi rutina debería empezar ahora.

Carrera corta.

Ducha.

Café.

Revisión de las notas antes de clase.

Pero hay un hombre desconocido cantando en mi baño.

Mi baño.

Nuestro baño, de acuerdo con la administración y con la irritante insistencia de él.

Me siento en la cama.

El pelo me cae sobre la cara.

Me lo sujeto todo con la primera goma que encuentro y agarro las gafas de la mesa.

Cuando abro la puerta, el pasillo está lleno de vapor.

La puerta del baño permanece cerrada.

Noah cambia de canción.

Golpeo tres veces.

El canto se detiene.

— ¿Sí?

— Son las seis y quince.

— Sé leer el reloj.

— Algunas personas duermen a esta hora.

— ¿Tú no te despiertas temprano?

— Me despierto.

— Entonces no hay problema.

La respuesta viene acompañada de una risa.

Aprieto los dedos alrededor del picaporte de la puerta de mi cuarto.

— El problema es el ruido.

— Está dentro del horario permitido.

Me quedo en silencio.

Él tiene razón.

Mi propia regla establece silencio después de las diez de la noche.

No menciona las mañanas.

— Voy a actualizar el contrato — aviso.

— Eso suena ilegal.

— No es un contrato legal.

— Ayer lo llamaste acuerdo oficial.

— De convivencia.

— Grace, estás discutiendo semántica conmigo a través de la puerta del baño.

— Porque estás ocupando el baño desde hace veinte minutos.

— Fueron doce.

Miro el reloj en mi muñeca.

Fueron catorce.

Lo cual es irritantemente cercano.

— Necesito arreglarme.

— ¿Puedes esperar cinco minutos?

— No.

— ¿Tres?

— Noah.

— Dos y medio.

Le doy la espalda a la puerta.

— Tienes exactamente tres minutos.

— Sabía que llegaríamos a un acuerdo.

Entro en la cocina.

La cafetera está vacía.

Claro.

Preparo el café mientras intento reorganizar mentalmente mi horario.

Si me salto la carrera, gano veinte minutos.

Si me ducho en siete, aún consigo salir a tiempo.

No me gusta saltarme la carrera.

Tampoco me gusta depender del tiempo de otra persona.

Toda la vida, aprendí que depender de los demás es la manera más eficiente de perder el control sobre cualquier situación.

La puerta del baño se abre.

Miro automáticamente.

Error.

Un error grave.

Noah aparece en el pasillo usando solo una toalla blanca sujeta baja en la cintura.

Mi mente se detiene.

No se ralentiza.

No duda.

Se detiene por completo.

Gotas de agua bajan por el pelo castaño y recorren el cuello. Una de ellas sigue por el centro del pecho, atraviesa el abdomen definido y desaparece en el borde de la toalla.

Los hombros son aún más anchos sin la sudadera.

Los brazos parecen hechos para destruir personas contra una pared de hielo.

Hay una pequeña marca morada cerca de las costillas y otra en el hombro izquierdo.

Cicatrices discretas atraviesan la piel en algunos puntos.

Él no tiene el cuerpo perfecto de una fotografía.

Tiene el cuerpo real de alguien que cae, se golpea, lucha y se levanta.

Y es mucho peor.

O mejor.

No sé.

No debería estar intentando decidir.

Noah se pasa la toalla más pequeña por el pelo.

Entonces se da cuenta de que estoy mirando.

Los ojos azules encuentran los míos.

Una expresión lenta de diversión aparece en su rostro.

— Buenos días.

Desvío la mirada hacia la cafetera.

— Estás sin camisa.

— Técnicamente, estoy sin casi todo.

El calor me sube por el cuello.

— La regla nueve.

— Acabo de salir de la ducha.

— Deberías haber llevado ropa.

— Se me olvidó.

— Mencioné esa hipótesis ayer.

— Pensé que era solo un ejercicio teórico.

Sujeto la cuchara con más fuerza.

— Vuelve al baño.

— Mi ropa está en el cuarto.

— Entonces agarra una toalla más grande.

— Esta cubre todo lo que necesita cubrir.

No miro.

No voy a mirar.

Jamás.

— Eso es irrespetuoso.

La voz me sale menos firme de lo que pretendo.

Noah se acerca.

Puedo oír los pasos descalzos en el suelo.

El olor del jabón llega antes que él.

Limpio.

Fresco.

Mezclado con ese perfume amaderado que parece quedarse en la piel incluso después de la ducha.

— Grace.

— ¿Qué?

— La cafetera terminó hace unos segundos.

Miro la taza.

Sigo removiendo café puro como si estuviera disolviendo algo.

Me detengo.

— Lo sé.

— Claro.

Él pasa detrás de mí.

El espacio entre la encimera y la mesa es lo bastante ancho para dos personas.

Aun así, mi cuerpo percibe cada centímetro de su presencia.

El calor.

El olor.

El movimiento del aire.

Noah sigue hasta el cuarto.

Antes de entrar, mira por encima del hombro.

— Podrías simplemente admitir que la regla nueve es para tu propia protección.

— ¿Protección contra qué?

Su sonrisa se vuelve peligrosamente bonita.

— Distracciones.

La puerta se cierra.

Suelto el aire.

Me doy cuenta de que lo estaba conteniendo.

Esto es ridículo.

Es solo un cuerpo.

Un cuerpo muy alto, fuerte y semidesnudo.

Pero aun así solo un cuerpo.

Agarro la taza.

Mi mano está caliente.

Mi cara también.

El corazón late deprisa como si hubiera corrido los veinte minutos que acabo de perder.

La puerta del cuarto de Noah se abre de nuevo.

Esta vez, lleva un pantalón deportivo negro y una camiseta gris que se ajusta a los brazos de manera innecesaria.

El pelo sigue mojado.

Siento una irritación inmediata conmigo misma por fijarme.

— ¿Mejor? — pregunta.

— Sí.

— ¿Estás decepcionada?

— Profundamente aliviada.

— No parecías aliviada.

— No sé de qué estás hablando.

Noah agarra una taza del armario.

Mi taza.

La blanca, con una pequeña secuencia de código impresa en el lateral.

— Esa es mía.

Él mira la taza.

— Todas parecen iguales.

— No parecen.

Hay cuatro tazas en el armario.

Una azul.

Una negra.

Una blanca simple.

Y la blanca con código.

Claramente diferentes.

— Esta estaba delante.

— Eso no significa que sea de uso público.

— La regla cuatro era sobre comida.

— Regla cinco, productos personales.

— ¿Una taza es un producto de higiene?

— Es un objeto personal.

— Eso no estaba especificado.

— Porque imaginé que el sentido común sería suficiente.

Noah mira la frase impresa.

— ¿Qué significa?

— Nada que tú entenderías.

Él levanta una ceja.

— Eso fue arrogante.

— Fue factual.

— Traduce.

— Es un chiste de programación.

— Entonces explica.

— Si tengo que explicarlo, deja de tener gracia.

— Tal vez nunca la tuvo.

Le quito la taza de la mano.

Nuestros dedos se tocan.

Es rápido.

Casi nada.

Aun así, una descarga recorre mi mano y sube por el brazo.

Suelto la taza demasiado deprisa.

Noah la sujeta antes de que caiga.

Sus ojos bajan a mis dedos.

Luego vuelven a mi rostro.

— Cuidado.

— Yo la estaba sosteniendo.

— La estabas tirando.

— Porque tú no la soltaste.

— La solté.

— Después.

Él sigue cerca.

Demasiado cerca.

La taza permanece entre nosotros.

Su mano envuelve casi toda la porcelana.

La mía aún toca el asa.

Por un segundo absurdo, ninguno de los dos se mueve.

Los ojos azules me sujetan con una intensidad incómoda.

Yo había pensado que eran claros.

Ahora noto pequeñas líneas más oscuras alrededor de la pupila.

No debería poder ver ese detalle.

Eso significa que está demasiado cerca.

— Te pones nerviosa fácil — dice en voz baja.

— No estoy nerviosa.

— Te tembló la mano.

— Fue un reflejo.

— ¿De qué?

— Irritación.

La comisura de su boca se eleva.

— Claro.

Tiro de la taza.

Esta vez, él la suelta.

— Usa la negra.

— ¿Por qué la negra?

— Porque nadie la usa.

— Eso suena a prejuicio contra las tazas.

— Noah.

— Bien.

Él agarra la negra.

Se sirve café.

Sin azúcar.

Sin leche.

Solo café.

Por alguna razón, yo esperaba que le pusiera algo.

No sé por qué pensé eso.

Tal vez porque las personas excesivamente seguras parecen el tipo de gente que bebe café lleno de jarabes y nombres complicados.

— ¿Vas al entrenamiento? — pregunto.

— En veinte minutos.

— ¿Tan temprano?

— Hielo a las siete.

— ¿Y después?

— Clase a las diez. Gimnasio al mediodía. Reunión del equipo por la tarde.

— ¿Entrenas dos veces?

— Algunos días, tres.

Lo miro.

Noah da un sorbo.

No parece estar presumiendo.

Su rutina es tan estructurada como la mía.

Solo diferente.

— ¿Y consigues estudiar?

— Lo intento.

— Eso no suena como una respuesta confiada.

— Tal vez no sea confiado todo el tiempo.

La frase sale ligera, pero hay algo verdadero detrás.

Recuerdo la conversación de la noche anterior.

De la presión.

De los ojeadores.

De la posibilidad de lesionarse.

Noah nota que lo estoy mirando.

— ¿Qué?

— Nada.

— Haces eso mucho.

— ¿Eso qué?

— Me observas y dices que no es nada.

— Estoy intentando entender cómo alguien consigue vivir con una agenda tan mala.

— ¿Consideras el entrenamiento una pérdida de tiempo?

— No. Considero tres sesiones en el mismo día excesivas.

— Mi cuerpo es parte de mi trabajo.

La frase hace que mis ojos bajen involuntariamente a sus brazos.

Subo inmediatamente.

Noah se da cuenta.

Claro que se da cuenta.

— ¿Estabas verificando las condiciones de trabajo? — pregunta.

— Estaba mirando la camiseta.

— ¿Te gustó?

— Es gris.

— Un análisis profundo.

Agarro mi taza y camino hasta la mesa.

— Necesito estudiar.

— ¿Siempre estudias durante el café?

— Sí.

— ¿Eso no es triste?

— No.

— ¿Nunca tomas café solo tomando café?

— ¿Cuál sería la finalidad?

— Disfrutar.

— Puedo disfrutar mientras estudio.

— ¿Disfrutas de algo sin intentar volverlo productivo?

Abro el portátil.

— Sí.

— ¿Qué?

— Dormir.

Noah se ríe.

— Dormir es productivo.

— Entonces no.

Él apoya la cadera en la encimera.

— Lo sabía.

— ¿Sabías qué?

— Que no sabes relajarte.

— Yo sé relajarme.

— ¿Cómo?

— Leo.

— ¿Libros académicos?

No respondo.

Su sonrisa crece.

— Eso no cuenta.

— ¿Quién lo decidió?

— La humanidad.

— Tú no representas a la humanidad.

— Puedo hacer una encuesta.

— Ve a entrenar.

— ¿Me estás echando?

— Te estoy recordando que tu hielo empieza a las siete.

Noah mira el reloj.

La expresión cambia.

— Mierda.

Deja la taza en el fregadero y camina deprisa hacia el cuarto.

— ¿No vas a lavar?

Se detiene.

Mira la taza.

Luego a mí.

— ¿Ahora?

— Regla seis.

— Tengo entrenamiento.

— Lleva quince segundos.

— ¿Lo cronometraste?

— Puedo cronometrar.

Noah cierra los ojos por un instante.

Vuelve al fregadero.

Lava la taza.

Enjuaga.

La pone en el escurridor.

— ¿Satisfecha?

— No completamente.

— ¿Qué faltó?

— Secar y guardar.

— Tú dijiste lavar.

— Limpiar incluye finalizar el proceso.

— Grace, el entrenador va a hacerme patinar hasta perder los pulmones si llego tarde.

— Entonces deberías haber administrado mejor el tiempo.

Él me mira fijamente.

Espero alguna respuesta.

Tal vez una provocación.

Tal vez una discusión.

Noah agarra el paño, seca la taza y la guarda.

— Listo.

— Gracias.

— Das miedo.

— Firmaste el acuerdo.

Entra en el cuarto.

Vuelve menos de un minuto después con la bolsa deportiva al hombro, una gorra en la cabeza y un pedazo de pan sujeto entre los dientes.

— ¿Eso es tuyo? — pregunto.

Él se saca el pan de la boca.

— Lo compré ayer.

— ¿Dónde está el envoltorio?

— En el armario.

Abro el armario.

Hay un paquete de pan, mantequilla de maní, barras de proteína y una caja enorme de cereal.

Todo colocado de cualquier manera.

Respiro hondo.

— ¿Qué fue? — pregunta Noah.

— Nada.

— ¿Esa es tu expresión de "nada"?

— Cuando vuelvas, vamos a reorganizar el armario.

— No vamos a hacerlo.

— Ocupaste la mitad de mi estante.

— Nuestro estante.

— Tú tienes el de arriba.

— El de arriba es más pequeño.

— Porque el armario es mío.

— Nuestro armario.

Lo miro.

Noah sonríe al morder el pan.

— Lo estás haciendo a propósito.

— ¿Haciendo qué?

— Repitiendo “nuestro” solo para irritarme.

— Nuestro apartamento. Nuestro baño. Nuestro armario. Nuestra pequeña discusión matutina.

— No existe “nuestra discusión”.

— Entonces ¿es solo tuya?

— Vete.

Él se ríe.

Abre la puerta.

Antes de salir, vuelve la cara hacia mí.

— Intenta no echarme de menos.

— Me esforzaré.

— Y, Grace?

— ¿Qué?

— Miraste.

Se me contrae el estómago.

— ¿Miré qué?

Su sonrisa se vuelve lenta.

— Tú sabes.

La puerta se cierra antes de que yo responda.

Sigo sentada delante del portátil.

La pantalla está abierta en el mismo código que yo debería revisar.

Leo la primera línea.

Luego la segunda.

En la tercera, me doy cuenta de que no entendí ninguna.

Vuelvo al inicio.

Nada.

La imagen de Noah saliendo del baño invade mi mente con una nitidez absurda.

El agua en los hombros.

La marca cerca de las costillas.

La línea del abdomen desapareciendo bajo la toalla.

Cierro los ojos.

No.

No voy a hacer esto.

No voy a convertir un accidente de vivienda en un problema emocional.

Mucho menos en un problema físico.

Noah Sullivan es guapo.

Eso es una constatación objetiva.

Así como el cielo es azul, el agua está mojada y los códigos sin comentarios son un crimen contra la humanidad.

Reconocer un hecho no significa verse afectada por él.

Abro el archivo del acuerdo de convivencia.

Añado una línea.

Regla 9.1: la ropa debe llevarse al baño antes de la ducha.

Guardo.

Me siento mejor.

Durante aproximadamente cuarenta segundos.

Mi celular vibra.

Es un mensaje de Ethan.

¿SOBREVIVISTE A LA PRIMERA NOCHE?

Respondo:

Por desgracia, él también.

La respuesta llega inmediatamente.

¿DUERME SIN CAMISA?

Me quedo mirando la pantalla.

¿Por qué eso importa?

PORQUE LA CIENCIA NECESITA RESPUESTAS.

Estudias computación.

HOY SOY INVESTIGADOR DEL CUERPO HUMANO.

Bloqueo el celular.

Intento volver al código.

Diez minutos después, desbloqueo.

Salió de la ducha en toalla.

Los tres puntos aparecen incluso antes de que yo suelte el aparato.

AMIGA.

No empieces.

¿VISTE AL CAPITÁN SEMIDESNUDO ANTES DE LAS SIETE DE LA MAÑANA Y CREES QUE YO NO VOY A EMPEZAR?

Fue desagradable.

Mentir es pecado.

No soy religiosa.

PERO DEBERÍAS SERLO, PORQUE DIOS ACABA DE DARTE UNA SEÑAL.

Me río contra mi voluntad.

Borro la sonrisa rápidamente, aunque no hay nadie para ver.

Rompió la regla nueve.

Grace, si ese hombre rompiera una regla delante de mí usando solo una toalla, yo ayudaría a esconder las pruebas.

Eres inútil.

Soy tu apoyo emocional. Por cierto, ¿la toalla era grande?

No respondo.

Ethan manda otro mensaje.

ESO FUE UN NO.

Pongo el celular en silencio.

Esta vez, consigo trabajar.

O lo intento.

A las ocho y cuarenta, salgo del apartamento para la primera clase.

El campus está frío.

El viento atraviesa mi abrigo y hace que los mechones sueltos del pelo se me peguen a la cara.

Me lo recojo todo en un moño mejor mientras camino.

Cuando llego al edificio de Ciencias de la Computación, Ethan me espera en la entrada con dos vasos de café y una expresión que anuncia desastre.

— Traje paz — dice, entregándome uno.

— Eso suena a chantaje.

— Es amistad.

Lo acepto.

— No quiero hablar de la toalla.

— Perfecto. Podemos hablar de lo que había debajo de ella.

— Ethan.

— Estoy bromeando.

Hace una pausa.

— Parcialmente.

Entramos en el edificio.

— ¿Cómo fue el resto de la noche? — pregunta.

— Normal.

— ¿Llevó a alguna chica?

— No.

— ¿Te habría importado?

— Sí.

Ethan se detiene.

Lo miro.

— Porque los invitados necesitan ser avisados con antelación.

— Claro.

— Y porque no quiero desconocidos en el apartamento.

— Evidente.

— No intentes convertir esto en otra cosa.

— No necesito. Tú haces todo el trabajo sola.

Sigo caminando.

Ethan me acompaña.

— ¿Es tan guapo de cerca como parece?

— No sé.

— Sí lo sabes.

— Es una apariencia común.

— Grace.

— Tal vez un poco por encima de la media.

Ethan se lleva la mano al pecho.

— ¿Un poco por encima de la media? Ese hombre parece haber sido diseñado por un equipo especializado.

— Tiene ojos azules.

— ¿Solo eso?

La voz de Noah surge en mi memoria.

Miraste.

— Hombros anchos — añado.

— Sigue.

— No hay nada más.

— Amiga, estás describiendo un armario con ojos.

— Fuiste tú quien preguntó.

Ethan sonríe.

— Te fijaste.

— Cualquiera se fijaría.

— Pero cualquiera no hizo una regla específica prohibiendo que él ande sin camisa.

— Es una cuestión de límites.

— Es una cuestión de supervivencia.

Entramos en el aula.

La clase de Arquitectura de Sistemas empieza en cinco minutos.

Nos sentamos al fondo, como siempre.

Ethan abre el portátil.

— ¿Él sabe que te pareció guapo?

— Yo no dije eso.

— Pero te lo pareció.

— Ethan.

— Está bien. Voy a parar.

Se queda en silencio por tres segundos.

— Si él aparece aquí, ¿puedo hablar con él?

— No.

— ¿Puedo solo observar?

— Ya viste el póster.

— Los pósters no respiran.

La profesora entra.

La conversación termina.

O debería.

Durante la primera mitad de la clase, consigo concentrarme.

En la segunda, mi celular vibra dentro de la mochila.

Lo ignoro.

Vibra de nuevo.

Luego una tercera vez.

La profesora está explicando sistemas distribuidos.

Sigo mirando la pantalla.

El celular vibra por cuarta vez.

Ethan inclina la cara.

— ¿Emergencia?

— Probablemente tú mandando mensajes mientras estás sentado a mi lado.

— Mi celular está aquí.

Me muestra el aparato.

La vibración ocurre de nuevo.

Agarro el celular discretamente.

Hay cinco mensajes de un número que no guardé.

Añadiste una regla.

Regla 9.1.

Eso parece acoso.

También me parece injusto crear nuevas cláusulas después de la firma.

Necesitamos renegociar.

No necesito preguntar quién es.

Respondo:

¿Cómo conseguiste mi número?

La respuesta llega inmediatamente.

Está en el acuerdo.

Claro.

El número es para emergencias.

Considero esto una emergencia jurídica.

Saliste de la ducha sin ropa.

Yo estaba en toalla.

No es ropa.

Depende de la confianza de quien la usa.

Cierro los ojos.

Ethan mira mi pantalla.

— ¿Es él?

Giro el celular.

— Presta atención.

— Estás roja.

— No lo estoy.

Nuevo mensaje.

¿Estás en clase?

No respondo.

Voy a interpretar el silencio como sí.

Bloqueo la pantalla.

Dos minutos después, el aparato vibra.

Buena clase, compañera de apartamento.

No debería sonreír.

Sonrío.

Poco.

Casi nada.

Ethan lo ve.

— Dios mío.

— Cállate.

— Fue él.

— No significa nada.

— Sonreíste a un mensaje.

— Estaba siendo irritante.

— Entonces tu cara demuestra irritación de una manera muy romántica.

La profesora mira en nuestra dirección.

Enderezo la postura.

Ethan finge teclear.

Cuando termina la clase, él me agarra del brazo antes de que guarde el portátil.

— Necesito conocer a ese hombre inmediatamente.

— No.

— ¿Por qué?

— Porque vas a avergonzarme.

— Yo nunca haría eso.

Miro fijamente a Ethan.

— A propósito — completa.

Salimos del aula.

Tengo dos horas hasta la próxima clase y necesito terminar una parte del proyecto de la beca.

Ethan me sigue hasta el laboratorio.

— ¿Vas a almorzar? — pregunta.

— Más tarde.

— Eso significa que vas a olvidarte.

— No voy a hacerlo.

— Siempre te olvidas.

— Tengo una barra de cereal.

— Eso no es almuerzo.

— Es alimento.

— Técnicamente, el papel también tiene calorías. No significa que debas comerlo.

Me siento delante de uno de los ordenadores.

— Ve a vivir tu vida.

— Mi vida es asegurarme de que no mueras de desnutrición mientras te enamoras de un atleta.

— Ninguna de esas cosas está pasando.

— Todavía.

Se aleja antes de que yo responda.

Trabajo durante casi dos horas.

Cuando me levanto, siento el cuello rígido y los ojos ardiendo.

De camino a la siguiente clase, paso cerca de la arena.

Hay un grupo reunido en la entrada lateral.

Los jugadores salen del entrenamiento usando ropa del equipo.

No me detengo.

No hay motivo.

Entonces oigo una risa familiar.

Mi cuerpo reconoce antes que mi mente.

Miro.

Noah está a pocos metros, conversando con dos jugadores.

El pelo está húmedo otra vez, probablemente de la ducha. Lleva una sudadera azul marino y carga la bolsa al hombro.

Una chica rubia está parada cerca de él.

Alta.

Bonita.

Lleva una camiseta del equipo atada a la cintura y le toca el brazo mientras habla.

No sé quién es.

No importa.

Sigo caminando.

— ¡Grace!

Me detengo.

Noah se despide del grupo y viene en mi dirección.

La chica me mira.

Luego lo mira a él.

Hay curiosidad en su rostro.

Tal vez reconocimiento.

No mío.

De la situación.

— ¿Me estás siguiendo? — pregunto cuando se acerca.

— Yo entreno aquí.

— Entonces estadísticamente soy yo quien está pasando por tu territorio.

— Me gusta cuando hablas de estadística.

— No dije nada interesante.

— Siempre hablas como si estuvieras escribiendo un informe.

Noah se detiene delante de mí.

Los ojos azules parecen más claros bajo el sol frío.

Hay un pequeño enrojecimiento cerca de la mandíbula.

— ¿Qué pasó? — pregunto antes de pensar.

Él se toca el lugar.

— Entrenamiento.

— ¿Te dieron un disco en la cara?

— Un codo.

— ¿Eso está permitido?

— No cuando el entrenador ve.

— ¿Y él vio?

— No.

— Entonces estuvo permitido.

Noah sonríe.

— ¿Estás preocupada?

— Estoy intentando entender las reglas.

— Claro.

La chica rubia sigue mirando.

Me doy cuenta.

Noah sigue mi mirada.

— Esa es Madison.

— No pregunté.

— Lo sé.

— Entonces ¿por qué lo explicaste?

— Porque miraste.

— Ella me estaba mirando a mí.

— Probablemente intentando averiguar quién eres tú.

— ¿Por qué?

Él ajusta la bolsa en el hombro.

— Porque vine a hablar contigo.

La respuesta me incomoda más de lo que debería.

— ¿Eso es inusual?

— Para ella, tal vez.

— ¿Ustedes salen?

Noah levanta las cejas.

La pregunta salió antes de que yo pudiera impedirlo.

— No.

— No me interesa.

— Tú preguntaste.

— Por contexto.

— ¿Qué contexto?

— De convivencia. Si ella va a frecuentar el apartamento, necesito saberlo.

La sonrisa lenta aparece.

— ¿Estás celosa?

— No.

— Respondiste rápido.

— Porque la respuesta es obvia.

— No para mí.

— No estoy celosa.

— Bien.

La forma en que lo dice muestra que no cree.

Eso me irrita.

— Además, los invitados necesitan ser avisados con veinticuatro horas de antelación.

— Madison no va al apartamento.

— Genial.

— A menos que yo quiera invitarla.

Se me aprieta el pecho.

Es pequeño.

Ridículo.

Tal vez irritación.

Probablemente irritación.

— En ese caso, avisa con antelación.

Noah me observa.

La diversión desaparece por un segundo.

— No voy a invitarla.

— Acabas de decir que podrías.

— Poder y querer son cosas diferentes.

El viento levanta algunos mechones de mi pelo.

Me los meto detrás de la oreja.

Noah sigue el movimiento.

Sus ojos se quedan en mi rostro demasiado tiempo.

— ¿Qué? — pregunto.

— Nada.

— Me estás mirando fijamente.

— Tú haces eso conmigo todo el tiempo.

— Yo observo.

— ¿Cuál es la diferencia?

— Intención.

— ¿Y cuál crees que es la mía?

El corazón se me acelera.

Noah da un paso más cerca.

No mucho.

Lo suficiente.

Siempre lo suficiente.

— No lo sé — respondo.

— ¿Quieres descubrirlo?

Su voz baja.

Mi cuerpo reacciona antes que la razón.

Un escalofrío recorre mis brazos.

La mirada de Noah baja a mi boca.

Solo por un instante.

Pero lo veo.

Y lo siento.

El campus desaparece alrededor.

El ruido de los estudiantes.

El viento.

Las voces.

Todo parece distante.

Entonces Noah sonríe.

La tensión se rompe.

— Estoy bromeando, Grace.

Claro.

Él está bromeando.

Me siento idiota por haberme quedado inmóvil.

— Necesitas encontrar un pasatiempo mejor.

— Ya lo encontré.

— ¿Hockey?

— Tú.

Lo dice como si fuera lo más natural del mundo.

Se me calienta la cara.

— No soy un pasatiempo.

— Aún no decidí qué eres.

— Tu compañera de apartamento.

— Eso ya lo sé.

— Entonces la conversación terminó.

Doy un paso hacia un lado.

Noah me acompaña.

— Espera.

— Tengo clase.

— Necesitamos discutir la regla nueva.

— No hay discusión.

— Alteraste el acuerdo unilateralmente.

— Porque revelaste una falla.

— Puedo proponer una alternativa.

— ¿Cuál?

— Si se me olvida la ropa, tú simplemente cierras los ojos.

— No.

— O miras. También funciona.

— Eres imposible.

— Y te pusiste roja otra vez.

— Hace frío.

— ¿Ahora es frío? Por la mañana era calor.

Me quedo en silencio.

Él sonríe.

— Necesitas elegir una excusa.

— Necesito irme.

— Hasta más tarde, compañera de apartamento.

Sigo caminando.

No miro hacia atrás.

Puedo sentir que me está observando.

Cuando llego a la puerta del edificio, cometo el error de girar la cara.

Noah sigue en el mismo lugar.

La mirada fija en mí.

La chica rubia dice algo detrás de él.

Él no parece escuchar.

Nuestros ojos se encuentran de nuevo.

Noah levanta la mano en un saludo corto.

Entro deprisa.

Mi corazón sigue acelerado durante toda la clase.

Cuando vuelvo al apartamento, ya pasan de las seis.

La puerta está sin llave.

Oigo música baja en la cocina.

Por un instante, mi cuerpo se tensa.

Entonces recuerdo.

Ya no vivo sola.

Entro.

Noah está delante de la estufa.

Lleva una camiseta negra y un pantalón de chándal.

Hay una olla al fuego.

Verduras cortadas sobre la encimera.

Pollo sazonado.

Arroz listo.

Me detengo cerca de la puerta.

— ¿Cocinas?

Él mira por encima del hombro.

— ¿Parece tan imposible?

— Un poco.

— Eso fue prejuicioso.

— Fue una observación basada en evidencias limitadas.

— Mi madre no crió inútiles.

Me quito el abrigo.

— ¿Tienes hermanos?

— Una hermana menor.

— ¿Ella también juega hockey?

— Patinaje artístico.

— Entonces es más elegante.

— No digas eso cerca de ella. Es más peligrosa que la mitad de mi equipo.

Pongo la mochila sobre la silla.

El apartamento huele bien.

Ajo.

Hierbas.

Comida de verdad.

Se me contrae el estómago.

Recuerdo la barra de cereal.

Noah me mira.

Luego mira mi mochila.

— ¿Almorzaste?

— Sí.

— ¿Qué?

— Comida.

— ¿Cuál?

— Una barra de cereal.

Él deja de remover la olla.

— Eso no es almuerzo.

— Ethan dijo lo mismo.

— Ethan parece inteligente.

— No lo animes.

Noah agarra otro plato del armario.

— Hice de más.

— No hace falta.

— No lo ofrecí por educación.

— ¿Qué?

— Ayer dijiste que las preguntas por educación no significan nada. Estoy aclarando que quiero que comas.

— Puedo preparar algo después.

— Ya está listo.

— Noah.

— Grace.

Imita mi tono.

Me quedo mirando la comida.

Tengo hambre.

Mucha.

Aceptar no significa nada.

Es solo eficiencia.

— Está bien.

— Qué entusiasmo.

— Gracias.

Noah sirve dos platos.

Nos sentamos a la mesa.

Es la primera vez que comemos juntos.

La idea me deja extrañamente consciente de todo.

Del tamaño de sus manos sosteniendo el tenedor.

De la forma en que ocupa más espacio en la silla.

De la pequeña marca roja en la mandíbula.

— Está bueno — digo después del primer bocado.

— Pareces sorprendida.

— Lo estoy.

— Gracias, supongo.

— ¿Dónde aprendiste?

— En casa. Mis padres trabajaban mucho. Mi hermana y yo empezamos a cocinar temprano.

— ¿Tu familia vive dónde?

— Denver.

— Está lejos.

— Un poco.

— ¿La extrañas?

Noah remueve el arroz con el tenedor.

— A veces.

La respuesta es corta.

No insisto.

Él levanta la vista.

— ¿Y tú?

— ¿Qué?

— Tu familia.

Mi cuerpo se pone rígido.

— Mi madre vive en Portland.

— ¿Y tu padre?

La pregunta abre un espacio vacío dentro de mí.

Miro el plato.

— Murió hace algunos años.

Noah se queda en silencio.

— Lo siento mucho.

— Está bien.

No lo está.

Pero esa es la respuesta que ofrezco.

— ¿Eras cercana a él?

La música antigua de la mañana vuelve a la memoria.

Panqueques.

Domingos.

Mi padre cantando mejor que Noah, aunque no mucho.

— Sí.

Noah nota que no quiero continuar.

No pregunta más.

Solo come.

Se lo agradezco.

Después de unos minutos, señala el cuaderno sobre la encimera.

— ¿Añadiste más reglas?

— Una.

— ¿Solo una?

— Por ahora.

— ¿Puedo ver?

— No.

— Voy a acabar descubriéndolo de cualquier forma.

— Regla nueve, ítem uno. Llevar ropa al baño antes de la ducha.

Noah sonríe.

— Pensaste bastante en eso.

— Pensé en evitar que se repita.

— A mí no me importaría que se repitiera.

— A mí sí me importaría.

— ¿Estás segura?

Lo miro.

El azul de sus ojos me electriza otra vez.

Lo peor es que él lo sabe.

Tal vez no exactamente lo que siento.

Pero sabe que hay algo.

Noah apoya los antebrazos sobre la mesa.

— ¿Puedo hacer una pregunta?

— La harás aunque yo diga que no.

— Probablemente.

— Entonces hazla.

— ¿Por qué quieres tanto pasar desapercibida?

Mi tenedor se detiene.

— No quiero.

— Sí quieres.

— ¿Cómo llegaste a esa conclusión?

— Andas mirando al suelo. Te sientas al fondo del aula. Usas ropa demasiado grande. No vas a eventos. No hablas con personas que no conoces.

— Me conoces desde hace un día.

— Soy observador.

— Pensé que ese era mi defecto.

— En ti es un poco aterrador. En mí es encanto.

— Claro.

— No respondiste.

— Porque no existe respuesta.

— Siempre existe.

Aprieto los dedos alrededor del tenedor.

— No todo el mundo necesita querer atención.

— No dije que la necesite.

— Entonces ¿cuál es el problema?

— Ninguno. Solo me parece extraño que alguien como tú intente ser invisible.

Mi corazón se salta un latido.

— ¿Alguien como yo?

Sus ojos recorren mi rostro.

Despacio.

No de manera vulgar.

Peor.

Como si realmente estuviera viendo.

— Inteligente — dice. — Graciosa cuando se te olvida intentar parecer seria. Bonita.

Se me queda el aire atrapado.

Noah dice la última palabra sin sonreír.

Sin provocar.

Eso hace imposible convertirlo en broma.

— No necesitas decir eso.

— Lo sé.

— Entonces ¿por qué lo dijiste?

— Porque es verdad.

Desvío la mirada.

Se me calienta la cara otra vez.

— ¿Le dices eso a muchas chicas?

— A algunas.

La honestidad debería arruinar el momento.

Lo arruina un poco.

— Entiendo.

— Pero normalmente quiero algo cuando lo digo.

Lo miro.

— ¿Y ahora?

Noah sostiene mi mirada.

— Aún no lo sé.

El silencio entre nosotros cambia.

Se vuelve más pesado.

Más caliente.

Mi respiración parece demasiado alta.

Sus ojos bajan hasta mis labios.

Esta vez, no es imaginación.

Noah se inclina un poco.

Mi cuerpo no se aparta.

No puedo.

La distancia entre nosotros disminuye.

Entonces su celular suena sobre la mesa.

Noah cierra los ojos por un segundo.

Se echa atrás.

Contesta.

— Habla, Ryan.

Suelto el aire lentamente.

Agarro el plato.

Me levanto.

— ¿Adónde vas? — pregunta Noah, cubriendo el micrófono.

— A lavar.

— Yo lavo.

— Tú cocinaste.

— Entonces tú secas.

Lo miro.

Es una división razonable.

Casi doméstica.

La idea me asusta más de lo que debería.

Llevo los platos al fregadero.

Noah termina la llamada y se acerca.

Nos quedamos lado a lado.

Él lava.

Yo seco.

Nuestros brazos se tocan algunas veces.

Accidentalmente.

Tal vez.

Con cada toque, mi cuerpo reacciona.

Noah no comenta.

Eso es casi peor.

Cuando terminamos, él guarda el último plato.

— ¿Ves? — pregunta. — Seguimos una regla sin discutir.

— Un récord.

— Estoy orgulloso de nosotros.

— No existe “nosotros”.

Él se da la vuelta.

Quedamos frente a frente.

Cerca otra vez.

Siempre cerca.

— Te gusta mucho decir eso.

— Porque es verdad.

— Tal vez.

— No existe tal vez.

Noah se inclina un poco.

El olor amaderado envuelve el aire entre nosotros.

— Entonces ¿por qué parece que estás intentando convencerte a ti misma?

Mi corazón late fuerte.

Abro la boca.

No surge ninguna respuesta.

Su sonrisa vuelve.

Pequeña.

Victoriosa.

— Buenas noches, Grace.

Camina hasta el cuarto.

— Todavía son las siete y veinte — digo.

Noah abre la puerta.

— Aprendí de ti. Me gusta prepararme temprano.

La puerta se cierra.

Me quedo sola en la cocina.

Miro los platos guardados.

La olla limpia.

La taza negra en el escurridor.

El apartamento parece diferente.

No desordenado.

No invadido.

Solo menos vacío.

Eso debería ser malo.

En cambio, percibo una verdad mucho más peligrosa.

Noah Sullivan no es tan insoportable como debería.

Y la regla más difícil de cumplir tal vez no sea la número nueve.

Tal vez sea la once.

CAPÍTULO 4

EL DESAFÍO

NOAH

A las siete y ocho de la mañana, el entrenador me manda repetir la misma jugada por quinta vez.

No porque la ejecuté mal.

Porque la ejecuté demasiado bien la primera vez y mal en las tres siguientes.

—¡Sullivan! —su voz resuena por la arena. —Si estás pensando en otra cosa, al menos ten la decencia de fingir que no lo estás.

Apoyo las manos sobre las rodillas e intento recuperar el aliento.

El aire helado quema los pulmones.

El sudor se escurre bajo el casco.

En el otro extremo de la pista, Ryan golpea el palo contra el hielo dos veces.

Una señal.

Se está riendo de mí.

No necesito ver su cara para saberlo.

—¡Una vez más! —grita el entrenador.

Vuelvo a la posición.

El disco se desliza en mi dirección.

Recibo.

Avanzo.

Esquivo a Ryan, paso entre dos defensores y remato contra la portería.

La hoja del palo toca el disco en el ángulo correcto.

Da en el poste.

El sonido metálico atraviesa la arena.

—Mierda.

—¿Estás enamorado, capitán? —pregunta Ryan al pasar junto a mí.

Le empujo el hombro.

—Cállate.

—Eso no fue una negación.

El entrenador silba.

—¡Agua! ¡Dos minutos!

Patinamos hasta el banco.

Me quito el casco y me paso la mano por el pelo mojado.

El entrenamiento empezó hace poco más de una hora, pero parece que estamos aquí desde ayer.

El primer partido importante de la temporada es en tres días.

Hay dos ojeadores confirmados.

Quizá cuatro.

Un equipo de televisión universitaria va a acompañar el entrenamiento de la tarde.

Mi padre ya envió tres mensajes sobre rendimiento, entrevistas y postura profesional.

No leí ninguno hasta el final.

Agarro la botella.

Ryan se sienta a mi lado.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Quién es ella?

Bebo agua.

—No existe ella.

—Le diste al poste tres veces.

—Pasa.

—A ti, no.

Al otro lado del banco, Mason se quita los guantes.

—¿Sullivan está distraído?

—Mucho —responde Ryan.

—Eso explica el pase horrible que me diste.

—El pase fue perfecto. Tú estabas fuera de posición.

—Siempre culpas a los demás. Pésima cualidad en un capitán.

—Te caíste solo en el calentamiento.

—El hielo estaba irregular.

Ryan me mira otra vez.

—Ahora responde.

—No tengo nada que responder.

—Ayer saliste del entrenamiento y fuiste a hablar con una chica.

—La gente habla con chicas.

—Tú no corres detrás de ellas en medio del campus.

—Yo no corrí.

Mason se inclina.

—¿Era la chica de las gafas?

Lo miro.

—¿Cómo lo sabes?

Su sonrisa se agranda.

—Entonces era.

Ryan me da una palmada en el muslo.

—Lo sabía.

—¿No tienen nada mejor que hacer?

—Tenemos —dice Mason—. Pero esto es más interesante.

El entrenador silba antes de que sigan.

Volvemos al hielo.

Durante los próximos cuarenta minutos, intento pensar solo en hockey.

En el disco.

En las líneas.

En el movimiento del portero.

En la distancia entre yo y los defensores.

Funciona.

Hasta que recuerdo a Grace la noche anterior.

El pelo recogido de cualquier manera.

La taza entre las manos.

La forma en que se quedó inmóvil cuando la llamé bonita.

Casi como si nadie hubiera dicho eso antes.

No me lo creo.

Grace debe saber que es bonita.

Quizá no le dé importancia.

Es diferente.

Las chicas que conozco normalmente esperan que me fije en ellas. Se visten para eso, sonríen para eso, se acercan para eso.

Grace parece sorprendida cada vez que mi mirada se demora en su rostro.

Luego se irrita.

Probablemente conmigo.

Tal vez consigo misma.

El entrenador lanza otro disco a la pista.

Lo recibo, giro y marco.

Esta vez, sin tocar el poste.

—¡Mejor! —grita.

Ryan pasa junto a mí.

—¿Pensaste en ella otra vez?

—Pensé en golpearte con el palo.

—Eso significa que sí.

El entrenamiento termina a las ocho y cuarenta.

Estamos en el vestuario cuando la conversación se reanuda.

Es inevitable.

Hombres que pasan horas juntos en una sala pequeña, cansados y parcialmente vestidos, acaban discutiendo cualquier cosa que pueda distraer del dolor muscular.

Hoy, yo soy la distracción.

—Entonces, capitán —dice Mason mientras se desata los patines—. ¿Vas a contarlo o tenemos que descubrirlo solos?

—No hay nada que contar.

Ryan se quita la camiseta mojada y la tira dentro de la bolsa.

—Lo trasladaron a un apartamento con una chica.

Todos los rostros se vuelven hacia mí.

—¿Qué? —pregunta Tyler.

—Temporalmente —respondo.

—¿Guapa? —quiere saber Mason.

—No importa.

El silencio que sigue es inmediato.

Luego, todos empiezan a reír.

—No importa —repite Ryan—. Traducción: muy guapa.

—No dije eso.

—No hacía falta.

Abro la taquilla.

Agarro una toalla.

—Es solo una compañera de piso.

—Tú no sabes vivir con compañeros —dice Mason—. En el viaje a Chicago, casi echas a Tyler de la habitación porque roncaba.

—Sonaba como una motosierra muriéndose.

Tyler me señala.

—Tengo desviación del tabique.

—Tienes un demonio en la garganta.

Ryan se sienta en el banco.

—¿Cómo es ella?

Pienso antes de responder.

Ese es el primer error.

Todos se dan cuenta.

—Complicada —digo.

—Eso ya lo dijiste —responde Ryan—. Queremos detalles.

—Estudia Ciencias de la Computación.

—¿Nerd? —pregunta Mason.

—Inteligente.

—Eso no fue lo que preguntó.

—Usa gafas —añade Ryan.

Lo miro.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo dijiste ayer por teléfono.

—No lo dije.

—Dijiste “la chica de las gafas me va a matar si no seco una taza”.

Mason abre los ojos.

—¿Ella te mandó secar una taza?

—Hay un acuerdo de convivencia.

—¿Un qué?

—Una lista de reglas.

El vestuario estalla.

Hasta el portero, que normalmente ignora todo, empieza a reír.

—¿Te hizo firmar? —pregunta Ryan.

No respondo.

La risa aumenta.

—¡Firmó! —grita Tyler.

—No había motivo para no firmar.

—¿Cuántas reglas? —pregunta Mason.

—Once.

—¿Once?

—Ahora son doce.

Ryan se inclina.

—¿Qué hiciste?

—Nada.

—Para ganar una regla nueva, hiciste algo.

Agarro la toalla y camino hacia la ducha.

—Olvidé la ropa en la habitación.

—¿Y?

Me detengo.

Miro por encima del hombro.

Todos esperan.

—Salí en toalla.

El ruido que viene después es insoportable.

Mason casi se cae del banco.

Ryan golpea la mano contra la taquilla.

—Lo hiciste a propósito.

—No lo hice.

—¿Ella vio?

La imagen de Grace sosteniendo la cuchara, inmóvil frente a la cafetera, aparece en mi mente.

Los ojos verdes bajando por mi pecho.

La forma en que intentó fingir que no pasó nada.

—Vio.

—¿Y?

—Creó la regla 9.1.

Ryan se lleva la mano al pecho.

—Numeró la enmienda.

—Ella es organizada.

—Pareces admirado —dice Mason.

—No lo estoy.

—Estás sonriendo —observa Tyler.

Borro la sonrisa.

—Voy a ducharme.

—¡Lleva ropa! —grita Ryan.

Todo el vestuario vuelve a reír.

Entro en la ducha y cierro la puerta.

Idiotas.

El agua caliente golpea mis hombros.

Por unos minutos, consigo no pensar en nada.

Luego recuerdo la cocina.

La cena.

La pregunta sobre su familia.

La forma en que Grace se quedó en silencio cuando habló del padre.

El cambio fue inmediato.

Se cerró como una puerta.

No insistí.

Quería.

No por curiosidad vacía.

Porque, en ese momento, entendí que la chica sarcástica y controlada no es solo reservada.

Hay una razón para cada límite que construyó.

Una razón para la rutina.

Para el silencio.

Para el miedo a depender.

Aún no sé cuál.

Y no debería querer saberlo.

Termino la ducha.

Esta vez, me visto antes de salir.

Ryan está esperando cerca de mi taquilla.

—Te lo estás tomando muy en serio.

—¿El qué?

—Ella.

—No existe ella.

—Existe una chica guapa, inteligente, a la que no le importa tu fama y te obliga a lavar los platos.

Cierro la taquilla.

—Eso no significa nada.

—Significa que encontraste tu kriptonita.

—No soy un personaje de cómic.

—No, pero tienes el mismo ego.

Paso junto a él.

Ryan me acompaña.

—¿Crees que puedes conquistarla?

Me detengo en medio del vestuario.

—No quiero conquistar a Grace.

Decir su nombre parece un error.

Ryan se da cuenta.

—Claro.

—Es mi compañera de piso.

—Y guapa.

—Ni siquiera la conoces.

—Evitas responder cada vez que pregunto.

—Porque no importa.

—Entonces di que no es guapa.

Me quedo en silencio.

Ryan abre una sonrisa triunfante.

—Exactamente.

Mason se acerca mientras se cierra la chaqueta.

—¿Qué estamos decidiendo?

—Sullivan no puede admitir que le parece guapa su compañera.

—Puedo admitirlo.

Los dos esperan.

Suelto el aire.

—Es guapa.

—¿Mucho? —pregunta Mason.

—¿Eso importa?

—Ahora importa.

Pienso en los ojos verdes con puntos dorados.

En las pecas.

En el pelo castaño cayendo alrededor del rostro.

En la sonrisa rara que transforma por completo la expresión seria.

—Mucho —respondo.

Ryan silba.

—Por fin.

—Eso no significa nada.

—Tienes que dejar de repetir eso —dice Mason—. Está empezando a significar lo contrario.

Caminamos hacia fuera del vestuario.

El pasillo de la arena está más concurrido de lo normal. Empleados instalan cámaras cerca de la pista. Un grupo de comunicación universitaria organiza cables e iluminación.

La temporada ni siquiera ha empezado de verdad y ya parece que estoy viviendo dentro de un escaparate.

Se acerca una mujer de prensa.

—Noah, necesito cinco minutos.

Claro.

Sostiene una carpeta y el tipo de sonrisa que significa que no son solo cinco minutos.

—¿Ahora?

—Tenemos que alinear la entrevista del viernes.

—Después de clase.

—Tienes reunión con el entrenador.

—Entonces antes del entrenamiento de la tarde.

—También tienes fotos con los patrocinadores.

Siento la tensión subir por la nuca.

—Encuentra un horario.

Ella nota mi tono.

—¿Está todo bien?

—Sí.

—Tu padre llamó.

Eso lo empeora.

—¿A ti?

—Al director deportivo.

Cierro los ojos un segundo.

—¿Qué quería?

—Solo confirmar que su equipo de prensa tendrá acceso a la zona de entrevistas.

Su equipo de prensa.

No el mío.

El suyo.

Mi padre gestiona atletas desde hace más de veinte años. Para él, una carrera empieza mucho antes del primer contrato.

Empieza en el comportamiento.

En la imagen.

En el control.

Nada puede parecer espontáneo.

Nada puede parecer mal.

—Yo lo resuelvo —digo.

—Noah…

—Después de clase.

Me alejo antes de que continúe.

Ryan viene detrás.

—¿Quieres hablar?

—No.

—Está bien.

No insiste.

Es una de las razones por las que somos amigos.

Fuera de la arena, el viento está fuerte.

Me pongo la gorra.

Tenemos clase en veinte minutos, pero Ryan señala la cafetería del edificio de al lado.

—Café.

—No hay tiempo.

—Sí lo hay.

Entramos.

El lugar está lleno.

Casi todos miran cuando pasamos.

Algunos levantan el móvil.

Otros fingen que no están mirando.

Estoy acostumbrado.

Aun así, hoy me irrita.

Ryan pide dos cafés.

Cuando nos alejamos del mostrador, una chica se acerca.

—¿Noah?

Sonrío por reflejo.

—Hola.

—¿Podemos hacernos una foto?

—Claro.

Le entrega el móvil a Ryan.

Nos ponemos lado a lado.

Ella me agarra del brazo.

Ryan toma la foto.

—Gracias —dice—. Suerte en el partido.

—Gracias.

Se aleja.

Otra persona se acerca.

Luego otra.

Cinco minutos desaparecen.

Cuando por fin conseguimos salir, Ryan me entrega el café.

—Te pones diferente.

—¿Cómo?

—Cuando tienes que ser Noah Sullivan.

Lo miro.

—Ese es mi nombre.

—Sabes lo que quiero decir.

Lo sé.

La sonrisa correcta.

La postura.

La respuesta educada.

La versión que todos esperan.

—Es parte de ello.

—Dices eso sobre todo.

—Porque lo es.

Ryan da un sorbo.

—¿Y Grace?

—¿Qué pasa?

—¿Ella te trata como Noah Sullivan o como Noah?

La pregunta me acompaña hasta clase.

No porque sea difícil responder.

Porque es fácil.

Grace no parece impresionada por nada relacionado con el hockey.

No pidió foto.

No mencionó números.

No habló del partido.

Cuando notó la presión, no intentó animarme con frases vacías.

Solo dijo que debía de ser difícil.

No sé qué versión de mí ve.

Tal vez ninguna todavía.

Pero, por primera vez en mucho tiempo, alguien parece dispuesto a descubrirlo sin haber elegido ya.

Durante la clase, intento concentrarme en el contenido.

Gestión de contratos deportivos.

Cláusulas de imagen.

Exposición pública.

Riesgos de conducta.

Todo lo que mi padre considera más importante que cualquier estadística dentro de la pista.

El profesor habla de atletas universitarios que perdieron patrocinios por escándalos personales.

Mi móvil vibra.

Un mensaje de Grace.

Lo abro bajo la mesa.

Dejaste la luz del baño encendida.

Miro la pantalla.

Sonrío.

Ryan, sentado dos asientos delante, gira la cara y se da cuenta.

Señala discretamente.

Yo lo ignoro.

Respondo:

Voy a intentar sobrevivir a la culpa.

La respuesta llega rápido.

La energía eléctrica no es gratuita.

Voy a pagar mi parte.

No es ese el punto.

¿Cuál es el punto?

Tarda un poco.

Apaga cuando salgas.

Sí, señora.

Los tres puntos aparecen.

Desaparecen.

Aparecen de nuevo.

No me llames así.

¿Cómo prefieres?

Grace.

Leo el nombre.

Imagino su voz diciéndolo.

Baja.

Irritada.

Bonita.

Respondo:

Sí, Grace.

Ella no manda nada más.

Pero la conversación ya destruyó el resto de mi concentración.

Cuando termina la clase, Ryan me espera en el pasillo.

—Estabas sonriendo al móvil.

—Grace se quejó de la luz del baño.

—Romántico.

—Es irritante.

—Te gusta.

—No.

—Sonreíste.

—Porque es absurdo.

—Sigues sonriendo.

Me paso la mano por la cara.

—Actúa como si yo fuera incapaz de vivir solo.

—Dejaste la luz encendida.

—Una vez.

—Y olvidaste la ropa antes de ducharte.

—Una vez.

—Y necesitaste instrucciones para secar una taza.

—Eso no cuenta.

Ryan abre la puerta del edificio.

—Parece que la necesitas.

—Necesito que dejes de hablar.

—No puedo.

Almorzamos con parte del equipo en el comedor.

La conversación pasa del partido a fiestas, luego a chicas.

Como siempre.

Mason está contando una historia exagerada sobre una estudiante de Derecho cuando Madison aparece y se sienta a mi lado.

—Desaparecido —dice.

—Tuvimos entrenamiento.

—Siempre tienes entrenamiento.

Ella toma una patata de mi plato.

No me quejo.

Madison y yo salimos algunas veces el semestre anterior.

Nada serio.

Nada exclusivo.

Ella lo sabía.

Yo también.

Terminó sin discusión.

Al menos eso fue lo que pensé.

—¿Vas a la fiesta del jueves? —pregunta.

—Tenemos partido el viernes.

—Nunca te impidió antes.

—Ahora soy capitán.

—Siempre usas eso como excusa cuando quieres parecer responsable.

Ryan me mira por encima del vaso.

Me doy cuenta.

No me gusta.

—No voy —respondo.

Madison se encoge de hombros.

—Entonces puedo ir a tu apartamento después.

—No.

La respuesta sale rápida.

Ella levanta las cejas.

—¿No?

—Estoy viviendo con alguien.

—¿Con la chica de ayer?

—Temporalmente.

—¿Es tu novia?

—No.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Pienso en la regla dos.

Veinticuatro horas de antelación.

También en la regla once.

Ninguna implicación.

Luego pienso en Grace entrando en la sala y encontrando a Madison en el sofá.

La forma en que apretaría los labios.

La manera en que diría que no le importa.

Quizá realmente no le importaría.

La idea me incomoda.

—No quiero llevar a nadie allí —digo.

Madison me observa.

—¿Desde cuándo?

—Desde ahora.

—¿Ella te lo pidió?

—No.

Técnicamente, lo pidió.

Pero no es el motivo.

O no debería serlo.

Madison sonríe sin humor.

—Interesante.

—No lo es.

—Llamas a todo desinteresante cuando estás interesado.

Ryan casi se atraganta con la bebida.

Lo miro.

Él finge toser.

Madison toma otra patata.

—Entonces, ¿quién es ella?

—Grace.

—Ya sé el nombre. Quiero saber qué hay entre ustedes.

—Nada.

Otra vez esa palabra.

Nada.

La uso tanto que empieza a parecer frágil.

—Vale —dice Madison—. Nada.

Se levanta.

Antes de irse, se inclina cerca de mi oído.

—Solo ten cuidado. Chicas como ella suelen parecer que no les importa hasta que consiguen exactamente lo que quieren.

El comentario me irrita.

—Tú no conoces a Grace.

Madison se detiene.

Me mira.

El comedor alrededor parece encogerse.

—¿Y tú la conoces?

No respondo.

Se va.

Ryan espera unos segundos.

—Eso fue intenso.

—No fue nada.

Empieza a reír.

—Necesitas encontrar otra palabra.

El entrenamiento de la tarde es peor.

No físicamente.

Mentalmente.

Las cámaras están en la grada.

Mi padre aparece cerca de la pista con dos hombres de traje.

No debería estar aquí.

Vino de Denver sin avisar.

Es exactamente el tipo de cosa que hace.

Durante los ejercicios, siento su mirada en cada movimiento.

Cuando fallo, sé que lo anotó.

Cuando acierto, sé que lo esperaba.

Después del entrenamiento, me encuentra en el pasillo.

—Estás distraído.

Ni hola.

Ni cómo estás.

—Estoy bien.

—No pregunté.

Se ajusta el puño de la camisa.

No usa ropa deportiva ni dentro de una arena.

—Tu remate está lento.

—Fue un entrenamiento.

—Los ojeadores no diferencian entrenamiento de partido cuando evalúan consistencia.

—No estaban aquí hoy.

—Las cámaras sí.

—Para material de la universidad.

—Todo se convierte en material.

Suelto la bolsa en el suelo.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—El equipo de Chicago confirmó presencia el viernes.

—Lo sé.

—También Boston.

No lo sabía.

Se me contrae el estómago.

—Vale.

—Quiero que mantengas el foco.

—Estoy enfocado.

—Tu postura dice lo contrario.

—Mi postura está cansada.

Me observa como si yo fuera un contrato con una cláusula problemática.

—Hubo un cambio en tu alojamiento.

Claro que lo sabe.

—Sí.

—Estás compartiendo apartamento con una estudiante.

No es una pregunta.

—Temporalmente.

—¿Quién es?

—Grace Mitchell.

—¿Carrera?

—Ciencias de la Computación.

—¿Historial disciplinario?

La rabia surge rápido.

—¿Hablas en serio?

—Tu imagen puede verse afectada.

—Ella no es una amenaza.

—Apenas la conoces.

—La conozco lo suficiente.

Las palabras salen antes de que piense.

Mi padre se da cuenta.

—¿Hay algo entre ustedes?

—No.

—Manténlo así.

El tono me molesta más de lo que debería.

—La universidad prohíbe relaciones entre compañeros de vivienda —continúa—. Una denuncia podría convertirse en un proceso disciplinario. No necesitas ese riesgo.

—No estoy planeando nada.

—Planear no evita el error.

—Grace no es un error.

El pasillo queda en silencio.

Mi padre sostiene mi mirada.

—No dije que lo fuera.

Pero lo dijo.

De alguna manera, lo dijo.

Agarro la bolsa.

—Tengo clase.

—Noah.

Me detengo.

—El viernes no es solo un partido.

—Para mí lo es.

—No debería serlo.

Me giro.

—Ese es el problema.

Me alejo.

No me sigue.

Cuando salgo de la arena, la noche ya empezó a caer.

El viento está más frío.

Me duelen los hombros.

También la cabeza.

Pienso en ir al apartamento de Ryan.

Quizá jugar videojuegos.

Quizá mantenerme lejos del trescientos doce por unas horas.

Pero mis pies siguen en la dirección opuesta.

A casa.

La palabra surge sin permiso.

Casa.

No es casa.

Es un apartamento temporal.

Con una chica que pone etiquetas invisibles en todo.

Cuando abro la puerta, el lugar está silencioso.

La lámpara cerca del sofá está encendida.

Grace está sentada en el suelo de la sala, rodeada de hojas, cables y dos portátiles.

El pelo está recogido en un moño alto.

Lleva una sudadera azul oscuro y calcetines gruesos.

Hay un bolígrafo entre sus labios.

No se da cuenta de mi entrada.

Me quedo parado.

Solo mirando.

Grace frunce el ceño ante la pantalla.

Escribe rápidamente.

Borra.

Vuelve a escribir.

Muerde la tapa del bolígrafo.

Es una escena simple.

Aun así, algo dentro de mí desacelera.

La presión del entrenamiento.

Mi padre.

Los ojeadores.

La entrevista.

Todo se queda fuera.

Cierro la puerta.

Grace levanta la cara.

—Llegaste.

—Pareces decepcionada.

—Solo lo constaté.

Mira el reloj.

—Es tarde.

—Son las ocho y veinte.

—Saliste temprano.

—Entrené dos veces.

Sus ojos recorren mi rostro.

—La marca empeoró.

Me toco la mandíbula.

—Te fijaste.

—Está roja.

—¿Estás preocupada?

—Estás repitiendo preguntas previsibles.

Me quito la chaqueta.

—¿Qué estás haciendo?

—Trabajando.

—Eso parece una central de control.

—Estoy probando un sistema.

Me acerco.

Grace cierra parcialmente la pantalla de uno de los portátiles.

—¿Secreto?

—Proyecto de la beca.

—¿No puedo verlo?

—No.

—¿Porque no lo entendería?

Ella duda.

—Porque todavía no está listo.

Me siento en el sofá.

—¿Cuál es la idea?

Grace me mira.

Tal vez decide si vale la pena explicarlo.

—Un sistema de predicción de fallos en redes universitarias.

—¿Como el que causó el error de la vivienda?

—No exactamente. Pero puede identificar inconsistencias antes de que afecten a los usuarios.

—Entonces podría haber impedido que viniéramos a vivir juntos.

Su expresión cambia.

—Quizá.

—Parece un proyecto malo.

—Ayer dirías lo contrario.

—Ayer no sabía que cocinabas tan mal.

Grace me mira fijamente.

—Te lo comiste todo.

—Por educación.

—Repetiste dos veces.

—Tenía hambre.

Vuelve a la pantalla.

Veo la comisura de su boca subir.

Pequeña.

—Sonreíste —digo.

—No.

—Lo acabo de ver.

—Problema tuyo.

—Dos días y ya me estoy volviendo bueno en esto.

—¿Bueno en qué?

—En hacerte sonreír.

Grace se quita el bolígrafo de la boca.

—No conviertas esto en una competición.

—Demasiado tarde.

—Yo no acepté.

—No hace falta.

Cierra el portátil.

—¿Por qué todo tiene que ser un desafío para ti?

La pregunta es más seria que el tono.

Pienso.

En el hielo, los desafíos tienen respuesta.

Velocidad.

Fuerza.

Tiempo.

Victoria o derrota.

Fuera de él, nada es tan simple.

—Porque los desafíos tienen sentido —digo.

Grace me observa.

—Las personas no son desafíos.

—Algunas actúan como si lo fueran.

—Tal vez porque no quieren ser tratadas como un juego.

La frase golpea algún lugar incómodo.

—No estoy jugando contigo.

—Dijiste que yo era tu pasatiempo.

—Estaba provocando.

—Exactamente.

Me quedo en silencio.

Grace abre el portátil de nuevo.

—¿Tuviste un mal día? —pregunta.

La miro.

—¿Cómo lo sabes?

—Estás provocando menos.

—¿Eso es preocupante?

—Un poco.

Sonrío.

—Mi padre apareció en el entrenamiento.

—¿Eso es malo?

—Depende.

—Parece malo.

Apoyo los codos en las rodillas.

—Él gestiona atletas.

—Lo mencionaste.

—Para él, todo es carrera. Toda conversación. Toda foto. Toda persona.

Grace cierra la pantalla otra vez.

Esta vez, me presta atención completa.

—¿Y tú?

—¿Qué pasa?

—¿Qué es todo para ti?

La pregunta me toma desprevenido.

—Hockey.

—¿Solo?

—Por ahora.

Inclina la cabeza.

—Eso suena solitario.

Me río sin humor.

—Tú llamas a todo presión o soledad.

—Porque tú llamas a todo parte del trabajo.

Me quedo mirándola.

Grace no aparta la mirada.

Los ojos verdes parecen más oscuros bajo la luz baja.

—¿Él sabe que vives conmigo? —pregunta.

—Lo sabe.

—¿Y?

—Cree que es arriesgado.

Su expresión se cierra.

—Por la regla.

—Por todo.

—Tu imagen.

—Sí.

—Entiendo.

Empieza a guardar los papeles.

Demasiado rápido.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Usas mucho esa palabra.

—Necesito terminar en la habitación.

—Grace.

Se detiene.

—Él no dijo nada sobre ti.

—No hace falta que expliques.

—No quiero que pienses…

—¿Que soy un riesgo?

El tono es calmado.

Eso lo hace peor.

—Yo no pienso eso.

—Pero él sí.

—Mi padre piensa en contratos.

—¿Y tú en qué piensas?

La pregunta queda entre nosotros.

Pienso en ella en la cocina.

En el pasillo de la arena.

En la forma en que se pone roja e intenta culpar al frío.

En la sonrisa rara.

En la ausencia de cualquier interés por mi fama.

—Creo que eres irritante —digo.

Grace endurece el rostro.

—Genial.

—Controladora.

—Mejor todavía.

—Testaruda.

—¿Terminaste?

—No.

Espera.

Me levanto del sofá.

Me quedo frente a ella.

—También creo que eres la primera persona en mucho tiempo que habla conmigo sin querer algo.

Grace no se mueve.

—Tal vez yo quiera silencio.

—Eso ya lo sé.

—Entonces quiero algo.

—No de mí.

Baja la mirada.

—Tú no lo sabes.

—Sí lo sé.

—¿Cómo?

—Porque, si lo quisieras, ya lo habrías pedido.

—Tal vez no me guste pedir.

—Tal vez.

La distancia entre nosotros no es pequeña.

Aun así, lo parece.

Grace sostiene una hoja contra el pecho.

Un gesto defensivo.

Familiar.

—Tu padre tiene razón en una cosa —dice.

—¿Cuál?

—Esto puede ser arriesgado.

—¿Para mi carrera?

—Para los dos.

La forma en que dice "los dos" me llama la atención.

Se da cuenta demasiado tarde.

—Dijiste nosotros —comento.

Grace cierra los ojos.

—No empieces.

—Fue espontáneo.

—Fue gramatical.

—Aun así.

—Noah.

—Grace.

Intenta pasar junto a mí.

Doy un paso a un lado.

No bloqueo.

Solo acompaño.

—¿Vas a huir?

—Voy a trabajar.

—¿En la habitación?

—Sí.

—¿Puerta cerrada?

—Sí.

—¿Significa no molestar?

—Aprendiste.

—¿Y si hay pesadilla?

Grace se detiene.

Me mira.

—¿Todavía insistes con eso?

—Todavía no respondiste bien.

—Si tienes una pesadilla, lidia con ella.

—¿Y si es sobre ti?

Su cara se pone roja.

La victoria es inmediata.

Pero no siento la misma satisfacción.

Porque, por un segundo, imagino realmente soñar con ella.

No es difícil.

Grace con el pelo suelto.

Sin la sudadera enorme.

Los ojos verdes menos cautelosos.

La idea baja por mi cuerpo demasiado rápido.

Ella nota algún cambio en mi rostro.

—Estás bromeando —dice.

Debería responder que sí.

—Claro.

La mentira sale un segundo tarde.

Grace me observa.

Luego entra en la habitación.

La puerta se cierra.

Me quedo solo en la sala.

Mi móvil vibra.

Mensaje de Ryan.

Fiesta el jueves. ¿Vas?

Respondo:

No.

¿La nerd lo prohibió?

Miro la puerta de Grace.

No la llames así.

La respuesta tarda dos segundos.

DIOS MÍO.

Bloqueo el móvil.

Voy a la cocina.

Hay un plato cubierto sobre la encimera.

Una nota al lado.

Sobró cena. Calienta por dos minutos. No dejes el plato dentro del fregadero.

Sonrío.

La comida es pasta con salsa.

No sé si la hizo para mí.

Probablemente diría que no.

Caliento.

Como de pie.

Lavo el plato.

Seco.

Guardo.

Luego saco una foto del armario y se la mando a Grace.

Regla seis cumplida.

La respuesta llega casi inmediatamente.

Felicidades por ejecutar una tarea básica de la vida adulta.

¿Gané alguna recompensa?

No.

¿Ni una sonrisa?

Tarda.

Buenas noches, Noah.

Miro la pantalla.

Eso no fue un no.

Ella no responde.

Aun así, me quedo sonriendo.

A la mañana siguiente, Ryan saca el tema durante el entrenamiento ligero.

—Tenemos que establecer una apuesta.

—No.

—Ni escuchaste.

—No importa.

Mason se acerca.

—¿La chica?

—Grace —corrijo.

Los dos se miran.

Ryan abre una sonrisa.

—La chica llamada Grace.

—¿Qué quieren?

—Dijiste que casi nunca sonríe —dice Ryan.

—Yo no dije eso.

—Dijiste que ya lo lograste dos veces.

—Quizá tres.

—¿Estás contando? —pregunta Mason.

No respondo.

Se ríen.

—Entonces la apuesta es simple —continúa Ryan—. Haz que Grace se ría de verdad hasta el viernes.

—No voy a apostar nada que la involucre.

La respuesta sale firme.

Ryan levanta las manos.

—No una apuesta romántica.

—Ninguna apuesta.

—Un desafío personal, entonces.

Mason golpea el palo contra el suelo.

—Si lo consigues, Ryan limpia tu taquilla por una semana.

—Eh.

—Si no lo consigues, tú llevas el café del equipo por tres días.

Los miro a los dos.

Es idiota.

Infantil.

Exactamente el tipo de cosa que normalmente aceptaría sin pensar.

Pero Grace no es una conquista.

No quiero que se convierta en historia en el vestuario.

—No.

Ryan me estudia.

—De verdad te gusta.

—No me gusta.

—Entonces, ¿por qué la estás protegiendo?

—Porque ella no tiene nada que ver con ustedes.

Mason silba.

—Eso fue casi romántico.

Me encajo el casco en la cabeza.

—Cállense.

Ryan sonríe.

—Sin apuesta.

—Sin apuesta.

—Pero igual quieres hacerla reír.

Pienso en su sonrisa en la cocina.

En el hoyuelo cerca de la boca.

En la manera en que le cambia toda la cara.

—Quiero.

—¿Por qué?

Miro la pista.

No tengo una respuesta simple.

Tal vez porque es raro.

Tal vez porque parece verdadero.

Tal vez porque, cuando Grace sonríe, por unos segundos deja de intentar desaparecer.

—Porque se pone bonita cuando se olvida de que está intentando no serlo.

Ryan se queda en silencio.

Mason también.

Me doy cuenta demasiado tarde de que lo dije en voz alta.

—Tío —dice Ryan.

—Ni una palabra.

—Estás perdido.

—No lo estoy.

—Estás completamente perdido.

El entrenador silba.

Entramos en el hielo.

Patino hasta la línea central.

Debería pensar en el partido.

En los ojeadores.

En mi padre.

En la temporada que puede decidir todo el resto de mi vida.

Pero todo lo que consigo pensar es que, esa noche, voy a volver al apartamento trescientos y doce.

Grace probablemente estará estudiando.

Se quejará de alguna luz encendida.

Fingirá que no se fijó en mí.

Yo la provocaré.

Ella pondrá los ojos en blanco.

Tal vez sonría.

Y, de repente, la idea de volver a casa parece mejor que cualquier otra parte de mi día.

Eso debería preocuparme.

En vez de eso, recibo el disco y avanzo.

Porque los desafíos siempre tuvieron sentido para mí.

El problema es que Grace Mitchell ya no parece un desafío.

Está empezando a parecer algo mucho más peligroso.

Algo que realmente no quiero perder.

CAPÍTULO 5

TESTIGO DE UN DESASTRE

GRACE

Ethan aparece en el apartamento a las siete y veintitrés de la noche con una bolsa de comida china, dos botellas de refresco y la expresión de alguien a punto de ver el episodio más esperado de una serie.

Abro la puerta e inmediatamente me arrepiento.

— Trajiste comida para tres personas — observo.

— Traje comida para dos personas y un atleta profesional en fase de crecimiento.

— Él no es profesional.

— Todavía.

Ethan entra sin esperar invitación.

— Noah no está.

Se detiene en medio de la sala.

— ¿Cómo que no está?

— Salió.

— ¿A dónde?

— No lo sé.

— ¿Con quién?

— Tampoco lo sé.

Ethan se gira lentamente.

— ¿No preguntaste?

— No soy responsable de su agenda.

— Pero vive aquí.

— Temporalmente.

— ¿Y aun así no preguntaste?

— ¿Por qué preguntaría?

— Curiosidad humana básica.

— No tengo.

Ethan pone la bolsa sobre la mesa.

— Sí tienes. Solo eres muy mala en admitirlo.

Cierro la puerta.

— Él tiene entrenamiento, reuniones, clases y una vida entera que no me concierne.

— Sabes su agenda.

— Lo comentó.

— ¿En detalle?

— No fueron detalles.

— ¿Cuántos entrenamientos tiene hoy?

Cruzo los brazos.

— Dos.

Ethan esboza una sonrisa.

— ¿A qué hora termina el segundo?

— No lo sé.

— Grace.

— A las ocho.

— Sabes la hora.

— Porque él lo dijo.

— Y lo memorizaste.

— No lo memoricé.

— ¿Almacenas información irrelevante sobre todos tus compañeros de apartamento?

— Nunca tuve otro.

— Entonces Noah es especial.

— Noah es inconveniente.

Ethan saca los recipientes de la bolsa.

— Las dos cosas no se excluyen.

Me siento a la mesa y tomo uno de los palillos.

— ¿Viniste a cenar o a conducir un interrogatorio?

— Ambos.

— No estoy interesada.

— Tampoco te estoy preguntando si estás interesada. Estoy observando que lo estás.

Abro uno de los recipientes.

Fideos.

Ethan sabe que es mi pedido favorito.

Eso me irrita menos de lo que debería.

— ¿Cómo fue tu día? — pregunto, en un intento desesperado de cambiar de tema.

— Horrible. El profesor Miller rechazó mi proyecto.

— ¿Por qué?

— Dijo que una aplicación que predice cuándo alguien va a tomar una mala decisión basada en el historial de mensajes no tiene relevancia académica.

— Tiene razón.

— No respetas la innovación.

— Llamaste al proyecto "Detector de Ex Tóxico".

— Marketing.

— No es investigación.

— Es servicio público.

Tomo un poco de fideos.

— Necesitas reducir el alcance.

— Necesito un profesor con visión.

— Necesitas un problema real.

Ethan me mira fijamente.

— ¿Quieres hablar de problemas reales?

— No.

— Genial. Hablemos de Noah.

Suelto los palillos sobre el plato.

— Eres imposible.

— Aprendí con tu compañero de apartamento.

— Apenas hablaste con él.

— Cuatro minutos fueron suficientes para que me diera cuenta de tres cosas.

— ¿Cuáles?

Ethan cuenta con los dedos.

— Es aún más guapo de cerca. Le gusta provocarte. Y te mira como si estuviera intentando resolver un problema sin fórmula.

Se me contrae el estómago.

— Él mira a todo el mundo.

— No de esa manera.

— ¿De qué manera?

Ethan sonríe.

— Interesante.

— Eso no es una descripción.

— Es la única que vas a recibir mientras sigas fingiendo que no lo sabes.

Vuelvo a comer.

— Noah coquetea por hábito.

— Probablemente.

— Lo hace con todas.

— Tal vez.

— Entonces no significa nada.

— Puede que no signifique para él.

La frase me hace levantar la vista.

— ¿Y para mí?

— Esa es la parte que me preocupa.

— No necesitas preocuparte.

— Amiga, me mandaste un mensaje a las ocho de la mañana informando que él había salido de la ducha con una toalla.

— Tú preguntaste.

— Pregunté si habías sobrevivido.

— El contexto era relevante.

— Después describiste los hombros.

— Yo no describí los hombros.

— Dijiste que eran anchos.

— Eso es una observación objetiva.

— Y comentaste los ojos.

— Tú ya sabías que eran azules.

— No sabía que te dejaban "absurdamente irritada".

— Son irritantes.

— Los ojos no tienen comportamiento.

— Los suyos sí.

Ethan apoya la barbilla en la mano.

— Eso fue casi poético.

— Fue una queja.

— Fue atracción con rabia.

— No existe atracción con rabia.

— Existe. Es la base de la mitad de los libros que finges no leer.

— Yo no leo novelas románticas.

— Tienes tres escondidas en la última estantería.

Me quedo inmóvil.

— ¿Revisaste mis libros?

— Estaba buscando un cargador.

— ¿En la estantería?

— Fue una búsqueda creativa.

Le apunto con los palillos.

— No entres en mi cuarto.

— No entré. Lo vi cuando abriste la puerta.

— Ethan.

— Está bien. Tu secreto está a salvo.

Sonríe.

— Siempre que admitas que Noah es guapo.

— Ya admití que él es físicamente por encima de la media.

— Eso no es admitir. Es emitir un informe.

— Es lo máximo que vas a conseguir.

El sonido de la llave girando en la puerta interrumpe la conversación.

Mi cuerpo reacciona antes de que pueda impedirlo.

Enderezo la postura.

Mi corazón se acelera un poco.

Ethan se da cuenta.

Claro que se da cuenta.

La puerta se abre.

Noah entra con la bolsa deportiva al hombro y el cabello húmedo. Lleva pantalón negro, camiseta del equipo y una chaqueta abierta. La piel cerca de la mandíbula aún está ligeramente enrojecida.

Sus ojos encuentran los míos primero.

Luego pasan a Ethan.

— Tenemos visita.

— No soy visita — responde Ethan. — Soy supervisión.

Noah cierra la puerta.

— Eso suena peligroso.

— Para ti, tal vez.

Ethan se levanta y abre los brazos.

— Por fin podemos hablar con calma.

Noah deja la bolsa en el suelo.

— Pensé que ya habíamos hablado.

— Aquello fue una presentación. Ahora es una evaluación completa.

— Ethan — advierto.

Él ignora.

— ¿Comes comida china?

— Como cualquier cosa después del entrenamiento.

— Excelente. Grace pidió comida suficiente para ti.

— Yo no pedí — digo.

Ethan mira a Noah.

— Ella sabía que volverías a las ocho.

Noah gira el rostro hacia mí.

La sonrisa aparece despacio.

— ¿Lo sabías?

— Lo mencionaste.

— Y lo recordaste.

— Tengo buena memoria.

— ¿Para información irrelevante?

— Especialmente para la que afecta el uso del baño y de la cocina.

Noah se quita la chaqueta.

La camiseta se ajusta al pecho y a los brazos.

Desvío la mirada al plato.

Ethan acompaña el movimiento.

— Siéntate — dice. — Antes de que Grace encuentre una regla que prohíba a atletas cansados ocupar espacio vertical.

Noah se ríe y toma una silla.

Se sienta a mi lado.

No enfrente.

A mi lado.

Hay espacio suficiente en toda la mesa.

Él elige exactamente la silla más cercana.

— ¿Por qué aquí? — pregunto.

— Porque hay comida.

— Hay comida del otro lado.

— Pero los palillos están aquí.

— Puedes cogerlos.

— Ya me senté.

Ethan se sirve mientras observa a los dos.

La sensación es similar a estar bajo análisis en un laboratorio.

— Entonces — empieza —, Noah Sullivan.

— Ethan Brooks.

— ¿Siempre dices el nombre completo de las personas?

— Solo cuando quiero que la conversación parezca importante.

Noah toma un recipiente.

— Funciona.

— Genial. Primera pregunta.

— No habrá preguntas — digo.

— Grace, tú no eres la anfitriona de esta entrevista.

— El apartamento es mío.

Noah inclina el rostro.

— Nuestro.

Cierro los ojos.

Ethan aplaude una vez.

— Es aún mejor en vivo.

— No lo alientes — digo.

— Demasiado tarde — responde Noah.

Ethan le señala.

— Primera pregunta: ¿pretendes destruir la rutina de mi mejor amiga?

Noah piensa por un segundo.

— No intencionalmente.

— Respuesta honesta. Me gustó.

— Ethan.

— Segunda pregunta: ¿cuántas chicas ya entraron en este apartamento?

— Ninguna.

— Excelente.

Noah me mira.

— Todavía.

Siento la mandíbula tensarse.

— La regla exige aviso previo.

— Lo sé.

— Veinticuatro horas.

— También lo sé.

Ethan mira de uno a otro.

— ¿Existe una posibilidad real de que eso ocurra?

— Claro — responde Noah.

Mi tenedor se detiene en el aire.

No debería.

Pero se detiene.

— Ah — dice Ethan.

Noah se sirve arroz.

— Tengo amigos.

— ¿Amigos hombres? — pregunta Ethan.

— También.

— ¿Y amigas?

— Algunas.

El tono casual me irrita.

No porque me importe.

Porque él sabe exactamente lo que está haciendo.

— Mientras avises — digo.

Noah me mira.

— ¿De verdad no te molesta?

— ¿Por qué me molestaría?

— No sé. Pareces tensa.

— Estoy sosteniendo palillos.

— Como si fueran armas.

Ethan esconde una sonrisa detrás del vaso.

— No estoy tensa.

— Entonces genial.

Noah se lleva la comida a la boca.

— Tal vez invite a Madison.

El nombre provoca una reacción inmediata.

Pequeña.

Física.

Un apretón bajo en el estómago.

— ¿Quién es Madison? — pregunta Ethan.

— Nadie — respondo.

Al mismo tiempo, Noah dice:

— Una amiga.

Ethan me mira.

— Tú sabes quién es.

— La vi una vez.

— Y preguntaste si ellos salían — añade Noah.

Giro el rostro.

— Por contexto.

— ¿Qué tipo de contexto? — pregunta Ethan, claramente encantado.

— De convivencia.

— Claro.

— Ella me estaba mirando. Yo quería saber si había riesgo de que apareciera en el apartamento.

— Riesgo — repite Noah.

— No en el sentido físico.

— ¿Qué otro sentido?

— No importa.

Noah apoya el brazo en la mesa.

El antebrazo queda cerca del mío.

Demasiado cerca.

— Madison y yo no salimos.

— Ya lo dijiste.

— Pero ya salimos.

No sé por qué elige añadir eso.

Tal vez para provocarme.

Tal vez porque sea cruel.

Tal vez porque coquetea con cualquier reacción.

— Felicidades — digo.

— No fue una conquista.

— Entonces ¿por qué lo estás contando?

Noah se queda en silencio por un segundo.

— Porque pareces curiosa.

— No lo estoy.

— Tu cara dice otra cosa.

— Mi cara no dice nada.

Ethan empieza a reír.

— Tu cara está escribiendo un informe completo.

Lo miro.

— No estás ayudando.

— No vine a ayudar. Vine a observar.

Noah sonríe.

— Me gustas aún más.

— Cuidado. Soy encantador.

— Lo sé. Anunciaste que estabas disponible incluso antes de que yo entrara.

— La transparencia lo es todo.

Noah toma un rollito de primavera.

— ¿Y tú estás soltero?

— Mucho.

— ¿Por elección?

— Por estándares elevados y mala suerte estadística.

— Se enamora de hombres emocionalmente indisponibles — explico.

Ethan me mira fijamente.

— Eso era confidencial.

— Se lo contaste a la mitad del laboratorio.

— El laboratorio es una comunidad segura.

— Todo el laboratorio sabe que tu última cita lloró porque el ex vio una foto.

Noah casi se atraganta.

— ¿Eso pasó?

Ethan me señala.

— Ella parece callada, pero es brutal.

— Ya me di cuenta.

— Grace siempre gana discusiones — continúa Ethan. — Incluso cuando está equivocada.

— Porque rara vez lo estoy.

— Ella tampoco nunca pide disculpas.

— Pido cuando es necesario.

— En 2024, le pediste disculpas a una impresora.

— Porque yo había culpado al equipo por un error mío.

Noah baja el tenedor.

— ¿Le pediste disculpas a una impresora?

— Fue un comentario retórico.

— Dijiste "perdón, tenías razón" — cuenta Ethan.

— Nadie debería confiar en ti.

Noah se ríe.

El sonido llena la cocina.

Es fácil.

Cálido.

Me doy cuenta de que me gusta cuando se ríe de verdad.

No la sonrisa pública del póster.

No la expresión provocadora que usa conmigo.

Esa risa es diferente.

Más joven.

Más ligera.

Los ojos azules se vuelven menos intensos cuando se ríe y pequeñas líneas aparecen en las comisuras.

El hoyuelo izquierdo aparece.

Mi mirada se demora.

Noah se da cuenta.

La risa disminuye.

Nuestras miradas se encuentran.

Por un segundo, no existe Ethan.

Ni comida.

Ni reglas.

Solo la manera en que Noah me mira, como si supiera exactamente que yo estaba reparando.

Bajo la mirada.

— Tercera pregunta — anuncia Ethan.

La tensión se rompe.

Noah vuelve a comer.

— Pensé que ya estuviéramos en la quinta.

— Las anteriores eran calentamiento.

— Esta es una entrevista larga.

— Grace merece una investigación rigurosa.

— Estoy sentada aquí — digo.

— Exactamente. Así puedes impedir que yo sea tendencioso.

Ethan se inclina.

— ¿Qué quieres con ella?

Me atraganto con el refresco.

Noah se detiene.

La mesa queda en silencio.

— Ethan — digo, tosiendo.

— ¿Qué? Pregunta objetiva.

— No hay motivo para preguntar eso.

— Hay un hombre muy guapo compartiendo apartamento con mi mejor amiga. Yo sería irresponsable si no preguntara.

Noah apoya el tenedor en el plato.

La expresión divertida desaparece un poco.

— Nada que ella no quiera.

La respuesta sale calmada.

Sin sonrisa.

Sin provocación.

Se me oprime el pecho de una manera inesperada.

Ethan observa a Noah.

Luego me mira a mí.

— Buena respuesta — dice.

Noah vuelve al plato.

— ¿Siguiente?

— No — respondo.

— Tengo otras.

— Guárdalas.

— ¿Puedo preguntar sobre la toalla?

— No.

Noah levanta la vista.

— ¿Ella contó?

— Con detalles suficientes.

— No conté detalles.

— Dijiste que él tenía hombros anchos — recuerda Ethan.

Noah se gira hacia mí.

La sonrisa vuelve.

— ¿Describiste mis hombros?

El calor me sube por la cara.

— Él preguntó.

— Y tú respondiste.

— Fue una constatación.

— ¿Por encima de la media? — sugiere Ethan.

Noah se ríe.

— ¿Fue exactamente eso?

— No.

— Fue casi eso — responde Ethan.

— Estás vetado del apartamento.

— No puedes vetarme. Soy tu único amigo.

— Tengo otros.

— Nombra dos.

Noah me mira.

— ¿Esta conversación ya ocurrió?

— Con frecuencia — dice Ethan.

Noah se recuesta en la silla.

— Puedo ser uno de los dos.

La frase parece simple.

Aun así, me toma desprevenida.

— Vives conmigo — respondo.

— No impide la amistad.

— Tú no eres mi amigo.

Noah sostiene mi mirada.

— Todavía.

La palabra queda entre nosotros.

Todavía.

No sé por qué parece tan íntima.

Tal vez porque sugiere futuro.

Tal vez porque yo haya empezado a imaginar que el futuro de él realmente incluirá estar aquí.

Ethan tamborilea los dedos sobre la mesa.

— Bien. Antes de que empiecen a mirarse como protagonistas de un anuncio de perfume, voy a buscar las galletas.

— No hay galletas — digo.

— Traje en la bolsa.

Se levanta y va hasta la sala.

Noah habla bajo:

— ¿Él siempre es así?

— Peor cuando está cómodo.

— Me gusta.

— Eso es porque todavía no contó detalles vergonzosos sobre ti.

— Puedo proporcionar algunos.

— No necesito.

— ¿No estás curiosa?

— No.

— ¿Ni un poco?

— No.

Noah acerca el rostro.

— Mentirosa.

Mi respiración cambia.

Lo dice sonriendo, pero hay algo más en la mirada.

Algo que calienta la piel.

— No estoy mintiendo.

— Quieres saber sobre Madison.

— No quiero.

— Quieres saber cuántas chicas ya llevé a casa.

— Mucho menos.

— Quieres saber si duermo sin camiseta.

— Ya sé que andas sin camiseta.

— No fue lo que pregunté.

Me quedo inmóvil.

Noah sonríe más.

— Eres insoportable.

— Y tú evades preguntas.

— Porque son inapropiadas.

— La respuesta es sí.

Mi mirada se escapa involuntariamente al pecho de él.

La camiseta lo cubre todo.

Eso debería ser reconfortante.

No lo es.

— No me interesa — digo.

— Claro.

Ethan vuelve con las galletas.

— ¿Me perdí algo?

— Grace acaba de preguntar cómo duermo — responde Noah.

— Yo no pregunté.

— Eso es excelente — dice Ethan, sentándose. — ¿Y cómo duerme?

— Sin camiseta — responde Noah.

— Naturalmente.

— ¿Podemos hablar de otra cosa? — pido.

— Podemos hablar del partido — sugiere Ethan.

Noah lo mira.

— ¿Lo sigues?

— Sigo a hombres guapos practicando deportes. Las reglas son secundarias.

— Eso explica por qué animas a tres equipos diferentes.

— Yo animo a la diversidad.

Noah se ríe.

— El partido es el viernes.

— ¿Grace va?

— No — respondo.

Noah habla al mismo tiempo:

— Todavía no la invité.

Lo miro.

— Y no hace falta.

— ¿Por qué?

— Porque no me gusta el hockey.

— Nunca viste un partido.

— Ya vi videos.

— Eso no cuenta.

— Cuenta lo suficiente.

— ¿No quieres ver si puedo usar el cerebro y patinar al mismo tiempo?

— Hay testigos, ¿recuerdas?

— Prefiero que lo verifiques personalmente.

Ethan me da una patada por debajo de la mesa.

Le lanzo una mirada.

— Tengo un proyecto.

— ¿Viernes por la noche? — pregunta Noah.

— Sí.

— Trabajas todos los días.

— Porque quiero ganar la beca.

— Dos horas no van a destruir tu proyecto.

— Tú no lo sabes.

— Tú no sabes cómo es un partido en vivo.

— No quiero saberlo.

Noah me observa.

La expresión se vuelve seria.

— ¿Tienes miedo de que te guste?

La pregunta es una provocación.

Aun así, acierta.

— ¿Del hockey?

— De verme jugar.

Ethan hace un ruido bajo.

— Él es muy bueno en eso.

— ¿En qué? — pregunto.

— En convertir cualquier frase en coqueteo.

Noah no aparta la mirada.

— Viernes. Siete de la noche.

— No.

— Voy a conseguir una entrada.

— No.

— Ethan puede ir.

— Me encantaría — responde Ethan.

— Nadie preguntó.

— Él acaba de preguntar.

Noah sonríe.

— Entonces está decidido.

— No lo está.

— Ustedes van.

— No voy.

— Sí vas.

— ¿Por qué crees que puedes decidir?

— Porque necesitas salir del laboratorio.

— No necesitas cuidar de mí.

La frase sale más dura de lo que pretendo.

Noah se detiene.

Por un instante, algo cambia en su rostro.

— No estoy intentando cuidar — dice. — Solo estoy invitando.

La culpa surge inmediatamente.

— Lo sé.

— Entonces puedes decir que no sin actuar como si yo estuviera intentando controlar tu vida.

Ethan me mira.

No necesito que hable.

Sé que me equivoqué.

— Perdón — digo.

La palabra sale baja.

Noah parece sorprendido.

Ethan también.

— Dios mío — murmura Ethan. — Ella le pidió disculpas a una persona.

— Cállate.

Noah me observa por un segundo.

— Está bien.

— Yo solo no me gusta cuando deciden cosas por mí.

— Entendido.

— Pero Ethan puede ir.

— ¿Y tú?

— No prometo.

La sonrisa de Noah vuelve, más pequeña.

— Lo consideraré progreso.

Ethan se pone la mano sobre el corazón.

— El viernes voy a vivir mi sueño universitario.

— Estudias aquí desde hace tres años — digo.

— Nunca fui invitado por el capitán.

— No hice una invitación personal.

— Ahora lo arruinaste.

Noah se ríe.

Terminamos la cena entre preguntas de Ethan y respuestas casi siempre exageradas.

Descubro que Noah empezó a jugar hockey a los cinco años.

Que se rompió el brazo dos veces.

Que odia las aceitunas.

Que sabe tocar la guitarra, aunque dice que apenas se acuerda.

Que su hermana se llama Lily y tiene diecinueve años.

También descubro que no le gusta hablar del padre por mucho tiempo.

Siempre cambia de tema.

Es sutil.

Tal vez Ethan no se dé cuenta.

Yo me doy cuenta.

Noah también aprende cosas sobre mí.

Que odio los lugares abarrotados.

Que ya participé en tres maratones de programación.

Que duermo poco antes de los exámenes.

Que mi color favorito es el verde, aunque Ethan lo revela sin autorización.

Que nunca fui a un partido universitario.

Cuando la cena termina, Noah empieza a recoger los platos.

— Yo lavo — digo.

— Cociné ayer. Hoy no.

— Ethan trajo la comida.

— Entonces él lava.

Ethan se levanta.

— Soy invitado.

— Pensé que no eras visita — comenta Noah.

— Soy supervisión. Función administrativa.

— Ensuciaste un plato.

— Mi contrato no prevé trabajo manual.

Noah toma su plato.

— Entonces seca.

— Puedo hacer eso.

Vamos los tres a la cocina.

El espacio se queda pequeño.

Noah lava.

Ethan seca.

Yo guardo.

Es extraño.

Ridículamente doméstico.

Ethan empieza a cantar una canción romántica.

— Para — digo.

— Estoy creando ambiente.

— No lo necesitamos.

— Discrepo.

Noah le pasa un plato.

— Tu voz es peor que la mía.

— ¿Grace te oyó cantar?

— A las seis de la mañana — respondo.

Ethan abre mucho los ojos.

— ¿Cantas en la ducha?

— Todo el mundo canta.

— Grace no.

— ¿Cómo lo sabes? — pregunta Noah.

— Ella no canta. Ella probablemente enumera algoritmos.

— Yo escucho música.

— ¿Cuál? — pregunta Noah.

— Varias.

— Cita una.

— No necesito probar.

— No sabes el nombre.

— Sí sé.

— Entonces dilo.

— Fleetwood Mac.

Noah deja de lavar.

— ¿Te gusta Fleetwood Mac?

— A mi padre le gustaba.

La cocina queda en silencio por un momento.

Hablé antes de pensar.

Noah no comenta sobre mi padre.

Solo dice:

— Yo estaba cantando “Dreams” ayer.

— Lo sé.

Sus ojos encuentran los míos.

El recuerdo de la mañana vuelve.

Mi padre preparando panqueques.

La voz desafinada.

Una cocina que ya no existe.

Noah parece entender algo sin que yo explique.

— Puedo cantar más bajo — ofrece.

— No hace falta.

La respuesta me sorprende.

Noah también parece sorprendido.

— Solo no a las seis.

— ¿Seis y media?

— Seis y cuarenta y cinco.

— Hecho.

— Eso no es una negociación oficial.

— Parece.

Ethan mira entre nosotros.

— Están creando tradiciones de pareja.

— No somos una pareja — digo rápidamente.

Noah permanece callado.

Por una fracción de segundo, espero que haga alguna broma.

No la hace.

La ausencia me incomoda.

Ethan seca el último plato.

— Voy al baño.

— ¿Por qué lo estás anunciando? — pregunto.

— Para dejarlos a solas de manera transparente.

— Ethan.

Desaparece por el pasillo.

Noah enjuaga el fregadero.

Me quedo cerca del armario, sin saber por qué todavía estoy allí.

— Tu amigo es protector — dice.

— A su manera.

— ¿Él cree que voy a hacerte daño?

— No.

— ¿Estás segura?

— Ethan cree que cualquier hombre guapo es un riesgo.

Noah se gira.

— Entonces crees que soy guapo.

Me doy cuenta del error demasiado tarde.

— Fue una referencia a la opinión de él.

— Pero no discrepaste.

— No voy a discutir de nuevo.

— Porque perderías.

— Yo nunca pierdo discusiones.

Noah se acerca.

Despacio.

El espacio entre nosotros disminuye.

— Siempre hay una primera vez.

— No contigo.

— ¿Estás segura?

— Absoluta.

Se detiene a menos de un paso.

El perfume amaderado envuelve el aire.

Los ojos azules bajan por mi rostro.

Mi cuerpo se vuelve demasiado consciente de su propio peso.

De las manos.

De la respiración.

De la boca.

— Entonces di — pide Noah.

— ¿Di qué?

— Que no me encuentras guapo.

El corazón se acelera.

— Eso es infantil.

— Es simple.

— No necesito alimentar tu ego.

— Mi ego sobrevive.

— Entonces deja de preguntar.

— Grace.

La voz sale baja.

Casi íntima.

— Noah.

— Di.

Yo debería.

Sería fácil.

Cuatro palabras.

No te encuentro guapo.

Pero la mentira se queda atrapada antes de llegar a la boca.

Noah lo ve.

La sonrisa no aparece esta vez.

Él solo me mira.

Intenso.

Calmo.

Como si mi incapacidad de responder dijera más que cualquier frase.

— Eso pensé — murmura.

— Presumido.

— Mentirosa.

No hay distancia suficiente entre nosotros.

Mi mirada cae en la cicatriz cerca de la ceja.

Luego en los labios.

Su boca se curva levemente.

No es una sonrisa completa.

Es reconocimiento.

Noah inclina el rostro.

Mi cuerpo permanece inmóvil.

No va a besarme.

Estamos demasiado cerca, pero no es eso.

Aun así, por un segundo, pienso que tal vez lo haga.

Una parte de mí quiere saber.

La puerta del baño se abre.

— Espero no estar interrumpiendo un momento — anuncia Ethan.

Me aparto tan rápido que me golpeo la cadera contra la encimera.

— No estaba pasando nada.

Ethan mira a Noah.

Luego me mira a mí.

— Claro.

Noah se pasa la mano por la nuca.

Sonriendo ahora.

— Tu timing es impresionante.

— Es un talento.

Tomo mi taza.

— Voy a estudiar.

— Estás huyendo — dice Noah.

— Estoy trabajando.

— ¿Puerta cerrada?

— Sí.

— ¿Pesadilla?

— Resuélvelo solo.

Camino hacia el cuarto.

Oigo a Ethan reír detrás de mí.

Cierro la puerta.

Apoyo la espalda en ella.

Mi corazón late demasiado fuerte.

Esto se está volviendo ridículo.

Abro el portátil.

El código aparece en la pantalla.

Intento trabajar.

Cinco minutos después, alguien llama.

— No molestar — digo.

— Soy yo — responde Ethan.

Abro solo lo suficiente para que entre.

Él cierra la puerta detrás de sí.

— Casi besaste a Noah Sullivan en la cocina.

— No.

— Tengo ojos.

— Él me estaba provocando.

— ¿Con la boca a cinco centímetros de la tuya?

— No estaba tan cerca.

Ethan acerca su rostro al mío.

— ¿Estaba así?

Doy un paso atrás.

— Para.

— ¿Más cerca?

— Ethan.

— Amiga, ustedes estaban a punto de incendiar la cocina.

— No iba a pasar nada.

— ¿Querías que pasara?

La pregunta le quita toda la gracia al momento.

Miro la mesa.

— No.

Ethan se queda en silencio.

— No sé — corrijo.

Él suaviza la expresión.

— Eso es diferente.

— No importa.

— Importa para ti.

— Noah hace eso con todas.

— Tal vez.

— Él coquetea. Provoca. Se acerca. Hace que la otra persona piense que hay algo.

— ¿Crees que él hace eso con todas porque lo viste o porque tienes miedo de ser solo una más?

Miro a Ethan.

— No tengo miedo.

— Grace.

— No quiero involucrarme.

— Lo sé.

— Mi beca es más importante.

— Lo sé.

— La regla de la universidad existe.

— Lo sé.

— Y él se va a ir. Aunque no salga del apartamento, se irá a la liga. Su vida ya está decidida.

Ethan se sienta en el borde de la cama.

— ¿Y la tuya?

— También.

— No lo parece.

— Tengo el proyecto. La beca de IA. La investigación.

— Eso es carrera.

— Es mi vida.

— No debería ser toda.

Cruzo los brazos.

— No quiero discutir eso.

— Está bien.

Se levanta.

Antes de salir, me toma la mano.

— Solo no conviertas sentir algo en un error lógico.

Aprieto sus dedos.

— No estoy sintiendo nada.

— Claro.

Ethan abre la puerta.

— Pero, solo para que conste, él te mira diferente.

— Ya lo dijiste.

— Lo repito porque vas a intentar olvidarlo.

Sale.

Me quedo sola.

Del otro lado de la pared, escucho voces.

Ethan despidiéndose.

Noah riéndose de algo.

La puerta principal se abre.

Luego se cierra.

Silencio.

Vuelvo a la mesa.

Intento trabajar otra vez.

Unos minutos después, el celular vibra.

Mensaje de Ethan.

AMIGA, SI YO FUERA TÚ, YA LE HABRÍA PEDIDO A ESE HOMBRE MATRIMONIO.

Pongo los ojos en blanco.

Tú no eres yo.

DESGRACIADAMENTE. TÚ VIVES CON UN CAPITÁN DE HOCKEY. YO VIVO CON UN TIPO QUE COLECCIONA LATAS.

Buenas noches, Ethan.

VE AL PARTIDO.

Bloqueo la pantalla.

Aparece un nuevo mensaje.

Esta vez, de Noah.

Tu amigo me amenazó antes de irse.

Respondo:

¿Qué dijo?

Que sabe esconder un cuerpo con suficiente investigación.

Cierro los ojos.

Voy a hablar con él.

No hace falta. Me pareció cariñoso.

Él es dramático.

Le gustas mucho.

La frase me hace detenerme.

A mí también me gusta.

Tarda un poco.

Lo sé.

Me quedo mirando el mensaje.

No hay provocación.

No hay broma.

Solo una afirmación simple.

Luego llega otra.

Ven al partido el viernes.

Suspiro.

Ya dije que no prometo.

Entonces no prometas. Solo aparece.

Tengo trabajo.

Lleva el portátil.

No voy a programar en una arena.

Puedo conseguir un lugar silencioso.

Una arena llena no es silenciosa.

Después del partido lo es.

Mi corazón reacciona.

No sé exactamente a qué.

Tal vez a la idea de esperarlo.

Tal vez al hecho de que parece estar pidiendo que yo esté allí.

¿Por qué quieres tanto que yo vaya?

Aparecen los tres puntos.

Desaparecen.

Vuelven.

La respuesta tarda más de lo que debería.

Porque quiero encontrarte en las gradas.

Lo leo una vez.

Luego otra.

Se me oprime el pecho.

Antes de que formule una respuesta, llega otro mensaje.

Y porque Ethan ya aceptó. No quiero quedarme a solas con él.

Sonrío.

La segunda frase convierte la primera en una broma.

O lo intenta.

Respondo:

Lo pensaré.

Eso es prácticamente un sí.

No lo es.

Buenas noches, Grace.

Todavía son las nueve y diez.

Me estoy preparando temprano.

La referencia me hace sonreír de nuevo.

Bajo el celular.

Del otro lado de la pared, oigo a Noah moverse en el cuarto.

Se abre un cajón.

El colchón cruje.

Luego silencio.

Pienso en Madison.

En la manera casual en que habló de ella.

En el hecho de que ya salieron.

En cuántas otras chicas deben existir.

Pienso en sus ojos en la cocina.

En la distancia.

En la pregunta que no pude responder.

No te encuentro guapo.

Cuatro palabras.

Tan simple.

Tan falsas.

Abro el archivo del acuerdo de convivencia.

Leo la regla once.

No habrá ningún tipo de involucramiento entre los residentes.

La frase parece más importante que antes.

También más frágil.

Imprimo una nueva copia.

Al día siguiente, la pongo sobre la encimera.

Noah entra en la cocina mientras preparo café.

Mira el papel.

Luego me mira a mí.

— ¿Actualización?

— Solo una segunda copia.

— ¿Para qué?

— Para recordar.

Él toma la hoja.

Lee.

Los ojos se detienen en la regla once.

— ¿De quién? — pregunta.

— De los dos.

Noah levanta la mirada.

La diversión desaparece.

— ¿Tienes miedo, Grace?

— No.

— Parece.

— Estoy siendo responsable.

Él coloca la hoja sobre la encimera.

— Responsabilidad y miedo no son lo mismo.

— Tampoco son opuestos.

Noah se acerca.

No tan cerca como la noche anterior.

Aun así, lo suficiente para que yo perciba el azul intenso de sus ojos.

— No voy a hacer nada que tú no quieras — dice.

Recuerdo la respuesta que le dio a Ethan.

Nada que ella no quiera.

— Lo sé.

— Entonces ¿cuál es el problema?

La pregunta queda en el aire.

La respuesta es simple.

El problema no es Noah.

Es lo que mi cuerpo hace cuando él se acerca.

Lo que mi mente repite después de que él se va.

La manera en que el apartamento parece menos vacío con él dentro.

— No hay problema — respondo.

Noah sostiene mi mirada.

— Mentirosa.

Esta vez, no hay sonrisa.

Él toma la taza negra.

Sirve café.

Luego sale de la cocina.

Me quedo sola frente a la regla once.

Pasé la vida creyendo que las reglas protegían a las personas de malas decisiones.

Pero empiezo a sospechar que algunas reglas no existen para impedir el desastre.

Existen solo para avisar que se está acercando

CAPÍTULO 6

LA CHICA QUE ARREGLA TODO

NOAH

Descubro que mi computadora está muerta a las once y cuarenta y dos de la noche.

No lenta.

No trabada.

Muerta.

La pantalla permanece negra, aunque presione el botón de encendido por sexta vez. La luz lateral parpadea, el ventilador empieza a funcionar y, tres segundos después, todo se apaga.

— No — murmuro.

Lo intento de nuevo.

El mismo resultado.

Miro los papeles esparcidos sobre el escritorio.

Tengo una presentación para entregar hasta las ocho de la mañana. Doce diapositivas sobre gestión de imagen para atletas universitarios, un análisis de riesgo y un estudio de caso que aún necesita dos páginas.

Todo está dentro de la computadora.

La versión más reciente no está guardada en la nube porque la señal de la biblioteca se cayó durante la tarde y yo seguí trabajando sin darme cuenta de que la sincronización se había detenido.

Perfecto.

A mi padre le encantaría saberlo.

El gran futuro jugador profesional, derrotado por una laptop de cuatro años.

Agarro el celular y busco soluciones.

Nada de lo que aparece en la pantalla parece útil.

“Reinicie el dispositivo.”

Gracias.

Nunca habría pensado en eso.

“Verifique si está conectado a la energía.”

Miro el cargador en el enchufe.

Tampoco lo resuelve.

“Busque asistencia técnica especializada.”

A medianoche.

En un jueves.

Golpeo la mano sobre la mesa.

Del otro lado de la pared, algo se mueve.

Me quedo inmóvil.

Grace probablemente está despierta.

Casi siempre lo está.

La luz bajo la puerta de su habitación permanece encendida desde que volví del entrenamiento.

No debería pedir ayuda.

Primero porque ya es tarde.

Segundo porque ella está trabajando en el proyecto de la beca.

Tercero porque probablemente va a usar esto como prueba de que los atletas son incapaces de lidiar con tecnología básica.

Presiono el botón de nuevo.

La computadora emite un chasquido bajo.

— Mierda.

Tres golpes suenan en la pared.

Después la voz de Grace:

— ¿Estás intentando destruir algo?

Miro la pared.

— No.

— Parece.

— Vuelve a trabajar.

Silencio.

Intento encender la laptop otra vez.

Nada.

La puerta de mi habitación se abre sin que yo escuche la manija.

Grace se queda parada en la entrada usando un pantalón de pijama gris, medias gruesas y una sudadera verde oscuro que llega casi hasta la mitad de los muslos.

El cabello está recogido en lo alto de la cabeza con un lápiz.

Las gafas se deslizan un poco por la nariz.

Ella parece cansada.

Y bonita.

Siempre bonita.

Aún no me acostumbro a eso.

— Golpeaste la mesa — dice.

— No golpeé.

Ella mira mi mano todavía apoyada sobre la madera.

— Fue una interacción firme.

— Eso se llama golpear.

— Técnicamente, no.

Grace cruza los brazos.

— ¿Qué pasó?

— Nada.

Ella mira la laptop.

Luego a mí.

— No enciende.

No es una pregunta.

— Estoy resolviendo.

— ¿Apretando el mismo botón varias veces?

— A veces funciona.

— Con ascensores, tal vez. Con hardware, rara vez.

— No necesitas preocuparte.

— No estoy preocupada. Estoy irritada por el ruido.

Ella entra en la habitación.

Mira alrededor.

Es la primera vez que hace eso desde que me mudé.

No parece impresionada.

Tampoco hay mucho para impresionar.

La cama está desordenada. La ropa de entrenamiento está doblada sobre la silla. El palo de repuesto está apoyado en la esquina. Hay botellas de agua sobre el escritorio y una fotografía de mi familia apoyada cerca de la lámpara.

Los ojos de Grace se detienen en ella por un instante.

Mi madre.

Mi padre.

Lily.

Yo, a los diecisiete, sosteniendo un trofeo juvenil.

Ella vuelve a la computadora.

— ¿Qué hizo antes de parar?

— Funcionó.

— Eso es profundamente inútil.

— Tú preguntaste.

— ¿Hubo mensaje de error?

— No.

— ¿Ruido?

— El ventilador se puso más alto.

— ¿Caída?

— No.

— ¿Derramaste algo?

— No.

Ella levanta los ojos.

— ¿Estás seguro?

— No soy un animal.

Grace mira la taza vacía al lado de la laptop.

— ¿El café estaba aquí cuando se detuvo?

— Sí.

— ¿Se derramó?

— No.

— Puede haber entrado alguna gota.

— No entró.

— La gente suele decir eso antes de que yo encuentre líquido dentro del teclado.

— ¿Ya hiciste eso muchas veces?

— Ethan destruye aparatos con frecuencia.

— ¿Qué hizo él?

— Una vez intentó secar el celular dentro del horno.

Me quedo mirándola.

— ¿En el horno?

— Dijo que el arroz era demasiado lento.

— ¿Y sigues siendo amiga de él?

— Yo también me lo pregunto.

Grace arrastra la silla.

— Levántate.

— ¿Me estás echando de mi habitación?

— De la silla.

— Puedo ayudar.

— Puedes quedarte en silencio.

— Eso no es ayuda.

— Para mí, lo es.

Me levanto.

Ella se sienta.

La sudadera sube un poco, revelando la línea de la rodilla bajo el pantalón de pijama.

Aparto la mirada.

Grace conecta el cargador, lo retira, observa la entrada y presiona el botón de encendido.

La luz parpadea.

El ventilador arranca.

La computadora se apaga.

— ¿Hace eso siempre?

— Sí.

Ella repite.

Luego acerca el oído al lateral.

Un mechón de cabello se escapa del moño y cae sobre el rostro.

Grace sopla.

El mechón vuelve.

Cae de nuevo.

Ella lo ignora.

Yo no.

Me quedo mirando cómo se desliza por la mejilla, casi tocando la boca.

— Necesito una llave pequeña — dice.

— ¿Qué?

Grace me mira.

— ¿Estabas prestando atención?

— Sí.

— Entonces, ¿cuál fue la última cosa que dije?

— Que necesitas una llave.

— Pequeña.

— Lo oí.

— Tardaste en responder.

— Estoy cansado.

Ella me estudia por un segundo.

Tal vez no lo crea.

Abro el cajón y agarro una caja con herramientas.

Grace encuentra una llave fina.

— ¿Tienes esto?

— Los jugadores saben usar herramientas.

— Imaginé que llamarían a alguien.

— Somos capaces de sobrevivir sin asesoría.

— Tu padre no estaría de acuerdo.

El comentario me toma desprevenido.

Grace se da cuenta.

— Lo siento.

— No hace falta.

Ella da vuelta la laptop.

— ¿Puedo abrirla?

— Si consigues salvar mis archivos, puedes desarmarla entera.

— Esa es una autorización demasiado amplia.

— Estoy desesperado.

— Me di cuenta.

Grace quita los tornillos con movimientos rápidos.

Organiza cada uno en una línea sobre la mesa.

Claro que organiza.

— ¿Qué tienes ahí? — pregunta.

— Trabajo de la universidad.

— ¿Plazo?

— Ocho de la mañana.

Su mano se detiene.

— ¿Y no lo guardaste en otro lugar?

— La nube dejó de sincronizar.

— ¿No tenías copia local?

— Está en la computadora.

— ¿No tenías otra copia local?

— Grace.

— Estoy intentando entender el nivel del desastre.

— Alto.

Ella suelta el aire.

— Deberías tener una política de respaldo.

— ¿Podemos discutir mis fallas después?

— Ya lo estoy haciendo.

— Amable.

Ella quita la tapa inferior.

El interior de la computadora queda expuesto.

Para mí, parece una colección de piezas pequeñas colocadas para confundir a la gente normal.

Grace mira como si estuviera leyendo una página.

— El ventilador tiene polvo.

— ¿Eso mata una computadora?

— Puede causar sobrecalentamiento.

— ¿Y apaga todo?

— No siempre.

— Entonces no sabes qué pasó.

Ella me lanza una mirada.

— ¿Quieres seguir hablando o quieres tus archivos?

Hago un gesto cerrándome la boca.

Grace vuelve a la laptop.

Ella prueba el conector de la batería, examina cables y usa la luz del celular para mirar una pequeña placa.

Su rostro cambia cuando trabaja.

La tensión normal desaparece.

No hay sarcasmo.

Ni cautela.

Solo concentración.

Los ojos verdes se mueven rápido.

Los dedos parecen saber exactamente dónde tocar.

Ella no duda.

No pide confirmación.

No parece la chica que intenta ocupar el menor espacio posible en el campus.

Aquí, delante de algo que entiende, Grace lo ocupa todo.

La habitación.

El silencio.

Mi atención.

Especialmente mi atención.

— Me estás mirando fijamente — dice sin levantar los ojos.

— Estoy observando.

— Esa es mi palabra.

— Compartimos el apartamento. Podemos compartir palabras.

— No funciona así.

— Nuestro vocabulario.

Grace cierra los ojos por un segundo.

— Por favor, quédate quieto.

— Dijiste por favor.

— Estoy vulnerable.

— ¿Por la computadora?

— Por las ganas de arrojarla por la ventana.

— ¿La computadora?

Ella levanta los ojos.

— Tú.

Sonrío.

Grace vuelve al trabajo.

— ¿Puedes decirme qué estás haciendo?

— Probando la conexión de la batería.

— ¿Y?

— Parece normal.

— ¿Eso es bueno?

— Significa que el problema está en otro lugar.

— Eso no parece bueno.

— No lo es.

Me apoyo en la pared.

— ¿Tengo chance de recuperar el trabajo?

— Probablemente.

— ¿Probablemente cuánto?

— Sesenta por ciento.

— Eso es bajo.

— Era setenta antes de que empezaras a hacer preguntas.

— ¿Mis preguntas alteran la máquina?

— Alteran mi disposición.

Me quedo en silencio.

Por casi un minuto.

— Grace.

Ella cierra los ojos.

— ¿Qué?

— ¿Ahora cuánto?

— Cincuenta y cinco.

— Está bajando rápido.

— Noah.

— Está bien.

Ella desarma otra parte.

El lápiz empieza a escaparse del cabello.

Antes de que caiga, extiendo la mano.

Lo sostengo.

Grace levanta el rostro.

Mi brazo pasa cerca del suyo.

Quedamos muy cerca.

El mechón suelto toca mi muñeca.

Le entrego el lápiz.

— Se estaba cayendo.

— Gracias.

Ella intenta sujetarlo de nuevo.

El moño se deshace.

El cabello castaño cae sobre los hombros en ondas largas.

Grace se queda inmóvil por una fracción de segundo, como si eso fuera un inconveniente mayor que mi computadora muerta.

Yo olvido lo que estaba a punto de decir.

Nunca vi su cabello completamente suelto.

Es más largo de lo que imaginé.

Llega por debajo del pecho.

Ondulado.

Brillante bajo la luz del escritorio.

Grace intenta reunirlo todo de nuevo.

El lápiz se escapa.

— Déjalo — digo.

Ella me mira.

— ¿Qué?

— Suelto.

— Está estorbando.

— No lo está.

— Está en mi cara.

Extiendo la mano antes de pensar.

Sujeto uno de los mechones cerca de la mejilla y lo coloco detrás de la oreja.

Mis dedos tocan la piel.

Caliente.

Suave.

Grace deja de respirar.

O tal vez soy yo.

Los ojos verdes se levantan lentamente.

Estamos cerca.

Demasiado cerca para un gesto inocente.

Mi pulgar permanece cerca de su mandíbula.

Si muevo la mano unos centímetros, puedo sostenerle el rostro.

Si me inclino, puedo descubrir si su boca es tan suave como parece.

La mirada de Grace baja a mis labios.

Otra vez.

Esta vez, no finge que no.

Mi cuerpo reacciona de inmediato.

La atracción llega fuerte, baja, imposible de ignorar.

La regla once surge en mi cabeza.

No habrá involucramiento.

También recuerdo lo que dije.

Nada que ella no quiera.

Grace no se aparta.

Pero tampoco se acerca.

Retiro la mano.

— ¿Mejor? — pregunto.

Mi voz sale más grave.

Ella tarda en responder.

— Sí.

No está mejor.

Nada está mejor.

Grace se ata el cabello con un elástico que saca de la muñeca.

Vuelve a la computadora.

Las manos ya no parecen tan firmes.

Me doy cuenta.

No comento.

— ¿Siempre arreglas las cosas de los demás? — pregunto.

— Cuando lo piden.

— Yo no lo pedí.

— Estabas a punto de matar el botón de encendido.

— Entonces fue una intervención.

— Exactamente.

— ¿Te gusta eso?

— ¿Qué?

— Arreglar.

Grace usa la llave para soltar otra pieza.

— Me gusta entender por qué algo dejó de funcionar.

— ¿Y después?

— Encuentro la falla.

— ¿Y si no lo consigues?

Su mano se detiene.

— Lo consigo.

La respuesta es demasiado rápida.

No es confianza.

Es necesidad.

— ¿Siempre? — pregunto.

— La mayoría de las veces.

— No fue lo que dijiste.

Ella sigue trabajando.

— Las máquinas siguen lógica.

— Las personas no.

— No.

— ¿Por eso prefieres las máquinas?

— Entre otros motivos.

— ¿Qué motivos?

Grace no responde.

La expresión se cierra un poco.

Fui demasiado lejos.

Cambio de tema.

— ¿Qué pasa si pierdo los archivos?

— Los rehaces.

— ¿En ocho horas?

— Ahora siete.

— Estás ayudando mucho.

— Puedes empezar en mi notebook mientras intento recuperar.

— ¿Me dejarías?

Ella por fin me mira.

— Es una emergencia.

— Pensé que tu computadora estaba prohibida.

— Mi habitación está prohibida. El notebook no.

— Eso parece progreso.

— No lo conviertas en algo mayor.

— ¿Confías en mí con él?

Grace mira su laptop, visible a través de la puerta abierta de su habitación.

Luego a mí.

— Confío en que no vas a abrir archivos que no debes.

— Eso fue casi un elogio.

— Fue una amenaza.

— Acepto.

Ella se levanta.

— Agarra.

Entro en la habitación de Grace por primera vez.

Con permiso.

La diferencia parece importante.

El lugar es exactamente como lo imaginé y completamente diferente.

Ordenado.

Libros en pilas perfectas.

Un escritorio con dos monitores.

Post-its de colores en un tablero.

Una fotografía pequeña al lado de la cama.

Grace niña, tal vez ocho años, sentada sobre los hombros de un hombre.

El padre.

Los dos sonríen.

Ella parece diferente.

Sin cautela.

Sin intentar desaparecer.

— Noah.

Me doy vuelta.

Grace está en la puerta.

— Entraste para agarrar el notebook.

— Lo sé.

— Estás mirando mis cosas.

— Es difícil no mirar.

— ¿Por qué?

— Porque estoy intentando descifrarte.

La frase sale demasiado honesta.

Grace se queda quieta.

— No soy un problema para resolver.

— Ya lo dijiste.

— Entonces deja de analizarme.

— No puedo.

— Intenta.

Agarro el notebook.

— ¿Contraseña?

— Yo la pongo.

Ella se acerca y teclea sin dejarme ver.

La pantalla se abre.

El fondo muestra una imagen de montañas cubiertas de nieve.

No una fotografía personal.

Claro.

Grace crea una carpeta vacía.

— Trabaja aquí. No abras nada más.

— Sí, señora.

Ella me mira.

— Perdón. Grace.

— Mejor.

Vuelvo a mi habitación.

Me siento en la cama con su notebook.

Grace sigue delante del escritorio.

Por algún tiempo, trabajamos en silencio.

Yo reconstruyo las diapositivas usando las notas impresas.

Ella prueba piezas, hace búsquedas y conecta mi computadora a un dispositivo pequeño que trajo de su habitación.

El único sonido es el teclado.

El reloj pasa de medianoche.

Luego la una.

Grace se frota los ojos.

— Deberías dormir — digo.

— Tú también.

— Tengo trabajo.

— Yo tengo tu computadora abierta.

— Puedes seguir mañana.

Ella me mira como si yo hubiera sugerido abandonar una cirugía a la mitad.

— Tu plazo es a las ocho.

— Puedo rehacer.

— Perderías tiempo.

— Ya es tarde.

— Noah, cállate y trabaja.

Obedezco.

A la una y veinte, Grace se levanta y va a la cocina.

Vuelve con dos tazas.

Me entrega la negra.

— ¿Café?

— Lo vas a necesitar.

— ¿Y tú?

Ella levanta la taza con código.

— También.

— Pensé que no compartías café después de las diez.

— No existe esa regla.

— Todavía.

Grace se sienta.

— Encontré el problema.

Bajo el notebook.

— ¿En serio?

— El sistema de energía está entrando en protección por una falla en el almacenamiento.

— En español.

— Tu SSD puede estar defectuoso.

— Mis archivos están en él.

— Sí.

— Entonces, ¿están perdidos?

— No necesariamente.

— ¿Cuál es la chance ahora?

— Setenta por ciento.

— Subió.

— Porque te quedaste en silencio.

Sonrío.

— ¿Qué necesitas hacer?

— Sacar el SSD e intentar acceder desde otra computadora.

— ¿La tuya?

— No.

La respuesta sale rápida.

— ¿Por qué?

— No voy a conectar un almacenamiento posiblemente corrupto a mi máquina principal.

— Justo.

— Ethan tiene una computadora vieja en el laboratorio.

— ¿A la una de la mañana?

Grace mira el reloj.

— El laboratorio cierra a las dos.

— ¿Quieres ir ahora?

— Si esperas hasta mañana, no terminas.

— Puedo pedirle a Ryan.

— ¿Él entiende de computadoras?

— No.

— Entonces no.

Ella empieza a armar la computadora parcialmente.

— Grace, no necesitas hacer esto.

— Lo sé.

— Entonces, ¿por qué lo estás haciendo?

Sus manos se detienen.

No levanta los ojos.

— Porque puedo.

— Eso no responde.

— Responde lo suficiente.

— Podrías volver a tu habitación.

— Podría.

— Podrías dejar que yo lo resolviera.

— Probablemente perderías los archivos.

— Aun así.

Grace pone la llave sobre la mesa.

— ¿Quieres que pare?

La pregunta parece más grande que la computadora.

La miro.

Al cabello empezando a soltarse otra vez.

Al cansancio en el rostro.

Al café que hizo para mí.

Ella no está haciendo esto porque lo necesita.

Lo está haciendo porque le importa.

Tal vez no a mí.

Tal vez solo al problema.

Pero conozco a Grace lo suficiente para saber que no sacrifica horas de trabajo por cualquier persona.

— No — respondo. — Quiero que sigas.

Ella sostiene mi mirada.

— Entonces deja de preguntar.

— Gracias.

Grace se queda inmóvil.

La palabra parece sorprenderla.

— Todavía no lo resolví.

— Por el esfuerzo.

— No hace falta agradecer esfuerzo. Solo resultado.

— Yo agradezco los dos.

Ella aparta la mirada.

Vuelve a la laptop.

Pero veo el pequeño movimiento en la comisura de la boca.

— Sonreíste — digo.

— No.

— Sonreíste.

— Fue cansancio muscular.

— Eso no existe.

— Existe ahora.

A la una y treinta, salimos del apartamento.

El campus está casi vacío.

El frío corta la cara.

Grace camina rápido, abrazada a su propia sudadera.

— Deberías haberte puesto un abrigo — digo.

— No pensé que estuviera tan frío.

Me quito el mío.

— No hace falta.

— Póntelo.

— Vas a tener frío.

— Tengo otro en el vestuario.

— No lo tienes contigo.

— Grace.

— Noah.

Le extiendo el abrigo.

Ella mira.

— No voy a discutir.

— Tú siempre discutes.

— Hoy no.

Grace lo agarra.

Se lo pone.

Las mangas le cubren las manos.

El abrigo le queda enorme.

Algo dentro de mi pecho se aprieta.

No es solo la manera en que se ve bonita usando algo mío.

Es la visión extrañamente íntima.

Como si esa imagen perteneciera a un futuro que no debería imaginar.

Seguimos hasta el laboratorio.

Grace usa una tarjeta para abrir la puerta lateral.

— ¿Tienes permiso para entrar de noche?

— Los becarios tienen acceso extendido.

— Entonces estamos invadiendo legalmente.

— Técnicamente.

— Me gusta eso.

El laboratorio está oscuro.

Grace enciende solo las luces del fondo.

Va hasta una mesa de trabajo, encuentra una computadora vieja y empieza a desarmar mi laptop de nuevo.

— ¿Puedo ayudar?

— Sostén la linterna.

Lo hago.

Ella conecta el SSD a un adaptador.

Los dedos se mueven con precisión.

— Estás temblando — observo.

— Frío.

— Estás usando mi abrigo.

— Cansancio, entonces.

— Podemos parar.

— No.

— Grace.

Ella levanta los ojos.

— No me gusta abandonar cosas a la mitad.

— ¿Aunque no sean tuyas?

— Principalmente cuando alguien está dependiendo.

La frase explica más de lo que ella pretendía.

Lo veo en el rostro.

Grace baja los ojos.

— ¿Tu padre dependía de ti? — pregunto.

Ella se queda inmóvil.

La pregunta se me escapa antes de que pueda impedirlo.

— No necesitas responder.

El silencio se alarga.

La pantalla de la computadora vieja se enciende.

Grace no me mira.

— Al final, sí.

Mi mano aprieta el celular.

— ¿Se enfermó?

Ella confirma con la cabeza.

— ¿Por cuánto tiempo?

— Casi dos años.

— ¿Tú lo cuidaste?

— Mi madre trabajaba. Yo ayudaba.

Imagino a Grace adolescente.

Organizando medicamentos.

Horarios.

Consultas.

Intentando arreglar algo que ninguna lógica podría corregir.

Todo empieza a tener sentido.

La rutina.

El control.

La incapacidad de abandonar problemas.

— Lo siento mucho — digo.

— Ya lo dijiste.

— Sigo sintiéndolo.

Grace enciende el dispositivo.

Una carpeta aparece en la pantalla.

Ella suelta el aire.

— Lo logré.

Tardo un segundo en entender.

— ¿Los archivos?

— Están aquí.

Sonrío.

— ¿Todos?

— Parece que sí.

Antes de pensar, agarro a Grace por la cintura y la levanto del suelo.

Ella suelta un sonido de sorpresa.

— ¡Noah!

Doy una vuelta.

Se le escapa la risa.

No pequeña.

No escondida.

Una risa verdadera.

Clara.

Bonita.

Tan inesperada que me detengo solo para escuchar.

Grace me sostiene de los hombros.

El cabello se suelta completamente.

Cae alrededor del rostro.

Ella sigue riendo.

— Bájame al suelo.

— Lo lograste.

— Lo sé. Bájame al suelo.

— Salvaste mi vida académica.

— Eso es exagero.

— Mi carrera entera.

— Noah.

La bajo al suelo.

Pero mis manos permanecen en su cintura.

Las manos de Grace siguen sobre mis hombros.

La risa desaparece poco a poco.

El laboratorio queda en silencio.

Nuestros cuerpos están cerca.

Mucho.

El abrigo abierto revela la sudadera.

Mis dedos sienten su calor a través de la tela.

Grace mira hacia arriba.

Los ojos verdes todavía brillan por la risa.

Es lo más bonito que he visto.

Más que cualquier fotografía.

Más que cualquier chica en un vestido planeado.

Grace con el cabello suelto, usando mi abrigo, sonriendo porque olvidó por unos segundos que debía protegerse.

— Te reíste — digo.

La voz sale baja.

— Me tomaste por sorpresa.

— Cuenta.

— ¿Para tu desafío idiota?

— No es idiota.

— Es un poco.

— Valió la pena.

Su mirada baja a mi boca.

Mi cuerpo responde.

La distancia parece desaparecer.

Puedo besarla.

Inclinarme solo unos centímetros.

Grace no se aparta.

Sus dedos se cierran un poco sobre mis hombros.

— Noah — murmura.

No es una advertencia clara.

Tampoco es una invitación.

Recuerdo la promesa.

Nada que ella no quiera.

Aflojo las manos.

— Gracias — digo.

Grace parpadea.

Tal vez esperaba otra cosa.

Tal vez no.

Ella se aparta.

El frío entra en el espacio entre nosotros.

— Tenemos que copiar los archivos — dice.

— Bien.

Su voz está diferente.

La mía también.

Nos quedamos lado a lado frente a la pantalla mientras empieza la transferencia.

Cuarenta y dos minutos.

— ¿Esto tarda? — pregunto.

— Bastante.

— ¿Puedo terminar las diapositivas aquí?

— Sí.

Grace se sienta en la silla de al lado.

Abro su notebook.

Trabajamos de nuevo.

A las dos y veinte, termino la presentación.

Grace revisa.

— Esto está mal — dice.

— ¿Qué?

Ella señala un gráfico.

— El porcentaje no corresponde al texto.

— Es un ejemplo.

— Los ejemplos también deben estar correctos.

— ¿Entiendes de gestión deportiva ahora?

— Entiendo de coherencia numérica.

Corrijo.

— ¿Algo más?

Grace pasa por las diapositivas.

— El diseño es malo.

— Yo necesitaba ayuda técnica, no una crítica completa.

— Ese fondo azul parece hecho en 2009.

— Es el color de la universidad.

— Sigue siendo malo.

— ¿Puedes mejorarlo?

— Puedo.

Ella toma el notebook.

En quince minutos, reorganiza todo.

No usa nada exagerado.

Solo limpio.

Simple.

Mejor.

— ¿Cómo sabes hacer eso? — pregunto.

— La interfaz también importa.

— ¿Sabes hacer todo?

— No.

— Dime algo que no sabes.

Grace piensa.

— Patinar.

— Puedo enseñarte.

— No.

— ¿Tienes miedo?

— De caerme.

— Yo te sostengo.

Ella me mira.

La frase cambia en el aire.

— Aun así — responde.

— Confías en mí con tu notebook.

— No es lo mismo.

— Podría serlo.

— No lo es.

No insisto.

Pero guardo la idea.

A las tres y diez, volvemos al apartamento.

Grace todavía usa mi abrigo.

No lo menciona.

Tampoco se lo pido de vuelta.

En cuanto entramos, ella deja la laptop sobre la mesa.

— Los archivos están guardados en tres lugares — dice. — Computadora, nube y pendrive.

— Creaste un sistema.

— Sí.

— ¿Me vas a cobrar?

— Estoy pensando.

— Puedo cocinar por una semana.

— Tú ya cocinas.

— Puedo lavar los platos.

— Tú ya deberías lavar.

— Es difícil negociar contigo.

— Esa es la intención.

Ella se quita el abrigo.

Por un segundo, parece dudar antes de entregármelo.

— Puedes quedártelo — digo.

— ¿Por qué?

— Tenías frío.

— Estamos dentro del apartamento.

— Para la próxima emergencia.

Grace mira la tela.

Luego a mí.

— No lo necesito.

— Lo sé.

Ella sostiene el abrigo contra el pecho.

— Te lo devuelvo mañana.

— Sin apuro.

Su rostro se suaviza.

— Buenas noches, Noah.

— Son las tres y veinte.

— Me estoy preparando temprano.

Sonrío.

Grace camina hacia la habitación.

— Grace.

Ella se detiene.

— ¿Qué?

— No voy a olvidar esto.

— ¿La computadora?

— Todo.

La expresión cambia.

Cautela.

Tal vez miedo.

— No fue nada.

— Fue para mí.

Grace sostiene mi mirada por un segundo.

Luego entra en la habitación.

La puerta se cierra.

Me quedo solo.

La computadora está sobre la mesa.

Funcionando.

Los archivos guardados.

La presentación lista.

Pero no pienso en eso.

Pienso en la risa.

En el peso ligero de Grace en mis brazos.

En sus ojos cuando casi la besé.

En la manera en que habló de su padre.

En el abrigo que se llevó a la habitación.

Mi celular vibra.

Ryan.

¿Terminaste el trabajo?

Respondo:

Sí.

¿Milagro?

Miro la puerta de Grace.

Grace.

Él responde inmediatamente.

PEOR QUE MILAGRO. ESTÁS ENAMORADO.

Pongo los ojos en blanco.

Ella arregló mi computadora.

CLARO. EMPIEZA CON LA COMPUTADORA. DESPUÉS ELLA ARREGLA TU VIDA.

No respondo.

Porque la frase es idiota.

También porque, por una fracción de segundo, imagino a Grace intentando hacer exactamente eso.

Organizando mis horarios.

Corrigiendo mis errores.

Quedándose despierta cuando yo lo necesite.

Esperando después de los partidos.

La imagen es peligrosa.

No solo porque quiero.

Porque parece demasiado fácil querer.

A las siete, me despierto con la alarma.

Dormí menos de cuatro horas.

Cuando salgo de la habitación, encuentro una taza negra sobre la encimera.

Café.

Al lado, un pendrive.

Una nota.

PRESENTACIÓN FINAL + RESPALDO. NO CONFÍES SOLO EN LA NUBE.

Debajo, una segunda línea:

Y deja de golpear la mesa.

Sonrío.

Grace aparece en el pasillo.

El cabello está recogido de nuevo.

Usa otra sudadera grande.

Mis ojos van automáticamente a su habitación.

Mi abrigo está doblado sobre la cama.

Sigue ahí.

— ¿Dormiste? — pregunto.

— Dos horas.

— Por mi culpa.

— Por culpa de la computadora.

— Mi computadora.

— No lo vuelvas dramático.

— Voy a compensar.

— No hace falta.

— Voy a hacerlo.

Grace agarra su taza.

— ¿Cómo?

— Todavía no lo sé.

— Entonces no prometas.

— Voy a pensar en algo.

— Me da miedo eso.

Ella toma café.

Los ojos están cansados.

Aun así, hay un brillo diferente.

Tal vez por la noche.

Tal vez por la risa.

Tal vez por el casi beso que ninguno de los dos mencionará.

— Ven al partido hoy — digo.

Grace cierra los ojos.

— Noah.

— Salvaste mi presentación. Puedo conseguir una entrada.

— No necesito pago.

— No es pago.

— Entonces, ¿qué es?

Pienso en la respuesta.

Porque quiero mirar a las gradas y encontrarte.

Ya lo dije por mensaje.

No parece suficiente ahora.

— Quiero mostrarte algo que sé hacer — respondo.

Grace me observa.

— ¿Para probar que usas el cerebro mientras patinas?

— Entre otras cosas.

— ¿Ethan va?

— Va.

— ¿De verdad conseguiste entrada para él?

— Dos.

Sus ojos se entrecierran.

— Ya estabas seguro de que yo iría.

— Tenía esperanza.

— No es lo mismo.

— Hoy lo es.

Grace mira el reloj.

Luego el pendrive.

Luego a mí.

— ¿A qué hora?

Intento no sonreír demasiado rápido.

— A las siete.

— No estoy diciendo que sí.

— Claro.

— Solo pregunté el horario.

— Entendí.

— Noah.

— Grace.

Ella sacude la cabeza.

Pero lo veo.

La comisura de la boca sube.

— Ve a presentar tu trabajo.

— Ven al partido.

— Ve.

Agarro la mochila.

Antes de salir, la miro otra vez.

Grace está delante de la ventana con la taza entre las manos.

El sol de la mañana toca el cabello y hace aparecer tonos más claros.

Tal vez ella no sepa el impacto que causa.

Tal vez realmente crea que puede permanecer invisible.

Pero, después de esa noche, eso se vuelve imposible para mí.

Grace Mitchell no es solo bonita.

No es solo inteligente.

Es el tipo de persona que se queda despierta hasta las tres de la mañana para salvar el trabajo de alguien y después actúa como si no significara nada.

La chica más bonita de la universidad no tiene idea de eso.

Y yo empiezo a creer que quiero ser la persona que va a hacerle darse cuenta.

CAPÍTULO 7

IMPOSIBLE NO MIRAR

GRACE

A las seis y diecisiete de la tarde, todavía no he decidido si voy al partido.

Estoy frente al espejo del dormitorio usando vaqueros, zapatillas y la misma sudadera verde que me pongo para estudiar.

No parece ropa de alguien que va a ver un partido de hockey.

Tampoco debería importar.

No voy para que me vean.

No voy por Noah.

Voy porque Ethan envió veintitrés mensajes durante la tarde, cuatro de ellos conteniendo amenazas emocionales, tres gifs de hombres llorando y una fotografía de la entrada acompañada de la frase:

SI NO VAS, LE VOY A CONTAR AL CAPITÁN QUE DORMISTE ABRAZADA A SU ABRIGO.

No dormí abrazada al abrigo.

Estaba doblado sobre la silla.

Cerca de la cama.

Eso no significa nada.

Miro el abrigo azul marino.

Todavía está en mi habitación.

Debería haberlo devuelto por la mañana.

No lo devolví porque Noah salió para la presentación antes de que yo terminara el café.

Después tuve dos clases.

Una reunión con el profesor responsable de la beca.

Tres horas en el laboratorio.

Ninguna oportunidad.

Es una justificación perfectamente racional.

El hecho de que me haya llevado la tela a la cara cuando estaba sola y haya notado que todavía había en ella un olor suave a madera y jabón no es relevante.

Fue solo una verificación olfativa.

Una reacción involuntaria.

Nada más.

Mi móvil vibra sobre la cama.

ETHAN:
ESTOY SUBIENDO. SI NO ESTÁS LISTA, VOY A ELEGIR TU ROPA.

Respondo:

Estoy lista.

Él manda:

MENTIROSA.

Tres golpes fuertes suenan en la puerta del apartamento.

Salgo del dormitorio y abro.

Ethan aparece usando una camiseta azul de la universidad, una chaqueta blanca y una cinta brillante sujeta alrededor de la cabeza.

Me quedo mirando.

— ¿Qué es eso?

— Espíritu deportivo.

— Parece que te atropelló una tienda de recuerdos.

— Gracias.

Él entra.

Sus ojos pasan por mí.

Luego vuelven.

— No.

— ¿No qué?

— No vas así.

— Estoy vestida.

— Estás vestida para asistir a una clase sobre bases de datos.

— Es un partido. No una ceremonia.

— Es la Noche del Hielo Solidario.

— ¿Qué?

Ethan pone las manos en la cintura.

— ¿No leíste la entrada?

— Vi la hora.

— Es un partido benéfico. Parte de la recaudación va para el programa infantil de deportes de la ciudad. Hay subasta, campaña de donación, presentación y jugadores usando uniformes especiales.

— Noah no lo mencionó.

— Tal vez porque sabía que usarías la palabra "benéfico" como excusa para decir que solo fuiste a ayudar a niños.

Me cruzo de brazos.

— Los niños son una razón mejor que el hockey.

— Claro.

Ethan mira hacia el pasillo.

— ¿Dónde está el abrigo?

— ¿Qué abrigo?

— Grace.

— Está en el dormitorio.

— Póntelo.

— No.

— Es del color del equipo.

— Es de Noah.

— Exactamente.

— No voy a aparecer usando su ropa.

Ethan se lleva la mano al pecho.

— ¿Por qué? ¿Tienes miedo de que parezca íntimo?

— Porque no es mío.

— Él te mandó quedártelo.

— Para una emergencia.

— Esta es una emergencia de moda.

— Eso no existe.

— Existe para ti.

Él pasa a mi lado.

Sujeto su brazo antes de que llegue al dormitorio.

— Ni se te ocurra.

— Entonces ve a buscarlo.

— Voy a usar el mío.

— Tu sudadera parece una amenaza a la felicidad.

— Es cómoda.

— La de él también.

— ¿Cómo lo sabes?

— Llevas dos minutos defendiéndola.

Entrecierro los ojos.

Ethan sonríe.

— Cógelo.

— No.

— Grace.

— Ethan.

— ¿Quieres ir al partido o quieres discutir hasta perder el primer periodo?

Miro el reloj.

Seis y veintiséis.

La arena está a quince minutos.

Necesitamos entrar antes de las siete.

Respiro hondo.

— Lo llevaré, pero no me lo pondré.

— Progreso.

Vuelvo al dormitorio.

Cojo el abrigo.

La tela se siente más pesada en las manos de lo que debería.

Cuando regreso, Ethan abre una sonrisa tan grande que me arrepiento otra vez.

— No digas nada.

— No dije nada.

— Tu cara lo dijo.

— Mi cara está escribiendo una historia entera.

Pongo el abrigo sobre el brazo.

— Vamos.

La arena está rodeada de estudiantes cuando llegamos.

Luces azules iluminan la fachada. Hay pancartas anunciando la campaña benéfica, mesas para donaciones y voluntarios repartiendo pequeñas pegatinas con forma de copo de nieve.

El ruido empieza incluso antes de entrar.

Música.

Voces.

Gritos.

Alguien toca un tambor cerca de la entrada.

Mi cuerpo se tensa.

Ethan se da cuenta.

— ¿Quieres irte?

La pregunta no tiene provocación.

Miro a la multitud.

No me gustan los lugares llenos.

Nunca me han gustado.

Hay demasiada gente ocupando demasiado espacio, movimientos imprevisibles y sonidos que parecen llegar al mismo tiempo.

— Todavía no — respondo.

Ethan me sujeta del brazo.

— Podemos quedarnos cerca de la salida.

— No hace falta.

— Grace.

— Estoy bien.

— Eso no significa que tengas que fingir.

Lo miro.

Ethan no sonríe.

Solo espera.

— Cerca de la salida — acepto.

— Perfecto.

Mostramos las entradas.

Una voluntaria nos entrega pulseras azules.

— Con estas, pueden participar en la subasta después del partido — explica. — Todos los jugadores donaron artículos autografiados. El capitán también va a participar en la sesión con los niños.

— El capitán — repite Ethan, mirándome.

Ignoro.

Entramos.

El frío me golpea inmediatamente.

No estaba preparada.

La arena es mucho más helada de lo que imaginé.

— Ponte el abrigo — dice Ethan.

— Estoy bien.

— Casi te castañetean los dientes.

— Fue imaginación.

— Puedes usar el de Noah o comprar una sudadera por sesenta dólares en la tienda.

Miro la pequeña tienda al lado de la entrada.

La gente sostiene camisetas con el número de Noah.

Hay gorras.

Bufandas.

Fotografías.

Un panel enorme muestra su rostro.

La imagen es diferente del cartel en el campus.

Noah está usando el uniforme completo, el casco bajo el brazo y una expresión seria.

Abajo, letras grandes:

NOCHE DEL HIELO SOLIDARIO

LIDERA CON VALENTÍA. JUEGA POR ALGO MÁS GRANDE.

— Esto es extraño — murmuro.

— Él está guapo.

— No es eso lo que quise decir.

— Pero también lo está.

— Su cara está en todas partes.

— Él es el capitán.

— Debe ser incómodo.

Ethan me observa.

— Estás preocupada por su incomodidad delante de una fotografía en la que parece un dios nórdico.

— No parece un dios.

— Tienes razón. Los dioses no suelen tener esa mandíbula.

— Para.

Un grupo de chicas pasa junto a nosotros usando camisetas con el número diecisiete.

El número de Noah.

Una de ellas tiene su nombre pintado en la mejilla.

Otra sostiene un cartel:

¡SULLIVAN, CÁSATE CONMIGO!

Se me contrae el estómago.

No es celos.

Es solo una reacción al exceso de entusiasmo colectivo.

— Muchas admiradoras — comenta Ethan.

— Natural.

— Tu voz se puso rara.

— Hace frío.

— Claro.

Me pongo el abrigo de Noah.

No porque quiera.

Porque realmente hace frío.

Las mangas quedan grandes.

Ethan mira.

No dice nada.

Su expresión es peor que cualquier comentario.

— No empieces.

— Solo estoy admirando.

— El abrigo.

— Claro.

Seguimos hasta las gradas.

Los asientos son mejores de lo que esperaba.

Tercera fila.

Cerca del banquillo del equipo de la universidad.

— ¿Cómo conseguiste esto? — pregunto.

— Noah lo consiguió.

— Dijo que serían entradas normales.

— Tal vez para él esto sea normal.

Nos sentamos.

La pista se extiende frente a nosotros, blanca y brillante bajo las luces.

Las líneas de colores parecen más fuertes en vivo.

Los jugadores ya calientan.

Se deslizan de un lado a otro con una velocidad que los vídeos no consiguen mostrar.

El sonido de las cuchillas cortando el hielo resuena.

Los palos golpean.

Los discos chocan contra las tablas.

Mi pecho vibra con cada impacto.

— Es más rápido de lo que pensé — admito.

Ethan abre una sonrisa.

— Te gustó.

— Dije que es rápido.

— Ya es el comienzo.

Busco a Noah antes de darme cuenta de que lo estoy buscando.

No es difícil encontrarlo.

Es el más alto entre varios jugadores grandes.

Lleva el uniforme azul oscuro con detalles plateados. El número diecisiete ocupa la espalda. El casco oculta parte del rostro, pero reconozco el movimiento.

La forma en que patina.

La postura.

La seguridad.

En el apartamento, Noah ocupa espacio sin darse cuenta.

En el hielo, parece que el espacio le pertenece.

Recibe un pase y avanza.

El movimiento es tan rápido que casi me lo pierdo.

Gira.

Dispara.

El disco golpea la red.

La afición reacciona, aunque sea solo calentamiento.

Noah golpea el palo contra el hielo y vuelve a la fila.

Mi corazón se acelera.

No por la afición.

Por la forma en que se mueve.

— Dios mío — murmura Ethan.

— ¿Qué?

— ¿Viste?

— ¿El gol?

— Las piernas.

Cierro los ojos.

— ¿Eres incapaz de ver cualquier deporte normalmente?

— Esto es normal para mí.

Sigo mirando.

Noah recibe otro disco.

Esta vez, antes de disparar, gira el rostro hacia la grada.

Sus ojos recorren las filas.

Buscando.

Lo sé en el mismo instante.

Mi cuerpo se queda inmóvil.

Mira cerca del banquillo.

Luego a la tercera fila.

Encuentra a Ethan primero.

Ethan levanta los dos brazos y saluda como si estuviera en un aeropuerto.

Noah se ríe.

Entonces me ve.

La distancia es grande.

Aun así, siento el momento exacto.

Su mirada se detiene en mi rostro.

Luego baja.

Al abrigo.

Se me calienta la cara.

Noah se queda inmóvil por una fracción de segundo.

Un jugador pasa a su lado y le da un golpe en el hombro.

Se recupera.

Levanta el palo en nuestra dirección.

Un gesto corto.

Se me oprime el pecho.

Ethan me sujeta del brazo.

— Vio el abrigo.

— Es solo un abrigo.

— Su expresión no está de acuerdo.

— No puedes ver su expresión desde tan lejos.

— Puedo sentirla.

Noah vuelve al calentamiento.

Pero mira otra vez antes de que el equipo salga de la pista.

Esta vez, solo a mí.

Las luces se atenúan.

La presentación comienza.

Un vídeo muestra a niños del programa deportivo beneficiado por la campaña. Algunos hablan sobre aprender a patinar, hacer amigos y tener un lugar seguro después de la escuela.

El público se queda más silencioso.

Luego, los niños entran en la pista usando pequeños uniformes.

Cada uno acompaña a un jugador.

Noah aparece al final, de la mano de un niño que parece tener unos siete años.

El niño lleva un casco demasiado grande.

Noah se agacha para ajustar la hebilla.

El niño dice algo.

Noah se ríe.

Luego le sujeta los dos hombros y señala a la afición.

El niño saluda.

El público estalla en aplausos.

Algo dentro de mí cambia.

No es la imagen pública.

No parece ensayado.

Noah mantiene la atención en el niño incluso cuando las cámaras lo enfocan.

Cuando el niño resbala, Noah lo sostiene antes de que caiga.

Acerca el rostro.

Dice algo.

El niño vuelve a sonreír.

— Esto es cruel — dice Ethan.

— ¿Qué?

— Hombre guapo siendo amable con un niño. No tenemos defensa.

— Probablemente lo hace todos los años.

— Y eso lo hace peor.

Los jugadores se alinean para el himno.

Noah entrega al niño a una voluntaria.

Antes de colocarse, mira hacia nuestra fila otra vez.

Siento el peso del abrigo.

El recuerdo de sus manos en mi cintura.

La risa en el laboratorio.

El casi beso.

Aparto la mirada.

No porque no quiera mirar.

Porque quiero demasiado.

El partido empieza.

En los primeros minutos, no entiendo casi nada.

El disco desaparece entre los jugadores.

Los cambios ocurren sin aviso.

La gente grita por motivos que solo percibo después.

Ethan entiende menos que yo, pero reacciona con mucha convicción.

— ¡Eso fue falta! — grita.

— No lo fue — responde un hombre detrás de nosotros.

Ethan se gira.

— Emocionalmente lo fue.

El hombre se ríe.

Poco a poco, empiezo a reconocer patrones.

Noah juega como vive.

Provoca.

Observa.

Espera.

Luego ataca cuando el otro no está preparado.

Lidera sin necesidad de llamar la atención sobre eso.

Señala posiciones.

Habla con los jugadores.

Golpea el palo contra el hielo.

Cuando un compañero se equivoca, Noah no muestra irritación. Se acerca en el siguiente descanso y dice algo.

En la jugada siguiente, los dos aciertan.

— Es bueno — digo.

Ethan se pone la mano detrás de la oreja.

— Perdón, no oí.

— Es bueno.

— Más alto.

— No abuses.

— Quiero registrar este momento.

El otro equipo marca primero.

La afición se apaga.

Noah vuelve al centro.

Por la forma en que sujeta el palo, percibo que está irritado.

No descontrolado.

Concentrado.

En el apartamento, lo veo bromeando.

En la pista, hay algo más duro.

Más intenso.

Un jugador rival lo empuja contra la tabla.

El impacto es tan fuerte que me levanto.

— ¡Noah!

El nombre se me escapa.

Ethan me mira.

Noah permanece unos segundos contra el cristal.

Luego se aparta.

Golpea el casco del rival con el guante.

Los dos intercambian palabras.

El árbitro interviene.

— Está bien — dice Ethan.

— Lo sé.

Sigo de pie.

Noah vuelve a su posición.

Antes del reinicio, mira en dirección a la grada.

No puede haberme oído.

Hay miles de personas.

Aun así, sus ojos parecen buscar otra vez.

Me siento.

— Casi saltas al hielo — comenta Ethan.

— Fue un impacto fuerte.

— Tu cara perdió el color.

— Cualquiera reaccionaría.

— El hombre detrás de nosotros no reaccionó.

El hombre se inclina.

— Estoy acostumbrado.

Ethan lo señala.

— ¿Ves?

— Cállate.

Noah marca el primer gol pocos minutos después.

Recibe el disco cerca de la línea azul.

Esquiva a un jugador.

Luego a otro.

Dispara.

La red se mueve.

Por un segundo, hay silencio dentro de mí.

Entonces la arena estalla.

Todos se levantan.

Ethan me tira.

Yo grito.

No sé qué.

Solo grito.

Noah se desliza de rodillas por el hielo antes de ser rodeado por sus compañeros.

El rostro está parcialmente oculto por el casco, pero puedo ver la sonrisa.

Los jugadores le dan palmadas en el hombro.

La afición repite su nombre.

Sullivan.

Sullivan.

Sullivan.

Es impresionante.

También aterrador.

Esa persona que lavó platos conmigo en la cocina pertenece a miles de personas cuando entra aquí.

O parece pertenecer.

Noah se aparta del grupo.

Señala con el palo hacia la grada.

Hacia nuestra dirección.

No debería creer que es para mí.

Puede ser para cualquiera.

Para un niño.

Para el padre.

Para la afición.

Pero Ethan me sujeta de los hombros.

— Te dedicó el gol.

— No lo hizo.

— Lo hizo.

— No hay forma de saberlo.

— Grace, está mirando directamente hacia nosotros.

Noah levanta el palo otra vez.

Mi corazón late fuerte.

Hago un gesto pequeño con la mano.

Casi un saludo.

Su sonrisa crece.

Luego vuelve al partido.

— Estamos viviendo una comedia romántica — declara Ethan.

— No lo estamos.

— El capitán acaba de señalarte después de marcar.

— A nuestra sección.

— Claro. Le gusta mucho la silla doce.

El primer periodo termina empatado.

Durante el descanso, voluntarios recorren la grada recogiendo donaciones.

Ethan compra dos boletos para la subasta.

— No quiero participar — digo.

— Ya participé por nosotros.

— ¿Qué están subastando?

Él abre el folleto.

— Camisetas autografiadas, palos, entradas, cena con parte del equipo y una clase particular de patinaje con el capitán.

Mi estómago reacciona.

— ¿Una clase?

— Sí.

— Eso no parece apropiado.

— ¿Por qué?

— Porque él no es profesor.

— Patina desde los cinco años.

— Eso no califica a alguien para enseñar.

Ethan sonríe.

— Estás preocupada por quién va a ganar.

— No.

— ¿Quieres apostar?

— No.

Una presentadora aparece en la pista.

Explica que el valor recaudado ayudará a costear equipos, transporte y becas para niños de familias de bajos ingresos.

La pantalla gigante muestra a Noah visitando el programa el año anterior.

Está sin uniforme, arrodillado al lado de dos niños mientras enseña a sujetar el palo.

La imagen me atrapa.

— Nunca habló de esto — digo.

— Tal vez no lo hace para hablar.

La respuesta de Ethan me sorprende.

Lo miro.

— ¿Qué?

— Puedo reconocer carácter entre comentarios sobre hombros.

Vuelvo a la pantalla.

Tal vez creé una versión de Noah antes de conocerlo.

El atleta famoso.

El hombre acostumbrado a conseguir lo que quiere.

La cara en carteles.

Parte de eso existe.

Pero no todo.

Tal vez él también esté intentando descubrir qué versión de sí mismo es real.

El segundo periodo empieza más agresivo.

El rival marca otra vez.

Mason, que ahora reconozco por el nombre en la camiseta, empata.

Noah sufre otra falta.

Esta vez, el jugador lo sujeta contra la tabla por demasiado tiempo.

Cuando se suelta, Noah empuja al rival.

Los dos sueltan los palos.

— ¿Van a pelear? — pregunto.

— Espero que sí — responde Ethan.

— ¿Eso está permitido?

— No tengo idea.

Los árbitros se meten entre ellos antes de que pase algo mayor.

Noah recibe una penalización.

El jugador rival también.

Entra en la pequeña cabina cerca de nuestra sección.

Solo una pared de vidrio nos separa.

Noah se quita el casco.

El cabello está mojado de sudor.

Respira con fuerza.

La rabia todavía aparece en el rostro.

Entonces levanta los ojos.

Me encuentra.

Estamos lo bastante cerca para que yo vea el cambio.

La tensión disminuye.

La comisura de la boca sube.

Señala el abrigo.

Muevo los labios:

— Hace frío.

Noah inclina la cabeza, como si no lo creyera.

Luego se señala a sí mismo.

Señala el abrigo.

Y levanta las cejas.

— Quiere saber si lo estás usando porque es suyo — traduce Ethan.

— Lo entendí.

— Responde.

Niego con la cabeza.

Noah sonríe.

Señala mi cara.

Luego hace un gesto como si se estuviera poniendo roja.

Me cruzo de brazos.

Él se ríe.

El público alrededor empieza a darse cuenta.

Una chica en la primera fila mira a Noah.

Luego me mira a mí.

Susurra algo a su amiga.

Mi cuerpo se tensa.

Noah parece notarlo.

La diversión desaparece.

Se inclina cerca del vidrio.

Mueve los labios despacio:

— ¿Todo bien?

Puedo entender.

Asiento con la cabeza.

Sigue mirando.

Hago un gesto para que vuelva a prestar atención al partido.

Noah levanta las manos como si se rindiera.

La penalización termina.

Se pone el casco y vuelve al hielo.

— Eso fue íntimo — dice Ethan.

— Fue comunicación básica.

— Hablaron por mímica a través de una cabina de penalización.

— Preguntó si estaba todo bien.

— Exactamente.

La chica de delante mira otra vez.

Me quito el abrigo.

— ¿Qué estás haciendo? — pregunta Ethan.

— No tengo frío.

— Te estás congelando.

— Estoy bien.

— Grace.

— No quiero llamar la atención.

La frase sale más baja.

Ethan mira a las chicas.

Luego al abrigo en mi regazo.

— ¿Crees que nadie va a descubrir que viven juntos?

— No hay nada que descubrir.

— Lo sé.

— No hay nada entre nosotros.

— También lo sé.

— Entonces no debería parecerlo.

Ethan se acerca.

— Escucha. Estás usando un abrigo. Él habló contigo. Eso no es un crimen.

— La regla de la universidad.

— La regla prohíbe una relación. No ropa prestada.

— La gente inventa cosas.

— No puedes controlar eso.

— Puedo evitarlo.

Ethan suspira.

— Eso es lo que haces siempre.

— ¿Eso qué?

— Evitas cualquier cosa que pueda salirse de control.

Miro la pista.

— Estamos en medio de un partido.

— Sabes que no estoy hablando del partido.

No respondo.

Me pongo el abrigo otra vez.

No porque Ethan haya ganado.

Porque realmente tengo frío.

Noah da otra asistencia al final del periodo.

El marcador queda tres a dos para nuestra universidad.

En el tercero, el otro equipo empata.

Quedan cuatro minutos.

Toda la arena está de pie.

Hasta yo.

No entiendo todas las reglas, pero entiendo lo que está en juego.

Noah pasa a Ryan.

Ryan devuelve.

Noah avanza.

Un defensor le cierra el camino.

Otro se acerca.

Podría intentar marcar.

En vez de eso, pasa a Mason en el último segundo.

Mason dispara.

Gol.

La afición estalla.

Noah es rodeado otra vez.

Esta vez, no busca la grada inmediatamente.

Solo cuando vuelve al centro.

Encuentra mis ojos.

No hay provocación.

Solo una sonrisa cansada.

Orgullosa.

Le devuelvo la sonrisa.

Sin pensar.

Sin esconder.

Noah se queda mirando un segundo.

Luego golpea el palo contra el hielo.

El partido termina cuatro a tres.

La arena se transforma en caos.

Música.

Luces.

Gente gritando.

Los jugadores se saludan.

Noah lidera la fila.

Luego vuelve al centro de la pista para la presentación benéfica.

Los niños entran otra vez.

El niño del inicio corre, o intenta correr sobre los patines, hasta él.

Noah lo levanta.

El niño sostiene una pequeña placa con el valor recaudado.

Más de ochenta mil dólares.

El público aplaude.

Noah habla al micrófono.

La voz resuena por la arena.

— Esta noche no fue sobre el marcador.

La afición se calma.

— Fue sobre darles a estos niños la oportunidad de encontrar aquí lo que muchos de nosotros encontramos: un equipo, un lugar seguro y algo en lo que creer.

Mira a los jugadores.

Luego a los niños.

— Gracias a todos los que donaron, trabajaron y aparecieron. Ustedes hicieron que esto sucediera.

No es un discurso largo.

No se menciona a sí mismo.

Cuando devuelve el micrófono, el niño tira de su camiseta y pide algo.

Noah se arrodilla.

El niño le susurra al oído.

Noah se ríe.

Se levanta.

Mira a la grada.

Directamente a mí.

Mi corazón se detiene.

El niño saluda en mi dirección.

Noah le dice algo.

El niño saluda con más fuerza.

— ¿Qué está pasando? — pregunto.

— Creo que Noah habló de ti a un niño — responde Ethan.

— No seas absurdo.

El niño señala el abrigo.

Noah se lleva la mano a la cara, casi avergonzado.

Yo debería apartar la mirada.

En vez de eso, saludo de vuelta.

El niño celebra.

Noah niega con la cabeza.

Sonriendo.

Luego sigue con el grupo hasta la salida de la pista.

— Necesito saber qué dijo — afirma Ethan.

— No necesitamos.

— Lo necesitamos más que oxígeno.

La subasta ocurre en un salón al lado de la arena.

Yo preferiría irme.

Ethan insiste.

— Tenemos boletos.

— La posibilidad de ganar es pequeña.

— Eso es lo que dicen antes de cualquier tragedia.

El espacio está lleno de mesas con artículos autografiados.

Una camiseta de Noah recibe más pujas que todas las otras.

También está el palo usado en el partido.

Fotografías.

Un paquete de entradas.

Y la clase de patinaje.

Una presentadora anuncia a los ganadores por números.

No ganamos la camiseta.

Ni el palo.

Ni las entradas.

Empiezo a relajarme.

Entonces ella toma la última tarjeta.

— Y la clase particular de patinaje con el capitán Noah Sullivan va para el boleto número cuatrocientos diecisiete.

Ethan mira los boletos.

Luego me mira a mí.

Se le abren los ojos.

— No.

— ¿Qué?

Levanta el papel.

— Cuatrocientos diecisiete.

Se me cae el estómago.

— Estás bromeando.

— Yo nunca bromearía con el destino.

— Tú compraste el boleto.

— Para nosotros.

— Entonces la clase es tuya.

— No sé si te diste cuenta, pero yo no tengo interés en aprender a patinar con Noah.

— Dijiste que tenías interés en hombres guapos practicando deportes.

— Observar. No participar. Tengo rodillas delicadas.

La presentadora llama otra vez.

— ¿Boleto cuatrocientos diecisiete?

Ethan me sujeta del brazo y se levanta.

— ¡Aquí!

— Ethan.

Algunas personas miran.

La voluntaria viene hacia nosotros con un sobre.

— ¡Felicidades! El equipo se pondrá en contacto para programar la clase.

Ethan lo recibe.

Me lo entrega inmediatamente.

— No quiero.

— Ganaste.

— Ganaste tú.

— Los boletos eran nuestros.

— No estuve de acuerdo.

— Considéralo pago emocional por todos los años en que te escuché hablar de algoritmos.

Sujeto el sobre.

— No lo voy a usar.

— Claro.

— Lo voy a donar.

— Claro.

— Para algún niño.

— La clase es para mayores de dieciocho.

Lo miro.

— ¿Cómo lo sabes?

— Leí el reglamento.

— Planeaste esto.

— No puedo manipular sorteos benéficos.

— Pero pudiste haber comprado muchos boletos.

Ethan sonríe.

— Por una buena causa.

Antes de que yo responda, un movimiento cerca de la entrada llama la atención.

Los jugadores entran en el salón.

Algunos todavía tienen el cabello mojado de la ducha.

Llevan pantalones deportivos y camisetas del evento.

Noah aparece al final.

La gente se acerca inmediatamente.

Fotos.

Autógrafos.

Conversaciones.

Él sonríe.

Agradece.

Hace todo lo que esperan.

Pero, incluso rodeado, mira alrededor.

Buscando.

Sus ojos encuentran los míos.

La expresión cambia.

Se vuelve más real.

Noah dice algo a Ryan.

Luego empieza a venir en nuestra dirección.

Mi corazón se acelera.

— Voy a buscar refresco — anuncia Ethan.

Le sujeto el brazo.

— No vas.

— Ustedes necesitan hablar.

— Tú te quedas.

— No quiero estorbar.

— Tú vives para estorbar.

— Verdad. Pero ahora estoy eligiendo crecimiento personal.

Se escapa antes de que yo consiga impedirlo.

Noah se acerca.

Hay una pequeña marca cerca de la boca.

El cabello está húmedo.

La camiseta azul trae el símbolo de la campaña.

— Viniste.

Su voz suena diferente después de oírla por el sistema de la arena.

Más baja.

Más cercana.

— Ethan insistió.

— Claro.

Sus ojos bajan al abrigo.

— Y lo estás usando.

— Hacía frío.

— Claro.

— No significa nada.

— No dije que significara.

Pero la sonrisa dice.

Miro el corte.

— Te está sangrando la boca.

Noah se toca el lugar.

— Es pequeño.

— Necesitas limpiarlo.

— Ya lo limpié.

— Todavía está rojo.

— ¿Estás preocupada?

— Estoy haciendo una observación.

— Mi observadora favorita.

Se me calienta la cara.

— Jugaste bien.

Noah se queda inmóvil un segundo.

— ¿Eso fue un cumplido?

— Fue una evaluación técnica limitada.

— La acepto.

— Aun así creo que el deporte es innecesariamente violento.

— Gritaste mi nombre cuando me tiraron contra la tabla.

Se me contrae el estómago.

— No grité.

— Lo oí.

— Era imposible oír.

— Entonces lo vi.

— Estabas de espaldas.

— Lo sentí.

Pongo los ojos en blanco.

— Presumido.

— Te asustaste.

— Fue un impacto fuerte.

— Pero estuve bien.

— Me di cuenta.

Noah da un paso más cerca.

El salón sigue lleno, pero el espacio alrededor parece encogerse.

— ¿Te gustó? — pregunta.

— ¿El partido?

— Verme jugar.

Recuerdo la pregunta que hizo en el campus.

¿Tienes miedo de que te guste?

— Fue interesante.

— Interesante.

— Rápido.

— Rápido.

— Eres bueno.

Su sonrisa crece.

— Ya dijiste eso.

— No te acostumbres.

— Demasiado tarde.

Mira el sobre en mis manos.

— ¿Qué ganaste?

Lo escondo detrás del cuerpo.

Noah levanta una ceja.

— Nada.

— Eso parece un sobre oficial.

— Es de la subasta.

— ¿Qué artículo?

— Ethan ganó.

— ¿Cuál?

— No importa.

Noah extiende la mano.

— Muéstrame.

— No.

— Grace.

— Noah.

Se acerca más.

— ¿Tienes miedo?

— ¿De un sobre?

— De lo que hay dentro.

— No.

Noah intenta agarrarlo.

Aparto la mano.

Él pasa el brazo alrededor de mi cintura, sin tocar de verdad, solo impidiendo que yo escape por el lado.

Mi cuerpo reconoce inmediatamente la cercanía.

El calor.

El perfume.

La voz.

— Muéstrame — pide.

— No.

— Entonces voy a preguntarle a la organización.

— Eso es abuso de autoridad.

— Solo soy el capitán.

— Exactamente.

Ryan aparece detrás de él.

— Sullivan, la sesión de fotos empieza en dos minutos.

Noah no mira.

— ¿Qué ganó ella?

Ryan ve el sobre.

Sonríe.

— La clase de patinaje.

Cierro los ojos.

Traidor.

Noah se queda en silencio.

Luego me mira.

La expresión es imposible de interpretar.

Sorpresa.

Diversión.

Algo más.

— ¿Ganaste mi clase?

— Ethan ganó.

— El boleto estaba contigo.

— Él me lo entregó.

— Entonces es tuya.

— La voy a donar.

— No lo harás.

— No puedes decidir.

— Ya prometí enseñarte.

— Yo me negué.

— Ahora la caridad decidió.

Ryan se ríe.

— El destino trabaja mucho.

— No lo incentives — digo.

Noah toma el sobre de mi mano.

Lo abre.

Lee el certificado.

— Una hora de clase particular.

— No voy.

— Sí vas.

— No.

— Por una buena causa.

— El dinero ya fue donado. No necesito participar.

Noah baja el papel.

Sus ojos encuentran los míos.

— ¿Tienes miedo de caerte?

— Sí.

La honestidad se me escapa.

Él suaviza la expresión.

— Yo te sostengo.

La misma frase del laboratorio.

Esta vez, rodeada de gente, parece aún más íntima.

— No puedes garantizarlo.

— Puedo.

— Todo el mundo se cae.

— Entonces me caigo contigo.

Mi corazón late fuerte.

Ryan se queda en silencio.

Tal vez hasta él se da cuenta.

Noah me devuelve el sobre.

— Lunes. Ocho de la noche.

— Tengo laboratorio.

— Martes.

— Tengo clase.

— Miércoles.

— Tengo proyecto.

— Grace.

— Mi agenda está llena.

— La mía también.

— Entonces no va a funcionar.

— Voy a encontrar un horario.

— Eso no es necesario.

Noah se inclina.

La voz baja solo para mí.

— Quiero enseñar.

El aire parece desaparecer.

— ¿Por qué?

Él mira mi rostro.

Luego el abrigo.

Luego mis ojos otra vez.

— Porque quiero que confíes en mí.

La respuesta me desarma.

No hay provocación.

No hay sonrisa.

Solo verdad.

Antes de que yo encuentre algo que decir, una mujer llama a Noah del otro lado del salón.

— Tengo que irme — dice.

Doy un paso atrás.

— Ve.

Noah duda.

— ¿Me vas a esperar?

— ¿Para qué?

— Después de las fotos.

— Ethan y yo nos vamos a ir.

La decepción aparece en su rostro antes de que consiga ocultarla.

Pequeña.

Real.

— De acuerdo.

Se me oprime el pecho.

— ¿Vas a tardar?

— Tal vez veinte minutos.

Miro a Ethan cerca de la mesa de bebidas.

Hace un gesto desesperado para que yo diga que sí.

— Podemos esperar — respondo.

La sonrisa de Noah vuelve.

No la sonrisa pública.

La otra.

— Veinte minutos.

— Si pasa de treinta, me voy.

— ¿Regla nueva?

— Límite.

— Lo cumplo.

Empieza a alejarse.

Luego vuelve.

Acerca el rostro a mi oído.

— Me alegré de que vinieras.

La voz baja recorre mi piel.

Noah se aleja antes de que yo responda.

Camina hacia las cámaras.

La gente lo rodea otra vez.

En segundos, la versión pública regresa.

Sonrisa.

Postura.

Seguridad.

Pero, durante la primera fotografía, mira por encima del hombro.

Hacia mí.

Ethan aparece a mi lado.

— Estás perdida.

— No lo estoy.

— Dijo que se cae contigo.

— Fue una metáfora mala.

— Quiere que confíes en él.

— Porque voy a estar sobre cuchillas.

— Claro.

— Y deja de sonreír.

— No puedo. Esto es mejor que la televisión.

Nos quedamos cerca de la pared mientras Noah se toma fotos, firma artículos y habla con donantes.

Observo.

No debería.

Pero observo.

Trata a todos con atención.

Se inclina cuando los niños hablan.

Agradece a los voluntarios por su nombre.

No muestra prisa, aunque sabe que estamos esperando.

Cuando una mujer le pide que grabe un vídeo para su hijo internado, Noah lo repite tres veces hasta que a ella le gusta.

La estrella no parece tan diferente del hombre en el apartamento.

Tal vez eso es lo que más me asusta.

Sería más fácil si la amabilidad fuera solo una actuación.

A los veintisiete minutos, Noah termina.

Viene hacia nosotros con Ryan y Mason.

— Grace Mitchell — dice Mason. — La creadora de las reglas.

Miro a Noah.

— Se lo contaste.

— Solo algunas.

— ¿Cuántas?

Ryan responde:

— Todas.

— No conté todas — protesta Noah.

— Contaste once — dice Ryan.

— Ahora son doce — añade Mason.

— No son doce. La 9.1 es una extensión.

Los tres jugadores se quedan en silencio.

Ethan se lleva la mano al pecho.

— Ella está defendiendo la estructura jurídica.

Noah sonríe.

— ¿Ves? Yo lo dije.

— Ustedes son insoportables.

Mason extiende la mano.

— Mason Clarke.

— Grace.

— Gracias por salvar la computadora del capitán. Presentó el trabajo y pasó la mañana hablando de copias de seguridad.

— Una vez — corrige Noah.

— Cuatro — dice Ryan.

— Nadie estaba contando.

— Estábamos.

Noah me mira.

— La presentación recibió la nota máxima.

— ¿Ya corrigieron?

— El profesor evaluó en el momento.

— Entonces el diseño ayudó.

— Te mencioné.

Mi cuerpo se queda inmóvil.

— ¿Al profesor?

— Dije que mi compañera de apartamento salvó el proyecto.

— No hacía falta.

— Lo sé.

La misma respuesta que doy cuando él agradece.

Por alguna razón, eso me toca.

Ethan empieza a hablar con Mason.

Ryan observa a Noah.

Luego a mí.

Su expresión muestra que entiende demasiado.

— ¿Vamos a comer? — pregunta Noah.

— Son casi las diez — respondo.

— Exactamente.

— Tengo trabajo.

— Tú siempre tienes.

— Porque trabajo.

— Una hora.

— No.

— Cuarenta minutos.

— Noah.

— Treinta.

— Eso es negociación callejera.

— Veinticinco.

Ethan levanta la mano.

— Yo acepto.

— Nadie preguntó — digo.

— Tengo hambre.

Mason señala la salida.

— Hay una hamburguesería abierta cerca del campus.

— No voy a una hamburguesería llena con la mitad del equipo — respondo.

— No es la mitad — dice Ryan. — Solo nosotros tres.

— Eso ya es ruidoso.

Noah se acerca.

— Podemos comprar y llevar al apartamento.

Pienso en las reglas.

Invitados con aviso previo.

Noah se da cuenta.

— No hubo veinticuatro horas.

— Exactamente.

— Podemos comer en el pasillo.

Mason lo mira.

— ¿Vives así?

— Reglas.

Ryan pone la mano en el hombro de Noah.

— Nuestro capitán le tiene miedo a la compañera.

— No tengo miedo.

— Deberías — digo.

Noah sonríe.

— Entonces permite una excepción.

— No.

— Grace — insiste Ethan. — Recaudaron dinero para niños.

— Eso no tiene relación.

— Los héroes benéficos necesitan alimentarse.

Los miro a los cuatro.

Mason parece cansado.

Ryan tiene el cabello todavía mojado.

Ethan ya decidió.

Noah solo espera.

No presiona.

Podría recordar que el apartamento también es suyo.

No lo hace.

— Una hora — acepto.

Noah abre una sonrisa.

— Sabía que te gustaba el hockey.

— No abuses de la excepción.

— Sí, señora.

— No me llames así.

— Perdón, Grace.

Salimos juntos.

El aire de la noche está aún más frío.

Noah camina a mi lado.

Los otros van delante.

— ¿Estás cansada? — pregunta.

— Un poco.

— Dormiste dos horas.

— Tú también.

— Estoy acostumbrado.

— Eso no lo hace saludable.

— Te preocupas mucho por mi salud.

— Alguien tiene que hacerlo.

La frase sale antes de que yo piense.

Noah se queda en silencio.

Lo miro.

Sus ojos azules están fijos en mí.

— ¿Qué?

— Nada.

— Estás sonriendo.

— Dijiste que alguien tiene que cuidar de mí.

— No fue eso.

— Fue parecido.

— Dije que alguien tiene que preocuparse por decisiones malas.

— Y ese alguien eres tú.

— Temporalmente.

— Claro.

Seguimos.

Su hombro toca el mío.

Ninguno de los dos se aparta.

La hamburguesería está casi vacía.

Compramos hamburguesas, patatas y bebidas.

Noah paga antes de que yo consiga impedirlo.

— Voy a transferir — aviso.

— No hace falta.

— Hace falta.

— Considéralo pago por la computadora.

— Ofreciste cocinar.

— Estoy diversificando la compensación.

— Voy a transferir.

— No tengo tu aplicación de pago.

— Puedo pedir el contacto.

— Ya tienes mi número.

— No es lo mismo.

— Puedes pagarme yendo a la clase de patinaje.

Lo miro.

— Eso no es pago.

— Para mí lo es.

— ¿Por qué?

Noah recibe las bolsas del empleado.

— Porque quiero una hora en la que no puedas huir al dormitorio.

Mi corazón se acelera.

— Estaremos en una arena entera.

— Sin puerta.

— Puedo irme.

— Pero no lo harás.

— Muy confiado.

— Voy a estar sosteniéndote.

El calor me sube por el cuello.

Noah sonríe.

— Te pusiste roja.

— Hace calor aquí.

— Afuera hacía frío.

— Elegí la excusa correcta para el ambiente.

Él se ríe.

Volvemos al apartamento.

Por primera vez, la sala queda llena.

Mason ocupa el suelo.

Ryan se sienta en el brazo del sofá.

Ethan toma el sillón.

Noah y yo quedamos lado a lado en el sofá, aunque hay poco espacio.

Las rodillas se tocan.

La conversación es ruidosa.

Caótica.

Mason cuenta historias del equipo.

Ethan hace preguntas inapropiadas.

Ryan revela que Noah le tenía miedo a las mascotas cuando era niño.

— Tenía seis años — protesta Noah.

— Lloraste cuando apareció el oso.

— Tenía una cabeza enorme.

— Era una mascota — digo.

— Tú tienes miedo de caerte sobre una superficie congelada. No juzgues.

— Eso es racional.

— El oso también daba miedo.

Ethan se ríe tanto que casi tira la bebida.

Observo la sala.

Hay envoltorios sobre la mesa.

Zapatos cerca de la puerta.

Voces.

Desorden.

Mi rutina debería estar gritando.

En vez de eso, algo dentro de mí está tranquilo.

Tal vez porque todos parecen cómodos.

Tal vez porque Noah sigue apoyado en mí.

Su brazo descansa detrás del sofá.

No me toca.

Pero el calor está ahí.

Una presencia constante.

Cuando Mason cuenta cómo Noah rechazó la apuesta sobre hacerme reír, mi cuerpo se pone rígido.

— ¿Qué apuesta? — pregunto.

Noah mira a Mason.

— Te vas a morir.

— No hubo apuesta — explica Ryan.

— Intentaron hacer una — dice Noah.

— ¿Sobre mí?

— Sobre hacerte reír.

La incomodidad surge rápido.

— Entonces era un juego.

— No — responde Noah inmediatamente.

— Estabas contando cuántas veces sonreía.

— Antes de que ellos lo supieran.

— ¿Eso lo mejora?

— Grace.

La sala se queda en silencio.

La sensación de tranquilidad desaparece.

Me levanto.

— Necesito trabajar.

— Espera.

— Disfruten la comida.

Camino hacia el pasillo.

Noah me sujeta la muñeca.

No fuerte.

Solo lo suficiente para hacerme parar.

Miro su mano.

Noah suelta inmediatamente.

— Me negué — dice.

— Pero lo pensaste.

— Como un desafío personal. No una apuesta.

— ¿Cuál es la diferencia?

— Tú nunca fuiste un premio.

La respuesta me golpea.

Los otros permanecen en silencio.

Noah se levanta.

— El primer día, me di cuenta de que casi nunca sonreías. Quise cambiar eso.

— ¿Por qué?

— Porque me gusta cuando sonríes.

Su honestidad me deja expuesta.

— Eso todavía convierte mis reacciones en una cosa que tú quieres conquistar.

— Al principio, tal vez.

Se me oprime el pecho.

— Genial.

— Pero dejó de ser eso.

— ¿Cuándo?

Noah me mira.

El apartamento lleno desaparece.

— No lo sé. Tal vez cuando te quedaste despierta hasta las tres de la mañana. Tal vez cuando contaste lo de tu padre. Tal vez antes.

No puedo respirar bien.

— Entonces, ¿qué es ahora?

Él tarda.

— Ahora solo quiero ser la razón.

El silencio se vuelve pesado.

Ethan baja la mirada.

Ryan mira el envoltorio en sus manos.

Mason parece desear estar en cualquier otro lugar.

Yo también debería.

Pero no puedo moverme.

Noah da un paso más cerca.

— Si eso te molesta, paro.

— ¿De intentar hacerme sonreír?

— De provocar. De acercarme. De lo que tú quieras.

Habla en serio.

No debería ser tan difícil responder.

Debería pedirle que pare.

Sería más seguro.

Más lógico.

— No necesitas parar — digo.

El alivio aparece en su rostro.

Pequeño.

Casi invisible.

— De acuerdo.

— Pero sin desafíos.

— Sin desafíos.

— Sin contar.

— Dejé de contar.

— ¿Cuándo?

Noah sonríe.

— Después de la risa en el laboratorio.

— ¿Por qué?

— Porque esa fue suficiente.

Mi corazón late fuerte.

Vuelvo a sentarme.

La conversación regresa lentamente.

Menos ruidosa.

Más cuidadosa.

Noah permanece a mi lado.

Esta vez, cuando su rodilla toca la mía, no me aparto.

A medianoche, todos se van.

Ethan me abraza en la puerta y susurra:

— Estás muy jodida.

Lo empujo al pasillo.

Mason y Ryan se despiden.

Noah cierra la puerta.

La sala queda en silencio.

Hay envoltorios sobre la mesa.

Vasos.

Servilletas.

— Voy a limpiar — dice.

— Yo ayudo.

Recogemos todo.

No hablamos durante unos minutos.

Noah lleva las bolsas a la cocina.

Yo limpio la mesa.

— ¿Te arrepientes de haber ido? — pregunta.

— No.

La respuesta sale antes de que yo analice.

Él me mira.

— ¿Te gustó el partido?

— Sí.

— ¿Verme jugar?

La pregunta vuelve.

Esta vez, no huyo.

— Sí.

Noah se queda inmóvil.

El aire cambia.

— ¿Mucho? — pregunta.

— No abuses.

— Solo estoy recopilando datos.

— Esa es mi área.

— Entonces dame una respuesta precisa.

Doblo el paño.

— Me gustó ver quién eres allí.

Su expresión se pone seria.

— ¿Y quién soy?

Pienso.

— Alguien que sabe exactamente qué hacer.

Noah apoya las manos en la encimera.

— Solo lo parezco.

— No.

— Grace.

— Lideras sin humillar. Prestas atención a los demás. No intentas marcar todos los goles tú solo. Y fuiste amable con los niños cuando no necesitabas que nadie lo viera.

Él me mira fijamente.

— ¿Viste todo eso?

— Yo observo.

— Lo sé.

La sonrisa aparece despacio.

— Me gustó que estuvieras allí.

— Ya lo dijiste.

— Me sigue gustando.

Se acerca.

No mucho.

Lo suficiente.

Siempre lo suficiente.

— Y me gustó el abrigo.

Miro las mangas que todavía cubren parte de las manos.

Olvidé que sigo usándolo.

— Lo voy a devolver.

— Puedes quedártelo.

— No.

— Grace.

— Es tuyo.

— Te queda mejor a ti.

Se me calienta la cara.

Noah extiende la mano.

Pienso que va a coger el abrigo.

En vez de eso, sujeta delicadamente la punta de un mechón de mi pelo.

El gesto es pequeño.

Casi inocente.

Mi cuerpo entero reacciona.

— Te asustaste hoy — dice.

— Cuando te golpearon contra la tabla.

— Sí.

— Fue solo sorpresa.

— Gritaste mi nombre.

— No sabía si estabas bien.

— ¿Te gustó saberlo?

— Claro.

Su mano suelta mi pelo.

Baja despacio.

Sus dedos tocan mi muñeca.

— Grace.

— ¿Qué?

— ¿Puedo preguntarte algo?

— Ya estás preguntando.

Él sonríe.

— ¿Por qué te quitaste el abrigo cuando las chicas miraron?

Mi cuerpo se pone rígido.

— Hacía calor.

— No hacía.

— No quería llamar la atención.

— ¿Por mi culpa?

— Por culpa de ellas.

— ¿Cuál es la diferencia?

Aparto la mirada.

— Podrían interpretar mal.

— ¿Qué?

— La situación.

— ¿Qué situación?

— Nosotros.

La palabra sale.

Noah se queda en silencio.

— ¿Existe un nosotros? — pregunta.

Mi corazón late con fuerza.

— Sabes lo que quiero decir.

— Quiero oírlo.

— Somos compañeros de apartamento.

— ¿Eso es todo?

Lo miro.

La distancia parece menor.

Los ojos azules están oscuros bajo la luz de la cocina.

— Debería serlo.

— No fue lo que pregunté.

— La regla once.

— Me acuerdo.

— Entonces no importa lo que parezca.

— Importa para ti.

— Mi beca está en riesgo.

— Y mi carrera.

— Exactamente.

— Eso no responde.

—

CAPÍTULO 8

NINGÚN DERECHO

NOAH

Me despierto la mañana del sábado con tres certezas.

La primera es que ganamos el partido.

La segunda es que me duele todo el cuerpo.

La tercera es que Grace todavía está usando mi abrigo.

La última debería ser la menos importante.

No lo es.

Estoy sentado a la mesa de la cocina con una bolsa de hielo presionada contra el hombro cuando ella sale del cuarto.

El cabello está recogido en una trenza suelta. Lleva leggings negros, zapatillas y mi abrigo azul marino cerrado hasta el cuello.

Mi nombre no está escrito en ninguna parte.

No hay número.

Nada que indique que me pertenece.

Aun así, lo reconozco inmediatamente.

Tal vez porque ya he usado ese abrigo en viajes, entrenamientos y mañanas frías durante casi dos años.

Tal vez porque nunca se había visto tan bien.

Grace se detiene al encontrarme mirando.

— ¿Qué?

— Nada.

— Estás mirando fijamente.

— Estoy observando.

Ella mira su propio cuerpo.

Luego me mira a mí.

— Iba a devolverlo.

— No lo pedí.

— Necesito lavarlo primero.

— No hace falta.

— Lo usé durante el partido y después en la cafetería.

— Sigo sin ver el problema.

— La ropa debe lavarse antes de ser devuelta.

— ¿Esa regla existe en el acuerdo?

— Es higiene básica.

Grace va hasta la cafetera.

Mi mirada la sigue sin permiso.

El abrigo le queda grande.

Las mangas le cubren la mitad de las manos.

El bajo le llega por debajo de la cadera.

Parece cómodo.

Íntimo.

Peligroso.

— Puedes quedártelo — digo.

Ella se detiene con la mano sobre el armario.

— Ya dijiste eso.

— Y tú sigues fingiendo que no lo oíste.

— No puedo quedarme con algo que no es mío.

— Puedes, si yo lo doy.

— ¿Por qué lo darías?

Porque me gusta verte usándolo.

La respuesta surge demasiado rápido.

No lo digo.

— Tengo otros.

— Eso no lo explica.

— ¿Necesito explicar un regalo?

— Esto no es un regalo.

— Acabo de convertirlo en uno.

Grace me mira durante unos segundos.

— No lo quiero.

Mentirosa.

Pasa los dedos por la manga mientras lo dice.

Un gesto pequeño.

Casi inconsciente.

— Entonces quítatelo — provoco.

Los ojos verdes se entrecierran.

— Hace frío.

— Puedo devolverlo después.

— Sin prisa.

Grace abre el armario.

Toma la taza con código.

— ¿Tienes entrenamiento?

— Recuperación a las once.

— ¿Tu hombro está mal?

Miro la bolsa de hielo.

— Está genial.

— ¿Te estás poniendo hielo porque está genial?

— Prevención.

Ella se acerca.

La preocupación aparece en su rostro antes de que pueda ocultarla.

— ¿Fue el golpe contra el tablero?

— Uno de ellos.

— ¿Uno de ellos?

— Es parte de esto.

Grace se detiene delante de mí.

— Quítate el hielo.

— ¿Por qué?

— Quiero ver.

Mi corazón reacciona a la frase de una manera que no tiene relación con la medicina.

— Grace Mitchell pidiéndome que me quite la ropa por la mañana.

— La camiseta.

— Sigue siendo un comienzo.

— Noah.

Sonrío.

Retiro la bolsa.

Ella señala el borde de la camiseta.

— Levanta.

— Lo estás haciendo muy fácil.

— Puedo dejar que el médico del equipo evalúe.

— Él ya evaluó.

— Entonces ¿por qué te estás quejando?

— No me quejé.

— Hiciste un sonido cuando intentaste agarrar la taza.

— Observadora.

— Levanta la camiseta.

Obedezco.

El dolor aparece cuando levanto el brazo.

No es fuerte.

Solo profundo.

Grace se inclina.

Sus dedos tocan el lado de mi torso, cerca de las costillas.

Todo mi cuerpo se pone alerta.

Su piel está fría.

El toque es cuidadoso.

Clínico, probablemente.

Mi cuerpo no entiende la diferencia.

— Tienes un hematoma — dice.

— Tengo varios.

— Este es grande.

Sus dedos recorren el borde amoratado.

Contengo la respiración.

Grace levanta la vista.

— Te duele.

— No mucho.

— Te pusiste tenso.

No por el hematoma.

— Tus manos están frías.

Ella se aparta inmediatamente.

Echo de menos el toque en el mismo segundo.

— Ponte hielo durante veinte minutos — indica. — Luego quítalo por al menos cuarenta.

— Sí, doctora.

— Y no fuerces antes del entrenamiento.

— Es solo recuperación.

— Los jugadores tienen definiciones extrañas de recuperación.

— Me estás cuidando.

Grace se aleja.

— Estoy evitando que hagas algo idiota.

— ¿Así demuestras cariño?

— No estoy demostrando cariño.

— Qué pena.

Su rostro se calienta.

Se vuelve hacia la cafetera.

Sonrío.

Tal vez mi objetivo de hacerla sonreír se haya acabado.

Ahora parece que mi pasatiempo es hacerla ponerse roja.

No debería considerar eso mejor.

Lo considero.

— ¿Adónde vas? — pregunto.

Grace sirve café.

— Al laboratorio.

— ¿Un sábado?

— El proyecto no sabe que es fin de semana.

— ¿Vas sola?

La pregunta sale casual.

O lo intento.

— Ethan va conmigo.

Algo se aprieta dentro del pecho.

Es automático.

Idiota.

— Claro.

Grace mira por encima del hombro.

— ¿Claro qué?

— Nada.

— Tu tono cambió.

— Mi tono está normal.

— No lo está.

— Tal vez el hematoma esté afectando mi voz.

— El hematoma es en las costillas.

— Todo está conectado.

Grace pone los ojos en blanco.

— Ethan necesita probar una integración en mi sistema.

— ¿Él no tenía un proyecto sobre exnovios tóxicos?

— El profesor lo rechazó.

— Con razón.

— Ahora va a colaborar en el mío.

— Entonces ustedes van a pasar el sábado entero juntos.

Ella sostiene la taza en el aire.

— Así es como funciona la colaboración.

— Lo sé.

— Pareces molesto.

— No lo estoy.

La respuesta sale demasiado rápido.

Grace lo nota.

— ¿Estás celoso?

Casi me río.

No porque sea gracioso.

Porque la pregunta es absurda.

No tengo derecho.

Ella no es mi novia.

No nos besamos.

Ni siquiera somos amigos oficialmente, según la propia Grace.

— ¿De Ethan?

— Fuiste tú quien hizo un análisis completo de la duración de nuestro sábado.

— Solo pregunté.

— Y te pusiste raro cuando respondí.

— No me puse raro.

Grace toma café.

Sus ojos siguen en mí.

— Sabes que Ethan es gay, ¿verdad?

Aprieto la bolsa de hielo.

Claro que lo sé.

Lo anunció en el primer minuto.

Habló de hombres.

Comentó mis hombros.

No existe motivo para sentir nada.

— Lo sé.

— Entonces ¿por qué estás celoso?

— No lo estoy.

— Noah.

— Grace.

— Pareces irritado.

— Tal vez esté irritado porque él tendrá ayuda en el laboratorio y yo no tuve ayuda para cambiarme el vendaje ayer.

— No tienes vendaje.

— Exactamente.

Grace se queda mirándome.

Luego la comisura de su boca se eleva.

— Eso no tuvo sentido.

— Me duele.

— Tu capacidad lógica está comprometida.

— Tal vez.

Ella toma la mochila.

— Te veo después.

— ¿A qué hora?

Grace se detiene cerca de la puerta.

— ¿Por qué?

— Para saber.

— Nunca preguntaste antes.

— ¿Nunca?

— No de esa manera.

— ¿Qué manera?

— Como si yo tuviera horario para volver.

— ¿Lo tienes?

— No.

Aprieto la mandíbula.

— Bien.

Ella sigue parada.

— ¿Quieres que vuelva a alguna hora específica?

La pregunta suena como una prueba.

Tal vez no lo sea.

— No.

— Entonces ¿por qué preguntaste?

Porque quiero saber cuándo estarás aquí.

Porque ayer, cuando te vi en la grada, pasé todo el partido buscando tu cara.

Porque, desde que entraste en este apartamento, el silencio parece diferente cuando no estás.

— Puedo cocinar — digo.

Grace parpadea.

— ¿Qué?

— Cena.

— Cocinas casi todos los días.

— Puedo hacer algo mejor.

— ¿Eso es una invitación?

— Es una pregunta sobre horario.

— Podrías haberlo dicho.

— Lo estoy diciendo ahora.

Ella piensa.

— Deberíamos terminar alrededor de las siete.

La presión disminuye.

— ¿Entonces ocho?

— Tal vez.

— Voy a considerar ocho.

— No necesitas esperar.

— No dije que esperaría.

— Tu cara lo dijo.

— Las caras no hablan.

— Tú me enseñaste lo contrario.

Grace abre la puerta.

Antes de salir, me mira.

— No hagas esfuerzo con ese hombro.

— Sí, señora.

— No me llames así.

— Lo siento, Grace.

Ella sale.

La puerta se cierra.

Me quedo solo con la bolsa de hielo, una taza vacía y la sensación irritante de que acabo de organizar todo mi día en torno a su regreso.

Eso es un problema.

Mi celular vibra.

Ryan.

RECUPERACIÓN A LAS 11. NO LLEGUES TARDE.

Respondo:

Lo sé.

Llega otro mensaje.

Y LLEVA ROPA PARA DUCHARTE.

Bloqueo el aparato.

A las once, la arena está casi vacía.

Entrenamiento de recuperación significa bicicleta ligera, estiramiento, fisioterapia y una cantidad excesiva de quejas.

Mason está acostado sobre una colchoneta mientras el fisioterapeuta trabaja su pierna.

Ryan pedalea a mi lado.

— Estás sonriendo.

— No lo estoy.

— Sí lo estás.

— Tal vez por el dolor.

— Nadie sonríe de dolor así.

Ajusto la resistencia de la bicicleta.

— No empieces.

— Grace fue al partido.

— Lo vi.

— Todos lo vieron.

Lo miro.

— ¿Qué significa eso?

— Le señalaste a ella después del gol.

— Señalé a la sección.

Ryan empieza a reír.

— Ella estaba usando tu abrigo.

— Hacía frío.

— Pasaste la mitad del calentamiento buscando.

— Yo sabía dónde estaban las entradas.

— Y el niño preguntó si ella era tu novia.

Recuerdo a Liam, el chico del programa.

Me tiró de la camiseta y señaló a Grace.

¿Es tu novia?

Yo dije que no.

Él respondió que debería serlo.

Luego preguntó por qué ella usaba mi abrigo.

No encontré una explicación que un niño de siete años entendiera.

— Los niños preguntan cualquier cosa — digo.

— ¿Qué respondiste?

— Que ella es mi compañera de piso.

— ¿Y él lo creyó?

— Dijo que yo estaba mirando demasiado.

Ryan se ríe más fuerte.

— Me gusta.

— Tiene siete años.

— Y más percepción que tú.

Sigo pedaleando.

El hombro duele cuando muevo el brazo.

Grace tenía razón.

No lo mencionaré.

— ¿Aceptó la clase? — pregunta Ryan.

— Miércoles.

— ¿Eso cuenta como cita?

— No.

— Solo ustedes dos en una arena vacía, de noche, con tú sosteniéndole la cintura.

Mi mente crea la imagen antes de que pueda impedirlo.

Grace sobre los patines.

Sus manos en mí.

Mi cuerpo detrás del suyo.

— Es una clase.

— Claro.

— Y fue parte de la subasta.

— Benéfica.

— Exactamente.

— Nada romántico.

— Nada.

Ryan me observa durante unos segundos.

— Estás completamente jodido.

— Ethan le dijo lo mismo a Grace.

— Entonces Ethan es inteligente.

La resistencia de la bicicleta parece demasiado ligera.

Aumento.

— Ella va al laboratorio con él hoy.

Ryan gira la cara despacio.

— ¿Y?

— Nada.

— Lo dijiste de una manera rara.

— Todo el mundo está obsesionado con mi tono hoy.

— ¿Estás celoso de Ethan?

— Él es gay.

— Eso no responde.

— Responde totalmente.

— No, porque los celos no siempre son racionales.

— No estoy celoso.

— Entonces ¿por qué lo mencionaste?

— Surgió en la conversación.

— Estamos hablando de la clase de patinaje.

— Exactamente.

Ryan sonríe.

— Entiendo.

— No entiendes nada.

— Querías pasar el sábado con ella.

— Tengo recuperación.

— Después.

— Tengo cosas que hacer.

— Como cocinar una cena especial para cuando ella vuelva.

Dejo de pedalear.

Ryan abre los ojos.

— De verdad vas a cocinar.

— ¿Cómo lo sabes?

— Tu cara.

Ahora todos usan esa frase.

— No es especial.

— ¿Qué vas a hacer?

— Aún no decidí.

— ¿Qué le gusta?

— Pasta.

— Lo sabes.

— Comió dos veces cuando hice.

— ¿Estás observando cuánto come?

— Grace se olvida de las comidas.

— Eso suena a preocupación.

— Es convivencia.

— Eres pésimo mintiendo cuando se trata de ella.

Vuelvo a pedalear.

— No tengo derecho a sentir celos.

La frase sale antes de que decida hablar.

Ryan pierde la sonrisa.

— No.

— Entonces no siento.

— No funciona así.

— Debería.

— Tú sientes. El derecho solo decide qué haces con eso.

Lo miro.

Ryan no suele decir cosas serias antes del mediodía.

— ¿Desde cuándo te volviste sabio?

— Desde que mi mejor amigo empezó a actuar como un adolescente.

— No voy a impedir que ella salga con nadie.

— Genial.

— Ni preguntar.

— Mejor aún.

— Ni importarme.

Ryan hace una mueca.

— Esa parte parece poco probable.

El fisioterapeuta llama mi nombre.

Me bajo de la bicicleta.

Durante la evaluación, descubro que el hematoma no es grave.

Necesito evitar contacto fuerte por dos días.

Puedo entrenar.

El siguiente partido será el viernes.

Hay tiempo.

Mi padre dejó seis mensajes desde la noche anterior.

No abrí ninguno.

Cuando salgo de la arena, él está esperando en el estacionamiento.

Claro.

Apoyado en un coche alquilado, usando abrigo oscuro y la expresión de quien llegó para corregir algo.

— No respondiste.

— Estaba ocupado.

— ¿Después del partido?

— Evento benéfico.

— ¿Después del evento?

Pienso en Grace en el sofá.

En su mano dentro de la manga de mi abrigo.

En la conversación en la cocina.

— Fui a cenar.

— ¿Con quién?

— Amigos.

Él me observa.

Mi padre tiene la habilidad irritante de convertir cualquier respuesta en interrogatorio.

— Grace Mitchell estaba en el partido.

Todo mi cuerpo se pone alerta.

— ¿Cómo lo sabes?

— Las cámaras mostraron que te comunicabas con alguien en la grada.

— Había miles de personas.

— Una de ellas llevaba tu abrigo.

— Era Grace.

— Lo sé.

— Entonces ¿por qué preguntaste?

— No pregunté.

Me acerco.

— ¿Qué quieres?

— Recordarte la conversación de ayer.

— No hay nada entre nosotros.

Decir eso parece peor ahora.

Más falso.

— Entonces mantenlo así.

— Tú no controlas con quién hablo.

— No estoy intentando controlar tu vida personal.

Río sin humor.

— Eso es exactamente lo que haces.

— Estoy protegiendo tu carrera.

— ¿De una chica usando mi abrigo?

— De percepciones.

La palabra me irrita.

— Grace no hizo nada.

— No importa lo que hizo. Importa lo que parece.

— Esto es una locura.

— Esto es deporte profesional.

— Todavía soy universitario.

— Por pocos meses.

Mi padre endereza la postura.

— El equipo de Boston pidió una reunión.

La rabia deja espacio a otra cosa.

— ¿Cuándo?

— Lunes.

— ¿Aquí?

— Videollamada.

— ¿Hablaron con el entrenador?

— Sí.

— ¿Y Chicago?

— Sigue siguiendo.

Mi corazón se acelera.

Es lo que quiero.

Lo que pasé toda la vida queriendo.

Aun así, lo primero en lo que pienso es en la clase de patinaje del miércoles.

En Grace.

En lo que pasaría si yo fuera elegido por un equipo del otro lado del país.

— No puede haber distracciones — dice mi padre.

Lo miro.

— Ella no es una distracción.

— Acabas de responder demasiado rápido.

— Porque estoy cansado de que trates a las personas como riesgos.

— Las personas se convierten en riesgos cuando hay mucho dinero involucrado.

— Grace no quiere dinero.

— Todo el mundo quiere algo.

Pienso en lo que le dije a ella.

Eres la primera persona que habla conmigo sin querer nada.

— Ella no.

— La conoces desde hace una semana.

— Suficiente.

Mi padre suelta el aire.

— Noah, no estoy diciendo que ella sea mala.

— Estás diciendo que debo evitarla.

— Estoy diciendo que debes pensar.

— Yo pienso.

— Entonces piensa en lo que pierdes si esto se convierte en un escándalo.

Su beca.

Mi patrocinio.

La vivienda.

La reputación.

La regla once existe por una razón.

Si alguien denuncia, no importa que aún no haya pasado nada.

Percepción.

La palabra de él vuelve.

Grace lo entendió antes que yo.

Cuando se quitó el abrigo.

Cuando se puso tensa con las chicas mirando.

Ella no estaba exagerando.

Estaba viendo el riesgo.

— No pasó nada — digo.

— Genial.

Mi padre abre la puerta del coche.

— Deja que siga así.

Él entra.

Se va.

Me quedo en el estacionamiento.

La sensación de victoria por la reunión con Boston debería dominar.

No domina.

Agarro el celular.

Abro la conversación con Grace.

Empiezo a escribir:

Mi padre sabe que fuiste al partido.

Borro.

Escribo:

Tal vez sea mejor no usar el abrigo en el campus.

Borro más rápido.

Eso parecería una orden.

Como si yo tuviera vergüenza.

Como si ella fuera el problema.

Guardo el celular.

No envío nada.

A las tres de la tarde, estoy en el mercado.

Esto no debería ser tan difícil.

Ya cociné cientos de veces.

Pero normalmente elijo lo que me apetece.

Hoy, me quedo parado delante de las estanterías intentando recordar todo lo que Grace ya comió con entusiasmo.

Pasta.

Pollo.

Verduras.

Le gusta la salsa de tomate, pero quita trozos grandes de cebolla.

No le gustan los alimentos muy dulces.

Bebe café sin azúcar.

Prefiere queso solo en poca cantidad.

Sé demasiada información.

Pongo ingredientes en el carrito.

Un paquete de galletas llama la atención.

Las mismas que trajo Ethan.

Lo tomo.

Luego lo devuelvo.

No estoy intentando impresionar.

Lo pongo otra vez.

Una señora al lado observa.

— Llévalo — aconseja. — Está claramente enamorado.

Casi se me cae el paquete.

— No lo estoy.

Ella mira el carrito.

— Pasta fresca, hierbas, chocolate y flores.

Miro las flores.

Ni me di cuenta de que me detuve cerca de ellas.

— No son mías.

— Todavía no las pusiste en el carrito.

— Exactamente.

— Pero lo estás pensando.

Me alejo.

Sin flores.

Eso sería demasiado.

Chocolate también.

Lo quito.

Luego lo vuelvo a poner.

Grace se quedó despierta hasta las tres de la mañana por mí.

El chocolate no significa nada.

Cuando llego al apartamento, empiezo a cocinar.

Música baja.

Pasta.

Pollo.

Salsa.

Nada especial.

Solo mejor de lo normal.

A las seis y cuarenta, la cocina está lista.

A las siete, pongo la mesa.

A las siete y quince, reviso el celular.

Ningún mensaje.

A las siete y treinta, envío:

¿Sigues en el laboratorio?

Grace no responde.

A las siete y cuarenta y dos:

La cena está casi lista.

Nada.

A las ocho, apago el fuego.

No estoy preocupado.

Está con Ethan.

El campus es seguro.

Grace sabe cuidarse sola.

A las ocho y quince, el celular vibra.

GRACE:
Perdón. Tuvimos un problema en la prueba. Vamos a tardar.

El alivio es inmediato.

Ridículo.

Respondo:

¿Cuánto?

No sé. Tal vez dos horas.

Miro la mesa.

Dos platos.

Servilletas.

La pasta que se pondrá mala.

Está bien.

Aparecen los tres puntos.

¿Esperaste?

Pienso en mentir.

Hice cena.

Tarda.

Yo dije que no hacía falta.

La frase me irrita más de lo que debería.

Yo quise hacerlo.

Guárdalo para mañana.

Claro.

Bloqueo el celular.

Quito los platos.

Pongo la comida en recipientes.

La cocina vuelve a parecer normal.

A las nueve, Ryan llama.

— Fiesta en la casa de Tyler.

— No voy.

— ¿Por qué?

— Cansado.

— Cocinaste y ella no volvió.

— ¿Cómo lo sabes?

— Mason apostó que eso pasaría.

— Ustedes hablan demasiado.

— Ven.

Miro el apartamento vacío.

— No.

— ¿Vas a quedarte esperando?

— No estoy esperando.

— Entonces ven.

— Buenas noches, Ryan.

Cuelgo.

Intento estudiar.

No puedo.

Enciendo la televisión.

No presto atención.

A las diez y veinte, la puerta se abre.

Grace entra riendo.

El sonido llega antes que ella.

Una risa ligera.

Sin protección.

Ethan viene detrás cargando dos portátiles.

Y con ellos hay otro hombre.

Alto.

Cabello claro.

Gafas.

Chaqueta del departamento de Ciencias de la Computación.

No lo conozco.

Todo mi cuerpo reacciona.

No es pensamiento.

Es instinto.

Me levanto del sofá.

Grace se detiene al verme.

Todavía usa mi abrigo.

El detalle debería calmar.

No calma.

— Estás despierto — dice.

— Son las diez y veinte.

— Pensé que habrías ido a alguna fiesta.

— ¿Por qué?

— Sábado.

— No fui.

El hombre detrás de ella me mira.

Reconocimiento inmediato.

— Tú eres Noah Sullivan.

— Soy.

Mi tono sale más frío de lo que debería.

Grace lo nota.

— Noah, este es Daniel Foster. Trabaja en el laboratorio de inteligencia artificial.

Daniel extiende la mano.

— Encantado.

La estrecho.

— Igualmente.

No lo es.

— Daniel nos ayudó a localizar el error en el sistema — explica Grace. — El código estaba entrando en conflicto con una biblioteca antigua.

— Genial.

— Va a usar el baño antes de irse — añade Ethan.

Miro a Grace.

— ¿El baño?

— Vive al otro lado del campus — dice ella. — Y el laboratorio cerró.

— Entiendo.

No entendí.

O entendí y no me gusta.

Daniel sostiene el portátil de Grace.

El portátil de ella.

El que me dejó usar bajo reglas específicas.

— ¿Puedo ponerlo aquí? — pregunta.

— Claro — responde Grace.

Lo pone sobre la mesa.

¿Sabe la contraseña?

Probablemente trabajó en el sistema.

Probablemente se sentó a su lado durante horas.

Probablemente hizo reír a Grace en el camino.

No tengo derecho.

La frase se repite.

Ningún derecho.

— El baño está en el pasillo — informa Grace.

— Gracias.

Daniel pasa junto a mí.

Cuando la puerta se cierra, Ethan mira mi cara.

Luego esboza una sonrisa lenta.

— Interesante.

— ¿Qué?

— Nada.

— Hablas igual que ella.

— Convivencia.

Grace se quita la mochila.

— Huele bien.

— Cociné.

Ella mira la mesa vacía.

Luego los recipientes sobre la encimera.

— Lo guardaste.

— Dijiste que tardarías.

— Lo siento mucho.

— No hace falta.

— Pareces irritado.

— Estoy cansado.

— ¿Tu hombro?

— Está bien.

Grace se acerca.

— ¿Te pusiste hielo?

— Sí.

— ¿Durante veinte minutos?

— Sí.

— ¿Y descansaste?

— Grace.

Ella se detiene.

La expresión se cierra un poco.

— Bien.

El baño sigue ocupado.

¿Cuánto tiempo necesita alguien?

Tal vez Daniel solo lo está usando.

Tal vez se está lavando la cara.

Tal vez está mandando mensajes contando que está en el apartamento del capitán.

Mi cabeza está creando problemas.

— ¿Cómo fue el laboratorio? — pregunto.

— Productivo.

— ¿Estuvieron juntos todo el día?

Grace frunce el ceño.

— ¿Quiénes?

— Tú y Daniel.

Ethan se apoya en la encimera.

Claramente listo para mirar.

— Yo, Ethan y Daniel — responde Grace. — Había otras cuatro personas.

— No mencionaste a Daniel por la mañana.

— Porque no sabía que él ayudaría.

— ¿Él siempre ayuda?

— A veces.

— ¿Ustedes son cercanos?

Grace se queda inmóvil.

— ¿Por qué estás preguntando?

— Curiosidad humana básica.

Ella reconoce la frase que usé más temprano.

— Estás celoso.

— No.

— De Ethan sería absurdo. De Daniel, aparentemente no.

— No conozco a Daniel.

— Exactamente.

— Eso no significa celos.

— Entonces ¿qué significa?

El baño se abre.

Daniel regresa.

— Gracias.

Mira a Grace.

— Mañana puedo revisar la parte de la interfaz.

— No necesitas ir el domingo — responde ella.

— No es problema. Puedo pasar por aquí por la tarde.

Mi cuerpo se tensa.

Aquí.

En el apartamento.

— No sabemos si estaremos — digo.

Todos me miran.

Grace levanta una ceja.

— ¿Nosotros?

— Tengo entrenamiento.

— Entonces tú no estarás.

— Exactamente.

— Yo estaré.

Daniel mira entre nosotros.

— Puedo mandar un mensaje antes.

— Perfecto — responde Grace.

No es perfecto.

No tengo derecho.

— Me voy — dice Daniel. — Buenas noches.

Grace lo acompaña hasta la puerta.

— Gracias por la ayuda.

— Fue divertido.

Divertido.

Él le toca ligeramente el brazo antes de salir.

Es un gesto rápido.

Amistoso.

Casi nada.

Aun así, mis dedos se cierran.

La puerta se cierra.

Ethan me mira.

— Voy a buscar agua.

— Hay agua en la cocina — dice Grace.

— Quiero la del filtro del pasillo.

— No existe filtro en el pasillo.

— Voy a buscar.

Él sale.

Traidor.

Grace se vuelve.

— ¿Qué fue eso?

— ¿Qué?

— Fuiste grosero.

— Fui educado.

— Tu cara parecía querer echarlo por la ventana.

— Estuvo veinte minutos en el baño.

— Fueron cuatro.

Miro el reloj.

Fueron seis.

— Pareció más.

— Eso no lo explica.

Grace cruza los brazos.

Mi abrigo se mueve con el gesto.

— No querías que viniera mañana.

— El apartamento también es mío.

— Los invitados pueden venir con aviso.

— No hubo veinticuatro horas hoy.

— Fue una emergencia.

— ¿Usar el baño?

— El laboratorio cerró.

— Hay baños en el campus.

— Noah.

— Grace.

— Estás celoso.

— No tengo motivo.

— No fue lo que pregunté.

La frase es mía.

Ella la usa contra mí.

— No importa lo que siento.

— Entonces sientes.

— No dije eso.

— Tampoco negaste derecho.

Me paso la mano por el cabello.

— ¿A Daniel le gustas?

Grace parpadea.

— ¿Qué?

— ¿Le gustas?

— ¿Cómo voy a saberlo?

— Tú percibes esas cosas.

— No las percibo.

— Percibes todo.

— Eso no.

— Te tocó el brazo.

— Ethan me toca el brazo.

— Ethan es gay.

— ¿Volvemos a eso?

— No estoy comparando.

— Sí lo estás.

Grace se acerca.

— Daniel es mi colega.

— Y yo soy tu compañero de piso.

— Exacto.

La respuesta duele más de lo que debería.

— Entonces no importa.

— Sigues diciendo eso.

— Porque es verdad.

— Si no importa, ¿por qué preparaste cena?

— Porque dijiste que volverías.

— ¿Por qué te quedaste esperando?

— No me quedé.

Ella mira los dos platos guardados.

— Pusiste la mesa.

— Me gusta comer con platos.

— Pusiste servilletas.

— Higiene.

— Noah.

Su voz pierde la irritación.

Se vuelve más baja.

— ¿Por qué estás celoso?

No hay salida que parezca honesta sin ser peligrosa.

Miro a Grace.

El cabello empezando a escaparse de la trenza.

Mi abrigo sobre su cuerpo.

La boca que casi besé más de una vez.

— Porque él consigue estar en tu mundo — respondo.

La frase sale diferente de lo que imaginé.

Grace se queda en silencio.

— ¿Qué significa eso?

— Él entiende tu proyecto. Trabaja en el laboratorio. Sabe lo que haces sin tener que pedir traducción.

— Tú pediste traducción de la computadora.

— Exactamente.

— Y aprendiste.

— Lo suficiente para saber que no entiendo ni la mitad.

— ¿Eso te molesta?

— Un poco.

Grace parece sorprendida.

— ¿Por qué?

— Porque tú te pones diferente cuando trabajas.

— ¿Diferente cómo?

— Segura.

Ella frunce el ceño.

— ¿Normalmente no lo soy?

— Sí. Pero lo escondes.

Doy un paso más cerca.

— En el laboratorio, no. Hablas. Decides. Haces que todo el mundo te siga. Pareces que perteneces al lugar.

— Yo pertenezco.

— Lo sé.

— Entonces ¿cuál es el problema?

— Daniel también pertenece.

La comprensión surge despacio en su rostro.

— ¿Crees que yo prefiero a alguien por entender programación?

— No sé.

— Noah.

— Yo no sé lo que tú prefieres.

— Nunca preguntaste.

— Estoy preguntando ahora.

Mi corazón late pesado.

— ¿Te gusta él?

Grace sostiene mi mirada.

— No.

La respuesta sale firme.

La presión disminuye tan rápido que me irrita.

Ella lo nota.

— Te aliviaste.

— No.

— Tu cara lo dijo.

— Tal vez.

La comisura de su boca se eleva.

— Entonces estabas celoso.

— Tal vez.

— Eso es un sí.

— No te acostumbres.

— Demasiado tarde.

Las palabras son mías.

Grace sonríe.

No mucho.

Pero lo suficiente.

— ¿Y tú? — pregunta.

— ¿Yo qué?

— Madison.

Mi cuerpo se queda inmóvil.

— ¿Qué pasa?

— ¿Te gusta ella?

— No.

— ¿Te gustó?

— No de la forma en que estás preguntando.

Grace mira al suelo.

— Entiendo.

— Salimos algunas veces.

— Me lo contaste.

— Fue casual.

— No necesitas explicar.

— Quiero explicar.

Ella levanta la vista.

— ¿Por qué?

Porque no quiero que pienses en mí con otra persona.

Porque la idea de que Grace crea que Madison significa algo parece equivocada.

— Porque tú preguntaste.

— No pregunté directamente.

— Tu cara preguntó.

Grace pone los ojos en blanco.

— Esto se está volviendo irritante.

— Estoy de acuerdo.

Estamos cerca ahora.

No recuerdo cuál de los dos avanzó.

Tal vez ambos.

— No tengo nada con Madison — digo.

— Bien.

— Y no voy a traer a nadie al apartamento.

— No necesitas decidir por mi causa.

— Estoy decidiendo por mí.

Grace se queda inmóvil.

— ¿Por qué?

La respuesta está delante de mí.

Usando mi abrigo.

Mirando como si también tuviera miedo de oír.

— Porque no quiero a otra persona aquí.

El silencio se vuelve más denso.

— Noah…

— No estoy pidiendo nada.

— Parece.

— Estoy diciendo lo que elegí.

— ¿Por cuánto tiempo?

La pregunta revela más de lo que ella pretende.

— No sé.

— ¿Hasta cansarte?

— ¿De qué?

— De mí.

La frase es tan baja que casi no la oigo.

Algo se rompe dentro del pecho.

— Grace.

Ella desvía la mirada.

— Olvídalo.

Sujeto su barbilla con cuidado.

No para forzar.

Solo para que mire.

Los ojos verdes encuentran los míos.

— No voy a cansarme de ti.

— No puedes saberlo.

— Puedo saber lo que siento ahora.

— ¿Y qué sientes?

La pregunta queda entre nosotros.

Es demasiado pronto.

Demasiado peligroso.

La regla once parece flotar sobre la cocina.

La voz de mi padre.

Percepciones.

Riesgos.

Pero también está Grace.

Esperando.

— Te quiero cerca — digo.

La verdad más segura que puedo ofrecer.

Aun así, lo cambia todo.

Grace respira despacio.

— Esto no es simple.

— Lo sé.

— Tú vas a la NHL.

— Aún no fui.

— Vas.

— Tal vez.

— Noah, todos lo saben.

— Y tú quieres la beca.

— Exactamente.

— Entonces queremos cosas.

— En lugares diferentes.

— No lo sabemos.

— Lo sabemos.

Su miedo habla más alto.

Puedo reconocerlo porque siento lo mismo.

— No estoy pidiendo futuro — digo.

— Entonces ¿qué estás pidiendo?

Miro su boca.

— Nada.

Grace suelta una pequeña risa sin humor.

— Eres pésimo en esto.

— ¿En qué?

— En fingir.

Mi pulgar todavía está cerca de su rostro.

Toco la línea de su mandíbula.

Grace no se aparta.

— No quiero que Daniel venga mañana — admito.

Ella levanta una ceja.

— Eso no es una decisión tuya.

— Lo sé.

— Y él va a venir.

La mandíbula se aprieta.

Grace lo ve.

— Pero no me gusta — añade.

El cuerpo se relaja.

Ella sonríe.

— Esto es casi divertido.

— No lo es.

— El capitán del equipo celoso de un programador que usa gafas.

— Yo también uso gafas a veces.

— ¿Para leer informes?

— De noche.

— Nunca vi.

— Puedo mostrar.

— Eso no ayuda a tu argumento.

— ¿Qué argumento?

— No sé.

La tensión disminuye.

Pero no desaparece.

Seguimos cerca.

Mi mano se desliza de su rostro hasta su cuello.

Los dedos tocan el cuello del abrigo.

— Todavía lo estás usando — observo.

— Hace frío.

— ¿Dentro del apartamento?

— La calefacción está baja.

— Mentirosa.

Grace mira mi boca.

— Dijiste que no me besarías.

Todo mi cuerpo reacciona.

— Sin que tú digas que quieres.

— Lo sé.

— ¿Estás pensando en eso?

— Siempre preguntas cosas que ya crees que sabes.

— Quiero oírlo.

Ella permanece en silencio.

El corazón late tan fuerte que puedo sentirlo en las costillas lastimadas.

— Grace.

— No.

La palabra debería terminar.

Pero su mirada no corresponde.

Aun así, retiro la mano.

Doy un paso atrás.

— Bien.

La decepción aparece en su rostro.

Rápida.

Ella la esconde.

— Te rendiste fácil.

Casi me río.

— Dijiste no.

— Lo sé.

— Entonces paro.

Grace aprieta los labios.

— ¿Y si yo estuviera confundida?

— La confusión no es sí.

Su expresión se suaviza.

— Te tomas esto muy en serio.

— Te tomo en serio.

El silencio vuelve.

Esta vez, diferente.

Grace sujeta las mangas del abrigo.

— ¿La cena todavía está buena?

— Probablemente.

— ¿Podemos comer?

— Son las diez y media.

— No cené.

La irritación vuelve inmediatamente.

— ¿Pasaste el día entero en el laboratorio y no comiste?

— Comí una barrita.

— Eso no es cena.

— Lo sé.

— ¿Ethan no se acordó?

— Él comió dos.

— Claro.

Voy hasta los recipientes.

Grace se sienta a la mesa.

Caliento la comida.

Pongo un plato delante de ella.

Ella prueba.

Su rostro cambia.

— Está muy bueno.

— Pareces sorprendida.

— Es mejor de lo normal.

— Hice algo especial.

La frase se me escapa.

Grace me mira.

— ¿Para mí?

Podría mentir.

— Sí.

Ella baja la vista al plato.

— Lo siento mucho por haberme retrasado.

— No hace falta.

— Tú esperaste.

— Un poco.

— ¿Cuánto?

— No importa.

— Noah.

— Una hora.

— Eso es mucho.

— Yo no tenía nada mejor.

— Mentirosos.

Me siento frente a ella.

— Tal vez.

Grace come en silencio durante unos minutos.

Observo.

Ella lo nota.

— ¿Qué?

— Nada.

— Lo estás haciendo otra vez.

— Me gusta cuando comes.

— Eso es raro.

— Me gusta menos cuando te olvidas.

— No soy tu responsabilidad.

— Lo sé.

— Entonces deja de actuar como si lo fuera.

La frase no es dura.

Es miedo.

— No puedo — admito.

Grace deja el tenedor sobre el plato.

— ¿Por qué?

— Todavía estoy intentando descubrirlo.

Ella me observa.

— Eso me asusta.

— A mí también.

Es lo más honesto que digo esa noche.

Grace extiende la mano sobre la mesa.

Sus dedos se detienen cerca de los míos.

No tocan.

La distancia es mínima.

Miro.

Luego a ella.

— No me gusta Daniel — repite.

— Me alegro.

— Y no creo que seas inferior porque no entiendes mi proyecto.

— No dije inferior.

— Lo pensaste.

— Tal vez.

— Tú entiendes cosas que él no entiende.

— ¿Como hockey?

— Personas.

Casi me río.

— ¿Tú crees que soy bueno con las personas?

— Con casi todas.

— ¿Y conmigo?

Grace piensa.

— Estás aprendiendo.

Acercó mi mano.

Mis dedos rozan los suyos.

Ella no se aparta.

— ¿Y tú? — pregunto.

— ¿Qué?

— ¿Estás aprendiendo conmigo?

— Tal vez.

— Eso es un sí.

— No te acostumbres.

Sonrío.

Nos quedamos así.

Manos tocándose sobre la mesa.

Nada dramático.

Nada prohibido.

Solo piel contra piel.

Aun así, parece más íntimo que cualquier cosa que ya hice con Madison.

O con cualquier otra persona.

Ethan entra por la puerta en ese momento.

Mira nuestras manos.

Luego nos mira.

— Encontré el filtro.

Grace retira la mano.

— No existe filtro.

— Exactamente. Fue un viaje largo.

Él toma la mochila.

— Me voy.

— ¿Ya te vas? — pregunta Grace.

— Creo que mi trabajo aquí terminó.

Lo miro.

— ¿Cuál era tu trabajo?

— Evitar un homicidio motivado por celos.

— No hubo riesgo.

— Daniel no estaría de acuerdo.

Grace cierra los ojos.

— Buenas noches, Ethan.

Él se acerca y besa la parte superior de su cabeza.

Luego me señala.

— Compórtate.

— Tú también.

— Yo siempre me comporto.

Grace y yo lo miramos.

— Bien — corrige Ethan. — Casi siempre.

Él sale.

La puerta se cierra.

Grace termina la cena.

Lavamos los platos juntos.

Otra vez.

Ella seca.

Yo guardo.

— ¿Daniel viene mañana? — pregunto.

— Sí.

Intento no reaccionar.

Ella lo ve.

— Por dos horas.

— Bien.

— Ethan también estará.

— Bien.

— Y tú puedes quedarte.

La miro.

— ¿Eso es una invitación?

— Tú vives aquí.

— Pero ¿quieres que me quede?

Grace dobla el paño.

— Tal vez.

Mi pecho se calienta.

— Me quedaré.

— No necesitas cambiar tus planes.

— No tengo.

— Podrías ir a la fiesta.

— No quiero.

Ella me mira.

La pregunta no se dice.

¿Por qué?

— Prefiero estar aquí — respondo.

Grace no aparta la mirada.

— Bien.

Vamos a los cuartos.

Antes de entrar, ella se quita el abrigo.

Pienso que va a entregarlo.

En lugar de eso, lo sostiene contra el cuerpo.

— ¿Todavía quieres devolverlo? — pregunto.

Grace mira la tela.

— No sé.

— Puedes quedártelo.

— ¿Como regalo?

— Como quieras llamarlo.

Ella pasa la mano por la manga.

— Entonces me lo quedaré.

La satisfacción es absurda.

— Genial.

— Pero no significa nada.

— Claro.

Grace abre la puerta del cuarto.

— Buenas noches, Noah.

— Buenas noches.

Ella entra.

El abrigo va con ella.

Me quedo en el pasillo.

Sonriendo como un idiota.

Mi celular vibra.

Ryan.

LA FIESTA SIGUE.

Respondo:

NO VOY.

¿CENA ROMÁNTICA?

Pienso en las manos sobre la mesa.

En los celos.

En la pregunta que Grace no respondió.

NO FUE ROMÁNTICA.

Ryan manda:

ENTONCES FUE PEOR.

No pregunto qué significa.

Porque lo sé.

Un romance casual sería simple.

Una noche.

Una chica.

Ninguna consecuencia.

Lo que está pasando con Grace no parece simple.

Me importa dónde está.

Con quién está.

Si comió.

Si está cansada.

Si usa mi abrigo.

Quiero entender su mundo.

Quiero que ella entre en el mío.

Quiero que me elija, aunque todavía no tenga el valor de pedirlo.

No tengo derecho a sentir celos.

Pero los siento.

No tengo derecho a querer que otro hombre no la haga reír.

Pero lo quiero.

No tengo derecho a imaginar que ese abrigo dice algo.

Pero lo imagino.

Me acuesto en la cama.

El hombro duele.

Las costillas también.

No importa.

Del otro lado de la pared, Grace se mueve por el cuarto.

Un cajón se abre.

El colchón cruje.

Luego silencio.

Pienso en el miércoles.

En la arena vacía.

En sus manos sobre mí.

En la promesa de sostenerla.

Tal vez sea una pésima idea.

Tal vez mi padre tenga razón.

Tal vez cada paso hacia Grace sea un paso hacia algo que puede destruir todo por lo que trabajé.

Pero, cuando cierro los ojos, no veo ojeadores.

No veo contratos.

No veo la NHL.

Veo a Grace usando mi abrigo.

Diciendo que no le gusta Daniel.

Dejando que sus dedos toquen los míos.

Y me doy cuenta de que la parte más peligrosa de los celos no es querer apartar a otra persona.

Es descubrir cuánto ya deseas ocupar ese lugar.

CAPÍTULO 9

CUANDO LAS LUCES SE APAGAN

GRACE

Daniel llega al apartamento el domingo a las dos y cuatro de la tarde.

Noah está en la cocina.

No debería ser relevante.

Lo es.

Podría estar en el dormitorio.

Podría haber ido a entrenar más temprano.

Podría haber aceptado la invitación de Ryan para ver el partido de fútbol en la residencia.

En lugar de eso, está apoyado en la encimera, bebiendo café y fingiendo leer algo en el celular cuando abro la puerta.

Fingiendo mal.

— Hola — dice Daniel.

— Hola.

Entra cargando el portátil y una mochila.

Ethan viene justo detrás, usando gafas de sol a pesar de que el pasillo está casi sin luz.

— Buenos días — anuncia.

— Son las dos de la tarde — digo.

— Mi cuerpo no reconoce horarios los domingos.

Noah levanta la vista.

— ¿Usas gafas dentro de edificios?

— Sensibilidad artística.

— Resaca — explico.

— Calumnia.

Ethan señala a Noah.

— Me gustó la camiseta.

Noah mira su propia ropa.

Es una camiseta gris simple.

— Gracias.

— Queda bien en los hombros.

Cierro la puerta.

— Prometiste comportarte.

— No prometí.

Daniel mira a Noah.

— ¿Cómo están las costillas?

— Bien.

— Grace comentó que te habías lastimado.

Mi cuerpo se queda inmóvil.

Noah gira lentamente el rostro hacia mí.

— ¿Comentaste?

— Solo expliqué por qué estabas usando hielo.

— No sabía que mi estado físico formaba parte del informe del laboratorio.

— Surgió en la conversación.

— ¿Cómo?

Daniel parece darse cuenta de la tensión.

— Ethan mostró un video del partido.

— Yo estaba contextualizando — dice Ethan.

Noah sigue mirándome.

— Y hablaste de mi moretón.

— Porque preguntaron si el golpe había sido fuerte.

— Dijiste que era grande.

— Era.

La comisura de su boca se eleva.

— Interesante.

— No empieces.

— No dije nada.

— Tu cara dijo.

Ethan aplaude.

— Estoy muy orgulloso de la evolución de esta relación.

— No existe relación — respondo.

Daniel me mira.

Luego a Noah.

Su sonrisa es pequeña.

Educada.

No me gusta.

No porque haya algo mal.

Porque parece que se dio cuenta.

Noah también se da cuenta de la mirada.

La postura cambia.

Casi nada.

Los hombros se ajustan.

La taza baja hasta la encimera.

— ¿Van a trabajar en la sala? — pregunta.

— Sí — respondo.

— Necesito ver la televisión.

Miro la pantalla apagada.

— Nunca ves durante el día.

— Hoy voy a ver.

— Puedes ver en el dormitorio.

— La televisión está en la sala.

— Noah.

— Grace.

Ethan deja la mochila en el suelo.

— Podemos usar la mesa de la cocina.

— No — digo.

— ¿Por qué?

— Hay menos enchufes.

— Traje alargador.

Daniel levanta un cable.

Claro que trajo.

Noah lo mira.

Luego me mira a mí.

— La sala está libre.

Sonrío sin humor.

— Qué generoso.

— Yo también vivo aquí.

— Nadie dijo lo contrario.

— Piensas en voz alta.

Daniel se aclara la garganta.

— Podemos volver otro día.

— No — respondo demasiado rápido.

Noah levanta una ceja.

— Hoy está bien.

— Perfecto — dice Daniel.

Organizamos los portátiles sobre la mesa de centro.

Ethan se sienta en la alfombra.

Daniel ocupa uno de los extremos del sofá.

Yo me siento en el otro.

Noah elige el sillón.

El celular sigue en sus manos, pero la pantalla está detenida en la misma página desde hace varios minutos.

No está leyendo.

Está observando.

Eso debería molestarme.

Me molesta.

También provoca una sensación secreta y vergonzosa de satisfacción.

— Tenemos que revisar la integración antes de cambiar la interfaz — dice Daniel.

— Lo sé.

— Ayer el error apareció después de que ejecutamos los dos módulos juntos.

— Porque su biblioteca está desactualizada — añade Ethan.

— No es "suya" — explico. — Es del entorno de pruebas.

— Para mí, las computadoras son masculinas — responde Ethan.

— ¿Por qué?

— Dejan de funcionar cuando más las necesitamos y se niegan a explicar el motivo.

Noah se ríe.

— Me gustó.

— Eso es prejuicio tecnológico — digo.

Daniel abre el código.

— Voy a actualizar la biblioteca.

— Haz una copia del entorno primero — advierto.

— Ya hice.

Lo miro.

— ¿Cuándo?

— Antes de venir.

— ¿Accediste remotamente?

— Sí.

— ¿Sin hablar conmigo?

Daniel duda.

— Solo copié.

— No cambies nada sin avisar.

— De acuerdo.

Noah observa.

No sé por qué, pero siento como si estuviera bajo evaluación.

No por Daniel.

Por él.

— Grace es muy tranquila trabajando — comenta Noah.

Miro en su dirección.

— No necesitas participar.

— No estoy participando.

— Estás interrumpiendo.

— Hice una observación.

— Hablas demasiado para alguien que quería ver la televisión.

— Cambié de idea.

Ethan sonríe.

— Está muy divertido aquí.

— Concéntrate — digo.

Durante la hora siguiente, intentamos trabajar.

La palabra correcta es intentamos.

Daniel revisa el sistema.

Ethan prueba la interfaz.

Yo busco inconsistencias.

Noah hace café.

Luego decide organizar un cajón que nunca le importó abrir.

Después limpia la encimera.

Luego pasa por la sala cuatro veces sin ningún motivo claro.

En la quinta, Daniel lo mira.

— ¿Necesitas algo?

— No.

— Entonces ¿por qué sigues caminando?

— Vivo aquí.

— Noah — advierto.

— Estoy callado.

— Estás dando vueltas.

— ¿Hay una regla contra dar vueltas?

— Puedo crear una.

Él sonríe.

— Extrañé eso.

El calor sube por mi rostro.

Vuelvo al portátil.

Daniel se acerca para señalar una línea del código.

Su brazo toca el mío.

Es accidental.

Lo sé.

Noah también debería saberlo.

Aun así, la taza golpea con demasiada fuerza sobre la encimera.

Ethan mira.

Yo miro.

Daniel mira.

— Se me escapó — explica Noah.

— ¿De tu mano quieta? — pregunta Ethan.

— Pasa.

Daniel vuelve a la pantalla.

— Esta función está duplicando la solicitud.

Se acerca de nuevo.

Esta vez, no me toca.

Pero Noah sigue mirando.

Siento la mirada como calor en la piel.

— ¿Puedes parar? — pregunto.

— ¿Parar qué?

— Esto.

— No sé de qué estás hablando.

— Sí sabes.

Daniel mira entre nosotros otra vez.

— Puedo sentarme en el suelo.

— Estás bien donde estás — respondo.

Noah aprieta la mandíbula.

La satisfacción vuelve.

Pequeña.

Infantil.

Está mal que me guste verlo celoso.

Pero, después de Madison, de las chicas en la arena y de las camisetas con su nombre, tal vez sea justo que Noah sienta una parte de la incomodidad.

Ethan lo acompaña todo como alguien viendo un partido.

Si tuviera palomitas, estaría comiendo.

— Hice la actualización — anuncia Daniel.

— Ejecuta — digo.

Él presiona una tecla.

La pantalla se congela.

Luego se pone negra.

— No — murmuro.

— No fui yo — responde Daniel inmediatamente.

Las luces del apartamento se apagan.

La televisión se apaga.

El sonido de la nevera desaparece.

El ambiente queda completamente silencioso.

Por un segundo, nadie habla.

Solo la luz gris que entra por las ventanas impide que la sala quede totalmente oscura.

— Retiro lo que dije — dice Ethan. — Tal vez fui yo.

Me levanto.

— Se fue la luz.

Noah va hasta la ventana.

— Todo el edificio parece apagado.

Agarro el celular.

Sin señal de internet.

Aún hay batería.

— Debe ser un corte en el campus — dice Daniel.

— Perfecto — respondo.

— El código estaba guardado — garantiza.

— ¿Estás seguro?

— Sí.

— ¿En la nube?

— Local también.

— Muéstrame.

— El portátil está sin batería.

Cierro los ojos.

— ¿Cuánto tenía?

— Dos por ciento.

— Daniel.

— Yo tenía el cargador.

— Eso no ayuda sin electricidad.

— Puedo buscar mi computadora en el laboratorio.

— El laboratorio también debe estar sin electricidad — comenta Ethan.

Voy hasta la ventana.

El cielo está oscuro.

Nubes pesadas lo cubren todo.

El pronóstico mencionó tormenta, pero no le presté atención.

Un trueno suena a lo lejos.

— Esto puede tardar — dice Noah.

— No puede.

— Creo que la electricidad no va a considerar tu cronograma.

— Tenemos que entregar una versión del proyecto mañana.

— Aún hay tiempo.

— No si no recuperamos la prueba.

Daniel se levanta.

— Tengo otra batería en la residencia.

— Voy contigo — dice Ethan.

Los miro a los dos.

— ¿Ahora?

— Antes de que la lluvia empeore.

Otro trueno retumba.

— Es mejor que se queden — dice Noah.

— Mi residencia queda a cinco minutos — responde Daniel.

— Por el área abierta.

— Volvemos rápido.

Ethan agarra la mochila.

— Voy a asegurarme de que no muera electrocutado.

— Eso no es reconfortante.

— Para mí sí.

— Ethan.

Él me sostiene los hombros.

— Respira. El código está guardado. Volvemos con la batería. Todo se va a resolver.

— No toques nada en su computadora sin confirmar.

— Sí.

— Y no intentes encenderla en el camino.

— No.

— Protégela de la lluvia.

— Grace.

— ¿Qué?

— Respira.

Suelto el aire.

Ethan sonríe.

— Volvemos en veinte minutos.

Daniel guarda el portátil dentro de la mochila.

— Te mando mensaje.

— No va a haber señal — digo.

— En cuanto vuelva.

Los dos salen.

La puerta se cierra.

Me quedo parada en la sala.

Noah sigue cerca de la ventana.

La luz débil recorta su cuerpo.

— Estás a punto de tener un colapso — dice.

— No lo estoy.

— Estás apretando las manos.

Miro.

Los dedos están cerrados.

Suelto.

— El proyecto es importante.

— Lo sé.

— Esta ejecución podía mostrar si el sistema funciona en un entorno real.

— Grace.

— Y Daniel actualizó la biblioteca sin hablar conmigo.

— Lo oí.

— Si cambió otra cosa…

— Grace.

Noah se acerca.

— ¿Qué?

— Para.

— No puedo parar.

— Puedes por cinco minutos.

— Eso no va a arreglar la electricidad.

— Exactamente.

La respuesta me irrita.

— No necesito consejos.

— No estoy dando consejo.

— Estás diciendo que pare.

— Porque estás intentando controlar una tormenta.

— No estoy intentando controlar la tormenta.

Un relámpago ilumina la sala.

El trueno llega casi inmediatamente.

Mi cuerpo se contrae.

Noah lo nota.

— ¿Tienes miedo?

— No.

— Mentirosa.

— Fue fuerte.

— ¿Tienes miedo a la tormenta?

— No.

Otro trueno.

Más fuerte.

Doy un paso involuntario hacia atrás.

Noah no sonríe.

— Grace.

— No me gustan los ruidos repentinos.

— Eso es miedo.

— Es incomodidad.

— Claro.

La lluvia empieza.

Primero leve.

Luego fuerte.

Golpea las ventanas como pequeñas piedras.

El apartamento se oscurece aún más.

Enciendo la linterna del celular.

— Debe haber velas en algún lugar — digo.

— ¿Tienes una caja de emergencia?

— En la cocina.

— Claro que tienes.

Voy hasta el armario inferior.

Encuentro la caja.

Linterna.

Pilas.

Velas.

Fósforos.

Cargador portátil.

Noah se agacha a mi lado.

— Estás preparada para el fin del mundo.

— Para cortes de luz.

— ¿Cuál es la diferencia?

— Organización.

Enciendo dos velas.

Pongo una sobre la mesa de la cocina y otra en la sala.

La luz amarillenta cambia el apartamento.

Las sombras se hacen más grandes.

Más suaves.

Noah parece diferente bajo la llama.

El rostro parcialmente oscuro.

Los ojos más profundos.

La marca cerca de la boca aún visible.

— Me estás mirando — dice.

Aparto la mirada inmediatamente.

— La iluminación está mala.

— ¿Entonces estabas analizando?

— Verificando si necesitaba más velas.

— ¿Y necesitas?

— No.

— Qué pena.

Se sienta en el sofá.

— ¿Qué hacemos ahora?

— Esperamos.

— Eres pésima en eso.

— ¿En qué?

— Esperar sin producir algo.

— No es verdad.

— ¿Cuándo fue la última vez que te quedaste sentada sin estudiar, programar u organizar?

Pienso.

No lo recuerdo.

— No importa.

— Para mí importa.

— ¿Por qué?

— Porque quiero conocer a la Grace que existe cuando ella no está intentando hacer que todo funcione.

La frase me incomoda.

— Esa Grace está ocupada.

— ¿Haciendo qué?

— Esperando a que vuelva la luz.

Noah da una palmada en el sofá a su lado.

— Siéntate.

— Puedo revisar apuntes.

— ¿En la oscuridad?

— Tengo linterna.

— Grace.

— Noah.

— Cinco minutos.

— ¿Para qué?

— No sé. Hablar.

— Hablamos todos los días.

— Tú discutes conmigo todos los días. Es diferente.

— No tengo nada que decir.

— También es mentira.

Otro trueno hace vibrar las ventanas.

Miro hacia la puerta.

— Ethan debería haber vuelto.

— Hace siete minutos.

— Dijo veinte.

— Entonces faltan trece.

— La lluvia está muy fuerte.

— Deben haber entrado en algún edificio.

— ¿Y si…?

— No.

Miro a Noah.

— No sabes lo que iba a decir.

— Ibas a crear un escenario malo.

— Puede haber pasado algo.

— Puede. Pero no hay nada que podamos hacer ahora.

— Podemos llamar.

— Sin señal.

— Podemos buscar.

— ¿Y dejar el apartamento en medio de la tormenta?

— Ethan es mi mejor amigo.

Noah se levanta.

Se acerca despacio.

— Lo sé.

— Puede necesitar ayuda.

— Si no vuelve en el tiempo acordado, vamos a buscar.

— No quiero esperar.

— Lo sé.

— Deja de decir eso.

— ¿Por qué?

— Porque no sabes.

La frase sale más alta.

Noah se queda inmóvil.

La lluvia continúa.

El trueno se pierde a lo lejos.

— Tienes razón — dice. — No sé exactamente.

Su calma me irrita más.

— Entonces no actúes como si supieras.

— Solo estoy intentando hacer que respires.

— No necesito que cuides de mí.

— Lo sé.

— También deja de decir eso.

Noah se pasa la mano por el cabello.

— ¿Qué quieres que diga?

— Nada.

— Bien.

Vuelve a la ventana.

El silencio aparece.

Pesado.

Inmediatamente me arrepiento.

No porque esté equivocada.

Porque fui cruel.

Noah no hizo nada.

Está intentando ayudar.

A su manera.

Aprieto el celular.

— Perdón.

Él no se da vuelta.

— Está bien.

— No lo está.

— Estás preocupada.

— Aun así.

Noah mira por encima del hombro.

— No tienes que pedir perdón por tener miedo.

— No tengo miedo.

Su mirada dice lo suficiente.

Suspiro.

— Está bien. Tengo miedo.

Él se da vuelta por completo.

— ¿De la tormenta?

— De cosas que no puedo prever.

La respuesta sale antes de que pueda impedirlo.

Noah no habla.

Solo espera.

Su silencio es diferente del silencio de otras personas.

No exige.

Da espacio.

— Cuando mi padre se enfermó — continúo —, cada vez que el teléfono sonaba después de las diez, yo pensaba que algo había pasado.

Noah permanece quieto.

— A veces había pasado.

Mi voz se debilita.

— A veces era el hospital. A veces mi madre. A veces él se había caído. A veces no podía respirar.

La lluvia parece más distante.

— Yo empecé a dejar todo listo. Documentos. Medicamentos. Bolsa. Teléfono cargado. Rutas. Números.

Miro la caja de emergencia abierta.

— Si yo estuviera preparada, tal vez no sería tan malo.

Noah se acerca.

— ¿Ayudaba?

— Algunas veces.

— ¿Y en las otras?

— No.

La palabra pesa.

— Cuando murió, yo tenía todo organizado.

Se me cierra la garganta.

— Horarios. Exámenes. Una lista de médicos. Preguntas que yo quería hacer.

Noah se detiene frente a mí.

— Y no sirvió.

Niego con la cabeza.

El silencio crece.

No me gusta hablar de eso.

La gente se incomoda.

Dicen que lo sienten mucho.

Cambian de tema.

O intentan encontrar una lección.

Noah no hace nada de eso.

Solo se queda.

— ¿Por eso arreglas todo? — pregunta.

La voz es baja.

— No arreglo todo.

— Lo intentas.

— Las máquinas se pueden arreglar.

— ¿Y las personas?

— No lo sé.

— ¿Intentaste arreglar a tu padre?

Cierro los ojos.

La pregunta duele.

No por crueldad.

Por precisión.

— Sí.

— Grace…

— Yo sabía que no era mi responsabilidad.

— Pero sentías como si lo fuera.

Asiento.

La primera lágrima aparece antes de que pueda impedirlo.

La limpio rápido.

Noah ve.

No comenta.

Eso lo empeora.

Otra se escapa.

— Odio esto — murmuro.

— ¿Llorar?

— No poder controlar.

— No necesitas controlarlo todo conmigo.

Levanto la vista.

La luz de la vela dibuja sombras en su rostro.

— No sabes lo que estás diciendo.

— Sí sé.

— No sabes cómo soy cuando no estoy controlando.

— Quiero descubrirlo.

Se me oprime el pecho.

— Puede que no te guste.

Noah da un paso.

— Grace, me gustaste cuando intentaste echarme del apartamento.

— No lo intenté.

— Creaste once reglas en menos de una hora.

— Eran necesarias.

— Me gustó cuando llamaste fácil a mi carrera.

— Yo estaba equivocada.

— Parcialmente.

— Noah.

— Me gustó cuando casi me atacaste por una taza.

— Era mi favorita.

— Me gustó cuando te quedaste despierta conmigo en el laboratorio. Cuando gritaste en el partido. Cuando te pusiste celosa de Madison.

— No me puse.

— Y me gustas ahora.

Se me corta la respiración.

— ¿Llorando?

— Especialmente por confiar en mí lo suficiente como para no esconderlo.

— No confié. Pasó.

— Entonces me gusta porque pasó.

Está cerca.

Aún no toca.

La ausencia de contacto parece más intensa que cualquier mano.

— Dices demasiadas cosas — murmuro.

— Piensas demasiado.

— Eso no es un argumento.

— No estoy intentando ganar.

La frase me atrapa.

Noah siempre intenta ganar.

En el hielo.

En las provocaciones.

En las discusiones.

Conmigo.

— ¿Qué estás intentando hacer?

Los ojos azules recorren mi rostro.

— Quedarme.

Mi corazón late fuerte.

— ¿Solo eso?

— Por ahora.

Otro trueno estalla.

Esta vez, cuando mi cuerpo se contrae, Noah abre los brazos.

No me tira.

No decide.

Solo ofrece.

Me quedo mirando.

— No hace falta — digo.

— Lo sé.

— ¿Puedes dejar de repetir?

— Puedo.

Él sigue ahí.

Espero otro trueno.

Espero que se me pase la ganas.

No se pasa.

Doy un paso.

Luego otro.

Apoyo el rostro en su pecho.

Los brazos de Noah se cierran a mi alrededor.

Lentamente.

Con cuidado.

El calor me envuelve.

La camiseta huele a jabón y café.

Su corazón late bajo mi oído.

Fuerte.

Regular.

Sus manos descansan en mi espalda.

No se deslizan.

No exigen.

Solo sostienen.

Cierro los ojos.

No recuerdo la última vez que dejé que alguien me abrazara así.

Sin tener que consolar de vuelta.

Sin contar segundos.

Sin pensar en lo que debo hacer después.

— Está todo bien — murmura Noah.

— No digas eso.

— ¿Por qué?

— Porque no sabes.

— Entonces lo reformulo.

Su mano sube hasta mi nuca.

— No estás sola.

La frase rompe algo.

Agarro su camiseta.

No quiero llorar más.

Lloro.

En silencio.

Noah no habla.

Solo me abraza.

La tormenta continúa.

El celular sigue sin señal.

Ethan aún no volvió.

Pero, por unos minutos, no intento resolver.

Dejo que Noah me sostenga.

Cuando me aparto, no me voy lejos.

Sus manos permanecen en mi cintura.

Las mías siguen en su pecho.

La llama de la vela tiembla.

— Perdón — digo.

— ¿Por qué?

— Tu camiseta.

Miro la pequeña marca mojada.

— Voy a sobrevivir.

— Puedo lavarla.

— ¿Otra regla?

— Educación.

Noah sonríe.

Su pulgar toca mi rostro.

Limpia una lágrima cerca del ojo.

El gesto es tan delicado que me quedo inmóvil.

— Te ves bonita llorando — dice.

— Eso es una mentira terrible.

— No dije que me guste verte triste.

— Entonces no deberías llamarlo bonito.

— Eres bonita siempre.

Mi mirada baja a su boca.

No debería.

La luz baja lo empeora todo.

O lo mejora.

La marca cerca del labio.

La respiración lenta.

La distancia mínima.

Noah lo nota.

Sus ojos se oscurecen.

Sus manos aprietan levemente mi cintura.

— Grace.

Mi nombre suena como pregunta.

Recuerdo la promesa.

Él no va a interpretar.

No va a decidir.

Yo necesito decir.

El corazón se acelera.

La boca se seca.

— ¿Qué? — pregunto, aun sabiendo.

— Nada.

— Ibas a decir algo.

— No.

— Los mentirosos son malos con las pausas.

La comisura de su boca se eleva.

— Aprendiste conmigo.

— Desgraciadamente.

Noah mira mis labios.

Luego vuelve a los ojos.

— No voy a preguntar ahora.

— ¿Por qué?

— Estás vulnerable.

La palabra me incomoda.

— No estoy incapaz de decidir.

— No dije eso.

— Parece.

— No quiero que mañana pienses que pasó porque estabas asustada.

La consideración debería calmarme.

En lugar de eso, provoca unas ganas casi dolorosas de demostrar que está equivocado.

— ¿Y si no es por eso?

Su expresión cambia.

La sonrisa desaparece.

— Grace.

— Dijiste que yo tendría que hablar.

— Sí.

— Eso es injusto.

— ¿Por qué?

— Porque sabes lo que está pasando.

— Saber no es oír.

— ¿Necesitas oírlo todo?

— Esto, sí.

La lluvia golpea fuerte el vidrio.

No puedo apartar la mirada.

— ¿Y si no sé decirlo?

— Entonces espero.

— ¿Hasta cuándo?

— Hasta que lo sepas.

La respuesta es simple.

Me duele el pecho.

Nadie me espera.

Esperan resultados.

Respuestas.

Decisiones.

Noah solo espera.

— No eres paciente — digo.

— Contigo estoy aprendiendo.

Sus dedos tocan un mechón suelto de mi cabello.

— Esto es una pésima idea.

— Probablemente.

— La regla.

— Me acuerdo.

— Tu carrera.

— Me acuerdo.

— Mi beca.

— También.

— Entonces ¿por qué sigues cerca?

Noah se inclina solo lo suficiente para que su frente toque la mía.

— Porque alejarme parece peor.

Cierro los ojos.

La cercanía es insoportable.

Su boca está a pocos centímetros.

Si me muevo, pasa.

Si lo pido, pasa.

La conciencia de eso recorre mi cuerpo.

— Noah.

— Estoy aquí.

— Yo…

La puerta del apartamento se abre con fuerza.

Me aparto tan rápido que casi tropiezo.

Noah me sujeta del brazo.

Ethan entra empapado.

Daniel viene detrás.

Los dos respiran rápido.

— Estamos vivos — anuncia Ethan.

El alivio estalla.

Voy hacia él.

— ¿Dónde estaban?

— El edificio de Ciencias cerró las puertas automáticas cuando se fue la luz — explica Daniel. — Tuvimos que dar la vuelta.

— Intenté llamar.

— Sin señal — responde Ethan.

Lo abrazo.

Fuerte.

Parece sorprendido.

Luego me abraza de vuelta.

— Está todo bien.

La frase no me molesta viniendo de él.

Tal vez porque, ahora, lo está.

— ¿Estás llorando? — pregunta.

Lo suelto.

— No.

Ethan mira mi rostro.

Luego a Noah.

Luego a la vela.

Su expresión cambia.

— Ah.

— ¿Ah qué? — pregunto.

— Nada.

— Estás poniendo esa cara.

— ¿Qué cara?

— La que pones cuando crees que entendiste algo.

— Yo entiendo muchas cosas.

Daniel se quita la mochila.

— Conseguí la batería.

— Genial.

Mi voz sale débil.

Aún siento las manos de Noah en la cintura.

La frente contra la mía.

El casi pedido atrapado en la garganta.

Daniel pone el portátil sobre la mesa.

— Podemos continuar.

Miro la sala oscura.

— Sin electricidad.

— La batería dura tres horas.

— ¿Y el internet?

— Podemos probar localmente.

Claro.

El proyecto.

La razón por la que todos están aquí.

Me siento en el sofá.

Ethan ocupa el suelo.

Daniel enciende la computadora.

La pantalla ilumina el ambiente.

Noah vuelve al sillón.

No me mira.

O tal vez yo evite mirarlo.

Durante los próximos cuarenta minutos, trabajamos bajo la luz del portátil y de las velas.

La ejecución funciona.

El sistema identifica la inconsistencia.

Daniel celebra.

Ethan levanta los brazos.

Yo debería estar feliz.

Lo estoy.

Pero parte de mi atención permanece en Noah.

Él se queda callado.

Demasiado callado.

Cuando el código termina, la electricidad aún no volvió.

Daniel cierra la computadora.

— Me voy antes de que la lluvia aumente otra vez.

— Está disminuyendo — dice Ethan.

Acompaño a los dos hasta la puerta.

— Avísame cuando llegues.

— Sí, mamá — responde Ethan.

— Hablo en serio.

Él se suaviza.

— Aviso.

Daniel sonríe.

— Felicidades por la prueba.

— Gracias por la ayuda.

Él toca mi hombro.

Esta vez, no pienso en Noah.

Hasta que Daniel se va.

Ethan se queda en el pasillo.

— ¿Vienes? — pregunto.

— Voy a dormir en mi cuarto.

— Entonces ¿por qué estás parado?

Él mira hacia dentro del apartamento.

Noah está en la cocina, de espaldas.

— Porque necesito decir una cosa.

— No necesitas.

— Casi se besaron.

Se me calienta la cara.

— No.

— Grace.

— No pasó nada.

— Yo no dije que pasó. Dije que casi.

— La tormenta…

— No uses la tormenta como excusa.

Cruzo los brazos.

— Tú no estabas aquí.

— Exactamente. Volví y parecía que había interrumpido una escena de película.

— Estábamos hablando.

— ¿Con la boca?

— Ethan.

Él me toma la mano.

— ¿Estás bien?

La pregunta es sincera.

— Estoy.

— ¿Quieres que me quede?

Miro a Noah.

Él sigue en la cocina.

Pero sé que está escuchando.

— No.

Ethan aprieta mis dedos.

— ¿Estás segura?

— Sí.

— Bien.

Se inclina y susurra:

— Entonces deja de fingir que no quieres.

— Vete.

Ethan sonríe.

— Buenas noches.

Cierro la puerta.

El apartamento queda en silencio.

La lluvia ahora es leve.

Las velas siguen encendidas.

Noah lava una taza que no necesita ser lavada.

Voy hasta la cocina.

— La prueba funcionó.

— Lo oí.

— ¿Estás molesto?

— No.

— Tu tono cambió.

— Tal vez esté cansado.

— Esa es mi frase.

— Compartimos palabras.

Me detengo junto a la encimera.

— Noah.

Él cierra el grifo.

— Grace.

— ¿Por qué estás raro?

— No lo estoy.

— Estabas hablando conmigo antes.

— Todavía lo estoy.

— No de la misma manera.

Noah se seca las manos.

— El momento pasó.

Se me oprime el pecho.

— ¿Qué momento?

Él me mira.

— Tú sabes.

— Tal vez no.

— Sabes.

— Dijiste que necesitabas oír.

La frase sale antes de que pueda detenerla.

Noah se queda inmóvil.

La luz de la vela se refleja en sus ojos.

— Y tú no dijiste.

— Ethan entró.

— Antes de eso.

— Yo estaba intentando.

— Lo sé.

— Entonces ¿por qué pareces molesto?

— Porque, por un segundo, pensé que lo ibas a decir.

La honestidad me desarma.

— ¿Y ahora?

— Ahora no sé si de verdad querías o si solo estabas asustada.

— Decidiste por mí otra vez.

— Estoy intentando no hacer eso.

— Pero lo hiciste.

Noah se pasa la mano por la nuca.

— ¿Qué quieres que haga, Grace?

— No lo sé.

— Ese es el problema.

— No necesitas llamarlo problema.

— Tú llamas problema a todo.

— Yo no soy una ecuación.

— También ya lo dijiste.

El tono sube.

La tormenta afuera disminuye, pero algo entre nosotros crece.

— Entonces deja de esperar una respuesta perfecta — digo.

— No quiero perfecta. Quiero clara.

— Yo no soy clara.

— Con todo el mundo lo eres.

— No con esto.

Noah da un paso.

— ¿Por qué?

— Porque no sé qué pasa después.

— Nadie lo sabe.

— Tú pareces saber siempre.

— En el hielo, tal vez.

— ¿Y aquí?

Él me mira.

— Aquí estoy improvisando desde el primer día.

La frase disminuye mi rabia.

— Pareces muy seguro.

— Estoy aterrorizado.

Casi sonrío.

— No lo pareces.

— Entonces soy mejor actor de lo que pensé.

— ¿Con miedo de qué?

Noah se acerca.

La distancia vuelve.

No tanto como antes.

Lo suficiente.

— De besarte y no poder actuar como si no significara nada.

Mi corazón late fuerte.

— ¿Y quién dijo que tendrías que actuar así?

— La regla.

— Odias las reglas.

— No cuando te protegen.

— No necesito que me protejan de ti.

— ¿Estás segura?

La pregunta no es arrogante.

Es seria.

— Creo que sí.

— Crees.

— Es lo mejor que tengo ahora.

Noah mira mi boca.

— No es suficiente.

El rechazo duele.

— De acuerdo.

Doy un paso hacia atrás.

Él me agarra la mano.

— No quise decirlo de esa manera.

— Lo pareció.

— Grace.

— Tú quieres claridad. Yo no la tengo.

— Entonces espero.

— ¿Y si nunca la tengo?

— La tendrás.

— Muy seguro.

— No sobre mí.

Él aprieta mis dedos.

— Sobre ti.

Me quedo mirando nuestras manos.

— Eso es peor.

— ¿Por qué?

— Porque hace parecer que me conoces.

— Estoy intentando.

Vuelve la electricidad.

Las luces se encienden de golpe.

La nevera se reinicia.

La televisión parpadea.

El apartamento parece de repente expuesto.

Demasiado claro.

Suelto su mano.

Noah apaga una de las velas.

— Problema resuelto — dice.

La frase suena mal.

— No era la electricidad lo que quise decir.

Él me mira.

— Lo sé.

Nos quedamos en silencio.

— Voy a trabajar — digo.

— Claro.

Camino hacia el dormitorio.

— Grace.

Me detengo.

— ¿La clase de patinaje sigue el miércoles?

La pregunta me sorprende.

— ¿Quieres cancelar?

— No.

— Entonces sigue.

El alivio aparece en su rostro.

— De acuerdo.

Entro en el dormitorio.

Cierro la puerta.

Apoyo la espalda en ella.

Mi cuerpo aún está en alerta.

Pienso en su frente contra la mía.

En la promesa de esperar.

En el miedo de que el beso signifique demasiado.

Abro el portátil.

El sistema funciona.

La prueba fue exitosa.

Daniel envió los datos.

Todo está exactamente como debería.

Aun así, no consigo concentrarme.

Mi celular vibra.

Ethan.

LLEGUÉ.

Luego:

Y USTEDES ESTABAN A DOS SEGUNDOS DE UN BESO.

Respondo:

No pasó.

ESO NO ES UNA NEGACIÓN.

Buenas noches.

¿TÚ QUERÍAS?

Me quedo mirando la pregunta.

No respondo.

Porque ahora sé.

La tormenta no creó el momento.

El miedo no lo creó.

La oscuridad no lo creó.

Todo eso solo quitó las cosas que yo usaba para esconderme.

Cierro la conversación.

Abro el archivo de las reglas.

Número once.

No habrá ningún tipo de involucramiento entre los residentes.

Leo varias veces.

Luego añado debajo:

No se considerarán excepciones.

Borro.

Escribo:

Los besos no constituyen una relación.

Borro también.

Cierro el archivo.

Del otro lado de la pared, Noah se mueve por el dormitorio.

Pienso en tocar.

Pienso en cruzar el pasillo.

Pienso en decir las palabras que él quiere oír.

Quiero que me beses.

Parecen simples dentro de mi cabeza.

Imposibles en la boca.

Me acuesto en la cama.

La luz está encendida.

Volvió la electricidad.

El apartamento ya no está oscuro.

Pero todo lo que consigo ver es a Noah bajo la luz de las velas, diciendo que alejarse de mí parece peor.

Y, por primera vez, la regla once no parece una protección.

Parece solo la distancia exacta entre lo que yo quiero y lo que aún no tengo el valor de pedir.

CAPÍTULO 10

SU LUGAR

NOAH

El lunes por la mañana, descubro que casi besar a Grace es peor que besarla.

Imagino que un beso produciría algún tipo de respuesta.

Buena.

Mala.

Desastrosa.

Seguiría siendo una respuesta.

El casi beso solo produce preguntas.

Me despierto pensando en su frente contra la mía.

Me cepillo los dientes recordando su mano cerrada sobre mi camiseta.

Hago café escuchando otra vez la frase que no llegó al final.

Yo…

Ella iba a decir.

Estoy seguro.

No sé qué.

Esa es la parte que me está volviendo loco.

A las seis y cuarenta, Grace todavía no ha salido del cuarto.

Normalmente, ya está en la cocina.

Normalmente, se queja del ruido de la cafetera, comprueba si dejé alguna luz encendida o pregunta por qué alguien necesita abrir un armario con tanta fuerza.

Hoy, nada.

Miro la puerta cerrada.

Puedo llamar.

No debo.

Anoche, entró en el cuarto y no volvió a salir.

Ningún mensaje.

Ningún comentario sobre la energía.

Ninguna nueva regla impresa sobre abrazos durante tormentas.

Tal vez se arrepienta.

La posibilidad me deja una sensación desagradable en el estómago.

Sirvo café en la taza negra.

Preparo otra dosis.

La pongo en la taza con código.

Luego me quedo mirando las dos.

Es ridículo.

Vivimos juntos.

Hacer café no significa nada.

Pero, desde que Grace entró en este apartamento, las pequeñas cosas han pasado a significar más de lo que deberían.

La puerta se abre.

Mi cuerpo reacciona antes que mi rostro.

Grace aparece con vaqueros, una sudadera gris y el pelo recogido en una coleta baja.

No lleva mi abrigo.

Lo noto inmediatamente.

También noto las ojeras.

Durmió tan poco como yo.

Sus ojos se encuentran con los míos.

Se detienen.

Luego se desvían hacia el café.

— Lo hice para ti — digo.

— Lo vi.

Grace se acerca.

Toma la taza.

Nuestros dedos no se tocan.

Lo evita.

Otra cosa que noto.

— ¿Dormiste? — pregunto.

— Un poco.

— ¿Cuánto?

— Lo suficiente.

— Eso no es un número.

— No estamos recopilando datos.

— Tú siempre estás recopilando datos.

Ella bebe café.

El silencio vuelve.

No el silencio cómodo de la madrugada en el laboratorio.

Este tiene bordes.

Cuidado.

Cosas no dichas.

— La energía no se fue otra vez — comento.

— Me di cuenta.

— ¿Ethan llegó bien?

— Mandó un mensaje.

— ¿Daniel también?

La pregunta se me escapa.

Grace me mira.

— No sé. No pregunté.

El alivio llega rápido.

No lo demuestro.

Espero.

Ella sigue bebiendo.

— Sobre lo de ayer — empiezo.

Grace deja la taza sobre la encimera.

— Tengo una reunión a las siete y media.

— Faltan treinta minutos.

— Necesito revisar algunas cosas.

— Claro.

Se da la vuelta.

— Grace.

Se detiene.

No mira.

— No tienes que huir.

Los hombros se tensan.

— No estoy huyendo.

— Vas al cuarto en cuanto mencioné lo de ayer.

— Porque tengo trabajo.

— Tú siempre tienes.

— Exactamente.

— Y lo usas cuando no quieres hablar.

Grace se gira lentamente.

— ¿Qué quieres que diga?

— No sé.

— Entonces no tiene sentido empezar una conversación.

— Quiero saber si estás bien.

— Estoy.

— Si te arrepientes.

Su mirada cambia.

— ¿De qué?

— De haberme contado lo de tu padre. De haberme abrazado. De lo que casi pasó.

La última parte queda entre nosotros.

Grace sostiene la taza con ambas manos.

— No me arrepiento de hablar de mi padre.

— ¿Y del resto?

— No pasó nada.

La respuesta debería facilitarlo.

No lo facilita.

— Eso no fue lo que pregunté.

— No puedes arrepentirte de algo que no pasó.

— Puedes arrepentirte de casi dejar que pasara.

Ella aparta la mirada.

Tengo la respuesta antes de que hable.

— No lo sé — dice.

— Bien.

— No lo digas así.

— ¿Así cómo?

— Como si estuvieras decepcionado.

— Estoy intentando respetar.

— Parece que te estás alejando.

Casi me río.

No hay humor.

— Ayer dijiste que yo necesitaba esperar una respuesta clara.

— Y ahora me estás castigando porque no la tengo.

— No estoy castigando.

— Entonces ¿por qué te pusiste frío?

— Porque si actúo como estaba actuando ayer, vamos a acabar en la misma situación.

— ¿Qué situación?

— A dos centímetros de algo que quieres y no consigues pedir.

La frase sale más dura de lo que pretendía.

Grace se queda inmóvil.

Culpa inmediata.

— Eso fue injusto — digo.

— Fue honesto.

— No necesitaba ser cruel.

— No fue cruel.

— Grace.

Ella deja la taza sobre la encimera.

— Quieres que diga que quería besarte.

Mi corazón late fuerte.

No respondo.

— ¿Eso es? — pregunta.

— Quiero que digas lo que sea verdad.

— ¿Y si lo digo?

El aire de la cocina cambia.

— Entonces lo creeré.

— ¿Y después?

Esa es siempre su pregunta.

Después.

Futuro.

Consecuencia.

Riesgo.

— No lo sé.

Grace suelta una pequeña risa, sin alegría.

— Exactamente.

— Yo nunca dije que lo supiera.

— Pero quieres que yo dé una respuesta que lo cambia todo mientras tú no sabes qué piensas hacer con ella.

— No quiero usar tu respuesta para decidir solo.

— Pero es lo que pasaría.

— No.

— Si digo que quiero, ¿me besas?

Todo mi cuerpo responde antes que la mente.

— Sí.

Grace inspira despacio.

— ¿Y después?

— Hablamos.

— ¿Sobre la regla?

— Sí.

— ¿Sobre tu carrera?

— Sí.

— ¿Sobre mi beca?

— Sí.

— ¿Y si decidimos que no puede volver a pasar?

La pregunta me aprieta el pecho.

— Entonces no pasa.

Ella me observa.

— ¿Podrías?

No.

La respuesta surge inmediatamente.

No la digo.

Grace lo nota.

— Eso es lo que me asusta — murmura.

— ¿Crees que yo presionaría?

— No.

— Entonces ¿qué?

— Que tú no presionarías.

Frunzo el ceño.

— No entendí.

— Respetas cuando digo que no. Esperas. Retrocediste ayer.

— ¿Eso es malo?

— Hace más difícil culparte.

La frase me golpea.

— ¿Estás buscando a alguien a quien culpar?

— Estoy buscando una razón para que esto sea una mala idea que no sea el hecho de que yo quiera.

Me quedo en silencio.

Grace parece darse cuenta de lo que acaba de admitir.

Los ojos se le abren un poco.

Su respiración cambia.

— Tú quieres — digo.

— No fue eso lo que yo…

— Fue exactamente eso.

Ella toma la taza.

— Tengo que irme.

— Grace.

— Tengo una reunión.

— Ya lo dijiste.

— Entonces deja de impedírmelo.

Doy un paso a un lado.

El camino queda libre.

Ella no se mueve de inmediato.

Nuestras miradas siguen atrapadas.

— La clase sigue el miércoles — digo.

— Lo sé.

— Puedes cancelarla.

— No quiero.

La respuesta sale rápida.

Mi corazón late más fuerte.

— Bien.

Grace camina hacia el cuarto.

Antes de entrar, me mira.

— Yo no dije que quisiera besarte.

— Dijiste que querías algo.

— Interpretas demasiado.

— Estoy aprendiendo de ti.

Cierra la puerta.

Me quedo solo en la cocina.

La reunión con Boston empieza a las diez.

A las nueve y veinte, estoy sentado en la sala de conferencias del centro deportivo con camisa, pantalón oscuro y una corbata que mi padre eligió.

El entrenador Hayes está a mi lado.

Mi padre ocupa la silla de enfrente, aunque no forma parte oficialmente de la reunión.

Se comporta como si fuera dueño de la universidad.

— No hables demasiado — indica.

— Sé participar en una reunión.

— Responde solo lo que te pregunten.

— Lo sé.

— No hagas bromas.

— Esa parte será difícil.

Mi padre mira la corbata.

— Está torcida.

— Está bien.

— No lo está.

Se levanta e intenta ajustarla.

Aparto su mano.

— Tengo veintidós años.

— Entonces deberías saber usar una corbata.

— Sé usarla. Solo no me importa si está tres milímetros hacia la izquierda.

El entrenador finge mirar unos papeles.

Mi padre aprieta la mandíbula.

— Es una reunión importante.

— Lo sé.

— No lo parece.

— ¿Porque no estoy en pánico?

— Porque actúas como si ya estuviera decidido.

— No lo está.

— Exactamente.

La pantalla aún está oscura.

Faltan veinte minutos.

Saco el móvil del bolsillo.

Aparece un mensaje de Grace.

Tu reunión es a las diez, ¿verdad?

Me quedo mirando.

Se acordó.

Respondo:

Sí.

Aparecen los tres puntos.

Buena suerte.

Simple.

Dos palabras.

Aun así, el pecho se me calienta.

Pensé que no creías en la suerte.

No creo. Pero "demuestra competencia proporcional a la oportunidad" parecía largo.

Sonrío.

Mi padre se da cuenta.

— ¿Quién es?

Bloqueo la pantalla.

— Nadie.

La palabra suena mal.

Grace no es nadie.

Ese es exactamente el problema.

— Deja el teléfono — ordena.

— La reunión aún no ha empezado.

— Necesitas concentrarte.

— Estoy concentrado.

Llega otro mensaje.

No lo abro.

Lo intento.

Duros seis segundos.

Y endereza la corbata. Está torcida desde que saliste.

Miro la tela.

— ¿Cómo lo sabe? — murmuro.

— ¿Qué? — pregunta mi padre.

— Nada.

Abro la cámara frontal.

La corbata está realmente torcida.

La corrijo.

El entrenador Hayes sonríe.

— ¿Era importante?

— Al parecer.

Mi padre me observa.

No vuelve a preguntar.

La llamada empieza puntualmente.

Tres personas aparecen en la pantalla.

Director de reclutamiento.

Gerente de desarrollo.

Un exjugador que ahora trabaja con evaluación.

Conozco todos los nombres.

Estudié sus carreras.

Vi las entrevistas.

He pensado en este momento desde los quince años.

Aun así, cuando el director pregunta cómo estoy, recuerdo el mensaje de Grace.

Demuestra competencia proporcional a la oportunidad.

Casi me río.

No hago ninguna broma.

La reunión dura cuarenta y siete minutos.

Preguntan sobre liderazgo.

Disciplina.

Lesiones.

Toma de decisiones.

Capacidad de adaptación.

El entrenador responde algunas partes.

Mi padre permanece callado, contra su propia naturaleza.

Preguntan sobre la carrera.

Sobre planes en caso de que la carrera no avance como se espera.

Hablo de Administración.

De la importancia de entender contratos, gestión y responsabilidad financiera.

No digo que mi presentación casi desapareció porque ignoré copias de seguridad.

Preguntan sobre el evento benéfico.

Hablo de los niños.

Del programa.

Del valor recaudado.

Al final, el director menciona que seguirán los próximos partidos y que hay interés real.

No es una promesa.

No es un contrato.

Pero es algo.

Cuando la pantalla se apaga, mi padre se levanta.

— Estuvo bien.

Viniendo de él, eso equivale a una celebración.

— Gracias.

— Podrías haber mencionado la preparación física.

— Preguntaron sobre liderazgo.

— Aun así.

El entrenador Hayes cierra la carpeta.

— Respondió exactamente lo que necesitaba.

Mi padre lo mira.

— No estoy criticando.

Lo está.

Siempre lo está.

— Vamos a almorzar — propone.

— Tengo clase.

— Puedes perder una.

— No.

— Noah, tenemos que discutir los próximos pasos.

— Después.

Agarro el móvil.

Abro la conversación con Grace.

Terminó.

Ella responde casi de inmediato.

¿Y?

Interés real. Van a seguir los próximos partidos.

Tarda unos segundos.

Te dije que la suerte no era necesaria.

Sonrío.

¿Y la corbata?

Ahora está correcta.

Miro alrededor.

No hay forma de que lo sepa.

¿Instalaste una cámara?

Atravesaste la cocina con ella torcida. Era previsible que tu padre mandara corregirla.

Mi padre dice algo.

No escucho.

Gracias.

¿Por qué?

Pienso.

Por recordar.

Por preguntar.

Por hacer que el momento parezca menos solitario.

No escribo ninguna de esas cosas.

Por la corbata.

Grace envía:

De nada.

Guardo el móvil.

— ¿Me estás escuchando? — pregunta mi padre.

— No.

— Me di cuenta.

— Tengo clase en veinte minutos.

— Tienes que empezar a pensar seriamente en el draft.

— Pienso todos los días.

— Entonces entiende que todo lo que haces ahora será observado.

La frase me trae a Grace inmediatamente a la mente.

El abrigo.

Las gradas.

La cabina de penalización.

— Lo sé.

— La universidad publicó fotografías del evento.

— Bien.

— En algunas, estás mirando a la misma chica.

Mi cuerpo se pone rígido.

— Grace tiene nombre.

— Lo sé.

— Entonces úsalo.

— No debería importar.

— A mí me importa.

El entrenador se levanta.

— Los dejo para que hablen.

— No hace falta — digo.

— Tengo entrenamiento que organizar.

Se va.

Mi padre espera a que la puerta se cierre.

— El equipo de Boston preguntó sobre disciplina fuera de la pista.

— Respondí.

— Y respondiste bien. No comprometas eso.

— Grace no compromete nada.

— Sigues repitiendo su nombre.

— Porque sigues hablando de ella.

— Estoy hablando de riesgos.

— Es una persona.

— Una persona que vive contigo por un fallo administrativo.

— Sí.

— Y con la que está prohibido involucrarse.

— No estamos involucrados.

Esta vez, la frase parece incompleta.

Mi padre lo ve.

— Pero quieres estarlo.

No respondo.

— Noah.

— Esto no te incumbe.

— Mientras yo administre tu carrera, sí.

— No administras mi vida.

— La carrera será tu vida durante los próximos años.

— Tal vez yo quiera más que eso.

Mi padre se queda inmóvil.

Nunca hablé de esa forma.

No porque no lo haya pensado.

Porque, durante mucho tiempo, la NHL fue todo.

La única respuesta.

El único destino aceptable.

— ¿Estás dispuesto a arriesgar lo que construiste por una chica que conoces desde hace poco más de una semana?

La pregunta debería producir una negativa inmediata.

No la produce.

— No estoy arriesgando nada.

— Todavía.

La palabra permanece.

Todavía.

La misma que usé cuando Grace dijo que no éramos amigos.

— Ella tiene sus propios objetivos — continúo. — No quiere exposición. No quiere publicidad. No quiere nada de mí.

— Eso no significa que la situación no pueda perjudicar a los dos.

Tiene razón.

Odio eso.

— Me encargaré.

— ¿Cómo?

No lo sé.

La regla existe.

El riesgo también.

Pero la idea de alejarme de Grace parece tan imposible ahora como lo parecía durante la tormenta.

— A mi manera.

Mi padre toma el abrigo.

— Tu manera siempre funcionó en el hielo.

— ¿Y fuera?

— Todavía lo estamos descubriendo.

Se va.

Me quedo solo en la sala.

Abro la conversación con Grace.

Quiero contarle.

Sobre mi padre.

Las fotos.

La advertencia.

Empiezo a escribir.

Necesitamos hablar sobre el partido y la universidad.

Borro.

Ella está en el laboratorio.

Tiene reunión.

Proyecto.

La beca.

Contarlo ahora solo crearía miedo antes de que yo sepa qué hacer.

¿Eso sería proteger u ocultar?

No lo sé.

Guardo el teléfono.

A las cuatro de la tarde, vuelvo al apartamento.

Grace todavía no llegó.

No debería ser extraño.

Es lunes.

Pasa la mayor parte del día en el laboratorio.

Aun así, el lugar parece vacío.

Dejo la mochila cerca del sofá.

Voy a la cocina.

Abro la nevera.

Cierro.

Me siento.

Me levanto.

Entro en mi cuarto.

Intento estudiar.

Después de diez minutos, me doy cuenta de que leí la misma página cinco veces.

El silencio molesta.

Antes de Grace, me gustaba vivir solo.

No había nadie quejándose.

Ninguna taza protegida como patrimonio histórico.

Ninguna regla sobre toallas.

Ahora, su ausencia parece algo físico.

Un espacio abierto.

Un sonido que debería existir y no existe.

Agarro el móvil.

¿Vas a tardar?

No lo envío.

No quiero parecer controlador.

Escribo:

Hay cena en el apartamento.

También lo borro.

La verdad es peor.

Quiero que vuelvas.

Me quedo mirando.

Lo borro inmediatamente.

A las cuatro y veinte, la puerta se abre.

Me levanto demasiado rápido.

Grace entra con la mochila al hombro y una pila de papeles en los brazos.

— Hola — dice.

— Hola.

Intento parecer casual.

— ¿Cómo fue la reunión?

— Bien.

— ¿La tuya?

— El profesor aprobó la nueva estructura de la prueba.

Deja los papeles en la mesa.

— Daniel va a ayudar con la interfaz.

Surge la irritación.

Menor que el sábado.

Aún presente.

— Genial.

Grace me mira.

— Lo dijiste sin creerlo.

— Estoy trabajando en eso.

— ¿En qué?

— En no odiar a Daniel.

— No hay motivo para odiarlo.

— Por eso estoy trabajando.

Casi sonríe.

— ¿Y Boston?

— Interés real.

— Eso es bueno.

— Lo es.

Grace espera.

Tal vez perciba que hay algo más.

— Mi padre estaba allí — añado.

— Me lo imaginé.

— Dijo que lo hice bien.

— ¿Eso es bueno?

— Para él, es prácticamente un abrazo.

Grace se quita la sudadera.

Debajo lleva una camiseta negra sencilla.

Mi mirada se demora un segundo.

Ella lo nota.

No comenta.

— ¿Estás feliz? — pregunta.

La pregunta me sorprende.

— ¿Con la reunión?

— Sí.

— Lo estoy.

— No lo parece.

Pienso.

— Creo que todavía no pasó nada concreto.

— Pero querías que se interesaran.

— Quería.

— Y se interesaron.

— Sí.

Grace se acerca a la cocina.

Toma un vaso de agua.

— Entonces permítete estar feliz cinco minutos antes de crear otro problema.

La miro.

— Esa frase suena a algo que yo diría.

— Convivir.

— Estás sonriendo.

— No.

— Sí.

— Es cansancio muscular.

El alivio me atraviesa.

No sabía que necesitaba verla sonreír hasta que pasó.

— ¿Me extrañaste? — pregunto.

Grace casi se atraganta con el agua.

— ¿Qué?

— Estuviste fuera todo el día.

— Tú también.

— Yo volví antes.

— ¿Y?

— El apartamento estaba silencioso.

— Te gusta el silencio.

— Me gustaba.

La palabra se me escapa.

Grace baja el vaso.

— ¿Te gustaba?

No puedo volver atrás.

— Ahora se siente raro cuando no estás aquí.

Me observa.

La expresión pierde la provocación.

— Eso es porque te acostumbraste a que alguien se queje.

— Tal vez.

— Puedo grabar algunas quejas para cuando salga.

— No sería igual.

El silencio cambia.

Más suave.

— Noah…

— No estoy pidiendo nada.

— Siempre dices eso antes de decir algo que suena como una petición.

— Quiero que te quedes para cenar.

Grace parpadea.

— Yo vivo aquí.

— Quiero que te quedes en la cocina. Conmigo.

— Tengo trabajo.

— Claro.

— Necesito revisar los resultados.

— Puedes hacerlo después.

— Eso es exactamente lo que mi profesor diría que no hiciera.

— Una hora.

— Te gusta convertir el tiempo en negociación.

— Porque funciona.

— No siempre.

— ¿Te quedas?

Grace mira los papeles.

Luego me mira a mí.

— ¿Qué vas a cocinar?

Sonrío.

— Todavía no lo sé.

— Entonces ¿cómo puedo decidir?

— Elige.

— Pasta.

— Hice el sábado.

— Y estaba buena.

— ¿Eso fue un cumplido?

— No te acostumbres.

— Demasiado tarde.

Grace lleva los papeles al cuarto.

Esta vez, deja la puerta abierta.

Preparo la cena.

Ella trabaja en la mesa de la cocina, a pesar de haber dicho que necesitaba concentración.

El portátil está abierto.

Gráficos en la pantalla.

Hojas de cálculo.

Líneas que no entiendo.

De vez en cuando, pregunto.

Grace responde.

Al principio, simplifica demasiado.

Luego se da cuenta de que realmente estoy escuchando.

Explica cómo el sistema identifica patrones de fallos en redes distribuidas.

No entiendo todo.

Pero entiendo cómo cambia su cara.

La voz se vuelve más rápida.

Los ojos brillan.

Las manos se mueven.

El Noah del sábado tenía razón.

Ella ocupa el espacio cuando habla de lo que ama.

Y me gusta estar dentro de ese espacio.

— Entonces tu sistema predice cuándo una red va a fallar? — pregunto.

— No exactamente. Calcula la probabilidad de degradación con base en patrones anteriores y cambios en tiempo real.

— Predice fallos.

Grace entrecierra los ojos.

— De forma simplificada.

— Podrías usarlo en el equipo.

— Los jugadores no son servidores.

— Algunos tienen procesamiento limitado.

Ella sonríe.

— ¿Ryan?

— Principalmente Mason.

— Parece simpático.

— ¿Lo estás defendiendo?

— No.

— Tu cara dijo que sí.

Grace vuelve a la pantalla.

— El resultado de ayer fue mejor de lo que esperábamos.

— ¿Daniel ayudó?

Me mira.

— Sí.

Aprieto la mandíbula.

— Bien.

— ¿Eso dolió?

— Estoy siendo maduro.

— No lo parece.

— Estoy reconociendo la competencia de un adversario.

— Él no es un adversario.

— Aún mejor.

Grace se ríe.

La risa es pequeña.

Pero verdadera.

Me quedo mirando.

— Para — pide.

— ¿Qué?

— De poner esa cara.

— ¿Qué cara?

— Como si hubieras ganado algo.

— Te reíste.

— Fue involuntario.

— Sigue valiendo.

— Dijiste que dejaste de contar.

— No cuento. Aprecio.

Ella niega con la cabeza.

Vuelve al trabajo.

Cuando la cena está lista, Grace cierra el portátil sin que yo se lo pida.

Eso significa algo.

Nos sentamos uno frente al otro.

— ¿Vas a contarme sobre la reunión? — pregunta.

— Ya conté.

— Dijiste "interés real".

— Fue eso.

— ¿Preguntaron qué?

Explico.

Liderazgo.

Carrera.

Profesión.

Adaptación.

Grace hace preguntas mejores que las de mi padre.

No sobre contratos.

Sobre lo que respondí.

Lo que pensé.

Lo que me habría gustado decir.

— ¿Y si Boston te elige? — pregunta.

— Iré.

La respuesta es automática.

Siempre lo fue.

Grace baja la mirada al plato.

— Claro.

El tono cambia.

— ¿Qué?

— Nada.

— Tu cara dijo.

— Usas eso demasiado.

— Aprendí de la mejor.

— Solo pensé que estarías lejos.

La frase es baja.

Casi casual.

No lo es.

— ¿De Denver?

— De aquí.

Mi corazón late más fuerte.

— ¿Tú estarás aquí?

Grace mueve el tenedor.

— Si gano la beca.

— La vas a ganar.

— No lo sabes.

— Lo sé.

— Eso no depende solo de mí.

— Boston tampoco depende solo de mí.

— Pero va a pasar.

— Entonces tu beca también.

Ella sonríe levemente.

— Eso no responde.

— ¿A qué?

— A si estarías lejos.

— Estaría.

La palabra pesa.

— Pero toda la NHL significa irse.

— Lo sé.

— Siempre lo supe.

— Yo también.

No sé por qué estamos hablando como si ya existiera alguna promesa.

Como si la distancia fuera una decisión que tendremos que tomar juntos.

— Podría ser otro equipo — digo.

— Chicago.

— Tal vez.

— También está lejos.

— Menos.

— Aún lejos.

— ¿Estás preocupada?

Grace me mira.

— Estoy calculando.

— ¿Qué?

— Nada.

— Mentirosa.

Ella suelta el tenedor.

— ¿Quieres que diga que te extrañaría?

— Quiero que digas la verdad.

— La verdad es que todavía vivimos juntos desde hace poco tiempo.

— No fue lo que pregunté.

— Y tú todavía no fuiste elegido.

— Tampoco fue lo que pregunté.

Grace inspira.

— Sí.

Se me aprieta el pecho.

— ¿Sí qué?

— Te extrañaría.

La respuesta es tan simple que, por un momento, no sé qué hacer.

— Pareces sorprendido — dice.

— Lo estoy.

— ¿Por qué?

— Porque normalmente tengo que arrancar cualquier cosa emocional con un interrogatorio.

— No te acostumbres.

— Demasiado tarde.

Grace mira el plato.

Se le puso la cara roja.

Sonrío.

— Yo también te extrañaría.

Ella levanta la mirada.

— ¿A mí?

— No, a Daniel.

Grace me da una patada bajo la mesa.

Me río.

— A ti. Te extrañaría.

— Ni siquiera te fuiste.

— No necesito irme para saberlo.

El silencio se llena.

No incómodo.

Solo real.

Después de la cena, Grace insiste en lavar los platos.

Yo seco.

— Tu clase empieza a las ocho el miércoles — digo.

— Lo sé.

— Necesitas usar ropa cómoda.

— Tengo ropa cómoda.

— Y calcetines gruesos.

— ¿Por qué?

— Los patines aprietan.

— Eso no suena convincente.

— Confía en mí.

Ella mira de reojo.

La palabra permanece.

Confía.

La razón por la que dije que quería enseñar.

— Los llevaré — responde.

— Puedo recogerte en el laboratorio.

— No hace falta.

— Ya estaré en el campus.

— Puedo ir sola.

— Lo sé.

— Entonces ¿por qué quieres recogerme?

Pienso.

Porque quiero que llegues.

Porque quiero verte entrar en la arena.

Porque quiero caminar a tu lado antes de que empieces a tener miedo.

— Es parte de la clase — digo.

— El transporte no estaba en el certificado.

— Servicio premium.

— Eres pésimo vendiendo.

— Y tú sigues aceptando.

Grace me entrega el último plato.

— Siete y cuarenta y cinco.

— Estaré allí.

— No entres en el laboratorio.

— ¿Por qué?

— Distraes.

La sonrisa aparece.

— Lo admites.

— Los otros se quedan mirando.

La satisfacción desaparece un poco.

— ¿Los otros?

— Eres famoso.

— Pensé que no te importaba.

— No me importa.

— Entonces ¿a quién le importa?

— A algunas personas.

— ¿Daniel?

Grace cierra los ojos.

— No empieces.

— Fue una pregunta.

— Daniel sabe que vivimos juntos.

— ¿Y?

— Y nada.

— ¿Comentó algo?

Grace dobla el paño de cocina.

— Preguntó si tú siempre estás en casa cuando él va al apartamento.

Se me tensa la mandíbula.

— ¿Qué respondiste?

— Que tú vives aquí.

— Buena respuesta.

— Luego preguntó si hay algo entre nosotros.

Mi cuerpo se queda inmóvil.

— ¿Y qué respondiste?

Grace no me mira.

— Que somos compañeros de apartamento.

La misma respuesta que le di a mi padre.

También duele cuando viene de ella.

— Bien.

— Fue una respuesta correcta.

— Lo sé.

— Entonces deja de ponerte raro.

— No lo estoy.

— Tu tono cambió.

— Tal vez sea cansancio.

— Esa excusa es mía.

— Compartimos palabras.

Ella me mira fijamente.

— ¿Qué debería haber respondido?

La pregunta me toma desprevenido.

— No lo sé.

— Entonces ¿por qué pareces decepcionado?

— Porque no me gusta la palabra “solo”.

— Yo no dije solo.

— Estaba implícito.

Grace cruza los brazos.

— Tú mismo le dijiste a tu padre que no tenemos nada.

— ¿Cómo lo sabes?

— Tu cara.

— No estabas allí.

— Imagino que lo dijiste.

— Lo dije.

— Entonces hiciste lo mismo.

— Y no me gustó cuando lo dije.

Grace se queda en silencio.

— ¿Por qué? — pregunta.

— Porque parece mentira.

Su respiración cambia.

— Pero técnicamente no lo es.

— Técnicamente, no.

— ¿Quieres que lo sea?

Siempre llegamos al mismo lugar.

La pregunta.

El riesgo.

Las palabras que ninguno de los dos consigue terminar.

— Quiero algo — respondo.

— Eso es vago.

— Tú también lo eres.

— No lo soy.

— Entonces di lo que quieres.

Grace me mira.

Un segundo.

Dos.

— Quiero ir a la clase el miércoles.

Sonrío sin humor.

— Cobarde.

Ella levanta la barbilla.

— Dijiste que esperarías.

— Y lo haré.

— Entonces no te quejes de la velocidad.

— No me estoy quejando.

— Acabas de llamarme cobarde.

— Fue una observación.

Grace intenta no sonreír.

Falla.

— Buenas noches, Noah.

— Todavía son las nueve.

— Me estoy preparando temprano.

Va al cuarto.

La puerta queda abierta otra vez.

Lo noto.

No digo nada.

El martes, Grace sale antes de que yo despierte.

Deja una nota sobre la cafetera.

NO OLVIDES LA REUNIÓN CON EL ENTRENADOR A LAS NUEVE.

Debajo:

Y ponte hielo en las costillas.

La leo dos veces.

No sé cuándo mi agenda pasó a formar parte de su cabeza.

Tampoco sé por qué eso se siente tan bien.

Por la tarde, el entrenador anuncia cambios en la línea para el partido del viernes.

Más presión.

Más ojeadores.

Más entrevistas.

Después del entrenamiento, Ryan se sienta a mi lado en el vestuario.

— Estás mirando el móvil desde hace cinco minutos.

— Estoy leyendo.

— La pantalla está bloqueada.

Lo enciendo.

— Ahora no.

— ¿Esperando un mensaje?

— No.

Llega un mensaje.

Grace.

¿La clase de mañana exige casco?

Sonrío.

Sí.

Eso debería haberse informado antes.

¿Por qué?

No me gustan los cascos compartidos.

Tengo uno nuevo para ti.

Tarda.

¿Lo compraste?

Lo tomé del stock.

No fue exactamente eso.

Le pedí al encargado de los equipos un modelo nuevo del tamaño que creo que le sirve.

No quiero pensar en por qué sé aproximadamente el tamaño de la cabeza de Grace.

¿Y patines?

También.

Lo planeaste todo.

Alguien tiene que hacerlo.

Aparecen los tres puntos.

Esa es mi función.

Puedes compartirla conmigo por una noche.

Tarda más.

Siete y cuarenta y cinco. No te retrases.

Bloqueo la pantalla.

Ryan está mirando.

— ¿Qué?

— Nada.

— Estás sonriendo otra vez.

— Grace está preocupada por los cascos compartidos.

— Eso es romántico.

— No lo es.

— Para ustedes, lo es.

Me levanto.

— Tengo que irme.

— ¿A dónde?

— Al apartamento.

— El entrenamiento terminó hace dos minutos.

— Exactamente.

Ryan sonríe.

— Quieres volver con ella.

— Quiero ducharme.

— Tenemos duchas aquí.

— Quiero la mía.

— Que está al lado de su cuarto.

Le tiro una toalla a la cara.

Esa noche, Grace está sentada en el sofá cuando llego.

Las piernas dobladas bajo el cuerpo.

Portátil en el regazo.

Mi abrigo sobre los hombros.

Lo sigue usando.

Ahora sin excusa de frío o emergencia.

Simplemente lo usa.

Algo dentro de mí se relaja.

— Hola — dice, sin apartar la vista de la pantalla.

— Hola.

Dejo la bolsa.

— ¿Cenaste?

— Todavía no.

— Son las nueve.

— Perdí la hora.

— Claro.

Voy a la cocina.

— Puedo hacer algo rápido.

— No hace falta.

— No pregunté.

— Eso suena controlador.

— Eso suena como alguien que sabe que sustituyes comidas por café.

Grace cierra el portátil.

— Puedo ayudar.

— Quédate.

— ¿Por qué?

— Quiero cocinar.

— ¿Y yo estorbo?

La miro.

— Mucho.

Se le calienta la cara.

— Presumido.

— Mentirosa.

Se queda en el sofá mientras preparo tortillas.

Es extraño cómo su presencia altera el apartamento sin hacer nada.

No necesitamos hablar.

No necesitamos estar cerca.

Basta con saber que Grace está ahí.

De vez en cuando, miro.

Lee.

Anota.

Se muerde el interior de la mejilla cuando se concentra.

Se sube las gafas.

Enrolla un mechón de pelo en el dedo.

Detalles que conozco.

Detalles que quiero seguir conociendo.

— ¿Qué pasa? — pregunta sin mirar.

— Nada.

— Estás mirando.

— Estoy observando.

— Esto se está volviendo inquietante.

— Tú haces lo mismo.

— Para análisis.

— También.

— ¿Cuál es tu análisis?

Pienso.

— Estás más tranquila cuando usas mi abrigo.

Grace por fin levanta la vista.

Mira su propia ropa.

— No lo estoy.

— Lo estás.

— ¿Cómo lo sabrías?

— Tus hombros están menos tensos.

Inmediatamente endereza la postura.

Me río.

— Demasiado tarde.

— Eso no significa nada.

— Claro.

— Y deja de usar esa palabra así.

— ¿Así cómo?

— Como si significara lo contrario.

Sirvo los platos.

Comemos en la sala.

Grace deja el portátil cerrado.

Eso también significa algo.

Después, se queda dormida.

En medio de una frase sobre el proyecto.

La cabeza cae contra el respaldo.

Los ojos se cierran.

El plato vacío está sobre la mesa.

Me quedo inmóvil.

— ¿Grace?

Nada.

Se durmió.

El agotamiento por fin venció.

Podría despertarla.

Debería.

En vez de eso, retiro el portátil de al lado.

Lo pongo sobre la mesa.

Tomo la manta del sillón.

Le cubro las piernas.

Grace se mueve.

La cabeza se inclina hacia un lado.

Cerca de mi hombro.

Me siento a su lado.

No porque lo necesite.

Porque quiero.

Se mueve otra vez.

Se apoya en mí.

El cuerpo se acomoda sin despertarse.

La cabeza descansa en mi pecho.

Contengo la respiración.

Grace no se da cuenta.

El pelo me roza el cuello.

Mi abrigo cubre sus hombros.

Su mano queda entre nosotros.

Pequeña.

Relajada.

Podría apartarla.

No la aparto.

Le paso el brazo alrededor.

Con cuidado.

Grace suelta un suspiro.

Se acurruca más.

Se me aprieta el pecho de un modo casi doloroso.

No es deseo.

O no solo.

Es una sensación más silenciosa.

Más peligrosa.

Las ganas de quedarme exactamente así.

Sin objetivo.

Sin victoria.

Sin siguiente paso.

La televisión está apagada.

El apartamento en silencio.

Y, por primera vez, el silencio no me molesta.

Porque Grace está dentro de él.

Mi móvil vibra.

Mi padre.

Rechazo la llamada.

Vuelve a llamar.

Rechazo.

Aparece un mensaje.

TENEMOS QUE DISCUTIR LAS FOTOS DEL EVENTO.

Miro a Grace durmiendo sobre mí.

Las fotos.

La universidad.

La regla.

Boston.

Todo existe.

Ningún riesgo desapareció.

Aun así, no consigo mirarla y pensar en distracción.

Grace no me aleja de la vida que quiero.

Hace que la vida parezca más grande.

No sé cómo conciliarlo.

No sé si es posible.

Pero sé que no quiero tomar decisiones como si ella no existiera.

Grace se mueve.

Abre los ojos lentamente.

Le toma unos segundos darse cuenta de dónde está.

Cuando se da cuenta, se queda completamente inmóvil.

— ¿Me dormí?

— No. Estás practicando la inconsciencia.

Cierra los ojos.

— ¿Cuánto tiempo?

— Veinte minutos.

— ¿Por qué no me despertaste?

— Parecías cansada.

Grace mira mi brazo alrededor de ella.

Luego me mira a mí.

— Podrías haberte apartado.

— Podría.

— Y no lo hiciste.

— No.

No se mueve.

Mi corazón late bajo su cabeza.

Estoy seguro de que lo siente.

— ¿Estás cómoda? — pregunto.

— No.

Mentirosa.

— Entonces puedo soltarte.

El brazo empieza a apartarse.

Grace agarra mi camiseta.

Un gesto rápido.

Instintivo.

— Todavía no.

Las dos palabras casi me paran el corazón.

Vuelvo el brazo a su cintura.

— Bien.

Nos quedamos.

Ninguno de los dos habla.

No es un beso.

No rompe la regla.

No define nada.

Pero es una elección.

Grace está despierta ahora.

Sabe exactamente dónde está.

Y sigue.

— Tu reunión con Boston — murmura.

— ¿Qué pasa?

— ¿Cuándo tendrías que irte?

— ¿Si me eligen?

— Sí.

— Después de la graduación. Tal vez antes, para evaluaciones y preparación.

— Meses.

— Sí.

— No semanas.

— No.

Se relaja un poco.

Lo noto.

— Estás calculando otra vez.

— No.

— Mentirosa.

— Tal vez.

— ¿Quieres saber cuánto tiempo tenemos?

La pregunta sale antes de que pueda impedirlo.

Grace levanta la cara.

Estamos cerca.

El pelo me roza la barbilla.

— ¿Tenemos para qué?

— No lo sé.

— Siempre respondes eso.

— Porque es verdad.

— Entonces ¿por qué preguntaste?

— Porque pareces estar contando.

Ella aparta la mirada.

— Tengo plazos.

— Y yo tengo partidos.

— Exactamente.

— Pero estás aquí ahora.

Grace vuelve a mirarme.

— Estoy.

— Eso tiene que ser suficiente por hoy.

Ella piensa.

Luego asiente.

— Por hoy.

Mi pulgar se mueve por el lateral del abrigo.

— Mañana, arena.

— Sí.

— ¿Tienes miedo?

— Mucho.

— ¿De caer?

— Entre otras cosas.

— ¿Cuáles?

Sus ojos bajan a mi boca.

— Tú lo sabes.

El aire se vuelve más pesado.

— Saber no es oír.

— No empieces.

— No empecé.

— Estás haciendo esa voz.

— ¿Qué voz?

— La baja.

Sonrío.

— No sabía que tenía una voz específica.

— La tienes.

— ¿Y qué hace?

Grace se da cuenta de la trampa.

— Nada.

— Mentirosa.

Se aparta.

Esta vez, lo permito.

Se sienta correctamente en el sofá.

Se arregla el pelo.

— Necesito dormir.

— Ya estabas haciéndolo.

— En mi cama.

— Probablemente más cómoda.

— Y sin que tú hables.

— Menos cómoda.

Grace me mira.

— Buenas noches, Noah.

— Todavía son las diez.

— Me estoy preparando temprano.

Agarra el portátil.

Camina hacia el pasillo.

— Grace.

Se detiene.

— Gracias por quedarte.

La expresión se suaviza.

— Yo vivo aquí.

— No fue eso lo que quise decir.

Lo sabe.

No pide explicación.

— Buenas noches — repite.

Entra en el cuarto.

La puerta queda entreabierta.

Miro la rendija.

Pequeña.

Pero abierta.

Mi móvil vibra otra vez.

Mi padre.

Lo ignoro.

El miércoles, me despierto antes de la alarma.

Todo el día parece más lento.

Clase.

Entrenamiento.

Reunión.

Fisioterapia.

Todo pasa, pero mi mente sigue volviendo a las ocho de la noche.

Ryan lo nota.

Mason también.

Hasta el entrenador pregunta si estoy distraído.

Digo que no.

Miento.

A las siete y veinte, estoy en la arena.

Cuarenta minutos antes.

Reviso los patines de Grace.

El casco.

Los guantes.

Ajusto el cordón dos veces.

Compruebo el hielo.

Las luces.

La temperatura.

Todo.

El encargado de los equipos observa.

— ¿Es una clase de patinaje o una evaluación olímpica?

— Ella nunca patinó.

— La gente aprende todos los días.

— Tiene miedo de caer.

— Todos lo tienen.

— No le gusta no controlar.

Me mira.

— Hablas mucho de esa alumna.

— Es mi compañera de apartamento.

— Claro.

A las siete y cuarenta, salgo de la arena.

Voy al laboratorio.

Dije que esperaría afuera.

Espero.

Estudiantes entran y salen.

Algunos me reconocen.

Piden foto.

Acepto.

Miro la puerta después de cada persona.

A las siete y cuarenta y cinco, Grace aparece.

Lleva leggings negras, una sudadera verde y mi abrigo encima.

El pelo está recogido en una trenza.

Lleva una mochila.

Se detiene al verme.

— Llegaste temprano.

— Tú también.

— Son las siete y cuarenta y cinco.

— Exactamente.

Se acerca.

— ¿Entraste en el laboratorio?

— No.

— Sorprendente.

— Soy capaz de seguir reglas.

— Algunas.

Tomo su mochila.

Grace la sujeta.

— Puedo cargarla.

— Lo sé.

— Entonces suelta.

— Es parte del servicio premium.

Ella pone los ojos en blanco.

Pero suelta.

Caminamos hacia la arena.

El campus está frío.

Grace mete las manos en los bolsillos de mi abrigo.

— ¿Estás nerviosa? — pregunto.

— No.

— Mentirosa.

— Necesitas ampliar el vocabulario.

— ¿Tienes miedo de caer?

— Sí.

— Yo te sostengo.

— No lo digas como si eso lo resolviera.

— Lo resuelve para mí.

— Porque no eres tú quien va a estar sobre cuchillas.

— Yo también puedo caer.

— Tú patinas desde los cinco años.

— Puedo sacrificarme por la experiencia compartida.

Grace casi sonríe.

— No quiero que finjas caer.

— Entonces no caigo.

— Eso suena presumido.

— Es experiencia.

Llegamos a la entrada.

Antes de abrir, la miro.

— Puedes desistir.

Grace frunce el ceño.

— ¿No querías enseñar?

— Quiero.

— Entonces ¿por qué lo estás ofreciendo?

— Porque quiero que entres por elección.

Ella mira la puerta.

Luego me mira a mí.

— Vine.

— Aún puedes volver.

— Noah.

— Grace.

— Abre la puerta.

Sonrío.

Obedezco.

Las luces de la arena están parcialmente encendidas.

El hielo vacío se extiende ante nosotros.

Grace se detiene.

El miedo aparece en su cara.

Junto con fascinación.

— Es más grande sin la gente — murmura.

— Lo parece.

— Y más frío.

— Traje guantes.

— Claro.

— Y casco nuevo.

— Claro.

— Y patines de tu talla.

Me mira.

— ¿Cómo sabes mi talla?

— Observé tus zapatillas.

— Eso es inquietante.

— Preparación.

Entramos.

Grace camina despacio hasta el banco.

Pongo la mochila al lado.

Le entrego el casco.

Lo sostiene como si fuera un equipo explosivo.

— ¿Estás seguro de que esto es una buena idea?

— No.

— Pésima respuesta.

— Pero quiero hacerlo de todos modos.

Grace mira el hielo.

— ¿Y si me caigo?

— Yo te sostengo.

— ¿Y si no puedes?

— Me caigo contigo.

Ella cierra los ojos.

— Tienes que dejar de decir eso.

— ¿Por qué?

Me mira.

— Porque funciona.

Mi corazón late fuerte.

No respondo.

Se sienta.

Empieza a quitarse las zapatillas.

Me arrodillo delante de ella con los patines.

Grace se queda inmóvil.

— ¿Qué estás haciendo?

— Ayudando.

— Sé ponerme zapatos.

— Los patines tienen que quedar firmes.

— Puedes explicarlo.

— Puedo hacerlo más rápido.

Sujeto su tobillo.

Incluso a través del calcetín, siento la tensión.

Grace contiene la respiración.

Pongo el pie dentro del patín.

Ajusto.

Aprieto los cordones.

Despacio.

Cuando levanto la vista, me está mirando.

— ¿Muy apretado? — pregunto.

— No.

— ¿Estás segura?

— Sí.

Termino el primero.

Paso al otro.

— Noah.

— ¿Qué?

— ¿Haces esto con todas las personas a las que enseñas?

— Nunca le enseñé a nadie.

Grace se queda en silencio.

— ¿La clase de la subasta nunca pasó antes?

— No.

— Entonces ¿por qué la ofrecieron?

— Yo acepté ayudar.

— Sin saber quién ganaría.

— Sí.

— ¿Y si fuera otra persona?

Aprieto el último cordón.

— Yo enseñaría.

Aparece la decepción.

Pequeña.

— Pero no habría comprado equipo nuevo — añado.

Sus ojos se encuentran con los míos.

— Ni llegado cuarenta minutos antes.

— ¿Llegaste cuarenta minutos antes?

— Tal vez.

— ¿Por qué?

Me levanto.

— Quería que todo estuviera bien.

Grace mira los patines.

Luego me mira a mí.

— ¿Para que no me caiga?

— Para que quieras volver.

La verdad sale.

Se queda inmóvil.

— ¿Volver a la arena?

— También.

El silencio se alarga.

Le entrego los guantes.

— ¿Lista?

— No.

— Genial.

— ¿Genial?

— La gente demasiado confiada se lastima.

— Entonces estoy muy segura.

Le tomo ambas manos.

Grace se levanta.

Los tobillos se tambalean de inmediato.

Aprieta mis dedos.

— Esto es horrible.

— Aún no entramos al hielo.

— Quiero irme.

— Puedes.

— Deja de ofrecerlo.

— Necesito saber que estás aquí porque quieres.

Grace levanta la cara.

Sus ojos verdes se encuentran con los míos.

— Estoy aquí porque quiero.

Mi corazón late fuerte.

Tal vez esté hablando solo de la clase.

No importa.

Por ahora, es suficiente.

Caminamos despacio hasta la abertura

CAPÍTULO 11

NO ME SUELTES

GRACE

Entrar en el hielo fue un error.

Me doy cuenta en el instante en que las dos cuchillas dejan el piso de goma y tocan la superficie blanca.

Mis pies se deslizan en direcciones diferentes.

Mi cuerpo se inclina hacia atrás.

Y Noah me sostiene.

Una mano en mi cintura.

La otra en mi brazo.

Firme.

Rápido.

Como prometió.

— Te lo advertí — digo, aferrada a sus hombros.

— Y yo te sostuve.

— Eso no hace que la experiencia sea mejor.

— Todavía estamos parados.

— Exactamente. Y ya fue malo.

Noah sonríe.

Está usando pantalones deportivos negros, una camiseta azul de manga larga y sus propios patines.

Sin el uniforme, parece menos distante del hombre que conozco en el apartamento.

Aun así, en el hielo, todo en él cambia.

La postura.

El equilibrio.

La confianza.

Es como si la superficie inestable se volviera sólida solo porque él está sobre ella.

— Relaja las rodillas — indica.

— Están relajadas.

— Están bloqueadas.

— Es una estrategia defensiva.

— ¿Contra el hielo?

— Contra la caída.

— Rodillas bloqueadas aumentan la probabilidad de caer.

— Eso parece información que deberías haber dado antes.

— La estoy dando ahora.

Noah se desliza hacia atrás sin esfuerzo.

Mi cuerpo acompaña porque sigo sujetándome de él.

— No te muevas.

— Tenemos que salir de la entrada.

— No tenemos que.

— Otros jugadores pueden entrar.

Miro alrededor de la arena vacía.

— No hay nadie.

— Seguridad.

— Te lo estás inventando.

— Tal vez.

Se mueve otra vez.

Aprieto sus hombros con más fuerza.

— Noah.

— Estoy aquí.

— Estás andando hacia atrás.

— Patinando.

— Para.

— Si paro de repente, te caes.

— Entonces para despacio.

— Es lo que estoy haciendo.

— Más despacio.

— Estamos casi parados.

Miro al suelo.

El hielo pasa bajo las cuchillas.

Se me contrae el estómago.

— No mires a los pies — dice Noah.

— Necesito saber dónde están.

— Siguen pegados a tus piernas.

— Muy gracioso.

— Mírame.

Levanto el rostro.

Los ojos azules se encuentran con los míos.

— Así — dice. — Mejor.

No está mejor.

Porque ahora no veo el hielo.

También porque quedarme mirando directamente a Noah mientras sus manos permanecen en mi cintura crea un tipo diferente de inestabilidad.

— ¿Qué hago? — pregunto.

— Primero, ponte de pie.

— Ya lo estoy.

— Estás apoyada en mí.

— Dijiste que me sostendrías.

— Y lo haré. Pero necesitas encontrar el equilibrio.

— No tengo equilibrio.

— Sí tienes. Solo no confías.

— ¿En mi cuerpo?

— En mí.

La frase queda entre nosotros.

— Eso no tiene relación.

— Tiene todo que ver.

Noah disminuye la presión de las manos.

Lo siento de inmediato.

— No.

— Todavía te estoy sosteniendo.

— Menos.

— Lo suficiente.

— Para ti.

— Para los dos.

Respiro despacio.

Las rodillas todavía están rígidas.

Intento doblarlas.

Mi cuerpo se tambalea.

Noah aprieta mi cintura.

— Eso.

— Casi me caigo.

— Casi te equilibraste.

— Interpretas mal los acontecimientos.

— Soy optimista.

— Eres engreído.

— También.

Se desliza unos centímetros más.

Esta vez, intento acompañar.

Una cuchilla avanza.

La otra no.

Mi pie gira.

Choco contra su pecho.

Noah me sostiene la espalda.

— ¿Todo bien?

— No.

— ¿Te lastimaste?

— Mi dignidad.

— Esa se recupera.

— No cerca de ti.

— Me gusta cuando pierdes un poco el control.

Levanto el rostro.

— Eso suena peor de lo que debería.

Sus ojos bajan a mi boca.

— Lo sé.

Mi corazón se acelera.

El recuerdo de la tormenta surge.

Su frente contra la mía.

La petición que no conseguí terminar.

La promesa de que esperaría.

Aparto la mirada.

— Continúa la clase.

Noah tarda un segundo.

— De acuerdo.

Su mano sale de mi espalda y vuelve a la cintura.

— Vamos a empezar con pequeños desplazamientos.

— ¿Eso fue lo que intentaste ahora?

— No. Ahora yo te estaba llevando al centro.

Miro por encima del hombro.

La entrada está a varios metros atrás.

— Me engañaste.

— Te distrajiste discutiendo.

— ¿Eso fue intencional?

— Funcionó.

— Quiero volver.

— No quieres.

— ¿Cómo lo sabes?

— Todavía te estás sujetando de mí, no intentando ir a la salida.

Miro mis manos.

Siguen cerradas en su camiseta.

Suelto de inmediato.

El cuerpo se balancea.

Me sujeto otra vez.

Noah sonríe.

— No digas nada.

— No dije nada.

— Tu cara lo dijo.

— Esa frase es tuya.

— Ahora es nuestra.

La palabra llama la atención.

Nuestra.

Noah también parece darse cuenta.

La expresión cambia por un instante.

Luego vuelve a la clase.

— Pon las manos en mis antebrazos.

Obedezco.

— Ahora empuja un pie hacia el lado y tráelo de vuelta.

— ¿Cuál?

— El derecho.

Hago un movimiento mínimo.

La cuchilla resbala.

— Eso.

— Fue menos de un centímetro.

— Sigue siendo progreso.

— Tu estándar está bajo.

— Para principiantes, celebro todo.

— No soy una niña.

— Lo sé.

Su tono cambia.

Bajo.

Cálido.

No respondo.

Lo intento de nuevo.

Esta vez, el pie avanza más.

Noah se mueve conmigo.

— Bien.

— No lo digas como si estuvieras sorprendido.

— No lo estoy.

— Lo pareció.

— Estoy impresionado.

— Es peor.

— Grace.

— ¿Qué?

— Acepta un cumplido.

— Los acepto cuando son proporcionales.

— Llevas tres minutos en el hielo y todavía no te caíste.

Lo miro.

— Porque me estás sosteniendo.

— Exactamente.

Se me oprime el pecho.

Sigo.

Derecho.

Izquierdo.

Movimientos pequeños.

Noah retrocede despacio.

Mantiene los brazos firmes.

Poco a poco, el miedo disminuye lo suficiente como para que deje de imaginar cada hueso que puedo romperme.

— ¿Ves? — pregunta.

— No digas que es fácil.

— No iba a decirlo.

— ¿Qué ibas a decir?

— Que confías más cuando no piensas.

— Eso no tiene sentido.

— Para ti, lo tiene.

— Pensar es literalmente lo que me mantiene viva.

— Ahora está estorbando.

— Excelente método pedagógico.

Noah se ríe.

— Eres una alumna difícil.

— Eres un profesor irritante.

— Y sigues siguiendo.

— Porque no tengo elección.

— Sí tienes.

— No mientras estoy en medio del hielo.

— Puedes pedir salir.

— ¿Y tú me llevarías?

— Sí.

— ¿Sin provocar?

Él piensa.

— Con poca provocación.

— Entonces no.

La sonrisa crece.

— Lo sabía.

Seguimos.

Una vuelta corta.

Luego otra.

No patino sola.

Pero empiezo a mover los pies en vez de solo ser arrastrada.

Noah no elogia cada intento.

Solo los buenos.

Eso ayuda.

Cuando me equivoco, corrige sin reírse.

Casi siempre.

— Tus pies están demasiado separados — dice.

— Para tener base.

— Esto no es levantamiento de pesas.

— ¿Cómo lo sabes?

— Entreno todos los días.

— El hockey no califica para todo.

— Califica para piernas.

Mi mirada baja involuntariamente.

Los pantalones deportivos dejan claro que tiene razón.

Subo demasiado rápido.

Noah se da cuenta.

Claro que se da cuenta.

— ¿Estabas analizando mi técnica? — pregunta.

— Posición de las cuchillas.

— Mis cuchillas quedan más abajo.

— Eres insoportable.

— Te pusiste roja.

— Hace frío.

— Esa excusa funciona mejor aquí.

Aparto una mano de su brazo para empujarlo.

Error.

Mi peso cambia.

La cuchilla se engancha.

El cuerpo se inclina.

Esta vez, Noah no consigue mantenerme totalmente de pie.

Los dos caemos.

Él gira en el último instante.

Su espalda golpea el hielo.

Yo caigo sobre su cuerpo.

El impacto le arranca el aire.

No a mí.

A Noah.

— Dios mío.

Apoyo las manos en su pecho.

— ¿Estás bien?

Él cierra los ojos.

— Sí.

— Las costillas.

— Están bien.

— ¿Caíste encima del moretón?

— Un poco.

— Noah.

— Grace.

— No hagas bromas.

— No estoy.

Intento levantarme.

Mis pies resbalan.

Caigo otra vez.

Noah me sostiene la cintura.

— Deja de moverte.

— Necesito salir de encima.

— Te vas a caer otra vez.

— Te estoy lastimando.

— No lo estás.

— Hiciste un sonido.

— Fue sorpresa.

— Fue dolor.

— Tal vez diez por ciento.

— Deberíamos llamar a alguien.

— ¿Por una caída?

— Por las costillas.

— El fisioterapeuta dijo que estoy bien.

— Él no sabía que una persona caería sobre ti.

— La gente cae sobre mí con frecuencia.

— Eso no es reconfortante.

Noah abre los ojos.

Estamos demasiado cerca.

Mi rostro sobre el suyo.

Las manos en su pecho.

Las piernas atrapadas entre las suyas.

La respiración cambia.

La mía.

La suya.

No sé.

La arena está silenciosa.

La luz se refleja en el hielo alrededor.

La mano de Noah permanece en mi cintura.

Firme.

Cálida incluso a través de la ropa.

— ¿Estás bien? — pregunta.

La voz sale baja.

— Estoy.

— ¿Te lastimaste algo?

— No.

— ¿Estás segura?

— Sí.

Su mirada recorre mi rostro.

Se detiene en la boca.

Mi corazón late fuerte.

Esta vez, no hay tormenta.

No hay miedo.

No hay lágrimas.

Solo nosotros dos sobre el hielo, demasiado conscientes de la posición.

— Grace.

Mi nombre vuelve a ser pregunta.

Sé lo que necesita.

Palabras.

Claridad.

La frase que ensayé en el cuarto.

Quiero que me beses.

Abro la boca.

No sale nada.

La mano de Noah aprieta levemente mi cintura.

No para tirarme hacia él.

Tal vez para controlarse.

— No voy a hacer nada — dice.

La decepción es rápida e irracional.

— Lo sé.

— Entonces ¿por qué estás mirando así?

— ¿Así cómo?

— Como si estuvieras esperando.

Se me calienta la cara.

— No estoy.

Noah levanta una ceja.

— Mentirosa.

— Prometiste no interpretar.

— No estoy actuando. Solo observando.

— Eso es interpretación.

— Entonces corrígeme.

— No necesito.

— Bien.

Él aparta la mirada hacia el techo.

La pérdida de la mirada es peor de lo que debería.

Intento levantarme otra vez.

— Espera — dice Noah.

— ¿Qué?

— Voy a ayudar.

Él pone una mano en el hielo y la otra en mi cintura.

— Primero, ponte de rodillas.

— ¿Sobre las cuchillas?

— No. Apoya las piernas al lado.

Sigo.

Me quedo arrodillada entre sus piernas.

La posición no mejora nada.

Noah se sienta.

Nuestros rostros quedan a la misma altura.

— Ahora sujeta mis hombros.

Obedezco.

Él se levanta primero y me tira.

Mis patines resbalan.

Choco contra él.

Otra vez.

Las manos de Noah se cierran en mi cintura.

Mi cuerpo entero se pega al suyo.

— Esto se está convirtiendo en un patrón — murmura.

— Tu clase es mala.

— Mi alumna se distrae.

— ¿Con qué?

Los ojos azules bajan a mi boca.

— No sé.

El aire parece calentarse a pesar del hielo.

— Podemos continuar — digo.

— ¿Puedes quedarte de pie sola?

— Claro.

Noah retira una mano.

Mi tobillo se tambalea.

Sujeto su brazo.

Él sonríe.

— No digas nada.

— Todavía no dije nada.

— La cara.

— Entendí.

Volvemos.

Esta vez, mi confianza está peor.

No por la caída.

Por la cercanía que permanece en el cuerpo.

Siento sus manos incluso cuando ya no están en la misma posición.

— Vamos a intentar algo diferente — propone Noah.

— ¿Salir?

— Patinar lado a lado.

— Eso parece más difícil.

— Voy a sostener tu mano.

— ¿Solo una?

— Y la cintura, si hace falta.

— Va a hacer falta.

La sonrisa aparece.

— Me gusta tu honestidad.

— Solo sobre hielo.

— Por ahora.

Se coloca a mi lado.

Sostiene mi mano derecha.

La izquierda va a mi codo.

— Empuja y desliza.

— Simplificas demasiado.

— Pensar demasiado no ayuda.

— Ya lo dijiste.

— Y sigo teniendo razón.

Lo intentamos.

El primer movimiento es malo.

El segundo también.

En el tercero, avanzo sin chocar con él.

En el cuarto, consigo deslizarme casi un metro.

— Lo hice — digo.

Se me escapa la sorpresa.

Noah abre una sonrisa.

— Lo hiciste.

— Sin caerme.

— Sin caerme.

— Y casi no me tiraste.

— No te tiré.

Lo miro.

— ¿En serio?

— Fuiste tú.

Una pequeña sensación de victoria se expande.

Quiero intentarlo de nuevo.

Noah se da cuenta.

— ¿Una más?

— Sí.

Seguimos.

Los movimientos siguen torpes.

Pero funcionan.

Cada vez que avanzo, Noah se mueve al lado.

No suelta.

Tampoco asume todo el peso.

La confianza crece lentamente.

— Ahora voy a reducir la fuerza — avisa.

— No.

— Solo un poco.

— Noah.

— Estoy aquí.

— Eso no significa que no voy a caerme.

— Si te caes, te atrapo.

— Dijiste eso la última vez y tú también te caíste.

— Pero quedaste sobre mí.

— Tus costillas discrepan.

— Mis costillas sobrevivieron.

Él afloja.

Sigo.

Un paso.

Otro.

Por unos segundos, me estoy moviendo por mi cuenta.

Todavía sostengo su mano.

Pero mi equilibrio es mío.

— Mira hacia adelante — dice.

Miro.

La pista vacía se extiende.

El miedo todavía existe.

Solo que no lo ocupa todo.

— Estás patinando — dice Noah.

— No exageres.

— Grace.

— Estoy deslizándome precariamente.

— Eso es patinar al principio.

— No sueltes.

— No voy a soltar.

Damos casi media vuelta.

Mi cuerpo empieza a entender el movimiento.

No bien.

Lo suficiente.

Cuando paramos, respiro rápido.

Noah me observa con un orgullo absurdo.

— ¿Qué?

— Nada.

— Estás poniendo esa cara.

— ¿Qué cara?

— Como si hubieras ganado.

— Patinaste.

— Yo patiné.

La frase sale con una sonrisa.

No consigo evitarlo.

Noah se queda inmóvil.

La mirada cambia.

— No hagas eso.

— ¿Qué?

— Mirar como si mi sonrisa fuera un evento.

— Para mí lo es.

La respuesta desarma.

— Dijiste que dejaste de contar.

— No cuento.

— Entonces deja de parecer tan satisfecho.

— No puedo.

— ¿Por qué?

Noah se acerca un poco.

Todavía sostiene mi mano.

— Porque me gusta cuando te olvidas de protegerte.

La sonrisa desaparece.

— No estaba desprotegida.

— Estabas feliz.

— No son opuestos.

— Para ti, lo parecen.

Tiro de la mano.

Noah no retiene.

Suelta de inmediato.

El cuerpo siente la ausencia.

— No necesitas analizarlo todo — digo.

— Tú haces eso conmigo.

— Es diferente.

— ¿Por qué?

— Porque a ti te gusta que te vean.

La expresión cambia.

— ¿Eso crees?

— Tu cara está en carteles.

— Eso no significa que me guste.

— Pareces cómodo.

— Porque aprendí.

— Es lo mismo.

— No.

Noah se acerca.

— La gente ve al capitán. Al jugador. Al posible profesional. Tú ves cuando mi corbata está torcida.

— Era evidente.

— Ves cuando estoy irritado. Cuando me duele el hombro. Cuando estoy celoso.

— Eso también es evidente.

— No siempre para los demás.

Me quedo en silencio.

— No solo me miras — continúa él. — Prestas atención.

— Es lo que hago.

— Lo sé.

— Entonces no lo vuelvas especial.

— Es especial para mí.

Mi corazón se acelera.

— Noah…

— No estoy pidiendo nada.

— Siempre dices eso.

— Porque tú te pones lista para correr.

Miro la salida.

Él se da cuenta.

— Puedes salir cuando quieras.

— Deja de ofrecerlo.

— Necesito saber.

— Que estoy aquí porque quiero.

— Sí.

La palabra sale firme.

— Ya lo dije.

— Dilo otra vez.

— Eso es control.

— No. Es confirmación.

Sostengo su mirada.

— Estoy aquí porque quiero.

Noah se relaja.

Casi invisible.

— De acuerdo.

— ¿Estás satisfecho?

— Mucho.

— Engreído.

— Viniste a una arena vacía conmigo.

— Me gané la clase.

— Podrías donar.

— No me dejaste.

— Podrías insistir.

— Eres agotador.

— Y estás aquí.

— Ya lo establecimos.

Su sonrisa vuelve.

Sujeto su mano otra vez antes de pensar.

Noah mira nuestros dedos.

Luego me mira a mí.

No comenta.

— Quiero intentar sin que me tires — digo.

— ¿Sola?

El miedo surge de inmediato.

— Cerca.

— Estaré cerca.

— ¿Cuánto?

— Un brazo.

— Eso es lejos.

— Medio brazo.

— ¿Cómo se mide?

— Así.

Se coloca delante de mí.

Extiende las dos manos.

— Puedes sujetarte cuando quieras.

— Pero vas a soltar.

— Si tú lo pides.

— ¿Y si no consigo pedirlo rápido?

— Lo sabré.

Levanto las cejas.

— Dijiste que no interpretaba.

— Las caídas son diferentes de los besos.

Se me calienta la cara.

— No hacía falta mencionarlo.

— Lo pensaste.

— No.

— Mentirosa.

Pongo mis manos en las suyas.

— Vamos.

Noah empieza a retroceder.

Esta vez, no me tira.

Solo acompaña.

Luego aparta una de las manos.

Sigo sujetando la otra.

— No.

— Lo estás haciendo bien.

— Dos manos.

— Confía.

— Eso es manipulación.

— Motivación.

— Noah.

— Estoy aquí.

Sigo.

Un movimiento.

Otro.

Él suelta la segunda mano.

Me quedo sola.

Por un segundo.

Dos.

Tres.

Entonces me doy cuenta.

El miedo vuelve.

Mi pie gira.

Noah me atrapa antes de la caída.

Los brazos se cierran alrededor de mi cintura.

— Lo lograste — dice.

— Casi me caigo.

— Después de patinar sola.

— Por tres segundos.

— Fueron cinco.

— ¿Estabas contando?

— Eso, sí.

Intento recuperar el aliento.

— Soltaste sin avisar.

— Si avisaba, te habrías bloqueado.

— No puedes decidir así.

— Tienes razón.

La respuesta rápida me sorprende.

— ¿Qué?

— No debería haber soltado sin confirmar.

— ¿Estás de acuerdo?

— Sí.

— ¿Tan fácil?

— Tú pediste confianza. Yo necesito merecerla.

Se me oprime el pecho.

— Yo no pedí.

— Pediste cuando dijiste “no me sueltes”.

— Eso fue literal.

— Para mí, no.

Noah sostiene mi mirada.

— Lo siento.

La sinceridad elimina la irritación.

— Está bien.

— No lo hago de nuevo.

— De acuerdo.

— Pero lo lograste.

— No abuses.

— Cinco segundos.

— Cuatro.

— ¿Quieres intentar seis?

Lo miro.

— Con aviso.

— Con aviso.

Lo intentamos.

Esta vez, Noah lo dice antes.

Suelta una mano.

Luego la otra.

Me quedo cuatro segundos.

Tal vez cinco.

En el tercer intento, llego a ocho.

En el cuarto, recorro unos metros.

Cuando paro, casi pierdo el equilibrio.

Noah me sostiene los codos.

— ¿Viste?

— Vi.

— Estás feliz.

— Un poco.

— Eso merece celebración.

— No me levantes otra vez.

— No iba a hacerlo.

— Lo hiciste en el laboratorio.

— Funcionó.

— Casi nos besamos después.

La frase se me escapa.

Los dos nos quedamos inmóviles.

Es la primera vez que lo digo en voz alta.

Casi nos besamos.

Noah no sonríe.

— Casi.

Su mano todavía está en mi brazo.

— Y ayer — continúo.

— En la tormenta.

— Sí.

— Casi otra vez.

La respiración se vuelve más lenta.

— Eso es un patrón malo — digo.

— No me parece malo.

— Es frustrante.

Los ojos azules se oscurecen.

— ¿Para ti también?

La pregunta es directa.

Fácil de responder.

Imposible.

— Tú lo sabes.

— Quiero oírlo.

Cierro los ojos por un segundo.

— Esto es agotador.

— Puedo esperar.

— Sigues diciendo eso.

— Porque es verdad.

— ¿Y si pido en el momento equivocado?

— No existe momento equivocado si es lo que quieres.

— Existe la regla.

— Eso hace que la consecuencia sea equivocada. No el deseo.

Abro los ojos.

Noah está cerca.

No tanto como antes.

La distancia que él elige mantiene la decisión conmigo.

— Pensaste mucho en esto — digo.

— Desde ayer.

— ¿Solo desde ayer?

— Desde la lavandería.

Mi corazón se salta un latido.

— Eso fue hace días.

— Lo sé.

— ¿Entonces querías desde el principio?

— No desde el principio.

— ¿Cuándo?

Noah piensa.

— Tal vez cuando miraste mi boca y luego fingiste que no.

Se me calienta la cara.

— Yo no hice eso.

— Sí lo hiciste.

— Interpretas demasiado.

— Y tenía razón.

— Muy engreído.

— Todavía no negaste que querías.

La arena parece demasiado silenciosa.

— Quiero seguir patinando — digo.

Noah sostiene mi mirada.

La decepción aparece, pero no presiona.

— De acuerdo.

Volvemos a la clase.

Él enseña a parar.

Es peor que andar.

El primer intento termina con mi cuerpo contra el vidrio lateral.

Noah pone la mano entre mi cabeza y la placa antes del impacto.

— ¿Estás bien?

— Odio este deporte.

— Lo estás haciendo bien.

— Siempre dices eso.

— Porque lo estás.

— Mentiroso.

— ¿Quieres parar?

Miro la salida.

Luego lo miro a él.

— No.

La sonrisa vuelve.

Continuamos.

Aprendo a hacer una curva amplia.

Aprendo a caer de lado con menos riesgo.

Noah insiste en que necesito practicar.

— ¿Quieres que me caiga voluntariamente?

— Mejor aprender ahora.

— No.

— Grace.

— No voy a tirarme al hielo.

— Yo lo hago contigo.

— Eso no ayuda a tus costillas.

— Me caigo del otro lado.

— Sigue siendo absurdo.

Noah me sostiene las manos.

— ¿Confías en mí?

La pregunta está en todas partes.

En la clase.

En la tormenta.

En el apartamento.

En el casi beso.

— En esto — respondo.

— Acepto.

Él explica.

Doblar las rodillas.

Inclinarse hacia el lado.

Evitar poner las manos estiradas.

Noah cae primero.

A propósito.

De manera controlada.

Luego se levanta con facilidad.

— Tu turno.

— No.

— Yo sostengo tu bajada.

— Eso anula la práctica.

— Reduce el miedo.

— No necesito.

— Estás parada hace dos minutos.

— Estoy evaluando.

— Con miedo.

— Planeando.

— Grace.

— Noah.

Él abre los brazos.

— Ven.

— Eso no es caer.

— Es empezar.

Me acerco.

Noah pone las manos en mi cintura.

— Voy a inclinarme contigo.

— Despacio.

— Mucho.

— Y no sueltes.

— No suelto.

Él empieza.

Mi cuerpo se resiste.

— Relájate.

— No puedo.

— Mírame.

Obedezco.

— ¿Confías?

— Deja de preguntar.

— Necesito saber.

— Sí.

La palabra sale.

Noah se inclina.

Caemos juntos, despacio, de lado.

Su brazo absorbe parte del impacto.

No duele.

Solo sorprende.

Nos quedamos acostados en el hielo, lado a lado.

— ¿Viste? — pregunta.

— Está frío.

— Pero no dolió.

— Mi cadera discrepa.

— Dolor leve.

— Minimizar todo.

— Solo aquello que sé que puedes soportar.

Giro el rostro.

Noah ya está mirando.

La distancia entre nosotros es pequeña.

Nuestras manos todavía están entrelazadas.

— ¿Y cómo sabes lo que puedo soportar? — pregunto.

— Observo.

— Esa es mi palabra.

— Compartimos.

— No deberíamos.

— Demasiado tarde.

Su pulgar pasa sobre mis dedos.

Un gesto pequeño.

No relacionado con la clase.

— Estás temblando — dice.

— Frío.

— ¿Quieres salir?

— Todavía no.

— ¿Cansada?

— Un poco.

— Podemos sentarnos en el banco.

— Después.

Nos quedamos unos segundos más.

El hielo presiona mi espalda.

Debería levantarme.

No me levanto.

Noah tampoco.

— ¿Qué pasaría? — pregunto.

— ¿Con qué?

— Si rompiéramos la regla.

Se pone serio.

— No lo sé exactamente.

— Dijiste que hablaríamos.

— Hablaríamos.

— Pero ya pensaste.

— Sí.

— ¿Entonces?

Noah mira al techo de la arena.

— La universidad podría revisar la vivienda.

— Yo podría perder la beca.

— En un escenario malo.

— ¿Y tú?

— Patrocinadores. Imagen. Tal vez ninguna consecuencia formal, tal vez muchas.

— Eso no es justo.

— No.

— El riesgo es mayor para mí.

Él vuelve la mirada.

— Lo sé.

— Entonces deberías alejarte.

— Probablemente.

— Pero no lo harás.

— Si lo pides, lo haré.

Se me oprime el pecho.

— ¿Y si no lo pido?

— Me quedo.

La respuesta es inmediata.

— ¿Incluso sabiéndolo?

— Sí.

— Eso es irresponsable.

— Tal vez.

— Tu padre diría que lo es.

Noah se tensa.

— ¿Él dijo algo?

— No directamente.

— ¿Cómo lo sabes?

— Te pones diferente después de hablar con él.

Él suelta el aire.

— Vio las fotos del partido.

— ¿Fotos mías?

— Nuestras. Algunas.

Se me contrae el estómago.

— ¿Y?

— Dijo que tuviera cuidado.

— ¿Por qué no me lo contaste?

— No quería asustarte antes de saber si había un problema real.

Me siento demasiado rápido.

El patín resbala.

Noah se levanta y me sostiene.

— Grace.

— ¿Él sabe mi nombre?

— Sí.

— ¿Sabe lo de la beca?

— Sí.

— ¿Quién más lo sabe?

— No lo sé.

— ¿La universidad publicó?

— Las fotografías del evento. Nada específico.

— Pero la gente te vio señalando.

— Tal vez.

— Y la cabina.

— Grace.

— Yo estaba usando tu abrigo.

— Un abrigo no prueba nada.

— Tú mismo dijiste que la percepción importa.

— Mi padre lo dijo.

— Y él tiene razón.

Intento salir del hielo.

Los movimientos se vuelven descoordinados.

Noah acompaña.

— Para.

— Quiero irme.

— Te voy a llevar.

— No necesito.

— Estás nerviosa.

— Exactamente.

— Entonces deja que ayude.

— No.

La palabra sale fuerte.

Noah se detiene.

Suelta de inmediato.

La ausencia de sus manos me deja más inestable.

Pero no las pido de vuelta.

Avanzo sola.

Un paso.

Otro.

El miedo y la rabia empujan.

Llego hasta la abertura de la pista sin caerme.

Sujeto el borde.

Salgo al piso de goma.

Noah viene detrás.

— Grace.

Me siento en el banco.

Empiezo a soltar los cordones.

Me tiemblan las manos.

— Yo debería saberlo — digo.

— Iba a contarlo.

— ¿Cuándo?

— Cuando tuviera más información.

— Decidiste por mí.

— Intenté proteger.

— No hagas eso.

Noah se queda delante del banco.

— No quería que entraras en pánico por una conversación con mi padre.

— No es solo tu padre. Es mi permanencia aquí.

— Lo sé.

— Mi beca lo es todo.

— Lo sé.

— Deja de decir que lo sabes mientras escondes cosas.

La frase golpea.

Él se queda inmóvil.

— Tienes razón.

La respuesta no disminuye la rabia.

Tal vez porque yo quería discusión.

Una justificación.

Cualquier cosa que permita mantener distancia.

Noah se agacha delante de mí.

— Yo debería haberlo contado.

Sigo soltando el cordón.

— Sí.

— Lo siento.

— De acuerdo.

— No está de acuerdo.

— No quiero hablar ahora.

— Grace.

— Dije que no.

Él retrocede.

La obediencia inmediata duele.

Noah se levanta.

Va al otro lado del banco.

Empieza a quitarse sus propios patines.

El silencio es pesado.

Consigo quitarme el primero.

En el segundo, el nudo está apretado.

Tiro.

Nada.

Lo intento otra vez.

Noah se da cuenta.

No viene.

Porque pedí distancia.

Eso debería ser bueno.

No lo es.

Después de casi un minuto, suelto el aire.

— ¿Puedes ayudar?

Él mira.

No sonríe.

Solo se acerca.

Se arrodilla.

Suelta el nudo.

Los dedos trabajan despacio.

— Gracias.

— Claro.

Retira el patín.

Me pone la zapatilla.

No porque lo necesite.

Porque forma parte del modo en que cuida.

La rabia se mezcla con algo más difícil.

— ¿De verdad no ibas a contarlo hoy? — pregunto.

Noah levanta los ojos.

— Iba después de la clase.

— ¿Por qué después?

— Porque sabía que te preocuparías y no quería que desistieras antes de entrar en el hielo.

— Entonces manipulaste el orden.

Él cierra los ojos por un segundo.

— Sí.

La honestidad me sorprende.

— Eso está mal.

— Lo sé.

— No puedes elegir cuándo recibo información para conseguir lo que quieres.

— Tienes razón.

— Aunque creas que es por mi bien.

— Tienes razón.

— Deja de estar de acuerdo.

— ¿Quieres que mienta?

— Quiero estar enojada sin que tú lo vuelvas difícil.

La comisura de su boca casi sube.

No llega a ser una sonrisa.

— Puedo intentar ser más irritante.

— No necesitas esforzarte.

Noah termina la zapatilla.

Sigue arrodillado.

— No quería perder esta noche.

La frase es baja.

— Por eso lo escondiste.

— Sí.

— Eso no mejora.

— No estoy intentando mejorar.

— Entonces ¿por qué lo dijiste?

— Porque es verdad.

Lo miro.

— ¿Lo querías tanto así?

— Más de lo que debería.

Se me oprime el pecho.

— Era solo una clase.

— No para mí.

— ¿Qué era?

Noah apoya los brazos en sus propias rodillas.

— Una oportunidad de tenerte en un lugar que importa para mí.

La rabia pierde fuerza.

No desaparece.

— Ya me llevaste al partido.

— Había miles de personas.

— ¿Y hoy?

— Hoy era solo nuestro.

Nuestro.

La palabra otra vez.

— No existe nuestro — digo.

Su rostro se endurece.

— De acuerdo.

La respuesta es fría.

Inmediata.

Me arrepiento.

Pero no me retracto.

Noah se levanta.

Guarda el equipo en silencio.

Agarro mi abrigo.

El suyo.

Me lo pongo.

El gesto parece contradictorio.

Él lo ve.

No comenta.

Caminamos hacia fuera de la arena.

El campus está casi vacío.

El frío golpea mi rostro.

Noah carga la mochila, pero no intenta sostener mi mano.

No provoca.

No habla.

Su silencio no es castigo.

Es respeto.

Eso lo vuelve peor.

— ¿Estás molesto? — pregunto.

— No.

— Tu tono cambió.

— Estoy dando espacio.

— No pedí tanto.

Noah me mira.

— Dijiste que no existe nuestro.

— Porque técnicamente no existe.

— Entendí.

— Deja de responder así.

— ¿Cómo quieres que responda?

No lo sé.

Quiero que discuta.

Que diga que existe.

Que me obligue a enfrentar.

Pero él prometió no hacer eso.

— No lo sé — respondo.

Noah vuelve a mirar hacia adelante.

— Ese es el problema.

Las palabras recuerdan la tormenta.

Siento que la irritación vuelve.

— Dijiste que esperarías.

— Y espero.

— No lo parece.

— Esperar no significa no sentir nada.

— Entonces ¿qué sientes?

Él se detiene.

Estamos cerca del edificio de Ciencias.

La luz del poste ilumina parte de su rostro.

— ¿De verdad quieres saber?

La pregunta es seria.

Pienso en decir que no.

No lo digo.

— Sí.

Noah se acerca un paso.

No toca.

— Me alegré cuando entraste en el hielo.

Mi corazón late fuerte.

— Me sentí orgulloso cuando conseguiste patinar sola. Quise besarte cuando caíste sobre mí. Quise otra vez cuando sonreíste.

La respiración se me queda atrapada.

— Me enojé conmigo mismo por no contarte lo de las fotos. Y tuve miedo de que, cuando lo supieras, te alejaras.

— Me alejé.

— Lo sé.

— Entonces tenías razón.

— Sobre el miedo, sí. No sobre esconder.

Su honestidad es incómoda.

— ¿Y ahora? — pregunto.

— Ahora quiero llevarte al apartamento, asegurarme de que llegaste bien y después dejar que decidas si todavía quieres hablar conmigo.

— ¿Eso es todo?

— Es lo que tengo derecho a hacer.

Me duele el pecho.

— Hablas mucho de derecho.

— Porque sentir no me da poder sobre ti.

Me quedo mirando.

El frío parece desaparecer.

— ¿Y si digo que quiero que sigas cerca?

Su expresión cambia.

— Entonces sigo.

— ¿Incluso con el riesgo?

— Sí.

— Eso no es responsable.

— Nunca dije que lo fuera.

— ¿Y si todo sale mal?

— Me ocupo de mi parte.

— No puedes ocuparte de la mía.

— No.

— Entonces…

— Grace.

Él habla bajo.

— No voy a prometer que no pasa nada malo. No voy a decir que la regla no importa. Pero tampoco voy a fingir que lo que siento desaparece porque es inconveniente.

Mi corazón late fuerte.

— ¿Y qué sientes?

Noah tarda.

Tal vez porque la respuesta es más grande.

— Tú importas.

Simple.

Sin definición.

Sin promesa imposible.

Aun así, parece más peligroso que cualquier declaración.

— Eso no resuelve — murmuro.

— No.

— Eres pésimo en soluciones.

— Por eso vivo con una científica de la computación.

Casi sonrío.

Me contengo.

— No hagas bromas.

— Estoy intentando impedir que llores.

— No voy a llorar.

— Entonces impedir que huyas.

— Tampoco estoy huyendo.

Noah mira la entrada del laboratorio, a pocos metros detrás de mí.

— Estás calculando si puedes entrar y dejar la conversación.

Él me conoce.

Eso me asusta.

También me retiene.

— No quiero ir al laboratorio — admito.

— Entonces vamos a casa.

Casa.

No apartamento.

Casa.

Tal vez sea solo una forma de hablar.

Aun así, lo siento.

Caminamos.

Esta vez, más cerca.

Los hombros se tocan algunas veces.

Ninguno se aparta.

Cuando llegamos al edificio, Noah abre la puerta.

Entramos en el ascensor.

El espacio pequeño aumenta todo.

La cercanía.

El silencio.

La conciencia de lo que dijo.

Tú importas.

El ascensor sube.

Noah mira los números.

Yo lo miro a él.

— La caída — digo.

Él se vuelve.

— ¿Qué?

— Cuando caí sobre ti.

Sus ojos se oscurecen.

— Sí.

— Querías besarme.

— Mucho.

Mi cuerpo se calienta.

— Y no lo hiciste.

— Tú no lo pediste.

— ¿Si lo hubiera pedido?

— Te habría besado.

— ¿Incluso sabiendo lo de las fotos?

— Sí.

— Eso no tiene sentido.

— El deseo rara vez lo tiene.

Las puertas se abren.

Salimos.

Noah abre el apartamento.

Entro.

Él cierra la puerta.

El silencio cambia de inmediato.

Ahora estamos solos.

Sin hielo.

Sin arena.

Sin salida pública.

Me quito el abrigo.

Lo sostengo en las manos.

— ¿Lo vas a devolver? — pregunta.

— No.

La respuesta sale rápida.

Noah mira la tela.

Luego me mira a mí.

— De acuerdo.

Lo pongo sobre el sofá.

— Necesito saber una cosa.

— Pregunta.

— ¿Las fotos muestran qué?

Él toma el celular.

Abre la página de la universidad.

Me lo entrega.

Hay varias imágenes.

Niños.

Jugadores.

Afición.

Encuentro una en la que Noah está en la cabina de penalización.

Él mira en mi dirección.

Yo uso el abrigo.

No hay nada explícito.

Pero la intensidad es visible.

En otra, él señala el palo después del gol.

El encuadre muestra nuestra fila.

En otra, el niño me saluda mientras Noah sonríe.

— No parece prueba de relación — digo.

— No lo es.

— Entonces tu padre exageró.

— Probablemente.

— Pero alguien puede comentar.

— Sí.

— ¿Ya comentaron?

Noah duda.

— Algunas páginas de estudiantes.

Se me contrae el estómago.

— Muéstrame.

— Grace.

— Muéstrame.

Él abre otra pantalla.

Una publicación con fotografías del partido.

Comentarios.

¿Quién es la chica con el abrigo de Sullivan?

¿Nueva novia?

Ella vive con él, ¿no?

El capitán parecía jugar para impresionar a alguien.

Nada grave.

Nada oficial.

Aun así, se me oprime el pecho.

— ¿Cómo saben que vivo contigo?

— Probablemente por el problema con la vivienda. Algunas personas vieron la mudanza.

— Eso puede llegar a la comisión de la beca.

— Tal vez.

— ¿Y no pensaste que yo necesitaba saberlo antes?

— Lo pensé. Tomé la decisión equivocada.

Él no intenta defenderse.

Le devuelvo el celular.

— Tenemos que tener cuidado.

— Sí.

— Tal vez dejar de hacer situaciones públicas.

Noah se queda inmóvil.

— De acuerdo.

La facilidad duele.

— Y en el apartamento…

La palabra se atasca.

— ¿Qué?

— Necesitamos mantener las reglas.

Su expresión se cierra.

— De acuerdo.

— No significa que…

No sé terminar.

Noah espera.

— ¿Que qué?

— Nada.

— Grace.

— Es lo más seguro.

— Para tu beca, tal vez.

— Para los dos.

— No preguntaste qué es seguro emocionalmente.

— Eso no entra en una decisión racional.

— Entra si somos las personas que viven.

— No existe somos.

La frase sale otra vez.

Esta vez, Noah no reacciona de inmediato.

Solo mira.

— ¿Estás intentando convencerme o convencerte a ti?

Se me oprime el pecho.

— La regla existe.

— Lo sé.

— Y ahora hay comentarios.

— Lo sé.

— Entonces no tenemos elección.

— Siempre tenemos.

— Algunas elecciones son irresponsables.

— Sí.

— ¿Entonces?

Noah se acerca.

Se detiene a una distancia segura.

— Entonces elige.

— ¿Qué?

— Si quieres que me aleje.

— No es tan simple.

— Es la única parte que puedo controlar.

— ¿Y si digo que sí?

Su rostro pierde color.

Un poco.

Pero lo noto.

— Me alejo.

— ¿Completamente?

— Lo que pidas.

La respuesta duele demasiado.

— ¿Podrías?

— No fácilmente.

— Pero lo harías.

— Sí.

Lo miro.

A la persona que me llevó al hielo.

Que cayó conmigo.

Que admitió el error.

Que espera.

— ¿Y si digo que no?

Su respiración cambia.

— Me quedo.

— ¿De la misma manera?

— De la manera que tú permitas.

Mi corazón se acelera.

El miedo surge.

La beca.

Los comentarios.

La carrera de él.

El futuro.

Pero también el apartamento vacío.

El abrigo.

Las mañanas.

La voz bajo la tormenta.

No estás sola.

— No quiero que te alejes — digo.

La frase es baja.

Pero clara.

Noah cierra los ojos por un segundo.

Cuando los abre, algo cambió.

Alivio.

Deseo.

Cuidado.

Todo al mismo tiempo.

— De acuerdo.

— Pero necesitamos tener cuidado.

— Lo tendremos.

— Sin escenas públicas.

— De acuerdo.

— Sin gente comentando.

— No puedo controlar a la gente.

— Pero puedes controlar hacia dónde apuntas el palo.

La comisura de su boca sube.

— ¿Eso fue celos?

— Fue logística.

— Claro.

— Noah.

— Sin apuntar el palo.

— Y…

Me detengo.

— ¿Y?

— No lo sé.

— Puedes pensar.

— No quiero que conviertas esto en un contrato.

— A ti te gustan las reglas.

— Tal vez no ahora.

Noah se queda muy quieto.

— ¿Qué quieres ahora?

La pregunta no es vaga.

No es sobre el futuro.

Solo ahora.

Miro su boca.

El cuerpo reconoce.

La respuesta está clara.

Por primera vez, no hay tormenta.

No estoy llorando.

No estamos cayendo.

No hay interrupción.

— Quiero que te quedes cerca — digo.

Noah da un paso.

— ¿Cuánto?

Mi corazón late fuerte.

— Más.

Otro paso.

La distancia se cierra.

Él todavía no toca.

— ¿Así?

Su respiración alcanza mi rostro.

— Más.

Noah levanta la mano despacio.

Se detiene antes de tocar.

Espera.

Confirmo con la cabeza.

Sus dedos tocan mi mejilla.

El pulgar pasa cerca de la mandíbula.

Mi cuerpo entero reacciona.

— Grace.

— ¿Qué?

— Esto todavía no es lo que necesito oír.

Cierro los ojos.

Claro.

Él prometió.

No va a interpretar.

No va a aceptar la mitad.

Abro.

Los ojos azules esperan.

Sin presión.

Sin prisa.

La frase sigue siendo difícil.

Pero ya no imposible.

— Yo quiero…

La voz falla.

Noah no se mueve.

— Puedes parar — dice.

— No.

Respiro.

— Quiero que me beses.

El silencio después de las palabras parece enorme.

Noah se queda completamente inmóvil.

Como si necesitara estar seguro de que oyó.

— ¿Estás segura?

Casi me río de nervios.

— Si preguntas otra vez, puedo desistir.

Su mano se desliza hasta mi nuca.

— No pregunto.

El corazón late tan fuerte que duele.

Noah se inclina.

Despacio.

Da tiempo para retroceder.

No retrocedo.

Su boca está a un suspiro de la mía cuando una llave gira en la puerta.

Los dos nos congelamos.

La puerta se abre.

Ryan entra hablando:

— Sullivan, te olvidaste el…

Se detiene.

Nos mira.

Mira la mano de Noah en mi nuca.

Mira la distancia inexistente.

El silencio dura un segundo.

Luego Ryan cierra los ojos.

— Odio mi vida.

Noah no retira la mano de inmediato.

Yo me aparto primero.

El cuerpo entero palpita de frustración.

— ¿Qué estás haciendo aquí? — pregunta Noah.

La voz es baja.

Peligrosa.

Ryan levanta un cargador.

— Te lo olvidaste en la arena.

— Podrías haber mandado un mensaje.

— Mandé cuatro.

Noah toma el celular.

Está en silencio.

Ryan me mira.

— Grace, perdón.

— Está bien.

No lo está.

Nada lo está.

— Me voy — dice él.

Le entrega el cargador a Noah.

— Ahora.

Ryan abre la puerta.

Antes de salir, mira al amigo.

— Cierra con llave.

La puerta se cierra.

Noah pone el cargador sobre la mesa.

Nos quedamos en silencio.

La tensión todavía está en el aire.

Mi cuerpo todavía espera.

— Grace — dice él.

Miro.

Noah se acerca otra vez.

— ¿Dónde estábamos?

Mi corazón se acelera.

Pero ahora la interrupción trajo todo de vuelta.

La realidad.

La puerta.

La gente.

Los comentarios.

La regla.

— Tal vez deberíamos esperar.

La decepción aparece.

Él intenta esconderla.

— De acuerdo.

— No porque no quiera.

Noah se queda inmóvil.

— Entonces ¿por qué?

— Porque acaba de entrar alguien.

CAPÍTULO 12

FINALMENTE

NOAH

Dormir después de oír "quiero que me beses" es imposible.

Dormir sin besarla es peor.

Pasé buena parte de la noche mirando al techo.

No por la interrupción de Ryan.

Ni por las fotografías.

Ni por Boston.

Por la voz de Grace.

Ella por fin lo dijo.

No tuve que interpretar.

No tuve que adivinar.

Ella eligió.

Y, aun así, nos detuvimos.

A las siete de la mañana, el apartamento está silencioso.

Me levanto antes del despertador.

Preparo café.

Dos tazas.

Automáticamente.

Me doy cuenta del gesto solo cuando pongo la segunda al lado de la cafetera.

Sonrío solo.

Ella realmente cambió mi rutina.

Oigo la puerta del dormitorio abrirse.

Grace aparece usando una camiseta blanca ancha, un pantalón de chándal gris y el pelo recogido de cualquier manera.

Aún parece somnolienta.

Cuando nuestras miradas se encuentran, los dos recuerdan exactamente la noche anterior.

El silencio dura unos segundos.

— Buenos días — digo.

— Buenos días.

Ella mira la taza.

— ¿Es para mí?

— Sí.

— Gracias.

Ella toma el café.

Nuestros dedos por fin se tocan.

Por un instante.

Caliente.

Corto.

Pero suficiente para acelerar mi corazón.

Grace también se da cuenta.

Retira la mano un segundo después.

No porque rechace.

Porque siente.

— ¿Dormiste? — pregunto.

— Más que tú.

— ¿Cómo lo sabes?

Ella observa mi rostro.

— Tienes ojeras.

— Tú también.

— Yo siempre tengo.

— Hoy están diferentes.

Grace da un sorbo al café.

— ¿Vas a estar analizando todo ahora?

— Solo lo que importa.

Ella baja los ojos a la taza.

El rostro adquiere un leve tono rosado.

— Eso es injusto.

— ¿Por qué?

— Porque ahora sé cuándo estás hablando en serio.

Sonrío.

— Lo descubriste.

— Por desgracia.

Nos quedamos en silencio.

Ninguno de los dos parece dispuesto a mencionar directamente lo que pasó.

O lo que no pasó.

Hasta que Grace suspira.

— Ryan mandó un mensaje.

— A mí también.

— Se disculpó.

— A mí solo me dijo: "la próxima vez, cierra con llave la puerta".

Grace cierra los ojos.

— Voy a tener que cambiar de universidad.

— Me parece exagerado.

— Para mí no.

— No se lo va a contar a nadie.

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque es mi mejor amigo.

— ¿Y?

— Y sabe cuándo una broma deja de ser graciosa.

Ella asiente con un movimiento pequeño.

Luego apoya los codos en la encimera.

— Noah.

— ¿Hum?

— Ayer...

Mi corazón se acelera.

— ¿Sí?

Ella gira lentamente la taza entre las manos.

— No cambié de idea.

La frase es baja.

Pero absolutamente clara.

Doy un paso.

Luego me detengo.

— Yo tampoco.

Grace levanta la mirada.

— Solo que...

— Hay un "solo que".

— Siempre lo hay.

— Me lo imaginaba.

Ella sonríe levemente.

— No quiero que pase porque estamos atrapados en el apartamento o porque no podemos pensar en otra cosa.

— Estoy de acuerdo.

— Quiero que pase porque lo decidimos.

— También estoy de acuerdo.

— Entonces...

Ella busca las palabras.

— Vamos a actuar con normalidad hoy.

Casi me río.

— ¿Crees que eso es posible?

— No.

— Entonces ¿por qué lo sugeriste?

— Porque me gustan los planes malos.

Me río.

Ella también.

La tensión disminuye.

Solo un poco.

...

Todo el día parece conspirar contra nosotros.

Grace sale temprano para el laboratorio.

Tengo entrenamiento a las nueve.

Durante los ejercicios, fallo dos pases fáciles.

Ryan se da cuenta inmediatamente.

— Estás pensando en ella.

— Estoy pensando en el entrenamiento.

— Acabas de pasarle el disco al entrenador.

Miro a Hayes.

Él sostiene el disco y solo mueve la cabeza.

— Lo siento.

Ryan se desliza hasta mi lado.

— ¿Se besaron?

— No.

— ¿Todavía?

— Ryan.

— Es una pregunta simple.

— Todavía no.

Él suspira dramáticamente.

— Nunca vi a dos personas complicar tanto un beso.

— Tú tampoco ayudas.

— Yo literalmente fui a llevar un cargador.

— Exactamente.

Él levanta las manos.

— Ya devolví la llave de emergencia.

Lo miro.

— ¿En serio?

— Sí.

— Gracias.

— No me lo agradezcas. Solo resuelvan esto antes de que me dé ansiedad.

...

A las cinco de la tarde, estoy en la biblioteca.

No porque necesite estudiar.

Porque Grace dijo que pasaría por allí después de la reunión con el tutor.

Estoy fingiendo leer.

Por tercera vez.

Cuando ella entra, reconozco inmediatamente el sonido de los pasos.

Ni siquiera necesito mirar.

Ella se sienta en la silla frente a mí.

— Estás leyendo la misma página desde hace quince minutos.

— ¿Lo contaste?

— Observé.

Sonrío.

— Compartimos.

Ella pone los ojos en blanco.

— ¿Cómo fue la reunión?

— Bien.

— El profesor aprobó las pruebas.

— Felicidades.

— ¿Y tú?

— El entrenador programó entrenamiento extra para el viernes.

— ¿Por los ojeadores?

— Sí.

Grace se queda en silencio unos segundos.

Luego cierra el portátil.

— ¿Vamos a caminar?

Extraño.

Ella normalmente va directo a casa.

— ¿Ahora?

— Sí.

— Claro.

Salimos de la biblioteca.

El campus está más vacío.

Los árboles se balancean con el viento frío.

Ninguno de los dos habla durante unos minutos.

La caminata es tranquila.

Confortable.

Hasta que Grace disminuye el ritmo.

— Noah.

— ¿Sí?

— He pensado bastante.

Mi corazón se acelera.

— ¿Sobre?

Ella me mira como si la pregunta fuera absurda.

— Tú lo sabes.

— Quiero oírlo.

Ella sonríe sin humor.

— Sigue igual.

— Lo prometí.

Grace respira hondo.

— Pasé años intentando controlar todo.

Asiento en silencio.

— Cuando mi padre murió, pensé que, si planificaba mejor, nunca más perdería a alguien.

Se me oprime el pecho.

— Después empecé a organizarlo todo.

Horarios.

Metas.

Proyectos.

Sentimientos.

— Lo sé.

— No lo sabes todo.

— Entonces cuéntamelo.

Ella se detiene cerca de un pequeño lago del campus.

Hay pocos estudiantes cerca.

Lejanos.

— Me preguntaste por qué nunca tuve novio.

Espero.

— Porque nadie parecía seguro.

Frunzo el ceño.

— ¿Seguro?

— Para confiar.

— ¿Y yo lo parezco?

Ella tarda en responder.

— No.

La respuesta me sorprende.

Ella sonríe.

— Tú pareces peligroso.

Me río.

— Gracias... supongo.

— No de ese modo.

Ella niega con la cabeza.

— Eres peligroso porque me haces querer hacer cosas que normalmente yo no haría.

Mi corazón se dispara.

— ¿Como aprender a patinar?

— Como compartir café.

Como dormir en el sofá.

Como reír en el laboratorio.

Como dejar que alguien me abrace.

Cada frase reduce la distancia entre nosotros.

— Como querer besar a alguien incluso sabiendo que tal vez sea complicado.

La última casi susurrada.

Doy un paso.

— Grace...

Ella levanta la mano.

— Todavía no.

Me detengo inmediatamente.

Ella sonríe.

— Gracias.

— Siempre.

Grace se acerca esta vez.

Se queda tan cerca que puedo sentir el perfume suave del champú.

— Ayer me preguntaste si estaba segura.

— Sí.

— Hoy lo estoy.

Mi corazón late tan fuerte que llega a doler.

— ¿Lo estás?

Ella lo confirma.

— Lo estoy.

El viento mueve algunos mechones de su pelo.

Instintivamente, llevo la mano hacia su rostro.

Me detengo antes de tocar.

Ella se da cuenta.

Y inclina levemente la cabeza.

Autorizando.

Mis dedos apartan un mechón detrás de la oreja.

El toque es lento.

Delicado.

Grace cierra los ojos por un instante.

Cuando vuelve a abrirlos, sigue ahí.

No hay miedo.

Ni duda.

Solo expectativa.

— Noah.

— ¿Hum?

— Puedes dejar de esperar.

La frase me hace sonreír.

— ¿Estás segura?

Ella se ríe bajito.

— Lo preguntaste otra vez.

— Última vez.

Grace agarra mi camisa con los dedos.

El gesto es pequeño.

Casi tímido.

Pero suficiente.

— Sí.

Estoy segura.

No hay nada más que interpretar.

Sostengo su rostro entre las manos.

Despacio.

Doy tiempo.

Ella no se aparta.

Al contrario.

Reduce la distancia.

Nuestras frentes se tocan primero.

Como en la tormenta.

Como si necesitáramos cerrar ese ciclo antes de abrir otro.

— Aún puedes desistir — murmuro.

Grace esboza una sonrisa pequeña.

— Ahora eres tú quien está dando largas.

Me río bajo.

— Un poco.

— Noah.

— ¿Sí?

— Bésame.

La voz de ella deshace cualquier último resto de control.

Acorto la distancia.

Despacio.

Nuestros labios por fin se encuentran.

El primer contacto es leve.

Casi una pregunta.

Suave.

Caliente.

Grace permanece inmóvil por un segundo.

Luego responde.

Los dedos aprietan mi camisa.

Los míos se deslizan hasta su nuca.

El mundo desaparece.

No existe arena.

Ni universidad.

Ni Boston.

Ni beca.

Ni reglas.

Existe solo la forma en que ella encaja perfectamente cerca de mí.

Me aparto solo unos centímetros.

Sus ojos siguen cerrados.

— Grace...

Ella abre los ojos lentamente.

Están brillando.

— Eso fue...

Ella busca una palabra.

— ¿Diferente?

Ella sonríe.

— Mucho mejor de lo que imaginé.

Me río.

— ¿Imaginaste?

— Bastante.

— ¿Cuántas veces?

— Noah.

— Es una pregunta importante.

Ella empuja mi pecho levemente.

— Engreído.

La atraigo de vuelta.

— Aún no he terminado.

Grace arquea una ceja.

— Pensé que era un beso.

— Lo era.

— Entonces terminó.

— Discrepo.

Ella se ríe.

La risa resuena baja entre los árboles.

Y entonces es ella quien reduce la distancia.

Sin dudar.

Sin esperar.

Sin necesitar que yo interprete.

Sus labios encuentran los míos de nuevo.

Esta vez, el beso es más seguro.

Más lento.

Más consciente.

Ninguno de los dos está descubriendo si quiere.

Ya lo sabemos.

Solo lo estamos disfrutando.

Cuando nos apartamos otra vez, Grace permanece con la frente apoyada en la mía.

Respirando despacio.

— Creo que complicamos demasiado esto.

— Mucho.

— ¿Valió la pena?

La miro.

La sonrisa.

La tranquilidad que sustituyó la ansiedad.

— Cada segundo.

Grace cierra los ojos.

— Estoy de acuerdo.

Nos quedamos abrazados unos instantes.

Sin prisa.

Sin hablar.

Hasta que oímos a dos estudiantes pasando por el sendero.

Nos separamos naturalmente.

Grace mira alrededor.

Luego a mí.

— Aún tenemos que tener cuidado.

— Lo sé.

Ella me toma la mano.

Rápidamente.

Solo por un segundo.

Antes de soltarla de nuevo.

Incluso ese gesto parece enorme.

— No me arrepiento.

La frase sale baja.

Casi como un secreto.

Sonrío.

— Yo tampoco.

Seguimos caminando.

Lado a lado.

Sin tocar.

Pero todo cambió.

No porque ahora nos besamos.

Porque, por primera vez desde que Grace entró en mi apartamento, ninguno de los dos está escondiendo lo que siente.

Aún existen problemas.

Las fotografías.

La beca.

Boston.

La universidad.

Mi padre.

Todo sigue ahí.

Pero ahora existe otra cosa.

Nosotros.

Aún frágil.

Aún secreto.

Aún sin nombre.

Pero real.

Cuando llegamos al apartamento, Grace se detiene antes de abrir la puerta.

Me mira.

— Tengo una nueva regla.

Me río.

— Claro que la tienes.

— Besos solo cuando estemos seguros de que nadie va a interrumpir.

Lo pienso un instante.

— Ryan está oficialmente prohibido de entrar.

Ella se ríe.

— Esa es una regla excelente.

Entramos.

El apartamento parece exactamente igual que el día anterior.

La misma cocina.

El mismo sofá.

La misma mesa.

Nada cambió.

Y, al mismo tiempo, absolutamente todo cambió.

CAPÍTULO 13

EL SECRETO ENTRE NOSOTROS

GRACE

La nueva regla dura exactamente nueve minutos.

No porque alguien interrumpa.

Porque Noah cierra la puerta del apartamento, espera a que yo ponga la mochila sobre el sofá y pregunta:

— ¿Estamos seguros de que nadie va a entrar?

Lo miro.

— Ryan devolvió la llave.

— Ethan no la tiene.

— No.

— ¿Tu teléfono está en silencio?

— ¿Eso es relevante?

— Mucho.

— Noah.

— Grace.

Su sonrisa lo delata todo.

La tranquilidad que mostró durante la caminata desapareció en el instante en que entramos en el apartamento.

Ahora está parado delante de la puerta, con las manos en los bolsillos y los ojos fijos en mí.

Mi cuerpo reconoce esa mirada.

Es diferente de la forma en que me observaba antes.

Ya no hay duda.

No existe la necesidad de descubrir si quiero.

Él lo sabe.

Yo lo dije.

La parte racional de mi mente debería considerar esto peligroso.

La otra parte solo recuerda el beso.

— Tengo trabajo — digo.

— Claro.

— Necesito terminar un informe.

— Naturalmente.

— Y tú tienes entrenamiento temprano.

— A las nueve.

— Entonces deberíamos dormir.

Noah mira el reloj.

— Son las diez y veinte.

— Exactamente.

— Normalmente duermes después de medianoche.

— Hoy estoy cansada.

— Mentirosa.

— Esa palabra perdió la eficacia por repetición.

— Todavía funciona.

Camino hacia el pasillo.

Noah no se mueve para impedirlo.

Eso debería facilitar.

No facilita.

Cuando paso junto a él, siento los dedos tocar los míos.

Un contacto leve.

Casi accidental.

No lo es.

Me detengo.

Mi corazón se acelera.

— ¿Esto es un intento de romper la regla? — pregunto.

— No.

— Parece.

— Solo toqué tu mano.

— Intencionalmente.

— Sí.

— ¿Por qué?

Noah se acerca.

— Porque pasé días queriendo hacer esto sin saber si podía.

Sus dedos se deslizan entre los míos.

Despacio.

La sensación es simple.

También es peor de lo que debería.

O mejor.

— ¿Ahora puedes? — pregunta.

La voz está baja.

Asiento.

— Puedes.

Noah sostiene mi mano por completo.

El pulgar pasa sobre mi piel.

— Esto es extraño — digo.

— ¿Sostener tu mano?

— No.

— ¿Qué?

— Saber que no necesito fingir que no quiero.

Su expresión se suaviza.

— Fingías mal.

— Tú también.

— Nunca lo intenté mucho.

— Intentaste fingir que no estabas celoso de Daniel.

— Eso fue una mala fase.

— Duró tres días.

— Fueron días difíciles.

Sonrío.

Noah mira mi boca.

Mi cuerpo reacciona de inmediato.

— No — digo.

— No hice nada.

— Pensaste.

— Interpretas demasiado.

— Aprendí contigo.

Él se ríe.

Doy un paso más hacia el dormitorio.

Nuestra mano sigue unida.

— Necesito trabajar.

— ¿Puedo quedarme cerca?

— Eso parece una pregunta peligrosa.

— Es simple.

— Nada contigo es simple.

— Entonces lo reformulo. ¿Puedo sentarme a tu lado mientras trabajas?

Pienso.

La respuesta correcta es no.

Noah distrae.

Habla.

Observa.

Hace preguntas.

Existe todavía la posibilidad de besarlo de nuevo, lo que destruiría cualquier intento de productividad.

— Puedes quedarte en la sala — respondo.

— Eso no es a tu lado.

— Estaremos en el mismo apartamento.

— Ya hacíamos eso antes.

— Y funcionaba.

— Funcionaba para ti.

— ¿Y para ti?

Noah mira nuestras manos.

— Yo pasaba la mitad del tiempo intentando descubrir si podía acercarme más.

El pecho se me oprime.

— ¿Y ahora?

— Ahora sé que puedo preguntar.

La diferencia importa.

Más de lo que debería.

— Puedes sentarte conmigo media hora — cedo.

Su sonrisa aparece.

— Una hora.

— Cuarenta minutos.

— Cincuenta.

— Cuarenta y cinco.

— Hecho.

— Eso no es un contrato.

— Fue exactamente una negociación contractual.

Pongo los ojos en blanco.

Vamos a la sala.

Abro el portátil.

Noah se sienta a mi lado.

No demasiado cerca.

Eso dura cerca de dos minutos.

Después su pierna toca la mía.

En el tercer minuto, el brazo descansa en el respaldo detrás de mí.

En el quinto, la mano encuentra la mía de nuevo.

— ¿Estás leyendo? — pregunto.

Él sostiene un libro abierto.

— Sí.

— ¿En qué página?

Noah mira hacia abajo.

— Ciento doce.

— Cuando te sentaste, estabas en la ciento doce.

— Es una página compleja.

— No estás leyendo.

— Estoy intentando.

— Entonces deja de sostener mi mano.

Él la suelta de inmediato.

La pérdida del contacto es instantánea.

El cuerpo lo nota antes que yo.

Sigo mirando la pantalla.

Diez segundos.

Quince.

Veinte.

— Puedes sostenerla — digo.

La sonrisa aparece sin que yo mire.

Su mano vuelve.

— Gracias.

— No hables como si fuera un favor.

— Es importante para mí.

Mi corazón se equivoca de ritmo.

— Lee.

— Sí, señora.

— No me llames así.

— Había olvidado esa regla.

— No estaba escrita.

— Todavía.

Trabajo durante casi una hora.

Noah permanece en silencio la mayor parte del tiempo.

De vez en cuando, el pulgar se mueve sobre mis dedos.

No estorba.

Debería.

En realidad, el contacto parece reducir el ruido dentro de mi cabeza.

Cuando termino la sección del informe, miro el reloj.

— Han pasado cincuenta y ocho minutos.

— ¿Me estás echando?

— Nuestro acuerdo era cuarenta y cinco.

— No te quejaste en los trece adicionales.

— Estaba concentrada.

— Entonces puedo quedarme.

— No uses la productividad como justificación.

Noah cierra el libro.

— ¿Terminaste?

— Una parte.

— ¿Estás cansada?

— Un poco.

Él me observa.

— ¿Puedo besarte?

La pregunta directa hace que mi cuerpo se caliente.

— ¿Ahora?

— Era mi intención.

— No necesitas preguntar de forma tan formal.

— Necesito una confirmación.

— Ya dije que quería.

— Para el primer beso.

— ¿Y eso expiró?

— No quiero asumir.

La respuesta me toca.

Porque no es solo cuidado.

Es consistencia.

Noah no respeta mis límites solo cuando es difícil.

Él convierte el respeto en hábito.

— No expiró — digo.

Sus ojos se oscurecen.

— ¿Eso es un sí?

— Lo es.

Él se acerca.

Esta vez, el beso no tiene la vacilación del primero.

Aun así empieza despacio.

Pero no es una pregunta completa.

Es reconocimiento.

Su boca encuentra la mía como si ya supiera el camino.

Mi mano sube hasta la nuca.

Los dedos se meten en el cabello oscuro.

Noah suelta un sonido bajo.

Casi imperceptible.

La mano libre se desliza hasta mi cintura.

El beso se profundiza.

No demasiado.

Lo suficiente para que olvide el informe.

La hora.

La regla.

Todo.

Cuando se aparta, mi respiración está irregular.

La suya también.

— Eso fue menos complicado — murmura.

— No hables.

— De acuerdo.

Él me besa de nuevo.

Esta vez, sonriendo.

...

A la mañana siguiente, descubrimos que una relación secreta exige competencias que ninguno de los dos posee.

El primer fallo ocurre en la cocina.

Estoy preparando café cuando Noah sale del dormitorio usando solo pantalón de chándal.

Ya lo vi sin camiseta antes.

La diferencia es que, ahora, sé cómo es besarlo.

Mi mirada se demora.

Mucho.

Noah lo nota de inmediato.

— Buenos días.

— Ponte una camiseta.

Él mira su propio cuerpo.

— ¿Hace frío?

— No.

— Entonces, ¿por qué?

— Porque necesitamos salir en veinte minutos.

— Una cosa no tiene relación con la otra.

— La tiene para mi concentración.

Su sonrisa crece.

— Grace Mitchell acaba de admitir que mi cuerpo distrae.

— No uses esa frase.

— ¿Por qué?

— Porque suena peor en voz alta.

— Para mí, suena excelente.

Agarro la taza.

Noah se acerca.

— Estás mirando otra vez.

— No.

— Mentirosa.

— Estás intencionalmente parado delante de mí.

— Vivo aquí.

— ¿Esa justificación sirve para todo?

— Casi.

Él se sirve café.

El brazo pasa cerca de mi rostro.

Llega el olor del jabón.

Mi cuerpo reacciona.

Doy un paso a un lado.

— Necesitamos establecer reglas.

— Ya tenemos once.

— Para esto.

— ¿Esto qué?

Lo miro.

Noah espera.

— Lo que estamos haciendo.

— ¿Besándonos?

— No hables tan alto.

Él mira alrededor.

— Estamos solos.

— Aun así.

— ¿Quieres una regla contra la palabra beso?

— Quiero reglas de discreción.

Noah se apoya en la encimera.

— Te escucho.

Agarro el móvil.

Abro una nota.

Él se ríe.

— ¿Estás escribiendo?

— Sí.

— Claro.

— Regla uno: nada de contacto físico en público.

La sonrisa desaparece un poco.

— ¿Nada?

— Nada que genere comentarios.

— ¿Sostener tu mano?

— No.

— ¿Tocar tu brazo?

— Tal vez.

— Eso es vago.

— Depende del contexto.

— Odias las reglas vagas.

— La situación es variable.

— Entonces quieres que haga un análisis contextual antes de tocarte.

— Exactamente.

— Suena romántico.

— No es sobre romance. Es sobre seguridad.

Noah se pone más serio.

— De acuerdo.

Escribo.

— Regla dos: no podemos contárselo a nadie.

— Ryan lo sabe.

— Ryan sospecha.

— Vio mi mano en tu nuca y nuestras caras a tres centímetros.

— No hubo beso.

— Entonces, técnicamente, vio un momento de estiramiento.

— Noah.

— Ryan lo sabe.

— Pero no necesitamos confirmarlo.

— ¿Y Ethan?

Me detengo.

Ethan se dará cuenta.

Probablemente ya se dio cuenta.

— No lo contamos.

— Él va a preguntar.

— Lo negamos.

Noah levanta una ceja.

— Eres pésima mintiéndole.

— No lo soy.

— Tu cara.

— Basta.

Escribo la segunda regla.

— Regla tres: nada en el campus.

— ¿Nada qué?

— Besos.

— Lograste decirlo.

— Porque estamos solos.

— ¿Y en la arena?

— La arena está en el campus.

— Estaba vacía.

— Aun así, Ryan entró en el apartamento. Alguien podría entrar en la arena.

— Puedo reservar.

Lo miro.

— ¿Estás planeando lugares?

— Estoy considerando logística.

— Esa es mi función.

— Ahora es compartida.

Sigo.

— Regla cuatro: el apartamento es seguro solo con la puerta cerrada con llave.

— Estoy totalmente de acuerdo.

— Y sin visitas previstas.

— Perfecto.

— Esto no es una invitación permanente.

— Entendido.

Su sonrisa muestra que no lo entendió de la forma que quiero.

— Regla cinco: actuaremos normalmente cerca de la gente.

Noah se queda en silencio.

— ¿Qué?

— ¿Como actuábamos antes?

— Sí.

— ¿Peleando?

— Discutiendo.

— ¿Provocando?

— Tú ya lo hacías.

— ¿Mirando tu boca?

Se me calienta la cara.

— Eso no era normal.

— Para mí, se volvió.

— Tendrás que parar.

— Difícil.

— Noah.

— Lo intentaré.

— Tienes que lograrlo.

Él me observa.

El humor desaparece.

— Grace, puedo mantener el secreto. Pero no quiero que conviertas todo en vergüenza.

La frase me golpea.

— No tengo vergüenza.

— Entonces no actúes como si la tuvieras.

— Estoy protegiendo mi beca.

— Lo sé.

— Y a ti.

— Lo sé.

— Entonces, ¿cuál es el problema?

— Ninguno, si no empiezas a tratar lo que pasó como un error.

— No lo estoy.

— Todavía.

La palabra queda entre nosotros.

— No lo haré — digo.

Noah sostiene mi mirada.

— ¿Lo prometes?

La pregunta es seria.

Cierro la nota.

— No me arrepiento.

Su expresión se suaviza.

— Yo tampoco.

— Entonces sigamos las reglas.

— De acuerdo.

— Sin discusiones.

— Eso parece imposible.

— Sobre las reglas.

— Ah.

— Ponte una camiseta.

Él vuelve a sonreír.

— ¿Esa forma parte de la lista?

— Debería.

— Vas a necesitar una regla contra las toallas también.

— ¿Qué?

— A veces salgo de la ducha con una toalla.

Me quedo inmóvil.

Noah se ríe.

— Eres insoportable.

— Y tú te pusiste roja.

— Ve a vestirte.

— Sí, señora.

Le tiro una servilleta.

...

El segundo fallo ocurre en el campus.

Noah camina a mi lado hasta el edificio de Ciencias.

No me sostiene la mano.

No toca mi brazo.

Mantiene una distancia perfectamente aceptable.

Aun así, siento cada centímetro entre nosotros.

Antes, caminar a su lado ya atraía miradas.

Ahora parece que todos lo saben.

Eso es irracional.

Nadie puede detectar un beso por la postura.

A pesar de eso, una estudiante que pasa junto a nosotros le sonríe a Noah.

Él responde educadamente.

La incomodidad aparece.

Rápido.

Irracional.

— ¿Qué fue? — pregunta.

— Nada.

— Tu cara cambió.

— No cambió.

— Te pusiste celosa.

— No me puse.

— Ella solo dijo buenos días.

— Exactamente.

— ¿Entonces?

— Nada.

Noah sonríe.

— Interesante.

— Basta.

— Me gusta eso.

— ¿Qué?

— Saber que no soy el único irracional.

— ¿No hay nada entre ustedes?

Él se detiene.

Yo también.

— Grace.

— Fue una pregunta.

— No la conozco.

— Ella te conoce a ti.

— Muchas personas conocen.

— Eso no ayuda.

La sonrisa desaparece.

Noah da un paso más cerca.

No lo suficiente como para llamar la atención.

— No existe nadie.

La respuesta es simple.

Firme.

— De acuerdo.

— ¿Necesitas oírlo otra vez?

— No.

— ¿Estás segura?

— Tenemos una regla contra escenas públicas.

— Esto no es una escena.

— Está cerca.

— Nadie está mirando.

Miro alrededor.

Dos personas sí.

— Están.

Noah retrocede de inmediato.

La frustración en su rostro me oprime el pecho.

— Lo siento — digo.

— No hiciste nada.

— Pareces irritado.

— No contigo.

— ¿Con qué?

— Con la necesidad de actuar como si no quisiera estar cerca.

— Fuiste tú quien dijo que no quería que pareciera vergüenza.

— Y no quiero.

— Entonces no conviertas la cautela en rechazo.

Él me observa.

— Eso vale para ti también.

Antes de que yo responda, Daniel sale del edificio.

Claro.

Lleva dos cafés.

Al verme, sonríe.

— Grace.

— Hola.

Daniel mira a Noah.

— Sullivan.

— Daniel.

La forma en que dicen los nombres del otro no es hostil.

Casi.

Daniel me entrega uno de los cafés.

— Traje para ti.

Miro el vaso.

— No hacía falta.

— Pasé por la cafetería.

Lo tomo.

— Gracias.

A mi lado, Noah se queda inmóvil.

Puedo sentir los celos sin mirar.

— Tenemos reunión en diez minutos — dice Daniel.

— Lo sé.

— El profesor adelantó.

— ¿Mandó mensaje?

— En el grupo.

Agarro el móvil.

Hay seis notificaciones que no vi.

— De acuerdo.

Daniel mira a Noah.

— ¿Vas al laboratorio?

— No.

— Él me estaba acompañando — explico.

No sé por qué siento la necesidad.

Daniel sonríe.

— Entiendo.

No me gusta esa sonrisa.

A Noah tampoco.

— Te veo después — le digo a Noah.

La frase suena normal.

Impersonal.

Exactamente como planeamos.

Noah mira el café en mi mano.

Luego me mira a mí.

— De acuerdo.

La respuesta es fría.

Se aleja.

Se me oprime el pecho.

Daniel lo sigue con la mirada.

— Parece irritado.

— Noah parece irritado con frecuencia.

— Pensé que era solo conmigo.

Empezamos a caminar.

— No lo es.

— ¿Ustedes pelearon?

— No.

— ¿Estás segura?

— Sí.

Daniel sostiene la puerta.

— Se puso raro cuando te di café.

— No se puso.

— Grace.

Lo miro.

— ¿Qué?

— ¿Ustedes tienen algo?

Todo mi cuerpo se pone en alerta.

La regla dos.

No contar.

Negar.

— Somos compañeros de apartamento.

La respuesta sale automática.

Otra vez.

Daniel sigue mirando.

— No fue lo que pregunté.

— Fue lo que respondí.

— De acuerdo.

Entramos.

La reunión empieza.

Debería prestar atención.

No puedo.

Pienso en la cara de Noah.

En la forma en que miró el café.

En la respuesta fría.

Esto es exactamente lo que la regla exige.

Distancia.

Normalidad.

Entonces, ¿por qué se siente mal?

Durante la presentación de Daniel, mi móvil vibra.

Noah.

No lo abro de inmediato.

Espero cinco minutos.

Luego deslizo la pantalla bajo la mesa.

¿El café está bueno?

La pregunta parece casual.

No lo es.

Respondo:

Todavía no lo probé.

Tarda.

Puedes probarlo. No lo estoy prohibiendo.

Frunzo el ceño.

Lo sé.

Solo para dejarlo claro.

Estás celoso.

Los tres puntos aparecen.

Desaparecen.

Vuelven.

Sí.

La honestidad me desarma.

No hace falta.

Eso no lo hace desaparecer.

Miro a Daniel hablando delante de la pantalla.

No hay nada con él.

La respuesta llega rápido.

Lo sé.

Entonces, ¿por qué estás irritado?

Porque él puede darte café en público y yo tengo que fingir que no quiero ni tocar tu mano.

Se me oprime el pecho.

Bloqueo el móvil.

La frase permanece.

Daniel termina la explicación.

— ¿Grace?

Levanto la vista.

— ¿Qué?

— Tu parte.

Claro.

Presento.

Automática.

Correcta.

Pero la mente está en otro lugar.

...

A la hora del almuerzo, encuentro a Ethan en el comedor.

Me mira durante dos segundos.

— Besaste a Noah.

Casi tiro la bandeja.

— Habla bajo.

Ethan abre una sonrisa enorme.

— Lo sabía.

— No sabes nada.

— Tu cara.

— Todo el mundo tiene que parar con eso.

Él arrastra la silla.

— ¿Cuándo?

— Ethan.

— ¿Dónde?

— No voy a contar.

— ¿Fue bueno?

— Eso es personal.

— Entonces fue genial.

Me siento.

— No puedes decírselo a nadie.

La sonrisa desaparece lo suficiente como para mostrar que entendió la seriedad.

— No lo haré.

— Lo digo en serio.

— Yo también.

— Mi beca…

— Lo sé.

— Y la carrera de él.

— Lo sé.

— Hay comentarios.

Ethan apoya los brazos en la mesa.

— Grace, no lo voy a contar.

Respiro.

— Gracias.

— ¿Ahora puedo volver a estar feliz?

— No mucho.

Él vuelve a sonreír.

— Por fin.

— No fue un logro colectivo.

— Yo acompañé el sufrimiento.

— No lo pedí.

— Aun así.

Agarro el tenedor.

Ethan inclina la cabeza.

— Entonces, ¿ustedes están saliendo?

— No.

— ¿En algo?

— No sé.

— ¿Besándose?

— Sí.

— Eso es estar en algo.

— No quiero definir.

— Claro que no.

— ¿Qué significa?

— Que puedes construir un sistema de inteligencia artificial, pero entras en pánico ante una palabra simple.

— No es simple.

— Es literalmente una palabra.

— Tiene consecuencias.

— Todo tiene.

— Eso no ayuda.

Ethan se pone más serio.

— ¿Él te trata bien?

La pregunta me sorprende.

— Sí.

— ¿Respeta cuando pides espacio?

— Siempre.

— ¿Te hace sentir presionada?

— No.

— Entonces el problema no es Noah.

— Nunca dije que lo fuera.

— El problema es que te gusta.

Miro el plato.

— Sí.

La respuesta sale baja.

Ethan sonríe.

No de provocación.

Con cariño.

— Me gusta ver eso.

— ¿Por qué?

— Porque hace mucho tiempo que no eliges algo solo porque quieres.

— Eso no es verdad.

— Eliges proyectos útiles. Metas inteligentes. Decisiones seguras.

— ¿Y?

— Noah no parece seguro.

Casi me río.

— Él dijo algo parecido.

— Entonces, además de guapo, a veces piensa.

— Ethan.

— Estoy intentando aceptar.

— No necesitas aceptar nada.

— Necesito. Soy tu mejor amigo.

La frase calienta.

— No se lo cuentes a Daniel.

Ethan levanta una ceja.

— ¿Eso es por la beca o porque Noah va a tener un colapso?

— Las dos.

— A Daniel le gustas.

— No.

— Grace.

— Él nunca lo dijo.

— Los hombres también tienen caras.

— Te lo estás inventando.

— Te llevó café.

— La gente lleva café.

— Noah cocina cenas y compra cascos.

— Eso es diferente.

Ethan sonríe.

— Exactamente.

El móvil vibra.

Noah.

¿Vas a almorzar en el apartamento?

Miro la bandeja.

Ya estoy con Ethan.

De acuerdo.

La respuesta parece neutra.

¿Estás irritado?

No.

Mentirosa sería su palabra.

Escribo:

Puedes decir la verdad.

Tarda.

Quería verte.

Mi corazón se acelera.

Ethan observa mi cara.

— Te mandó algo romántico.

— No.

— Sonreíste.

— No sonreí.

— Sonreíste por dentro. Es peor.

Respondo:

Te veo después de clase.

¿A qué hora?

Cinco.

Estaré en el apartamento.

Pienso.

Cierra la puerta con llave.

La respuesta llega de inmediato.

Ya me gusta esa regla.

Bloqueo el móvil.

Ethan extiende la mano.

— Quiero leer.

— Nunca.

— Eso es injusto.

— Es privacidad.

— Me hiciste acompañar once capítulos de tensión.

Lo miro.

— ¿Qué?

— Nada.

...

A las cinco y diez, abro la puerta del apartamento.

Está cerrada con llave.

Por dentro.

Sonrío antes de poder impedirlo.

Noah aparece en el pasillo.

Lleva camiseta negra y vaqueros.

El cabello todavía está húmedo.

— Llegaste diez minutos tarde.

— Reunión.

— Pensé que habías desistido.

— ¿En diez minutos?

— Fueron largos.

Cierro la puerta.

Giro la llave.

El sonido parece más alto de lo que debería.

Noah mira mi mano.

Luego me mira a mí.

— Cerrada con llave.

— Me di cuenta.

La mochila se desliza de mi hombro.

Él se acerca.

— ¿Cómo fue la reunión?

— Bien.

— ¿Daniel estaba?

— Sí.

Su mandíbula cambia.

— ¿Y el café?

— No lo tomé.

— ¿Por qué?

— Lo olvidé.

Noah me mira durante unos segundos.

— No tenías que hacer eso.

— Lo sé.

— No quiero decidir lo que aceptas de otras personas.

— No decidiste.

— ¿Pero fue por mi culpa?

— En parte.

— Grace.

— No porque lo prohibieras.

— Lo sé.

— Porque parecía extraño aceptar algo de él sabiendo que…

Me detengo.

— ¿Sabiendo qué?

— Que tú querías estar cerca y no podías.

Su expresión se suaviza.

— No quería que te sintieras culpable.

— No me sentí culpable.

— ¿Entonces?

— Te extrañé.

La frase sale antes de que piense.

Noah se queda inmóvil.

El corazón se me acelera.

— ¿En el laboratorio? — pregunta.

— Sí.

— Estuvimos separados cuatro horas.

— Lo sé.

— ¿Eso es mucho para ti?

— No lo conviertas en broma.

— No lo estoy haciendo.

Él da otro paso.

— Yo también te extrañé.

— Me viste por la mañana.

— Lo sé.

— Esto es irracional.

— Mucho.

— No debería gustarme.

— ¿Pero te gusta?

Lo miro.

— Tal vez.

Noah sonríe.

— Eso es un sí.

— No te acostumbres.

— Demasiado tarde.

Su mano toca mi cintura.

Espera.

No necesito confirmar en voz alta todas las veces.

Pero él todavía observa mi cara.

Doy el último paso.

Mi cuerpo se pega al suyo.

— La puerta está cerrada con llave — digo.

— Sí.

— Sin visitas previstas.

— Ryan está prohibido.

— Ethan está en el laboratorio.

— ¿Y Daniel?

— También.

— Excelente.

— Estás celoso otra vez.

— Mucho.

No puedo evitar la risa.

Noah baja el rostro.

— ¿Puedo?

— Puedes.

El beso ocurre.

Más rápido.

Más hambriento.

Tal vez porque pasamos el día fingiendo distancia.

Mi mano sube hasta su hombro.

La otra queda atrapada en la camiseta.

Noah me conduce hacia atrás.

Despacio.

Hasta que mi espalda toca la puerta.

Su cuerpo no presiona por completo.

Mantiene espacio.

Control.

Incluso con la respiración pesada.

La mano en mi cintura se desliza hasta la espalda.

El beso se profundiza.

Mi corazón late demasiado fuerte.

El calor se expande.

Es diferente de los anteriores.

Ya no cuidadoso en el sentido de duda.

Cuidadoso en el límite.

Él sabe que yo quiero el beso.

Todavía no sabe hasta dónde.

Ni yo.

Cuando la mano sube por mi espalda, mi cuerpo se estremece.

Noah lo nota.

Aparta la boca.

— ¿Todo bien?

La pregunta tarda unos segundos en tener sentido.

— Sí.

— ¿Quieres parar?

— No.

La respuesta es inmediata.

Sus ojos se oscurecen.

— ¿Estás segura?

— No preguntes cada vez que respiro.

Él se ríe bajo.

— Estoy intentando hacerlo bien.

— Lo estás.

Le sujeto la nuca.

— Continúa.

Noah me besa de nuevo.

Mi cuerpo parece aprender rápido.

La boca acompaña.

Los dedos aprietan.

La cercanía aumenta.

Por unos minutos, no existe secreto.

No existe universidad.

No existe racionalidad.

Solo el sonido de la respiración y la sensación de sus manos sosteniéndome como si yo fuera demasiado importante para cualquier movimiento descuidado.

Cuando nos apartamos, apoyo la frente en su pecho.

Necesito recuperar el aire.

Noah mantiene los brazos alrededor de mí.

— Esto será difícil de esconder — murmura.

— ¿Por qué?

— Porque ahora voy a querer hacer esto cada vez que te mire.

— No puedes.

— Lo sé.

— En el campus, sobre todo.

— Lo sé.

— Y cerca de Daniel.

Aprieto su camiseta.

Noah se ríe.

— Eso fue provocación.

— Fue una regla.

— ¿Una regla específica contra besarte cerca de Daniel?

— Contra demostrar cualquier cosa.

— De acuerdo.

Él besa mi cabello.

El gesto es más íntimo que el beso en la puerta.

De alguna manera.

— Ethan lo sabe — digo.

Noah se queda inmóvil.

— ¿Se lo contaste?

— Lo descubrió.

— ¿Cómo?

— Miró mi cara.

— Por fin alguien usa eso contra ti.

— No es gracioso.

— ¿Él va a contarlo?

— No.

— ¿Confías?

— Completamente.

Noah se relaja.

— Ryan lo sabe.

— ¿Confirmaste?

— No hacía falta.

— Entonces cuatro personas lo saben.

— Nosotros dos no contamos como personas externas.

— Dos personas lo saben.

— Y Daniel sospecha.

Noah suspira.

— Genial.

— Él preguntó.

— ¿Qué respondiste?

— Que somos compañeros de apartamento.

Su cuerpo se pone rígido.

Aparto el rostro para mirar.

— Eso molestó.

— Un poco.

— Era la regla.

— Lo sé.

— Entonces no puedes estar irritado.

— No estoy irritado contigo.

— ¿Con la respuesta?

— Con el hecho de que sea la única respuesta segura.

Se me oprime el pecho.

— Es temporal.

La frase sale antes de que yo decida.

Noah me observa.

— ¿Temporal?

— No sé.

— Grace.

— Quiero decir que tal vez no necesitemos esconderlo para siempre.

Él se queda muy quieto.

— Eso depende de muchas cosas.

— Lo sé.

— Tu beca.

— Sí.

— Mi carrera.

— Sí.

— La universidad.

— Sí.

— Pero pensaste en un después.

Se me calienta la cara.

— Fue solo lógica.

— Claro.

— Las situaciones cambian.

— Sí.

— Cuando no vivamos juntos…

La frase se atasca.

Noah pierde un poco la sonrisa.

— ¿Cuándo?

— Eventualmente.

— Lo sé.

— Entonces la regla puede dejar de existir.

— ¿Y nosotros?

Mi corazón se acelera.

— ¿Qué pasa?

— ¿También dejaríamos?

La pregunta es baja.

Honesta.

No tengo una respuesta segura.

Así que doy la verdadera posible.

— No quiero pensar en eso ahora.

Su expresión se cierra.

Un poco.

— De acuerdo.

— No porque quiera que termine.

La mirada vuelve.

— ¿Entonces por qué?

— Porque acabamos de empezar.

Noah sostiene mis ojos.

— ¿Empezamos?

Me doy cuenta del peso de la palabra.

— Eso.

— ¿Eso qué?

— Lo que estamos haciendo.

— ¿Besándonos?

— Noah.

— Necesito definiciones.

— Te gusta provocarme.

— También.

— No sé el nombre.

— Puede ser nuestro secreto.

La respuesta parece suficiente.

Por ahora.

— Nuestro — repite él.

Asiento.

— Nuestro.

Su sonrisa vuelve lentamente.

— Me gusta más esa palabra ahora.

— No te acostumbres.

— Demasiado tarde.

...

En los días siguientes, descubrimos que el secreto crea una nueva rutina.

En público, mantenemos distancia.

No total.

Solo lo suficiente.

Noah sigue acompañándome hasta el laboratorio.

Pero se detiene unos pasos antes de la entrada.

No lleva mi mochila cuando hay gente cerca.

No toca mi mano.

No mira mi boca.

O lo intenta.

En la primera mañana, lo logra durante casi veinte minutos.

Después, durante el café, lo miro y encuentro sus ojos fijos en mis labios.

Levanto una ceja.

Noah disimula bebiendo.

En la segunda, encuentra una forma de tocar mis dedos al entregarme un bolígrafo.

Dura menos de un segundo.

Aun así, mi cuerpo reacciona.

En la tercera, pasa junto a mí en el pasillo lleno y murmura:

— ¿Puerta cerrada con llave a las seis?

Sigo caminando.

— Tengo reunión hasta las seis y media.

— Seis y cuarenta.

— Estás programando besos otra vez.

— Planificación compartida.

Nadie oye.

Espero llegar al laboratorio para sonreír.

En el apartamento, la distancia desaparece.

Noah me besa cuando vuelvo.

A veces, en la cocina.

A veces, en el sofá.

Una vez, en el pasillo, cuando salgo del dormitorio a buscar agua y lo encuentro viniendo de la ducha.

Está con camiseta.

Por mi regla.

El beso dura más que la búsqueda de agua.

Todavía no avanzamos más allá de eso.

Las manos se quedan en la cintura.

En la espalda.

En la cara.

En el cabello.

Hay deseo.

Evidente.

Creciente.

Pero Noah no presiona.

Yo tampoco pido más.

Por ahora, los besos ya ocupan demasiado espacio en mi cabeza.

El problema es que empiezan a alterar todo lo demás.

En el laboratorio, Daniel hace una pregunta y necesito pedirle que repita.

En clase, me doy cuenta de que estoy sonriendo a un mensaje.

En el apartamento, olvido quejarme cuando Noah deja las zapatillas cerca de la puerta.

Él lo nota.

— Estás enamorada.

Casi me atraganto.

— ¿Qué?

Noah señala las zapatillas.

— No te quejaste.

— Eso no significa nada.

— Casi iniciaste una guerra por una toalla.

— Estoy cansada.

— O distraída.

— Guarda las zapatillas.

— Sí, señora.

— Y no uses esa palabra.

Él las guarda.

Sonriendo.

La palabra que usó permanece.

Enamorada.

No lo estoy.

Eso sería demasiado rápido.

Irresponsable.

Irracional.

Peligroso.

Me gusta.

Mucho.

Lo extraño en pocas horas.

Quiero contar cosas.

Quiero saber de los entrenamientos.

Quiero verlo sonreír cuando vuelvo.

Quiero besarlo.

Nada de eso equivale necesariamente a amor.

Solo cercanía.

Atracción.

Tal vez afecto.

No necesito definir.

Todavía.

...

El viernes, ocurre el próximo partido.

Habrá ojeadores presentes.

Boston.

Chicago.

Posiblemente dos equipos más.

Noah intenta actuar normalmente por la mañana.

No puede.

Está más callado.

Come menos.

Revisa el móvil repetidamente.

— Estás nervioso — digo.

Él se ajusta la corbata delante del espejo de la sala.

— No.

— Está torcida.

Noah me mira por el reflejo.

— ¿Puedes arreglarla?

La pregunta parece simple.

Estamos solos.

Aun así, la intimidad del gesto me golpea.

Me acerco.

Sujeto la corbata.

Deshago.

Rehago.

Noah observa mi cara.

— No mires así.

— ¿Así cómo?

— Como si estuvieras prestando demasiada atención.

— Lo estoy.

— Necesito concentrarme.

— ¿En la corbata?

— En no besarte antes de un partido importante.

Mi cuerpo se calienta.

— ¿Eso afectaría tu rendimiento?

— Tal vez lo mejoraría.

— No hay evidencia.

— Podemos probar.

— Noah.

— Ciencia.

Termino el nudo.

Ajusto el cuello.

— Listo.

Él no se aparta.

— ¿Vas al partido?

La pregunta contiene cuidado.

Y miedo.

— No sé si debería.

Su cara cambia.

— ¿Por las fotos?

— Sí.

— Puedes sentarte en otro sector.

— Aun así pueden ver.

— Puedo no mirar.

— ¿Puedes?

Noah piensa.

— No lo prometo.

— Exactamente.

Él suelta el aire.

— Te quiero allí.

Se me oprime el pecho.

— Lo sé.

— Esto no es presión.

— También lo sé.

— Pero quiero.

— Noah…

— No necesito que uses mi abrigo. No voy a señalar. No voy a ir a las gradas. Solo quiero saber que estás allí.

La sinceridad hace la decisión más difícil.

— ¿Y si eso perjudica?

— Puedes ir con Ethan. Sentarte lejos del sector anterior. Nadie tiene que saber.

— Tú buscarías.

— Sí.

— Entonces te vas a distraer.

— Busco antes del partido.

— Eso no ayuda.

Él me sostiene las manos.

— Grace, juego mejor cuando sé que estás mirando.

— Eso es absurdo.

— Probablemente.

— Jugabas antes de conocerme.

— Y jugaba bien.

— ¿Entonces?

— Ahora quiero jugar para ti también.

Mi corazón pierde cualquier posibilidad de comportamiento racional.

— Eso suena a frase de anuncio de romance universitario.

— ¿Funcionó?

— Por desgracia.

La sonrisa aparece.

— Entonces, ¿vas?

Pienso en la beca.

En los comentarios.

En las fotografías.

También pienso en el chico.

En la forma en que Noah lidera.

En el orgullo que sentí cuando marcó.

— Voy.

El alivio aparece de inmediato.

— Con Ethan.

— De acuerdo.

— En otro sector.

— De acuerdo.

— Sin abrigo.

Su expresión cae un poco.

— De acuerdo.

— Y tú no miras.

— Esa regla no puedo aceptarla.

— Noah.

— Una vez.

— Antes del partido.

— Y después de marcar.

— No.

— Después de ganar.

— Tal vez.

— Hecho.

— No fue una negociación.

— Lo fue totalmente.

Él lleva mi mano a la boca.

Besa los dedos.

Mi cuerpo se estremece.

— ¿Eso rompe la regla? — pregunta.

— Estamos en el apartamento.

— Entonces no.

— No.

Noah sonríe.

— Bien.

Su móvil suena.

Mi padre, dice la pantalla.

La sonrisa desaparece.

Él contesta.

— Hola.

Su postura cambia.

Se vuelve más rígida.

Profesional.

Distante.

Camina hasta la ventana.

— Sí, estoy saliendo.

Pausa.

— Sé quién estará allí.

Otra pausa.

— No necesito que lo repitas.

Me mira.

Rápidamente.

— No habrá distracciones.

La palabra me golpea.

Distracciones.

El padre todavía piensa así.

Noah termina.

Se queda parado.

— ¿Preguntó si yo iría? — digo.

— No.

— Pero habló de mí.

— Indirectamente.

— Eso es peor.

Noah se acerca.

— No dejes que lo arruine.

— Para ti es fácil decirlo.

— No lo es.

— Tu carrera está siendo observada.

— Y te quiero allí aun así.

— Eso puede ser exactamente el problema.

— No lo es.

— Tu padre cree que sí.

— Mi padre cree que cualquier cosa que no pueda controlar es un riesgo.

La frase suena familiar.

— Él y yo tenemos algo en común.

— No.

— Tenemos.

— Tú aprendiste a controlar porque perdiste a alguien. Él controla porque tiene miedo de perder poder.

Me quedo en silencio.

— Tú no eres una distracción — continúa Noah. — No importa cuántas veces use la palabra.

— Pero puedo distraer.

— Sí.

— Entonces…

— Grace, el entrenador también me distrae cuando grita. Ryan me distrae cuando hace bromas. Mi padre me distrae cuando llama. Eso no convierte a nadie en algo desechable.

Se me oprime el pecho.

— No quiero ser un problema.

— No lo eres.

— Puede convertirse.

— Entonces lo resolvemos juntos.

La palabra.

Juntos.

No solo nuestro secreto.

Una idea de asociación.

— Tienes que ir — digo.

Noah mira el reloj.

— Sí.

— Vas a llegar tarde.

— Un minuto.

Su mano toca mi cara.

— ¿Qué?

— Suerte.

— Yo no creo.

— Lo sé.

— ¿Entonces?

— Bésame y llámalo preparación proporcional a la oportunidad.

Me río.

— Esa frase es mía.

— Compartimos.

Sujeto la corbata que acabo de arreglar.

Tiro levemente.

Noah sonríe.

El beso empieza rápido.

Corto.

Debería serlo.

Cuando intento apartarme, él me sujeta la cintura.

Me besa otra vez.

Más lento.

Cuando termina, la corbata está torcida.

Miro.

— La arruinaste.

— Valió la pena.

La ajusto de nuevo.

— Ahora ve.

— ¿Estarás allí?

— Sí.

— ¿Lo prometes?

— Lo prometo.

Noah besa mi frente.

— Entonces juego para ti.

Se va.

La puerta se cierra.

Me quedo parada.

El silencio vuelve.

Enamorada.

La palabra vuelve.

No.

Todavía no.

Pero cuando miro por la ventana y veo a Noah cruzando el campus, siento el deseo de correr hasta él y decir algo más.

No sé qué.

Tal vez que estaré allí.

Que creo en él.

Que, incluso escondida en otro sector, él puede buscar.

Tal vez que el secreto ya no parece solo una forma de proteger mi beca.

Parece un espacio que pertenece a los dos.

Pequeño.

Frágil.

Pero nuestro.

Mi móvil vibra.

Noah.

OLVIDÉ DECIR UNA COSA.

Respondo:

¿Qué?

LA CORBATA QUEDÓ TORCIDA OTRA VEZ.

Sonrío.

ARRÉGLALA.

PREFIERO CUANDO TÚ LO HACES.

Miro la puerta cerrada.

VE AL PARTIDO.

SÍ, SEÑORA.

Pongo los ojos en blanco.

Pero sigo sonriendo.

Y esa es la verdadera dificultad de nuestro secreto.

No son los besos.

No son los mensajes.

Ni las puertas cerradas con llave.

Es fingir que Noah no cambió la forma en que mi cara reacciona al mundo.

Porque, después de él, sonreír dejó de ser un accidente raro.

Se está convirtiendo en un hábito.

Y los hábitos son mucho más difíciles de esconder.

CAPÍTULO 14

JUGANDO PARA ELLA

NOAH

Grace no está en la grada.

Busco una vez.

Luego otra.

En la tercera, el entrenador Hayes golpea la pizarra contra mi hombro.

— Sullivan.

Aparto la mirada de las sillas.

— ¿Qué?

— ¿Estás intentando encontrar a alguien o evaluando la seguridad del edificio?

— Ninguna de las dos.

— Entonces mira al hielo.

Aprieto el palo.

— Estoy mirando.

— No lo estabas.

Ryan se detiene a mi lado durante el calentamiento.

— ¿Ella todavía no ha llegado?

— No estoy buscando a Grace.

— Claro.

— Estoy revisando al público.

— Tú nunca revisas al público.

— Hoy hay ojeadores.

Ryan mira hacia el sector reservado por encima de los bancos.

Hombres de traje.

Portapapeles.

Tablets.

Expresiones que no revelan nada.

Boston está allí.

Chicago también.

Mi padre está sentado dos filas detrás de ellos.

Incluso desde lejos, reconozco la postura rígida y la forma en que observa cada movimiento.

— Los ojeadores están de ese lado — dice Ryan. — Tú estás mirando al sector opuesto.

— Concéntrate en el calentamiento.

— Estoy concentrado.

— Entonces deja de hablar.

— ¿Le mandaste un mensaje?

— No.

Mandé tres.

El primero, hace veinte minutos.

¿YA LLEGASTE?

El segundo:

¿ETHAN ESTÁ CONTIGO?

El tercero no lo envié.

Todavía está escrito en la conversación.

PROMETISTE.

Lo borré antes de enviarlo.

No quiero parecer controlador.

No quiero convertir su presencia en una obligación.

Grace dijo que vendría.

Eso debería ser suficiente.

Pero faltan siete minutos para que empiece el partido.

Y ella no está aquí.

Doy otra vuelta sobre el hielo.

El cuerpo está caliente.

Las piernas responden.

El hombro está bien.

Las costillas molestan solo en movimientos específicos.

Todo debería estar bajo control.

No lo está.

Porque sigo buscando una camiseta verde, una coleta, gafas que probablemente no usaría durante el partido.

Cualquier cosa.

— Capitán — llama Mason. — Línea.

Me acerco.

El entrenador da las últimas instrucciones.

Presión alta.

Cambios rápidos.

Chicago observa transiciones defensivas.

Boston quiere consistencia.

Ninguna penalización innecesaria.

Disciplina.

Liderazgo.

— Y dejen de mirar a la grada — añade Hayes.

Los jugadores se ríen.

Yo no.

Ryan me da un golpe con el guante en el brazo.

— Se dio cuenta.

— Todo el mundo se da cuenta porque tú no te callas.

— No le dije nada.

La música sube.

Las luces de la arena se atenúan.

El público empieza a gritar.

Llaman a los jugadores.

Entramos al hielo.

El sonido crece.

Normalmente, eso elimina todo.

El mundo se reduce a la pista.

Al disco.

Al siguiente movimiento.

Hoy, no.

Hoy, mientras me deslizo hasta la línea azul, mis ojos vuelven al sector donde Grace dijo que se sentaría con Ethan.

Está lleno.

Reconozco a Ethan inmediatamente.

Está de pie, hablando con alguien.

La silla de al lado está vacía.

Se me hunde el estómago.

Grace no vino.

El pensamiento es irracional.

Tal vez esté en el baño.

Tal vez se retrasó.

Tal vez esté entrando.

Pero la decepción surge antes que la lógica.

Ella prometió.

Empieza el himno.

Me quedo quieto sobre los patines.

Miro al frente.

Intento no buscar otra vez.

No puedo.

La silla sigue vacía.

...

El primer período es un desastre.

No para el equipo.

Para mí.

Pierdo el primer enfrentamiento.

Fallo una salida simple.

Recibo un pase de Ryan y dejo que el disco se me escape.

En la jugada siguiente, llego tarde a la marca y el rival casi abre el marcador.

El portero salva.

Hayes grita mi nombre.

No necesito oír el resto.

Lo sé.

Estoy mal.

— Despierta — dice Ryan cuando volvemos al banco.

— Estoy despierto.

— Entonces deja de jugar como si estuvieras leyendo mensajes durante el partido.

Miro el marcador.

Sigue cero a cero.

— No lo estoy.

— Ella va a llegar.

— No pregunté.

— Tu cara preguntó.

El entrenador se acerca.

— Sullivan, en la próxima línea te quedas.

Lo miro.

— ¿Qué?

— Vas a observar.

— Estoy bien.

— No lo parece.

— Puedo volver.

— Cuando yo decida.

Se me tensa la mandíbula.

Me siento.

El equipo vuelve al hielo sin mí.

El público sigue gritando.

Los ojeadores siguen anotando.

Mi padre sigue observando.

Cada segundo en el banco parece una declaración pública.

No está listo.

No tiene disciplina.

Se distrae.

Mi padre va a usar esto.

Va a mirar a Grace, aunque ni siquiera esté presente, y convertirla en explicación.

La rabia surge.

Contra él.

Contra mí.

Tal vez contra ella.

Inmediatamente odio la última parte.

Grace no hizo nada.

No es responsable de mi rendimiento.

Fue exactamente lo que intenté explicar.

Entonces necesito demostrarlo.

Miro hacia el sector otra vez.

Y veo a Daniel.

Sentado al lado de Ethan.

En la silla que debería ser de ella.

Mi cuerpo se endurece.

Daniel dice algo.

Ethan se ríe.

La silla del otro lado también está vacía.

Genial.

Ahora Daniel está en el partido.

Grace no.

— Vas a romper el palo — comenta Mason.

Me doy cuenta de la fuerza de mi mano.

Aflojo.

— ¿Vino con ella? — pregunto.

Ryan sigue mi mirada.

— ¿Daniel?

— Sí.

— No sé.

— ¿Ethan lo invitó?

— Tal vez.

— ¿Por qué?

Ryan gira la cara hacia mí.

— Porque es un partido universitario, no tu boda.

— No dije que lo fuera.

— Tus celos te están volviendo tonto.

— No estoy celoso.

Él mira al banco.

Luego a mis manos.

— Claro.

La línea regresa.

Hayes me señala.

— Vas a entrar.

Me levanto.

— Juega lo que sabes.

— Sí.

— Y deja de intentar controlar lo que pasa fuera del hielo.

La frase me golpea.

Suena a algo que diría Grace.

Asiento.

Vuelvo.

En los primeros segundos, simplifico.

Recibo.

Paso.

Marco.

Sin intentar resolverlo solo.

Ryan gana el disco detrás de la portería.

Mason arrastra la marca.

Yo encuentro espacio.

Llega el pase.

Tiro.

El portero detiene.

Sale el rebote.

Otro jugador marca.

La arena estalla.

No fue mi gol.

Aun así, fui parte.

Volvemos al centro.

Respiro.

Una jugada a la vez.

Eso es.

Grace no necesita estar aquí para que yo sepa jugar.

No debería necesitarlo.

Pero quería.

Mucho.

El período termina uno a cero.

En el vestuario, Hayes habla de disciplina.

No me mira directamente.

No hace falta.

Mi móvil está dentro de la bolsa.

Pienso en revisar.

No lo hago.

Si Grace mandó un mensaje, lo leo después.

Si no mandó, no quiero saberlo ahora.

Entra mi padre.

Claro.

No debería estar en el vestuario.

Pero convenció a alguien.

Siempre lo consigue.

— ¿Puedo hablar contigo? — pregunta.

— Estamos en el descanso.

— Un minuto.

Hayes observa.

— Un minuto — permite.

Salgo al pasillo.

Mi padre cierra la puerta.

— ¿Qué está pasando?

— Nada.

— No mientas.

— Empecé mal.

— Lo vi.

— Entonces ¿por qué preguntaste?

— Porque quiero saber por qué.

— Fallé dos jugadas.

— Tú nunca empiezas así en partidos importantes.

— Pasa.

— Estás buscando a la chica.

La acusación sale baja.

Controlada.

Eso irrita más.

— Se llama Grace.

— No importa ahora.

— Para mí importa.

— Exactamente el problema.

Me paso la mano por el pelo mojado.

— No voy a discutir en el descanso.

— Entonces escucha. Hay cuatro equipos observando. Boston envió al director de desarrollo. Chicago trajo al gerente asistente. Tú estás en el banco mirando a la grada como un adolescente.

— Lo corregí.

— Aún quedan dos períodos.

— Lo sé.

— Ella ni siquiera vino.

La frase golpea.

Mi padre se da cuenta.

— Mejor así — continúa.

— Cuidado.

— ¿Con qué?

— Con la forma en que hablas de ella.

— Estoy hablando de la situación.

— No. Estás intentando usar a Grace para explicar cada cosa que no controlas en mí.

— Porque desde que ella apareció, tu atención cambió.

— Tal vez mi atención necesitaba cambiar.

Su cara se endurece.

— No digas eso.

— ¿Por qué?

— Porque trabajaste toda la vida para llegar aquí.

— Lo sé.

— Entonces no minimices el esfuerzo.

— No lo estoy minimizando.

— Estás dispuesto a dejar que todo se vuelva secundario.

— Tú no sabes qué es secundario para mí.

El silencio pesa.

Mi padre me mira como si hubiera hablado otro idioma.

Tal vez lo hice.

Durante años, la única respuesta correcta era hockey.

Siempre.

Por encima de todo.

Ahora, ya no sé si creo en eso.

— Vuelve al partido — dice.

— Era el plan.

— Y no la mires.

— Ella ni siquiera está aquí.

La pequeña satisfacción en su rostro me da ganas de romper algo.

Se abre la puerta del vestuario.

Aparece Ryan.

— Hayes quiere a todo el mundo dentro.

Paso junto a mi padre.

Ryan me acompaña.

Antes de entrar, habla bajo:

— No dejes que se te meta en la cabeza.

— No se metió.

— Se metió.

— Lo voy a resolver.

— ¿En el hielo?

— ¿Dónde si no?

...

El segundo período empieza mejor.

Juego simple.

Rápido.

Sin buscar.

Al menos lo intento.

A los cuatro minutos, nos empatan.

Un fallo defensivo colectivo.

Nada que yo pudiera evitar solo.

Aun así, la presión aumenta.

El equipo rival crece.

Recibo un golpe cerca de las tablas.

Las costillas se quejan.

Sigo.

Al minuto siguiente, devuelvo la carga.

Limpia.

Fuerte.

El público reacciona.

La energía cambia.

Ryan roba el disco.

Me la pasa.

Avanzo.

Un defensor cierra.

Cambio de dirección.

Llega el segundo.

Encuentro a Mason libre.

Pase.

Gol.

Dos a uno.

Golpeo el palo contra el hielo.

Mason me señala.

El público grita.

Mientras volvemos, mis ojos suben.

Sin pensar.

Hacia el sector.

Y Grace está allí.

De pie.

Al lado de Ethan.

No lleva mi abrigo.

Lleva la sudadera verde.

El pelo recogido.

Las manos cerca de la boca.

Los ojos en mí.

El mundo se alinea.

No es racional.

No debería hacer diferencia.

La hace.

Grace sonríe.

Pequeño.

Solo para mí.

Estoy seguro.

No señalo.

Lo prometí.

Pero reduzco el ritmo por un segundo.

Lo suficiente para mirar.

Ella levanta la mano discretamente.

Un gesto mínimo.

Llegó.

Está aquí.

Todo mi cuerpo se relaja.

Ryan se da cuenta.

— Encontraste.

— Cállate.

— Ahora tal vez juegues.

— Ya estaba jugando.

— Claro.

En el siguiente enfrentamiento, gano el disco.

...

Después de eso, todo cambia.

No porque Grace haga algo.

Ella solo está allí.

Pero su presencia elimina una pregunta.

Ya no necesito imaginar si desistió.

Si tuvo miedo.

Si el secreto era demasiado pesado.

Ella vino.

Eligió venir.

Ahora puedo jugar.

Marco el tercer gol al final del segundo período.

La jugada empieza en defensa.

Recibo el disco aún en nuestro campo.

Acelero.

Paso al primer jugador.

El segundo intenta cerrar el pasillo.

Uso el cuerpo.

Protejo.

Entro en la zona ofensiva.

Ryan se abre por la derecha.

El portero espera el pase.

Tiro al lado opuesto.

La red se mueve.

El sonido de la arena estalla.

Por reflejo, busco a Grace.

Está saltando.

Ethan le sujeta los hombros.

Daniel también está de pie.

Mi mirada se queda en él un instante.

Daniel mira a Grace.

Luego a mí.

La expresión muestra que entendió algo.

No señalo con el palo.

No sonrío directamente.

Solo me golpeo el guante en el pecho una vez.

Un gesto que podría significar cualquier cosa.

Grace se queda inmóvil.

Los ojos se abren de par en par.

Luego sonríe.

Ella sabe.

Ryan llega y me golpea el casco.

— Discreto.

— No hice nada.

— Te golpeaste el corazón mirándola.

— Fue celebración.

— Parecía una propuesta de matrimonio.

— Cállate.

Volvemos al banco.

Hayes esconde una sonrisa.

— Mejor — dice.

— Sí.

— Sigue en el partido.

— Estoy.

Esta vez, es verdad.

El segundo período termina tres a uno.

En el vestuario, nadie menciona a Grace.

Ryan lo intenta.

Miro.

Él decide preservar su propia vida.

El entrenador habla de no replegarse.

Aún quedan veinte minutos.

Los ojeadores quieren consistencia.

Mi padre no entra otra vez.

Mejor para todos.

Miro el móvil.

Hay mensajes.

Grace:

PERDÓN POR EL RETRASO. EL PROFESOR NOS RETUVO EN LA REUNIÓN Y MI CELULAR SE QUEDÓ SIN BATERÍA.

Después:

LLEGUÉ EN EL SEGUNDO PERÍODO.

Después:

ESTÁS JUGANDO MUY BIEN.

El último mensaje llegó después del gol.

Respondo:

TE VI.

Aparecen los puntos.

PROMETISTE NO MIRAR.

PROMETÍ UNA VEZ.

MIRASTE MÁS DE UNA.

ESTABA REVISANDO EL SECTOR.

MENTIROSO.

Sonrío.

Otro mensaje:

¿EL GESTO EN EL GOL FUE PARA MÍ?

Pienso en negarlo.

No puedo.

SÍ.

Tarda unos segundos.

FUE ARRIESGADO.

Se me oprime el pecho.

Antes de que responda, llega otro:

PERO ME GUSTÓ.

Bloqueo el móvil.

Ryan está mirando.

— ¿Qué?

— Nada.

— ¿Le gustó el gesto ridículo?

— No fue ridículo.

— Fue muy dramático.

— Funcionó.

— Por desgracia.

Hayes aplaude.

— Vamos.

Me levanto.

Todo parece más ligero.

...

El tercer período es físico.

El rival presiona.

Reduce la diferencia a tres a dos.

Luego da en el poste.

El partido se pone tenso.

Los ojeadores anotan.

Mi padre no aparta la mirada.

Faltan cinco minutos.

Estamos defendiendo.

Un jugador rival provoca a Ryan después del silbato.

Ryan responde.

Me meto entre los dos.

— Sal.

— Él empezó.

— No importa.

— Sullivan — dice el rival. — ¿Demasiado ocupado mirando a tu novia?

Mi cuerpo se queda inmóvil.

La palabra golpea como un puñetazo.

— ¿Qué? — pregunta Ryan.

El jugador sonríe detrás del protector.

— La chica de verde. Todo el mundo lo vio.

La rabia explota.

No por hablar de mí.

Por hablar de ella.

Por hacerlo público.

Doy un paso.

Ryan me agarra el brazo.

— No.

El árbitro se acerca.

— Sepárense.

El rival sigue sonriendo.

— Capitán enamorado.

Aprieto el puño.

Una penalización ahora puede costar el partido.

Puede confirmar todo lo que dice mi padre.

Se distrae.

Pierde el control.

Grace se vuelve un riesgo.

Miro a la grada.

Ella no oyó.

Está hablando con Ethan.

Respiro.

— Buen intento — le digo al jugador.

Me aparto.

Ryan viene conmigo.

— Estoy orgulloso.

— Cállate.

— Casi le arrancas la cabeza.

— Pero no se la arranqué.

— Crecimiento.

Se reanuda el partido.

La provocación permanece.

Novia.

No es verdad.

O no oficialmente.

Pero tampoco parece completamente equivocado.

Faltan dos minutos.

El rival saca al portero.

Seis contra cinco.

Presión.

Bloqueo un tiro.

El dolor explota en la pierna.

Sigo.

Ryan recupera.

Pasa.

Tengo el disco y espacio para tirar a la portería vacía.

También veo a Mason más adelantado.

Podría intentarlo.

Un gol impresiona.

Una asistencia asegura el partido.

Paso.

Mason marca.

Cuatro a dos.

Fin.

La arena estalla otra vez.

Mason viene directo hacia mí.

— Podrías haber marcado.

— Estabas libre.

— Los ojeadores lo vieron.

— Ese era el objetivo.

El entrenador me da una palmada en la espalda cuando vuelvo al banco.

— Liderazgo — dice.

Una palabra.

Tal vez la más importante de la noche.

Se acaba el reloj.

Victoria.

Los jugadores entran al hielo.

Chocan cascos.

Guantes.

Gritos.

Miro hacia el sector.

Grace está de pie.

Esta vez, no sonrío de forma discreta.

Le sonrío a ella.

Ella responde.

Mi padre lo ve.

Estoy seguro.

Los ojeadores quizá también.

No me importa por unos segundos.

...

Las entrevistas se demoran.

Primero, la televisión universitaria.

Después, radio.

Después, dos representantes de la prensa local.

Preguntan por el gol.

La asistencia.

La recuperación después del primer período.

— ¿Qué cambió? — pregunta una reportera.

Pienso en la llegada de Grace.

No puedo decirlo.

— Simplifiqué el juego.

— Parecía que buscabas a alguien al principio.

La pregunta viene acompañada de una sonrisa.

Mi cuerpo se pone en alerta.

— Estaba observando el posicionamiento de la afición.

Ella se ríe.

— ¿De la afición?

— Me gusta saber la energía del recinto.

— Hay rumores sobre una persona específica en la grada.

— Hay rumores sobre muchas cosas.

— ¿La chica con tu abrigo en el evento benéfico estuvo hoy?

El gerente de medios del equipo se acerca.

— Última pregunta.

La reportera insiste.

— ¿Existe una novia secreta?

Ryan, detrás de la cámara, casi se atraganta.

Mantengo el rostro neutro.

— Mi vida personal no afecta el resultado del partido.

La respuesta es calculada.

No confirma.

No niega.

Mi padre lo va a odiar.

Grace quizá también.

La reportera sonríe como si hubiera recibido exactamente lo que quería.

— Entonces existe vida personal.

— Todo el mundo tiene.

— Gracias, Noah.

La entrevista termina.

El gerente de medios me mira.

— Buena respuesta.

— No lo parece.

— No diste un titular completo.

— Solo la mitad.

— Las mitades también venden.

Genial.

Voy al vestuario.

Agarro el móvil.

Cuatro mensajes de Grace.

¿LA REPORTERA PREGUNTÓ SOBRE MÍ?

ETHAN DIJO QUE SÍ.

¿NOAH?

TENEMOS QUE HABLAR.

Se me oprime el estómago.

Respondo:

SALGO EN DIEZ MINUTOS.

Lo ve.

No responde.

Mi padre aparece en la puerta.

— Ahora podemos hablar.

— No.

— Acabas de alimentar los rumores.

— No confirmé nada.

— Tampoco negaste.

— Porque no quiero negar a Grace como si fuera algo vergonzoso.

— Nadie te pidió que dijeras su nombre.

— Me pidió que dijera que no existe nadie.

— ¿Y existe?

La pregunta sale directa.

Miro a mi padre.

Tal vez sea la primera vez que pregunta de verdad.

No como gerente.

Como padre.

Aun así, no confío.

— No te incumbe.

— Entonces existe.

— Me voy.

Él bloquea parcialmente la salida.

— Boston vio tu primer período.

— También vio los otros dos.

— Te vio mirando a la grada.

— Y me vio marcar.

— No es tan simple.

— Para ti, nunca lo es.

— Porque alguien tiene que pensar en las consecuencias.

— Yo pienso.

— No lo parece.

— Tú crees que pensar significa siempre elegir el hockey por encima de todo.

— Porque es tu oportunidad.

— ¿Y si no quiero una vida en la que todo lo que importa fuera del hielo sea tratado como una amenaza?

Su rostro se queda inmóvil.

— Estás hablando como un niño.

— Estoy hablando como alguien cansado de dejar que tú decidas el tamaño de mi vida.

— Yo construí esta oportunidad contigo.

— Conmigo. No por mí.

La frase pesa.

Mi padre retrocede medio paso.

Aparece la culpa.

También la rabia.

— Vas a tirarlo todo.

— No tiré nada.

— Aún.

— Deja de usar esa palabra.

— Cuando llegue la consecuencia, no digas que no te avisé.

Paso junto a él.

— Cuando llegue, yo me encargo.

— ¿Y la chica?

Me detengo.

Me giro.

— Grace.

— ¿Ella también se encarga?

La pregunta me golpea porque es justa.

El riesgo para ella es diferente.

La beca.

La vivienda.

La exposición.

— Juntos — respondo.

Mi padre mira como si esa fuera la peor palabra posible.

Salgo.

...

Grace está cerca de la salida lateral de la arena.

Ethan y Daniel se quedan unos metros atrás.

Ella sostiene la mochila contra el cuerpo.

El rostro está serio.

Cuando me ve, no sonríe.

Se me oprime el pecho.

— Hola — digo.

— Hola.

Miro a Ethan.

Él entiende.

— Voy con Daniel hasta la residencia.

Daniel duda.

— Grace, ¿estás segura?

— Sí.

Noah dentro de mí reacciona.

No ahora.

— Te mando un mensaje — dice Ethan.

Los dos se van.

Daniel me mira antes.

No es hostil.

Es evaluador.

Como si estuviera decidiendo si confía.

No me gusta.

También lo entiendo.

Grace espera hasta que estemos solos.

— ¿Viste la entrevista? — pregunto.

— Una parte.

— No confirmé.

— Tampoco negaste.

La misma frase de mi padre.

— ¿Querías que negara?

Grace abre la boca.

La cierra.

— No lo sé.

— Yo no iba a decir que no existe nadie.

— ¿Por qué?

— Porque existe.

Ella mira alrededor.

Hay gente saliendo.

Algunos estudiantes reconocen.

— ¿Podemos ir a otro lugar?

— ¿Apartamento?

— No.

La respuesta rápida me preocupa.

— Está bien.

Caminamos hasta una zona más vacía detrás del centro deportivo.

El frío está más fuerte.

Grace cruza los brazos.

Quiero darle mi abrigo.

No puedo.

Tal vez pueda.

Ya no lo sé.

— Tienes frío.

— No importa.

— Para mí importa.

Me quito la chaqueta del equipo.

Grace niega con la cabeza.

— No.

— Estamos solos.

— No completamente.

Miro alrededor.

Una pareja pasa lejos.

— Grace.

— La gente ya está mirando.

Mantengo la chaqueta en las manos.

No se la doy.

La frustración crece.

— ¿Qué pasó? — pregunto.

— Hiciste aquel gesto después del gol.

— Te gustó.

— Me gustó.

— ¿Entonces?

— Después miraste varias veces.

— Tú estabas allí.

— Era exactamente lo que no deberías hacer.

— No pude evitarlo.

— Tienes que poder.

— ¿Por qué? ¿Para parecer que no importas?

— Para proteger lo que tenemos.

— Lo que tenemos no puede existir solo detrás de una puerta cerrada con llave.

La frase sale más alta.

Grace mira alrededor.

Baja la voz.

— No dije eso.

— Es lo que está pasando.

— Hace pocos días.

— Lo sé.

— No podemos simplemente anunciarlo.

— No estoy pidiendo un anuncio.

— Entonces ¿qué quieres?

— Poder mirarte sin que parezca un crimen.

— Eso es temporal.

— Tú lo dijiste.

— Y es verdad.

— ¿Hasta cuándo?

Ella se queda en silencio.

— Exacto — digo.

— No hagas eso.

— ¿Qué?

— Convertir mi miedo en prueba de que no te quiero.

— No lo estoy haciendo.

— Lo parece.

Respiro.

La rabia baja.

— Sé que me quieres.

— Entonces deja de actuar como si esconderse fuera rechazar.

— Y tú deja de actuar como si esconderse no doliera.

Grace me mira.

La frase nos sorprende a los dos.

Tal vez porque es la primera vez que lo admito.

— ¿Duele? — pregunta.

— Sí.

La respuesta sale simple.

— Cuando Daniel te da café y yo tengo que fingir que no me importa. Cuando alguien pregunta y tú dices que somos solo colegas. Cuando entro al hielo y te busco sin poder mostrar que quiero que estés allí.

— Yo nunca dije solo.

— Estaba implícito.

— Noah…

— Hoy, un jugador te llamó mi novia para provocarme.

Se le abren los ojos.

— ¿Qué?

— Se dio cuenta.

— ¿Quién más?

— No lo sé.

— ¿Y tú qué hiciste?

— Nada.

— ¿Estás seguro?

— Ryan me sujetó antes.

Su rostro pierde color.

— Noah.

— No pegué.

— Casi.

— Pero no lo hice.

— Esto puede empeorar.

— Lo sé.

— Los comentarios van a aumentar.

— Tal vez.

Grace se pasa la mano por la cara.

— No debería haber venido.

La frase me golpea.

— No digas eso.

— Si yo no hubiera…

— Yo habría jugado peor.

— No lo sabes.

— Lo sé.

— Tu carrera no puede depender de que yo esté en la grada.

— No depende.

— Tú mismo dijiste que jugaste mejor después de verme.

— Porque dejé de pensar que habías desistido.

— Yo no desistí.

— Entonces ¿por qué no respondiste?

— Mi celular se descargó.

— Ya lo sé ahora.

— Podrías haber confiado.

— Confié.

— Te quedaste buscando.

— Porque me importas.

— Eso no es confianza.

— Grace, llegaste casi en el segundo período. Prometiste que estarías.

— La reunión se retrasó.

— No te estoy culpando.

— Lo parece.

Me detengo.

Ella tiene razón.

No por la reunión.

Pero una parte de mí se sintió herida.

— Pensé que habías cambiado de idea — admito.

Su rostro se suaviza.

— No la cambié.

— Lo sé.

— Entonces…

— Pero durante casi una hora, no lo sabía.

Surge el silencio.

Grace mira al suelo.

— Debería haber cogido un cargador.

— No se trata del cargador.

— Lo sé.

— Se trata de cuánto ya importa esto.

Ella levanta los ojos.

— ¿Esto?

— Nosotros.

La palabra sale sin miedo.

Grace se queda inmóvil.

— Tú lo llamas secreto — continúo. — Yo lo llamo nosotros.

— No son opuestos.

— Entonces dilo.

— ¿Qué?

— Que existe un nosotros.

Su expresión se cierra.

No por rechazo.

Por miedo.

Lo reconozco ahora.

— Noah…

— No estoy pidiendo un noviazgo público. No estoy pidiendo un anuncio. Solo no quiero sentir que soy el único que trata esto como algo real.

— No lo eres.

— Entonces dilo.

Grace me mira durante varios segundos.

— Existe.

Se me alivia el pecho.

— ¿Existe qué?

Casi pone los ojos en blanco.

— Un nosotros.

Me viene fuerte la necesidad de besarla.

Doy un paso.

Grace mira alrededor.

El movimiento se detiene.

Eso vuelve a doler.

Ella se da cuenta.

— Aquí no.

— Lo sé.

— No pongas esa cara.

— No estoy haciendo nada.

— Te estás cerrando.

— Estoy respetando.

— Parece castigo.

La misma acusación de antes.

Suelto el aire.

— No sé cómo hacer esto, Grace.

— Yo tampoco.

— En el hielo, sé dónde colocar cada cosa. Sé reaccionar. Sé leer movimientos. Contigo…

— Estás improvisando.

— Desde el primer día.

La comisura de su boca sube.

Poco.

— Jugaste bien — dice.

— Después de que llegaste.

— No me des todo el crédito a mí.

— No lo doy. Solo una parte.

— La asistencia del final fue buena.

— ¿Mejor que el gol?

— Sí.

— ¿Por qué?

— Porque podías intentar marcar y elegiste el pase seguro.

— Te fijas.

— Siempre me fijo.

Se me calienta el pecho.

— Boston también.

Su expresión cambia.

— ¿Qué dijeron?

— Nada todavía.

— ¿Tu padre?

— Dijo bastante.

— ¿Sobre mí?

— Sobre todo.

— Él tiene razón en alguna parte.

— No digas eso.

— Tu primera etapa fue mala.

— Lo sé.

— Estabas distraído.

— Lo sé.

— Entonces…

— No significa que tú seas la distracción.

— ¿Cuál es la diferencia?

La pregunta hace eco de algo que dije antes.

Pienso.

— La diferencia es la responsabilidad.

— Explica.

— Si yo fallo porque estoy pensando en ti, el fallo es mío. No tuyo. Tú no te conviertes en un problema solo porque yo todavía necesito aprender a equilibrar las cosas.

Grace se queda en silencio.

— Eso es maduro — dice.

— No parezcas sorprendida.

— Lo estoy un poco.

— Gracias.

Ella sonríe.

La tensión baja.

— Daniel fue porque Ethan lo invitó — dice Grace.

La información llega inesperada.

— No pregunté.

— Tu cara preguntó.

— Se sentó en tu lugar.

— ¿Mi lugar?

— Al lado de Ethan.

— No estaba reservado.

— Para mí, sí lo estaba.

Grace me mira de una manera extraña.

Suave.

— Me senté del otro lado cuando llegué.

— Lo vi.

— Daniel no fue conmigo.

— Bien.

— No hay nada.

— Lo sé.

— ¿Sigues celoso?

— Sí.

Ella se ríe.

— Al menos es honesto.

— Lo estoy intentando.

El viento aumenta.

Grace se estremece.

Levanto la chaqueta otra vez.

— ¿Ahora la vas a aceptar?

Ella mira alrededor.

Luego me mira.

— Solo hasta el apartamento.

Se la doy.

Grace se la pone.

La imagen me golpea.

Mi abrigo sobre ella.

Otra vez.

— No mires así — pide.

— ¿Así cómo?

— Como si fueras a marcar otro gol.

— Ya marqué.

— Engreído.

— Mentirosa.

Empezamos a caminar.

No nos tocamos.

Pero la distancia es menor.

— ¿La reportera va a publicar? — pregunta.

— Probablemente.

— Eso puede generar más comentarios.

— Sí.

— Tenemos que estar preparados.

— ¿Vas a hacer otra lista?

— Tal vez.

— ¿Puedo añadir una regla?

Grace mira de lado.

— ¿Cuál?

— No decir que te arrepientes de ir al partido.

Ella se queda en silencio.

— No me arrepiento — dice.

— ¿Incluso con todo?

— Incluso.

— ¿Por qué?

Grace mira al frente.

— Porque buscaste.

— Eso debería ser malo.

— Lo fue.

— ¿Y?

— También fue bueno saber que querías encontrarme.

Se me oprime el pecho.

— Siempre quiero.

Su paso falla levemente.

Casi nada.

— Eso es exactamente el tipo de frase que complica — murmura.

— Es verdad.

— Sigue complicando.

— ¿Prefieres simple?

— Antes lo prefería.

— Mentirosa.

Ella sonríe.

— Tal vez.

...

Cuando llegamos al apartamento, Grace cierra la puerta con llave.

El sonido sigue produciendo una reacción inmediata.

Ella se quita mi chaqueta.

La deja sobre el sofá.

Me quedo cerca de la entrada.

— ¿Sigues preocupada? — pregunto.

— Sí.

— ¿Por la entrevista?

— Por todo.

— ¿Quieres que me aleje?

La pregunta sale antes de que piense.

Grace se gira rápido.

— No.

La respuesta es firme.

Llega el alivio.

— Entonces ¿qué quieres?

— Cinco minutos sin resolver.

Sonrío levemente.

— Eso fue algo que enseñé.

— No te acostumbres.

Ella se acerca.

Se planta delante de mí.

— Jugaste muy bien.

— Ya lo dijiste.

— Quiero decirlo bien.

— De acuerdo.

Grace toca la corbata.

Todavía llevo la ropa de la entrevista.

Está torcida.

— Tu corbata está mal.

— Fue un partido difícil.

— No es excusa.

Sus dedos deshacen el nudo.

Empiezan otra vez.

Observo.

— El primer período fue pésimo — digo.

— Lo fue.

— Gracias por la delicadeza.

— Tú quieres honestidad.

— Quiero.

— Parecía que estabas intentando hacer cuatro cosas a la vez.

— Lo estaba.

— Jugar, buscar, impresionar a los ojeadores y demostrarle algo a tu padre.

Ella ve demasiado.

— Sí.

— Después simplificaste.

— El entrenador lo mandó.

— Y funcionó.

— Tú llegaste.

Grace aprieta el nudo.

— No digas que fue solo por mí.

— No fue solo.

— Mejor.

— Pero fue en parte.

Ella levanta los ojos.

— Tienes que aprender a jugar incluso cuando yo no esté.

— Lo sé.

— Y yo tengo que aprender que no puedo controlar lo que la gente dice.

— Eso suena difícil.

— Mucho.

— Podemos fallar juntos.

— Esa es una propuesta terrible.

— Pero realista.

Grace termina la corbata.

La mano se queda sobre mi pecho.

— No me gustó la pregunta de la reportera.

— A mí tampoco.

— Pero me gustó la respuesta.

— No negué.

— Lo sé.

— ¿Fue por eso?

Ella piensa.

— En parte.

— ¿Cuál es la otra?

— Dijiste que tu vida personal no afecta el resultado.

— Técnicamente, hoy afectó.

— No de la forma que ella quería.

— No.

Grace pasa el pulgar por la tela de la corbata.

— Hablaste como si existiera una vida personal.

— Existe.

— Si sigues respondiendo así, lo van a descubrir.

— Tal vez.

— Eso asusta.

— A mí también.

— No lo parece.

— Estoy aterrorizado.

Grace sonríe.

— No lo parece.

— Soy un excelente actor.

— No en el primer período.

— Cruel.

Ella se ríe.

La tensión desaparece un poco más.

Le sujeto la cintura.

Despacio.

Grace no se aparta.

— ¿Puedo besarte? — pregunto.

— La puerta está cerrada con llave.

— Eso no fue una respuesta.

— Puedes.

Beso.

El primer contacto es suave.

Necesito confirmar que seguimos bien.

Grace responde de inmediato.

La mano sube hasta mi nuca.

El cuerpo se acerca.

Toda la semana de distancia pública parece acumulada.

El beso se intensifica rápido.

Mi mano se desliza por su espalda.

La otra se queda en la cintura.

Grace agarra la corbata y me tira.

El gesto casi destruye mi control.

Hundo los dedos en su pelo.

Su boca se abre bajo la mía.

El sonido que hace Grace es pequeño.

Bajo.

Suficiente.

Me aparto unos centímetros.

— ¿Todo bien?

Ella respira rápido.

— Sí.

— ¿Quieres parar?

— No.

Beso otra vez.

Esta vez, más profundo.

Grace retrocede un paso.

La espalda encuentra la pared del pasillo.

Mi cuerpo acompaña.

Mantengo parte del peso lejos.

No quiero asustar.

Ella me tira más cerca.

La mano sale de la corbata y se desliza hasta mi hombro.

El deseo crece.

Fuerte.

Caliente.

Difícil.

Aun así, no cruzo.

No sin pedir.

Mi boca deja la suya y toca la mandíbula.

Grace inclina la cabeza.

La respiración falla.

Beso debajo de la oreja.

Su cuerpo se eriza.

— Noah.

Me detengo de inmediato.

Aparto la cara.

— ¿Qué?

Los ojos están cerrados.

Tarda en abrirlos.

— No pares.

Mi corazón se acelera.

— ¿Estás segura?

Grace suelta una risa sin aire.

— Vas a preguntar siempre.

— Probablemente.

— Sigue.

Vuelvo.

Beso el cuello.

Despacio.

La mano en la cintura aprieta.

Grace me agarra la nuca.

Siento el pulso acelerado bajo la boca.

Las ganas de avanzar son casi dolorosas.

Pero esta no es la noche.

No después del miedo.

De la entrevista.

De la discusión.

No quiero que el siguiente paso ocurra solo porque ambos están cargados de emoción.

Me aparto.

Grace abre los ojos.

Confusión.

Tal vez frustración.

— ¿Por qué paraste?

— Porque quiero mucho.

Ella frunce el ceño.

— Eso no tiene sentido.

— Para mí sí.

— Explica.

Apoyo la frente en la suya.

— Hoy fue intenso.

— Sí.

— No quiero mezclar alivio, rabia y miedo con algo de lo que todavía no hablamos.

— ¿Estás decidiendo por mí?

La pregunta me hace retroceder.

— No.

— Lo parece.

— Estoy diciendo mi límite.

Grace se queda inmóvil.

La expresión cambia.

Entiende.

— De acuerdo.

— No es porque no quiera.

— Me di cuenta.

Mira hacia abajo.

Mi cuerpo está demasiado cerca para esconder.

Ella se pone roja.

— Grace.

— No hables.

Sonrío.

— De acuerdo.

— Engreído.

— Miraste.

— Era imposible no notarlo.

— ¿Eso fue un cumplido?

— No.

— Mentirosa.

Ella empuja mi pecho levemente.

La distancia aumenta.

La echo de menos de inmediato.

— Entonces ¿cuál es tu límite? — pregunta.

Vuelve la seriedad.

Pienso antes de responder.

— Besos. Toques. Parar cuando cualquiera quiera. Sin avanzar más allá de la ropa antes de hablar.

Grace asiente lentamente.

— Eso es… responsable.

— No parezcas decepcionada.

— No lo estoy.

— Tu cara.

— Tal vez un poco.

El deseo vuelve fuerte.

Me río bajo.

— Eso no ayuda.

— Estoy siendo honesta.

— Me di cuenta.

Ella me agarra la mano.

— Yo también quiero ir despacio.

— ¿Estás segura?

— Sí.

— De acuerdo.

— Pero no tan despacio que tarde otros once capítulos.

La miro.

— ¿Qué?

Grace parpadea.

— Nada.

— Eso fue raro.

— Olvídalo.

— ¿Cuántos capítulos?

— Noah.

— ¿Estás contando algo?

Ella se cubre la cara con la mano.

— Te odio.

— Mentirosa.

La atraigo de vuelta.

Grace se ríe contra mi pecho.

El sonido relaja algo dentro de mí.

Nos quedamos abrazados.

Solo eso.

Después de unos minutos, ella pregunta:

— ¿Crees que Boston va a llamar?

— Tal vez.

— ¿Cuándo?

— En los próximos días. O después de más partidos.

— ¿Estás nervioso?

— Sí.

— ¿Incluso jugando bien?

— Sobre todo.

— ¿Por qué?

— Porque ahora parece posible.

Grace aparta la cara.

— ¿Quieres Boston?

La respuesta siempre fue simple.

Hoy, pienso.

— Quiero jugar profesionalmente.

— No fue lo que pregunté.

Ella aprendió.

— Boston es una gran oportunidad.

— Tampoco fue eso.

— No lo sé.

La honestidad asusta.

— Antes lo sabías — dice ella.

— Antes no pensaba en lo que dejaría.

— Noah…

— No estoy poniendo esto sobre ti.

— Lo parece.

— La decisión todavía no existe.

— ¿Pero si existe?

— Lo hablamos.

— Tú irías.

— Probablemente.

Su rostro se cierra.

— De acuerdo.

— Y intentaría hacerlo funcionar.

— ¿Cómo?

— No lo sé.

— Distancia.

— Existen aviones.

— Entrenamientos.

— Vacaciones.

— Proyectos.

— Videollamadas.

— Eso es simplificar.

— Estoy intentando no tratarlo como imposible antes de que pase.

Grace se aparta un poco.

— No quiero ser la razón para que rechaces.

— No lo serás.

— ¿Lo prometes?

La pregunta sale firme.

— Lo prometo.

— Incluso si…

— Grace, la NHL es mi sueño.

Ella se relaja.

Solo un poco.

— De acuerdo.

— Pero tú no eres un detalle.

Su cuerpo se tensa otra vez.

— No sé qué hacer con esa frase.

— No tienes que hacer nada hoy.

— ¿Cinco minutos sin resolver?

— Exactamente.

Grace me mira.

— Estoy enseñando cosas malas.

— Las mejores.

Ella apoya la cara en mi pecho.

Abrazo.

El móvil vibra en el bolsillo.

Mi padre.

Lo ignoro.

Vibra otra vez.

Luego un mensaje.

Lo saco.

No es mi padre.

Es el entrenador Hayes.

BOSTON QUIERE UNA NUEVA CONVERSACIÓN MAÑANA. 11H.

Me quedo inmóvil.

Grace se da cuenta.

— ¿Qué fue?

Se lo muestro.

Ella lee.

Se le abren los ojos.

— Noah.

— Sí.

— Eso es bueno.

— Lo es.

— Muy bueno.

— Sí.

Grace abre una sonrisa.

Grande.

Sin protección.

— Te quieren.

— Aún no lo sabemos.

— Quieren hablar otra vez.

— Sí.

Ella me abraza.

Rápido.

Fuerte.

Su alegría me golpea más que el mensaje.

La sujeto.

— Estoy orgullosa — dice.

Se me oprime el pecho.

Mi padre dijo que lo hice bien.

El entrenador dijo liderazgo.

Los ojeadores quieren hablar.

Pero es esa frase la que entra más hondo.

— Gracias.

Grace se aparta.

— Tienes que prepararte.

— Mañana.

— Hoy.

— Son casi las once.

— Exactamente. Tenemos doce horas.

— ¿Tenemos?

Ella se da cuenta.

— Tú.

— No. Me gustó tenemos.

Se le calienta la cara.

— Puedo ayudar a repasar preguntas.

— Puedes.

— Y respuestas.

— De acuerdo.

— Sin bromas.

— Mi padre dijo lo mismo.

— Entonces él tiene razón.

— Eso se te va a subir a la cabeza.

Grace agarra el portátil.

— ¿Café?

— Sí.

— Tienes que cambiarte de ropa.

Miro la corbata.

— ¿Está mal otra vez?

— Mucho.

— Puedes quitármela.

Ella se acerca.

Sus dedos deshacen el nudo.

Despacio.

Esta vez, el gesto carga otra tensión.

Sus ojos encuentran los míos.

— Grace.

— ¿Qué?

— Si sigues así, no vamos a repasar nada.

Ella suelta la corbata.

— Concentración proporcional a la oportunidad.

— Cruel.

— Responsable.

— Eso es nuevo.

— Estoy aprendiendo.

Grace camina hacia la cocina.

Me quedo mirando.

La entrevista.

Boston.

Mi padre.

Los comentarios.

Todo sigue complicado.

Tal vez peor.

Pero ella está abriendo el portátil para ayudarme a preparar una oportunidad que puede llevarme lejos.

No está intentando retenerme.

No está pidiendo que elija.

Se está quedando a mi lado mientras la elección todavía ni siquiera existe.

Y tal vez eso sea lo que mi padre nunca entienda.

Grace no es la cosa que me hace olvidar mi futuro.

Ella es la primera persona que me hace querer construir un futuro lo bastante grande como para que quepa más que solo hockey.

CAPÍTULO 15

ENTRE SUEÑOS Y DISTANCIAS

GRACE

Nunca imaginé que pasaría un viernes por la noche simulando entrevistas para un jugador de hockey.

Mucho menos besando a ese mismo jugador entre una pregunta y otra.

— Estás distraído — digo.

Noah levanta la vista del portátil.

— Acabas de besarme.

— Hace tres minutos.

— Aún cuenta.

— No para una entrevista con Boston.

Él cruza los brazos.

— Estás siendo cruel.

— Estoy siendo útil.

— Eso duele más.

Estamos sentados uno al lado del otro en la mesa de la cocina.

Mi portátil está abierto con una lista de preguntas que encontré en entrevistas deportivas, gestión de equipos y procesos de reclutamiento.

Al lado, hay una hoja entera escrita a mano.

PUNTOS FUERTES

LIDERAZGO

DISCIPLINA

CAPACIDAD DE ADAPTACIÓN

TRABAJO EN EQUIPO

Noah observa la hoja.

— Hiciste un guion.

— Claro.

— De verdad investigaste todo esto.

— Dijiste que querías estar preparado.

— Quería.

— Ahora lo estás.

Él sonríe de esa manera tranquila que empieza a desarmar mis defensas.

— ¿Qué?

— ¿Haces esto con todo el mundo?

Frunzo el ceño.

— ¿Qué?

— Te importa de esta manera.

La pregunta parece simple.

Pero no lo es.

Miro de nuevo el portátil.

— No.

La respuesta sale antes de que pueda pensar en una versión menos reveladora.

Noah permanece en silencio.

— Gracias.

— No me des las gracias.

— Voy a darte las gracias.

— Todavía ni siquiera conseguiste el puesto.

— No te estoy dando las gracias por Boston.

Levanto la vista.

Él sigue mirándome.

— Te estoy dando las gracias porque estás compartiendo este sueño conmigo.

Se me oprime el pecho.

No respondo.

Porque cualquier respuesta parece pequeña.

Abro otro documento.

— Vamos a continuar.

— Huiste.

— Siguiente pregunta.

Noah se ríe bajo.

— De acuerdo.

Leo.

— "Cuente una situación en la que tuvo que poner al equipo por encima de su propio rendimiento."

Él piensa unos segundos.

— El pase a Mason hoy.

Niego con la cabeza.

— No.

Él frunce el ceño.

— ¿No?

— Esa respuesta parece construida para impresionar.

— Pero es verdad.

— Lo sé.

Cruzo los brazos.

— Quiero una respuesta verdadera.

— Fue verdadera.

— No completa.

Noah apoya los codos en la mesa.

— ¿Qué falta?

— El motivo.

Él permanece en silencio.

— ¿Por qué pasaste la pelota?

— Porque él estaba libre.

— Eso lo diría cualquier jugador.

— También porque era la decisión correcta.

— Aún no es suficiente.

Él sonríe.

— Eres peor que cualquier reclutador.

— Gracias.

— No era un cumplido.

— Fue recibido como uno.

Noah suspira.

Luego se pone serio.

— Porque quería ganar.

Espero.

— Hace unos meses habría intentado marcar.

Aunque no fuera la mejor opción.

— ¿Y hoy?

Él me mira.

— Hoy entendí que el liderazgo no es demostrar que puedo resolverlo todo solo.

Escribo de inmediato.

Él observa.

— ¿Te gustó?

— Mucho más.

— ¿Por qué?

— Porque esa respuesta te pertenece.

Noah inclina la cabeza.

— Haces esto a propósito.

— ¿Qué?

— Me obligas a responder como realmente pienso.

— Sí.

— Cruel.

— Y eficiente.

Él se ríe.

...

Dos horas después, Noah ya responde de manera natural.

No memoriza.

Comprende.

Esa es la diferencia.

Cuando termina una respuesta especialmente buena, levanto el pulgar.

— Mejor.

— ¿Nota?

— Ocho.

— ¿Ocho?

— Todavía interrumpiste la respuesta dos veces.

— Porque pensé en otra cosa.

Alzo una ceja.

— ¿En qué?

Noah tarda exactamente el tiempo necesario para hacerme sentir incómoda.

— En ti.

Cierro el portátil.

— Descanso de cinco minutos.

— Yo no hice nada.

— Exactamente.

Me levanto para coger agua.

Cuando vuelvo, Noah sigue mirándome.

— Esto se está volviendo perturbador.

— Todavía estoy en el descanso.

Le entrego un vaso.

— Bebe.

— Sí, señora.

Pongo los ojos en blanco.

— Sigues haciendo eso a propósito.

— Funciona.

Me siento de nuevo.

Antes de que consiga abrir el portátil, Noah me toma la mano.

No para impedir.

Solo la toma.

Miro nuestros dedos.

Luego a él.

— ¿Qué?

— Nada.

— Entonces ¿por qué me estás mirando así?

— Porque te ves bonita cuando estás concentrada.

Se me calienta la cara.

— Estás intentando distraerme.

— Estoy intentando aprovechar cinco minutos.

Me río sin querer.

— Eres imposible.

— Y tú sigues aquí.

...

A las once y media de la noche, terminamos la preparación.

Noah parece mucho más seguro.

Cierro el portátil.

— Listo.

— ¿Se acabó?

— Sí.

Él pone una expresión dramática.

— Voy a echar de menos a mi entrenadora.

— Sobrevivirás.

— Lo dudo.

Me levanto.

Estiro los hombros.

Pasé horas sentada.

Noah también se levanta.

Nos quedamos cerca.

Muy cerca.

— Grace.

— ¿Hum?

— Mañana...

Sé lo que va a preguntar.

— Va a salir bien.

— No lo sabes.

— No.

Le tomo la mano.

— Pero sé que lo mereces.

Él aprieta mis dedos.

— Eso ayuda más de lo que imaginas.

Nos quedamos unos segundos en silencio.

Hasta que Noah me toca la cara.

— ¿Puedo?

Sonrío.

— Todavía preguntas.

— Siempre voy a preguntar.

Asiento con la cabeza.

El beso sucede despacio.

Sin urgencia.

Sin ansiedad.

Es diferente de los anteriores.

Más tranquilo.

Como si estuviéramos descubriendo que no necesitamos correr.

Cuando nos separamos, Noah apoya la frente en la mía.

— Buenas noches.

— Buenas noches.

Cada uno va a su habitación.

Por primera vez desde que nos besamos, dormimos separados sin sentir que faltó algo.

Porque mañana importa.

...

Me despierto antes del despertador.

Son las seis y quince.

Preparo café.

Cuando Noah aparece, ya está vestido.

Camisa azul.

Pantalón oscuro.

Zapatos de vestir.

La corbata está completamente torcida.

Cruzo los brazos.

— Ni lo pienses.

Él sonríe.

— Ni siquiera dije nada.

— No hace falta.

Me acerco.

Deshago el nudo.

Empiezo de nuevo.

Los dedos trabajan automáticamente.

— Estás nervioso.

— Mucho.

— Bien.

Él me mira.

— ¿Bien?

— Significa que te importa.

— Pensé que ibas a decir que respirara.

— Eso es obvio.

— ¿Y ahora?

Termino el nudo.

Aliso la corbata.

— Ahora vas a recordar que nadie conoce tu historia mejor que tú.

Él permanece inmóvil.

— Esa fue buena.

— Lo sé.

Doy un paso atrás para observar el resultado.

— Ahora sí.

Noah sigue quieto.

— ¿Qué?

— ¿Puedo ganar un poco de suerte?

Pongo los ojos en blanco.

— Dijiste que yo no creía.

— Sigues sin creer.

— ¿Entonces?

— Llámalo tradición.

Me río.

Le sujeto el cuello de la camisa.

Tiro ligeramente.

Le doy un beso rápido.

Muy rápido.

Cuando intento apartarme, Noah sonríe.

— Creo que funcionó.

— Todavía ni ha empezado.

— Ya estoy más tranquilo.

Cojo su mochila.

Se la entrego.

— Vamos.

Bajamos juntos.

El campus está silencioso.

El edificio administrativo queda al otro lado.

Me detengo antes de la entrada.

— Yo me quedo aquí.

— ¿Puedes esperar?

Miro el reloj.

Tengo clase solo a las once.

— Puedo.

Su sonrisa aparece de inmediato.

— Gracias.

— Ve.

Noah entra.

Observo hasta que desaparece detrás de la puerta de vidrio.

Solo entonces me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración.

...

Cuarenta y siete minutos.

Yo cuento.

Primero intentando estudiar.

Después fingiendo responder correos.

Después solo mirando la puerta.

Cuando Noah por fin aparece, me levanto incluso antes de pensar.

Él sonríe al verme.

Pero la sonrisa no responde a mi pregunta.

Camino rápidamente hacia él.

— ¿Y entonces?

Él deja escapar un suspiro.

— Fue bien.

— ¿Bien?

— Creo que muy bien.

— ¿Crees?

— Hicieron preguntas diferentes de las que esperábamos.

Se me encoge el estómago.

— ¿Difíciles?

— Algunas.

Empezamos a caminar.

— ¿Cuáles?

— Preguntaron dónde me veo en cinco años.

— ¿Qué respondiste?

— Jugando profesionalmente.

— Bien.

— Después preguntaron quién más estaría conmigo en ese futuro.

Dejo de caminar.

— ¿Qué?

Noah asiente.

— No lo esperaba.

Mi corazón se acelera.

— ¿Y qué respondiste?

Él tarda unos segundos.

— Que espero construir una carrera de la que mi futura familia pueda sentirse orgullosa.

Se me oprime el pecho.

No sé por qué.

Tal vez sí lo sé.

Seguimos caminando.

— Fue una buena respuesta.

— Yo también lo pensé.

— ¿Alguna más?

— Preguntaron sobre el equilibrio entre la vida personal y la profesional.

Lo miro.

— Parece a propósito.

— Tal vez.

— ¿Qué respondiste?

Noah sonríe de lado.

— Que, durante mucho tiempo, pensé que el equilibrio significaba sacrificarlo todo por el deporte.

— ¿Y ahora?

Él me mira.

No responde de inmediato.

— Ahora creo que el mejor atleta también necesita saber volver a casa.

La frase me desarma.

Aparto la mirada.

— Esa respuesta...

— Fue culpa tuya.

— ¿Mía?

— Tú me hiciste pensar en eso.

Seguimos en silencio unos metros.

Hasta que mi móvil vibra.

Profesor Almeida.

Mensaje en el grupo del laboratorio.

Reunión extraordinaria a las 14 h. Presencia obligatoria.

Frunzo el ceño.

— ¿Qué pasa? — pregunta Noah.

Le muestro la pantalla.

Él lee.

— ¿Hoy?

— Sí.

— ¿Algún problema?

— No lo sé.

Se me encoge el estómago sin motivo.

Tal vez sea solo ansiedad.

Tal vez no.

...

A las dos de la tarde, el laboratorio está más lleno de lo normal.

El profesor Almeida entra acompañado por una mujer de la coordinación académica.

Eso nunca pasó.

Todos se quedan en silencio.

Ella sonríe educadamente.

— Buenas tardes.

Soy Beatriz, de la Vicerrectoría Académica.

Mi corazón se acelera.

El profesor Almeida toma la palabra.

— No es nada grave.

Algunos alumnos respiran aliviados.

Yo no.

— Recibimos algunas quejas relacionadas con la exposición de estudiantes en las redes sociales durante eventos deportivos de la

universidad.

Se me hiela la sangre.

Nadie me mira.

Todavía.

Pero mi cerebro ya conecta todas las piezas.

Las fotografías.

Los comentarios.

La entrevista.

La mujer continúa.

— Solo me gustaría reforzar que los becarios deben evitar situaciones que puedan generar conflictos de interés o interpretaciones equivocadas relacionadas con programas institucionales.

Mi corazón late fuerte.

Muy fuerte.

Ella sigue explicando.

Es una orientación general.

No menciona nombres.

Ni carreras.

Ni atletas.

Aun así, cada palabra parece dirigida a mí.

Al final de la reunión, los alumnos vuelven a conversar con normalidad.

Para ellos, fue solo un aviso.

Para mí, no.

Salgo del laboratorio con la sensación de que el suelo quedó menos firme.

Mi móvil vibra.

Noah.

¿CÓMO FUE LA REUNIÓN DEL LABORATORIO?

Miro el mensaje.

Pienso en responder de inmediato.

No puedo.

Porque, por primera vez desde que empezamos nuestro secreto...

Tengo miedo de que tal vez él no pueda seguir siendo solo un secreto.

CAPÍTULO 16

NO DECIDAS POR NOSOTROS

NOAH

Grace no responde.

En los primeros diez minutos, intento no pensar en ello.

En los veinte siguientes, fallo.

A las dos y veintisiete, mando otro mensaje.

¿ESTÁ TODO BIEN?

Lo ve casi de inmediato.

No responde.

Eso es peor.

Estoy en el pasillo del centro deportivo, esperando a que el entrenador termine una reunión. Hay jugadores pasando, empleados cargando cajas y un grupo de novatos discutiendo cerca de las taquillas.

Nada exige mi atención.

Aun así, miro el móvil como si la pantalla pudiera explicar el silencio.

Grace siempre responde.

Aunque sea con una palabra.

Aunque sea para quejarse de mi puntuación.

Cuando no quiere hablar, lo dice.

Cuando está ocupada, avisa.

Ver y desaparecer no va con ella.

Llamo.

La llamada suena cuatro veces.

Luego va al buzón de voz.

Se me encoge el estómago.

Ryan sale del vestuario con la mochila al hombro.

—¿Estás esperando a que alguien muera?

Levanto la vista.

—¿Qué?

—Estás mirando el teléfono como si hubieras recibido una amenaza.

—Grace no responde.

Él reduce el paso.

—¿Desde hace cuánto?

—Cuarenta minutos.

—Noah.

—Lo vio.

—Puede estar en clase.

—La reunión ya terminó.

—¿Cómo lo sabes?

—Le mandé un mensaje.

Ryan me observa durante unos segundos.

—Estás peor de lo que pensé.

—Algo pasó.

—O se ocupó.

—Lo vio.

—Ya lo dijiste.

Me paso la mano por el pelo.

—La reunión era obligatoria y extraordinaria.

—Tal vez fue larga.

—Ella preguntó cómo fue Boston. Yo respondí. Después mandé sobre su reunión. Nada.

Ryan se apoya en la pared.

—Estás a punto de ir hasta el laboratorio, ¿no?

—Sí.

—Entonces ¿por qué sigues aquí?

Miro la puerta del despacho del entrenador.

Hayes pidió que esperara.

Boston puede haber enviado alguna información.

Tal vez sea importante.

Grace también lo es.

—Porque el entrenador quiere hablar conmigo.

—Entonces espera cinco minutos.

—Ya van once.

—¿Los contaste?

—Sí.

Ryan suelta el aire.

—Eso es preocupante.

La puerta se abre.

Hayes aparece.

—Sullivan.

Guardo el móvil.

—Sí.

—Entra.

Miro otra vez la pantalla.

Nada.

Sigo.

...

El entrenador cierra la puerta.

Sobre la mesa, hay una tableta, dos carpetas y una botella de agua.

Hayes señala la silla.

—Siéntate.

Obedezco.

No empieza de inmediato.

Eso aumenta la ansiedad.

—Boston llamó —dice.

Todo mi cuerpo se pone alerta.

—¿Y?

—Les gustó la conversación.

El corazón se acelera.

—Bien.

—Les gustó el partido, sobre todo después del primer periodo.

—Bien.

—El director de desarrollo quiere invitarte a una evaluación de tres días durante la pausa académica del próximo mes.

Me quedo inmóvil.

—¿En Boston?

—Sí.

El sueño está dentro de esa frase.

Años de entrenamiento.

Horas antes de las clases.

Fines de semana perdidos.

Dolores ignorados.

Elecciones hechas incluso antes de tener edad suficiente para entender.

Boston.

Tres días.

Evaluación presencial.

—¿Esto es oficial? —pregunto.

—Aún van a enviar la documentación.

—Pero quieren que vaya.

—Quieren.

Me sale una sonrisa.

No consigo impedirlo.

Hayes extiende la mano.

—Felicidades.

La estrecho.

—Gracias.

—Aún no es contrato.

—Lo sé.

—No es garantía.

—Lo sé.

—Pero es grande.

—Mucho.

Él sonríe.

—Entonces deja de responder como si estuvieras en un funeral.

Miro el móvil sobre mi pierna.

Hayes acompaña.

—¿Algún problema?

—No.

—Mentirosa es la palabra de la chica, ¿no?

Levanto la cara.

—¿Qué?

—Ryan habla demasiado.

Claro.

—Está todo bien.

—Entonces mira como alguien que acaba de recibir la mejor noticia de su carrera.

Lo intento.

No funciona.

—Ella no respondió —admito.

Hayes se recuesta.

—¿Grace?

—Sí.

—¿Desde hace cuánto?

—Casi una hora.

—¿Y eso es anormal?

—Sí.

Él se queda en silencio.

No se ríe.

No minimiza.

—Su reunión puede haber sido complicada.

—Eso pensé.

—Entonces ve a averiguarlo.

Lo miro.

—¿Y Boston?

—La documentación llega hoy. Tenemos tiempo para hablar mañana.

—¿Seguro?

—Sullivan, una buena oportunidad no desaparece porque te tomaste una hora para comprobar si alguien importante está bien.

La frase me sorprende.

Tal vez porque no espero ese tipo de respuesta de un entrenador.

—Mi padre diría lo contrario.

—Tu padre no es tu entrenador.

El tono cierra la discusión.

Hayes junta las carpetas.

—Ve.

Me levanto.

—Gracias.

—¿Y Sullivan?

Me detengo en la puerta.

—¿Sí?

—No conviertas la preocupación en exigencia.

Asiento.

—No lo haré.

No estoy seguro de poder.

Pero lo intentaré.

...

El laboratorio está vacío.

La puerta principal está cerrada.

Miro por la pequeña ventana.

Luces apagadas.

Mesas vacías.

Ninguna Grace.

Llamo de nuevo.

Esta vez, suena solo dos veces antes de ser rechazada.

Ella rechazó.

El miedo se vuelve irritación.

No porque no atendió.

Porque ahora sé que está eligiendo no hablar.

Mando un mensaje.

ESTOY EN EL LABORATORIO. ¿DÓNDE ESTÁS?

La respuesta llega un minuto después.

EN LA BIBLIOTECA.

Solo eso.

Voy.

...

Encuentro a Grace en el tercer piso, en una mesa cerca de las ventanas.

El portátil está abierto.

Ninguna línea cambia en la pantalla.

Ella sostiene un bolígrafo quieto sobre un cuaderno.

No está trabajando.

Me acerco.

Grace se da cuenta antes de que yo hable.

Los hombros se ponen rígidos.

—Viniste hasta aquí.

—Sí.

—No hacía falta.

—Hacía falta para mí.

Ella mira alrededor.

Hay pocas personas.

Aun así, cierra el portátil.

—Podemos hablar en el apartamento.

—Rechazaste mi llamada.

—No podía hablar.

—Estabas en la biblioteca.

—Exactamente.

—Podrías haber respondido.

—Respondí después.

—Grace.

La voz sale más dura de lo que pretendía.

Ella mira rápidamente a las otras mesas.

Bajo el tono.

—Lo siento.

—No hagas una escena.

—No la estoy haciendo.

—Estás irritado.

—Estoy preocupado.

—No hace falta.

—No decidas lo que me hace falta.

La frase queda suspendida.

Grace recoge el cuaderno.

—Vamos a salir.

Caminamos en silencio.

Ella va delante.

No intento tocar.

No aquí.

No ahora.

Bajamos las escaleras y salimos por la puerta lateral.

El campus está concurrido.

Grace sigue caminando.

—¿Adónde vamos? —pregunto.

—Al apartamento.

—¿Puedes decirme qué pasó antes?

—No aquí.

—Nadie está escuchando.

—No lo sabemos.

La respuesta me da la primera pista real.

Rumores.

Universidad.

Beca.

Acelero hasta quedar a su lado.

—¿La reunión fue sobre nosotros?

Grace no responde.

—¿Lo fue?

—No directamente.

—¿Qué significa?

—Significa que no citaron nombres.

—Entonces ¿por qué crees que era sobre nosotros?

—Porque hablaron de exposición de estudiantes en redes sociales, eventos deportivos, becarios y conflictos de interés.

Se me encoge el estómago.

—Eso puede ser general.

—Puede.

—¿Fue general?

—Lo parecía.

—Entonces…

—También parecía demasiado específico.

La ansiedad en su rostro ahora es evidente.

La irritación pierde fuerza.

—¿Alguien habló contigo después?

—No.

—¿Dijeron tu nombre?

—No.

—¿Mencionaron el programa de vivienda?

—No.

—Entonces no hay acusación.

Grace se detiene.

—Todavía.

La palabra me recuerda a mi padre.

Se me cierra el pecho.

—No hagas eso.

—¿Qué?

—Convertir una posibilidad en sentencia.

—No entiendes.

—Entonces explícame.

Ella mira alrededor.

La gente pasa.

Dos estudiantes reconocen.

Reducen el paso.

Grace se da cuenta.

Vuelve a caminar.

—En el apartamento.

...

En cuanto entramos, Grace cierra la puerta.

Echa la llave.

Normalmente, el sonido significa otra cosa.

Hoy, parece una barrera.

Deja la mochila en la silla.

Yo me quedo en medio de la sala.

—Ahora habla.

—No necesitas usar ese tono.

—¿Qué tono?

—Como si yo hubiera hecho algo mal.

—Ignoraste mis mensajes.

—Porque necesitaba pensar.

—Podrías haberlo dicho.

—Sabía que vendrías.

—Exactamente.

Grace se gira.

—Y no quería que vinieras.

La frase golpea.

—¿Por qué?

—Porque acabas de salir de una reunión importante.

—Y tú estabas mal.

—No es tu responsabilidad.

—No hables como si fuéramos desconocidos.

—No lo somos.

—Entonces ¿por qué me dejaste imaginando?

—Porque no quería arruinarte el día.

—No tenías derecho a elegir eso.

—Noah…

—Te enfadaste cuando escondí las fotos para no arruinar la clase.

Ella se queda en silencio.

—Dijiste que decidí por ti —continúo—. Ahora hiciste lo mismo.

—Es diferente.

—¿Por qué?

—Porque Boston puede cambiar tu vida.

—¿Y mi preocupación por ti no puede existir el mismo día?

—No de esa manera.

—¿De qué manera?

—Saliste del entrenamiento, fuiste al laboratorio y luego a la biblioteca.

—Sí.

—¿Y si el entrenador te necesitaba?

—Me dejó ir.

—¿Y si Boston llamaba?

—Mi teléfono estaba conmigo.

—¿Y si tu padre se enterara?

—Grace, para.

—No puedo.

Se pasa las manos por el pelo.

—Fue exactamente de eso de lo que hablaron.

—No te mencionaron.

—No necesitan.

—Necesitan para hacer cualquier cosa oficial.

—No lo sabes.

—Tú tampoco.

—Pero soy yo quien puede perder la beca.

La voz sube.

Ella cierra los ojos de inmediato.

Respira.

Cuando vuelve a hablar, está más baja.

—Soy yo quien puede perderlo todo.

La frase me golpea hondo.

—¿Crees que no entiendo eso?

—No de la misma forma.

—Entonces explícame.

—Si la universidad decide que existe conflicto, pierdo la vivienda. Tal vez la beca. Tal vez el puesto en el laboratorio. Tú sigues siendo el capitán. Sigues con Boston. Sigues con la gente defendiendo que solo se enamoró de la chica equivocada.

La última parte me congela.

—No digas eso.

—Es verdad.

—No lo es.

—Para ti, no.

—Para mí tampoco.

—Pero el riesgo es desigual.

—Lo sé.

—Entonces no puedes pedirme que actúe como si fuera simple.

—Nunca lo pedí.

—Lo pediste cuando dijiste que el secreto duele.

—Dije cómo me siento.

—Y ahora necesito tener eso en cuenta junto con todo lo que puedo perder.

—Sí.

—Eso significa que tengo menos libertad.

—Sí.

—Entonces ¿por qué estás discutiendo?

—Porque estás usando el riesgo para alejarte de mí sin decirlo.

Grace se queda inmóvil.

—No lo estoy.

—Lo estás.

—No dije que quiero alejarme.

—No respondiste. Rechazaste la llamada. Dijiste que no querías que fuera hasta ti.

—Porque necesitaba pensar.

—¿En qué?

Ella aparta la mirada.

—Grace.

—En cómo impedir que esto empeore.

—¿Esto qué?

—Los rumores.

—No nosotros.

—Las dos cosas están ligadas.

—No tiene por qué estarlo.

—Claro que tiene.

—Podemos reducir la exposición sin acabar.

—No hables como si ya lo hubiéramos decidido.

El corazón se acelera.

—¿Decidido qué?

Ella se queda en silencio.

Aparece el miedo.

Claro.

Nítido.

—¿Estás pensando en terminar?

La palabra parece equivocada porque nunca definimos del todo el comienzo.

Aun así, es exactamente eso.

Grace me mira.

—No lo sé.

La respuesta corta.

Doy un paso atrás.

—No lo sabes.

—Estoy intentando ser racional.

—No. Estás intentando huir antes de que pase algo.

—No puedes reducirlo todo a miedo.

—Puedo cuando es miedo.

—Es responsabilidad.

—Responsabilidad sería hablar conmigo.

—Estamos hablando.

—Después de que yo te buscara.

—Porque sabía que reaccionarías así.

La rabia vuelve.

—¿Así cómo?

—Como si cualquier intento de cautela fuera rechazo.

—Acabas de decir que no sabes si quieres seguir.

—No fue eso lo que dije.

—Fue exactamente eso.

—Dije que no sé qué hacer.

—Entonces hazlo conmigo.

Grace mira.

—¿Qué?

—Deja de intentar resolverlo sola.

—Es mi beca.

—Es nuestra relación.

La palabra queda suspendida.

Relación.

No secreto.

No situación.

No lo que estamos haciendo.

Relación.

Grace parece sentir el peso.

—No sé si puedo llamarlo así —dice.

Se me encoge aún más el pecho.

—¿Por qué?

—Porque eso hace que todo sea más real.

—Ya es real.

—Para ti.

—Para ti también.

—No lo sabes.

—Lo sé cuando me buscas en el sofá. Cuando echas la llave. Cuando me echas de menos. Cuando vas al partido incluso con miedo. Cuando me ayudas a preparar Boston como si mi futuro te importara.

—Me importa.

—Entonces no digas que solo es real para mí.

Grace respira rápido.

—Eso no elimina el riesgo.

—No quiero eliminarlo.

—Entonces ¿qué quieres?

—Que dejes de decidir por nosotros.

Silencio.

Ella mira al suelo.

—Solo quería protegerte.

La frase me desarma porque es la misma justificación que usé.

—No necesito que me protejan de ti.

—Tal vez sí.

—No.

—Tu primer periodo ayer…

—Fue mi responsabilidad.

—Tu padre cree…

—Mi padre cree que todo lo que no controla es una amenaza.

—Los ojeadores vieron.

—También vieron el resto del partido.

—No puedes seguir distrayéndote.

—Entonces aprendo.

—¿Y si no aprendes?

—Yo lidio con la consecuencia.

—Eso es irresponsable.

—No. Irresponsable sería culparte a ti por una elección mía.

Grace se queda callada.

Me acerco un paso.

No más.

—Tú no eres responsable de mi carrera.

—Pero puedes influir.

—Claro que influyes.

—Entonces…

—Todo influye. Mi padre. Mi entrenador. Ryan. La presión. El miedo. Eso no significa que tenga que quitar todo de mi vida para jugar.

—Yo no soy todo.

—No fue eso lo que dije.

—Lo parece.

—Tú importas.

—Ese es exactamente el problema.

La frase sale quebrada.

No por rabia.

Por miedo.

—¿Por qué?

Grace cierra los ojos.

—Porque a mí también me importas.

El aire cambia.

—Entonces no te vayas —digo.

Ella los abre.

Hay lágrimas contenidas.

—No lo hagas parecer fácil.

—No lo es.

—Para ti, tal vez.

—Grace, acabo de recibir una invitación de Boston y la única persona a la que quise contárselo primero fuiste tú.

Ella se queda inmóvil.

—¿Qué?

Me doy cuenta de que aún no lo dije.

La discusión se lo tragó.

—Boston quiere que vaya a una evaluación de tres días el próximo mes.

Los ojos se abren de par en par.

—Noah.

—Sí.

—Eso es…

—Grande.

—Mucho.

La alegría aparece por un segundo.

Luego vuelve el miedo.

—Y estás aquí discutiendo conmigo.

—Porque tú importas.

—Deberías estar celebrando.

—Quería celebrarlo contigo.

—Eso es lo que no entiendes.

—Entonces explícame.

Se limpia rápido una lágrima que se escapa.

—Recibiste la mayor oportunidad de tu vida y corriste detrás de mí porque no respondí durante una hora.

—Sí.

—¿No ves cómo eso puede volverse peligroso?

—Veo cómo puede volverse importante.

—No es lo mismo.

—Tal vez lo sea.

—No.

—¿Por qué?

Grace aparta la mirada otra vez.

—Porque las personas importantes pueden perderse.

La respuesta es tan baja que casi no la oigo.

Todo dentro de mí se detiene.

El padre.

La enfermedad.

Las bolsas de emergencia.

El control.

La necesidad de prever.

No es solo la universidad.

No es solo la beca.

Es el miedo antiguo usando un problema real para parecer lógico.

Me acerco despacio.

—Grace.

Ella levanta la mano.

—No.

Me detengo.

—No me abraces ahora.

—De acuerdo.

—Porque si haces eso, voy a olvidar lo que necesito pensar.

—¿Y qué necesitas pensar?

—Si puedo seguir sabiendo que puedes irte.

La frase me golpea.

—¿Esto es por Boston?

—También.

—Ya sabías que yo quería la NHL.

—Saberlo como posibilidad era diferente.

—Ahora parece real.

—Sí.

—Entonces quieres terminar antes de que yo pueda ir.

—No lo sé.

—Para no ser dejada.

—No lo digas así.

—Pero es eso.

—No es justo.

—Es verdad.

Ella gira la cara.

Las lágrimas ahora aparecen.

Aun así, no me acerco.

Ella lo pidió.

Respeto.

Aunque duela.

—Mi padre murió —dice—. Yo organicé todo. Los medicamentos. Los horarios. Las consultas. Las emergencias. Y no sirvió.

Me quedo en silencio.

—Después prometí que nunca más dependería de alguien que pudiera desaparecer.

—Yo no soy tu padre.

—Lo sé.

—Y Boston no es muerte.

—Lo sé.

—Entonces…

—Pero la sensación no lo sabe.

La honestidad pesa.

Respira.

—Puedes ir. Puedes ser elegido. Puedes construir una vida en otra ciudad. Y yo voy a seguir aquí, intentando terminar una carrera, mantener la beca, construir algo que no depende de nadie.

—Puedes depender un poco de mí.

Grace niega con la cabeza.

—No quiero.

La frase duele.

Ella se da cuenta.

—No porque no confíe.

—Lo parece.

—Porque confiar da poder para hacer daño.

—Y evitar la confianza también hace daño.

—Menos.

—¿Estás segura?

Ella no responde.

—Estás sufriendo ahora —digo.

—Porque esto se hizo grande demasiado rápido.

—No se hizo grande rápido. Solo tardamos en admitirlo.

—No es mejor.

—Para mí sí.

—Claro.

La rabia vuelve a su voz.

—Tú siempre sabes lo que quieres.

—No siempre.

—En el hielo, en la carrera, conmigo.

—Contigo, pasé semanas esperando una frase.

—Y ahora quieres otra.

—Quiero que digas si te vas.

Grace se aprieta los brazos alrededor del propio cuerpo.

—No lo sé.

—Entonces no te vayas hoy.

Ella mira.

—¿Qué?

—No necesitas decidirlo todo ahora.

—Tú odias la incertidumbre.

—Aprendí contigo que cinco minutos sin resolver pueden ayudar.

Casi aparece una sonrisa frágil.

No dura.

—Esto no son cinco minutos.

—Entonces una noche.

—¿Y mañana?

—Hablamos.

—¿Y Boston?

—También.

—Deberías estar feliz.

—Lo estoy.

—No lo parece.

—Porque la felicidad no borra el miedo.

La frase parece sorprenderla.

—Estoy feliz por Boston —continúo—. Y tengo miedo de perderte. Las dos cosas caben.

Grace me mira.

—¿Cómo lo consigues?

—No lo consigo bien.

—Exactamente.

—Pero no necesito eliminar una para sentir la otra.

Ella respira lentamente.

—Necesito pensar.

—¿Sola?

La pregunta sale con más dolor del que quisiera.

—Sí.

Asiento.

—De acuerdo.

Doy un paso hacia el pasillo.

Grace se mueve.

—¿Adónde vas?

—A mi habitación.

—No hace falta.

—Pediste espacio.

—No para desaparecer.

Me detengo.

Me giro.

—Entonces ¿qué quieres?

Ella no lo sabe.

Lo veo en su cara.

—Quiero que te quedes en el apartamento —dice.

—¿Solo eso?

—Por ahora.

—De acuerdo.

Voy a la habitación.

Antes de entrar, miro otra vez.

Grace está en medio de la sala.

Pequeña.

Asustada.

Quiero volver.

Abrazar.

Decir que no voy a ninguna parte.

Pero sería mentira.

Puedo ir a Boston.

Puedo jugar en otra ciudad.

Puedo perder.

Ella también.

No quiero prometer una permanencia imposible.

Quiero prometer elección.

Solo no sé si ella está lista para oírlo.

Cierro la puerta.

...

No consigo quedarme en la habitación.

Lo intento.

Me siento en la cama.

Abro el mensaje del entrenador.

Luego el correo que llegó de Boston.

Lo leo dos veces.

EVALUACIÓN DE DESARROLLO

TRES DÍAS

INSTALACIONES DEL EQUIPO

ENTREVISTAS TÉCNICAS

EVALUACIÓN FÍSICA

Es real.

Mi sueño está en una pantalla.

Debería llamar a mi padre.

Probablemente ya lo sabe.

Debería mandar un mensaje a Ryan.

Debería celebrarlo.

En lugar de eso, pienso en Grace sola en la sala.

Cuarenta minutos después, salgo.

Ella está en el sofá.

Portátil cerrado sobre las piernas.

Ojos rojos.

Hay dos tazas de café en la mesa.

Una para mí.

El gesto me aprieta el pecho.

—¿Puedo sentarme? —pregunto.

Grace asiente.

Me siento en el otro extremo.

Distancia suficiente.

—Leí el correo —digo.

—¿Y?

—Evaluación física, entrevistas y entrenamientos.

—¿Cuándo?

—Dentro de cuatro semanas.

—Durante la pausa.

—Sí.

—¿Vas a ir?

—Sí.

La palabra sale firme.

Grace baja la mirada.

—De acuerdo.

—¿Querías que dijera que no?

Ella mira rápido.

—Nunca.

—Entonces ¿por qué pareces triste?

—Porque estoy feliz.

—Eso no tiene sentido.

—Acabas de decir que dos cosas caben.

Usó mi frase.

—De acuerdo.

—Estoy feliz por ti y triste porque eso hace posible la distancia.

—Posible. No segura.

—Pero probable.

—Tal vez.

—No quiero pedirte que te quedes.

—No voy a pedir permiso para ir.

La frase sale más dura de lo que pretendía.

Grace se tensa.

—Lo sé.

—Perdón.

—No. Tienes razón.

—No quería convertirlo en un enfrentamiento.

—Pero es una decisión tuya.

—Sí.

—Y mi beca es una decisión mía.

—No es lo mismo.

—¿Por qué?

—Porque aceptar Boston es elegir una oportunidad. Alejarme por miedo es elegir una pérdida antes de que ocurra.

Grace se queda en silencio.

—¿No crees que es una simplificación? —pregunta.

—Tal vez.

—Yo puedo perder concretamente.

—Y puede que no pierdas nada.

—No lo sabemos.

—Entonces buscamos información.

Ella frunce el ceño.

—¿Cómo?

—Hablamos con la coordinación.

—No.

—¿Por qué?

—Eso llama la atención.

—Entonces con alguien confidencial.

—¿Quién?

—Orientador. Oficina de becas. Un consejero.

—¿Y decir qué? ¿Que la becaria está besando al compañero de apartamento porque la universidad se equivocó con la vivienda?

—Tal vez no haga falta mencionar beso.

—Entonces no tendremos una respuesta real.

—Podemos preguntar por reglas.

Grace mira el portátil.

—Yo busqué.

—¿Y?

—El reglamento habla de conflicto de interés, conducta y uso indebido de beneficios. No habla de relaciones entre estudiantes en el mismo programa de vivienda.

—Entonces no estamos violando una regla explícita.

—Pero pueden interpretar.

—Todo puede interpretarse.

—Eso no ayuda.

—Entonces encontremos hechos.

Ella me mira.

—Quieres convertir esto en un proyecto.

—Aprendí de una científica de la computación.

La comisura de su boca sube.

Poco.

—No es gracioso.

—No.

—Pero es mejor que terminar basándonos en una reunión vaga.

La palabra terminar pesa.

Grace sostiene la taza.

—No quiero terminar.

Mi corazón se detiene por un segundo.

—Entonces ¿por qué dijiste que no lo sabías?

—Porque pensé que debía.

—¿Debías qué?

—Hacer lo responsable.

—¿Aunque no quieras?

—Sobre todo.

—Eso no es responsabilidad. Es castigo.

—¿Para quién?

—Para los dos.

Ella se queda callada.

—¿Quieres seguir? —pregunto.

Grace me mira.

Esta vez, no aparta la mirada.

—Quiero.

El alivio es tan fuerte que necesito respirar.

—Entonces empezamos por eso.

—No lo resuelve.

—No. Pero orienta.

—Hablas como yo.

—Aterrador.

Casi sonríe.

—¿Y las reglas?

—Las mantenemos.

—Más rígidas.

—Podemos discutirlo.

—Nada de gestos en los partidos.

—Eso va a doler.

—Noah.

—De acuerdo.

—Nada de entrevistas ambiguas.

—No voy a negarlo.

—No necesitas negarlo. Puedes decir que prefieres no comentar.

—Parece razonable.

—Nada de buscarme durante reuniones importantes.

—No.

Grace frunce el ceño.

—¿No?

—No acepto una regla que me impida comprobar si estás bien.

—No puedes abandonarlo todo.

—No abandoné.

—Puede pasar.

—Entonces decidimos caso por caso.

—Eso es vago.

—Situación variable.

Ella reconoce sus propias palabras.

—Eres irritante.

—Compartimos.

El silencio se vuelve más ligero.

Aún frágil.

Pero respirable.

—Quiero otra cosa —digo.

—¿Qué?

—No desaparezcas.

Grace mira la taza.

—Yo no desaparecí.

—Rechazaste la llamada y me dejaste sin saber.

—Necesitaba pensar.

—Puedes decir eso.

—Vendrías igual.

—Tal vez.

—Exactamente.

—Pero sabría que estabas a salvo.

Ella asiente.

—De acuerdo.

—Y si piensas en terminar…

—Noah.

—Me lo dices antes de decidir.

Su rostro cambia.

—Yo no decidí.

—Lo sé. Pero casi intentaste hacerlo sola.

—Lo siento.

La palabra es baja.

Sincera.

—Yo también.

—¿Por qué?

—Por convertir tu demora en abandono. Por enfadarme antes de entender.

Grace mira.

—Pensaste que yo había desistido.

—Sí.

—Otra vez.

—Sí.

—Por el partido también.

—Sí.

—Eso es un problema.

—Lo sé.

—No puedo prometer estar siempre.

—No quiero eso.

—Lo parece.

—Quiero aprender a no concluir lo peor.

—¿Cómo?

—No lo sé.

—Excelente plan.

—Puedes ayudar.

—Eso suena a trabajo.

—Las relaciones son trabajo.

Ella se queda inmóvil.

Otra vez la palabra.

—Relación —repite.

—Sí.

—¿Estás definiendo?

—Estoy preguntando.

Mi corazón se acelera de una manera diferente.

No lo planeé.

Tal vez debería.

Pero ya pasamos el punto de fingir.

—Grace, ¿qué somos?

Ella respira.

—Elegiste el peor momento.

—Tal vez.

—Acabamos de casi terminar algo que ni definimos.

—Exactamente por eso.

—Noah…

—No estoy pidiendo un anuncio. Ni un cambio de regla. Solo quiero saber si puedo llamarte mi novia cuando estemos solos.

Su cara se pone roja.

—Esa es una pregunta muy específica.

—Aprendí.

—¿Y si digo que no?

—Seguimos hablando.

—Te vas a sentir herido.

—Sí.

—Pero vas a respetarlo.

—Siempre.

Grace mira nuestras manos separadas sobre el sofá.

Luego me mira a mí.

—Yo no sé hacer esto.

—¿Salir?

—Depender. Compartir decisión. Pensar en alguien antes de elegir.

—Yo también estoy aprendiendo.

—Tú pareces mejor.

—Estoy fingiendo.

Ella suelta una risa débil.

—Mentirosa.

—Por fin la usaste.

Grace respira hondo.

—No quiero que seas solo mi compañero de apartamento.

Mi corazón late fuerte.

—De acuerdo.

—Ni solo alguien a quien beso a escondidas.

—De acuerdo.

—Y no quiero terminar.

—Mejor aún.

—Deja de interrumpir.

—Perdón.

Ella aprieta los dedos.

—Creo que quiero intentar llamar a esto una relación.

La sonrisa aparece antes de que la controle.

—¿Crees?

—Noah.

—De acuerdo.

Espero.

Grace pone los ojos en blanco.

—Sí.

—¿Sí qué?

Ella cierra los ojos.

—Eres insoportable.

—Necesito oírlo.

Cuando los abre, hay miedo.

Pero también elección.

—Sí, quiero ser tu novia.

Todo dentro de mí se relaja.

Las ganas son de cruzar el sofá.

No lo hago.

—¿Puedo acercarme?

Grace asiente.

—Puedes.

Me muevo despacio.

Me siento a su lado.

No toco todavía.

—¿Puedo abrazarte?

—Puedes.

Los brazos se cierran alrededor de ella.

Grace encaja contra mi pecho.

Suelta el aire como si lo hubiera estado conteniendo durante horas.

Le beso el pelo.

Nada más.

Ella pidió espacio antes.

Incluso ahora, quiero que elija cada paso.

—Novia —murmuro.

Grace aprieta mi camiseta.

—Solo en privado.

—Lo sé.

—Sin cambiar las reglas.

—Lo sé.

—Sin contárselo a nadie más que a Ryan y Ethan.

—De acuerdo.

—Y Daniel no necesita saberlo.

—Lo acuerdo con mucha fuerza.

Ella se ríe contra mí.

El sonido es pequeño.

Pero real.

—Celoso.

—Mucho.

Nos quedamos así unos minutos.

El mundo no está resuelto.

La universidad sigue existiendo.

Boston sigue a cuatro semanas.

Su miedo sigue.

El mío también.

Pero ahora tenemos una palabra.

No oculta el riesgo.

No garantiza futuro.

Solo le da nombre a lo que elegimos en el presente.

Grace aparta la cara.

—Felicidades por Boston.

—Gracias.

—Quería haberlo dicho antes.

—Lo estás diciendo ahora.

—Estoy orgullosa.

Se me aprieta el pecho.

—Quería celebrarlo contigo.

—Aún puedes.

—¿Cómo?

Ella mira la puerta.

—Está con llave.

El cuerpo reacciona de inmediato.

—¿Eso es una invitación?

—A celebrar.

—¿De forma proporcional a la oportunidad?

La cara se calienta.

—Tal vez.

—Grace.

—¿Qué?

—Necesito una definición más clara.

Ella me agarra la nuca.

El acercamiento viene de ella.

—Besa a tu novia, Noah.

No necesito preguntar otra vez.

Mi boca encuentra la suya.

El beso empieza despacio.

Pero lo lleva todo.

El miedo.

El alivio.

La discusión.

Boston.

La beca.

La palabra nueva.

Novia.

Grace me tira más cerca.

Mi mano encuentra la cintura.

La otra toca la cara.

No hay urgencia por avanzar.

Solo necesidad de confirmar que aún estamos aquí.

Cuando nos separamos, ella mantiene la frente en la mía.

—Aún tengo miedo —admite.

—Yo también.

—Eso no suena muy romántico.

—Suena honesto.

—¿Y mañana?

—Buscamos información.

—¿Juntos?

—Juntos.

Grace asiente.

—De acuerdo.

El móvil vibra sobre la mesa.

Mi padre.

Luego el entrenador.

Luego Ryan.

El mundo quiere entrar.

Miro a Grace.

—Necesito contar lo de Boston.

—Cuenta.

—A mi padre también.

—Sí.

—¿No vas a desaparecer?

La pregunta sale antes de que consiga evitarlo.

Ella se da cuenta.

—No.

—¿Lo prometes?

Grace piensa.

No da una promesa imposible.

—Prometo decir cuando necesite espacio.

Eso es mejor.

—Acepto.

Le beso la frente.

Cojo el móvil.

Hay un mensaje de Ryan.

HAYES DIJO QUE BOSTON LLAMÓ. ¿ESTÁS VIVO?

Respondo:

SÍ. VOY A LA EVALUACIÓN.

Él envía de inmediato:

¿Y GRACE?

La miro.

Está abriendo el portátil.

Probablemente ya buscando reglamentos.

Sonrío.

Respondo:

TAMBIÉN.

Ryan tarda.

¿TAMBIÉN VA A BOSTON?

Pongo los ojos en blanco.

NO. ESTAMOS BIEN.

Tres puntos.

¿USTEDES POR FIN ESTÁN SALIENDO?

Miro a Grace otra vez.

—Ryan preguntó si estamos saliendo.

Ella se congela.

—¿Qué vas a responder?

—¿La verdad?

—Noah.

—Él ya lo sabe.

—No oficialmente.

—¿Puedo?

Grace piensa.

Luego asiente.

—Puedes.

Sonrío.

SÍ. PERO ES SECRETO.

La respuesta llega en segundos.

SOBREVIVÍ PARA VER ESTE DÍA.

Otra:

FELICIDADES POR BOSTON Y POR CONSEGUIR UNA NOVIA MÁS INTELIGENTE QUE TÚ.

Bloqueo.

—Te mandó felicidades.

—¿Por Boston?

—También.

Grace se cubre la cara.

—Esto fue un error.

—Demasiado tarde.

—Te gusta mucho esa frase.

—Porque funciona.

Ella baja la mano.

La sonrisa aún está ahí.

Pequeña.

Cansada.

Pero verdadera.

Y, por primera vez desde que Boston llamó, consigo sentir la felicidad entera.

No porque el miedo haya desaparecido.

No desapareció.

Pero porque ahora no necesito elegir entre celebrar mi futuro y cuidar lo que tenemos.

Puedo hacer las dos cosas.

Aún no sé en qué ciudad voy a vivir.

No sé qué hará la universidad.

No sé si la distancia será real.

No sé si estamos preparados.

Solo sé que, cuando Grace intentó decidir sola, casi perdimos algo antes de que el mundo pudiera amenazar.

Ahora tenemos una regla más importante que todas las demás.

Ninguno de los dos decide por el otro.

Y, mientras consigamos recordarlo, tal vez exista una oportunidad de construir un futuro que no obligue a nadie a desaparecer.

CAPÍTULO 17

LO QUE LAS REGLAS NO DICEN

GRACE

Tener un novio no cambia nada.

Esa es la primera mentira que me cuento a mí misma a la mañana siguiente.

La segunda es que consigo trabajar normalmente mientras Noah prepara café sin camiseta.

— Ponte una camiseta.

Él mira su propio cuerpo.

— ¿Esa regla todavía existe?

— Principalmente ahora.

— ¿Por qué?

— Porque tengo una reunión importante.

— ¿Y mi pecho interfiere?

— Mucho.

Su sonrisa aparece de inmediato.

— Grace Mitchell admite de nuevo que se siente distraída por mí.

— No uses esa frase.

— Ya es la segunda vez.

— No significa que puedas registrarlo.

— Demasiado tarde.

Él pone una taza delante de mí.

Luego se inclina para besarme la frente.

Miro hacia la ventana de la cocina.

— ¿Qué fue? — pregunta.

— Nada.

— Miraste hacia afuera.

— Hábito.

— Estamos en el tercer piso.

— Todavía hay edificios enfrente.

Noah sigue mi mirada.

Las ventanas del edificio más cercano están demasiado lejos para que alguien vea cualquier cosa.

Aun así, se aparta.

No parece irritado.

Eso lo empeora.

— No necesitas hacer eso — digo.

— Te sentiste incómoda.

— Solo pensé.

— Y yo respeté.

— Pero…

— Grace.

La voz es calmada.

— No necesitas sentirte culpable cada vez que yo respete una regla.

Bajo la mirada al café.

— Parece injusto.

— ¿Qué?

— Tienes que cambiar de posición porque yo tengo miedo.

— Yo cambiaría de posición si estuviera bloqueando la luz.

— No es lo mismo.

— Para mí, en este momento, lo es.

Él por fin se pone una camiseta.

Negra.

Ajustada.

No lo resuelve completamente.

— ¿Mejor? — pregunta.

— Un poco.

— Mentirosa.

Abro el portátil.

— Necesitamos organizar lo que vamos a preguntar.

Noah se sienta frente a mí.

— Ya lo organizaste.

Claro que lo organicé.

La lista está dividida en tres temas.

BECA ACADÉMICA

PROGRAMA DE VIVIENDA

CONFLICTO DE INTERÉS

Debajo, escribí preguntas objetivas.

Ninguna menciona noviazgo.

Ninguna menciona beso.

Ninguna menciona a Noah.

Aun así, todo es sobre nosotros.

— ¿Con quién vamos a hablar primero? — pregunta él.

— Sector de becas.

— ¿Juntos?

La pregunta parece casual.

No lo es.

— No sé si deberíamos llegar juntos.

El rostro de él cambia poco.

Pero cambia.

— De acuerdo.

— No es vergüenza.

— Lo sé.

— Es estrategia.

— También lo sé.

— Entonces ¿por qué tienes esa expresión?

— Porque odio cuando estrategia significa estar lejos de ti.

— Es temporal.

— Siempre dices.

— Porque lo es.

— Espero.

La palabra me aprieta el pecho.

Cierro el portátil.

— No quiero empezar el día discutiendo.

— Yo tampoco.

— Entonces di lo que estás sintiendo.

Noah se recuesta.

— Creo que estás intentando volver a las reglas porque definir la relación lo volvió todo más aterrador.

Mi cuerpo se pone rígido.

— Eso no es verdad.

Él espera.

— No completamente — corrijo.

— Mejor.

— No necesitas parecer satisfecho.

— No lo estoy.

— Lo parece.

— Estoy feliz porque respondiste con honestidad.

— Te estás volviendo irritantemente emocionalmente maduro.

— Hayes estaría orgulloso.

— No se lo cuentes.

Noah extiende la mano sobre la mesa.

No sostiene la mía.

Espera.

Pongo mis dedos sobre los suyos.

— Quiero hacer esto bien — digo.

— Yo también.

— Y quiero seguir contigo.

— Yo también.

— Pero no puedo ignorar el riesgo.

— No lo pedí.

— A veces lo parece.

— Porque me frustro.

— Entonces tal vez deberíamos ir separados.

La mano de él se tensa.

— ¿Al sector de becas?

— Sí.

— ¿Y preguntas tú sola?

— Sí.

— ¿Y después me cuentas?

— Todo.

Noah piensa.

— De acuerdo.

La conformidad me sorprende.

— ¿Solo eso?

— ¿Quieres que discuta?

— No.

— Entonces ¿por qué pareces decepcionada?

No lo sé.

Tal vez porque una parte irracional quiere que él insista.

Que diga que no se quedará lejos.

Que transforme mi cautela en prueba de amor.

Eso sería injusto.

También sería reconfortante.

— Nada — respondo.

Noah alza una ceja.

— Grace.

— Me estoy acostumbrando a que respetes mis decisiones sin convertirlo en abandono.

La expresión se suaviza.

— Y yo me estoy acostumbrando a que pidas espacio sin desaparecer.

El acuerdo existe.

Todavía frágil.

Pero existe.

— Iré después de clase — digo.

— ¿Me mandas mensaje cuando termines?

— Mando.

— Aunque no tengas una respuesta definitiva.

— Sí.

Él aprieta mis dedos.

— Gracias.

— No agradezcas como si fuera un favor.

— Para mí, es confianza.

Mi corazón se equivoca de ritmo.

Retiro la mano para agarrar la taza.

No porque quiera alejarme.

Porque necesito respirar.

...

La clase pasa lentamente.

No por el contenido.

El profesor explica estructuras de datos distribuidos, una materia que normalmente captaría toda mi atención.

Hoy, pienso en reglamentos.

En vivienda.

En Boston.

En novio.

La palabra todavía parece grande.

Extraña.

Cálida.

Noah es mi novio.

Solo en privado.

Solo detrás de puertas cerradas con llave.

Solo para Ryan y Ethan.

Aun así, es real.

Mi celular vibra dentro de la mochila.

No miro.

Luego vibra otra vez.

Espero hasta que el profesor se da vuelta hacia la pizarra.

Noah.

ME PUSE UNA CAMISETA. MEREZCO CRÉDITO.

Sonrío sin querer.

Respondo:

¿SALISTE DEL APARTAMENTO?

SÍ.

ENTONCES ERA LO MÍNIMO.

PENSÉ QUE ERA UN GESTO DE AMOR.

Mi cara se calienta.

Borro la palabra antes de responder.

No sé por qué me asusta.

Tal vez porque Noah la usó en tono de broma.

Tal vez porque no pareció totalmente una broma.

VE A ENTRENAR.

Él responde:

SÍ, NOVIA.

Bloqueo el celular de inmediato.

Mi corazón sigue rápido el resto de la clase.

...

El sector de becas queda en el segundo piso del edificio administrativo.

Ya estuve allí dos veces.

La primera, para entregar documentos.

La segunda, para corregir una información bancaria.

Ninguna de ellas pareció tan amenazadora.

La recepcionista sonríe.

— ¿Puedo ayudar?

— Me gustaría aclarar algunas dudas sobre el reglamento de la beca académica.

— ¿Qué programa?

Informo.

Ella consulta el sistema.

— Puede hablar con la señora Collins. Espere un momento.

Me siento.

Hay tres estudiantes en el pasillo.

Una chica sostiene una carpeta llena de comprobantes.

Un chico habla bajo por teléfono.

Nadie me presta atención.

Aun así, siento como si llevara un letrero.

BECARIA INVOLUCRADA CON EL CAPITÁN DEL EQUIPO.

Ridículo.

Nadie lo sabe.

Casi nadie.

La puerta se abre.

— ¿Grace Mitchell?

Me levanto.

La señora Collins parece tener poco más de cincuenta años.

Cabello corto.

Gafas finas.

Expresión profesional.

— Entre.

La oficina es pequeña.

Organizada.

Ella señala la silla.

— ¿En qué puedo ayudar?

Abro el cuaderno.

Las preguntas están escritas.

Aun así, se me seca la boca.

— Me gustaría entender mejor qué puede considerarse conflicto de interés en el programa.

Ella inclina la cabeza.

— ¿En qué contexto?

— General.

— El reglamento ya explica algunas situaciones.

— Lo leí.

— Entonces hay una situación específica.

Mi corazón se acelera.

— No necesariamente.

Ella me observa.

No de forma hostil.

Solo experimentada.

— Grace, las conversaciones aquí son confidenciales dentro de los límites institucionales. No puedo orientar correctamente sin entender la duda.

Pienso en irme.

Agradecer.

Fingir que era una cuestión académica genérica.

Recuerdo a Noah.

Hazlo conmigo.

No significa que necesite estar presente.

Significa no esconder la verdad que afecta a los dos.

— Estoy en el programa de vivienda de emergencia — empiezo.

— Sí.

Ella consulta la pantalla.

— Comparto el apartamento con otro estudiante.

— De acuerdo.

— Cuando me colocaron allí, dijeron que era una solución temporal.

— Sigue siéndolo.

— ¿Existe alguna regla que prohíba una relación entre estudiantes que comparten una vivienda concedida por la universidad?

La señora Collins no reacciona de inmediato.

Mi cara se calienta.

— ¿Una relación romántica? — pregunta.

— Sí.

La palabra parece demasiado alta.

Ella apoya las manos sobre la mesa.

— No hay una prohibición automática.

El aire vuelve a mis pulmones.

— Entonces ¿no viola la beca?

— La beca académica y el programa de vivienda se administran por separado.

— ¿Pero uno puede afectar al otro?

— Solo si hay ruptura de conducta, fraude, favoritismo o uso indebido de los recursos.

— ¿Qué sería uso indebido?

— Por ejemplo, mantener a una persona no autorizada en el inmueble, subarrendar, mentir sobre necesidad financiera o usar la vivienda con finalidad comercial.

— Un noviazgo no entra en eso.

— No por sí solo.

Mi cuerpo se relaja un poco.

— ¿Y conflicto de interés?

— Depende de las funciones de los involucrados.

— ¿Cómo así?

— Un profesor relacionándose con una alumna a la que evalúa. Un supervisor con alguien subordinado. Un miembro de comisión influyendo en becas de una persona cercana.

— ¿Dos estudiantes?

— Generalmente no.

— ¿Y si uno de ellos es atleta?

Ella piensa.

— El programa deportivo puede tener políticas propias.

— ¿Pero la beca académica?

— No sería cancelada solo porque una becaria se relaciona con un atleta.

La respuesta debería aliviarlo todo.

No lo alivia completamente.

— Ayer hubo una reunión en el laboratorio — digo. — Hablaron sobre exposición en redes sociales y conflictos que involucran eventos deportivos.

La expresión de ella cambia.

Poco.

— Entiendo.

— ¿Eso fue sobre alguien específico?

— No puedo comentar comunicaciones internas.

Se me aprieta el estómago.

— Entonces fue.

— No dije eso.

— Pero no lo negó.

Ella suspira.

— La universidad está preocupada por el aumento de exposición de estudiantes en páginas no oficiales. Hubo casos de fotografías publicadas sin autorización y comentarios ofensivos.

— ¿Eso puede afectar becas?

— Ser víctima de exposición no es violación de conducta.

La frase me hace detenerme.

Víctima.

No culpable.

— ¿Aunque la persona estuviera en un evento?

— Estar en un evento deportivo no viola la beca académica.

— ¿Y usar la ropa de un atleta?

La pregunta se me escapa.

La señora Collins alza una ceja.

Quiero desaparecer.

— ¿Esa es una regla nueva? — pregunta ella.

— No.

— Entonces no.

Mi cara se pone aún más caliente.

Ella cierra la carpeta.

— Grace, voy a ser directa.

Espero.

— Parece que estás intentando descubrir si serás castigada por tener una vida personal.

No respondo.

— La universidad puede evaluar situaciones específicas, principalmente si hay una queja formal. Pero nadie pierde una beca académica por ser fotografiado con otro estudiante.

— ¿Y la vivienda?

— Esa es la parte más delicada.

Mi alivio desaparece.

— ¿Por qué?

— Porque el programa de emergencia existe para ofrecer seguridad y estabilidad. Cuando dos estudiantes que comparten una unidad inician una relación, pueden surgir dudas sobre consentimiento, presión o permanencia tras una posible ruptura.

La palabra ruptura aprieta.

— Entonces pueden separarnos.

— Puede haber revisión de la asignación.

— ¿Obligatoriamente?

— No.

— ¿Y si los dos queremos seguir viviendo juntos?

— La universidad puede considerarlo, pero no lo garantiza.

— Eso significa que puedo perder el apartamento.

— Significa que puede ser transferida a otra unidad.

— ¿Hay otra disponible?

Ella consulta algo en el ordenador.

El silencio responde antes que ella.

— Actualmente, la ocupación está alta.

— ¿Entonces?

— En una revisión, tal vez sea necesario esperar una vacante.

— ¿Y durante la espera?

— Evaluaríamos alternativas temporales.

Mi corazón se acelera.

— ¿Qué alternativas?

— Dormitorio compartido. Ayuda parcial. Alojamiento provisional.

Nada parece estable.

Nada parece seguro.

— ¿Necesito informar la relación?

Ella duda.

— El término de vivienda exige que cambios relevantes en la convivencia sean comunicados.

— ¿Noviazgo es un cambio relevante?

— Puede ser.

— ¿Puede o es?

— El reglamento no lo define claramente.

Claro.

Las reglas nunca dicen lo suficiente cuando realmente importan.

— Si informo, pueden retirarme.

— Pueden revisar.

— ¿Y si no informo?

— Si hay una queja y parece que omitió intencionalmente, eso puede complicar.

Se me hunde el estómago.

No existe elección sin riesgo.

— ¿Cuánto tiempo tengo?

— No hay un plazo definido.

— Eso no ayuda.

— Lo sé.

La sinceridad de ella me sorprende.

— ¿Qué recomienda?

Ella piensa antes de responder.

— Primero, hable con el otro estudiante.

— Ya hablé.

— ¿Los dos se sienten seguros?

— Sí.

— ¿Existe presión financiera o emocional para mantener la relación?

— No.

— ¿Él controla su permanencia en el apartamento?

— No.

— ¿Usted cree que podría terminar sin sufrir amenaza, represalia o pérdida intencional de la vivienda por parte de él?

La idea de Noah amenazándome es absurda.

— Nunca haría eso.

— Entonces documenten que la vivienda fue determinada por la universidad antes de la relación y que ambos desean continuar la convivencia sin cambios por ahora.

— ¿Documentar cómo?

— Un correo conjunto al sector responsable.

Mi cuerpo se pone rígido.

— Eso lo oficializaría.

— Sí.

— E iniciaría revisión.

— Posiblemente.

— Entonces no es una solución segura.

— No existe solución sin algún nivel de riesgo.

La frase parece cruel.

También verdadera.

Agradezco.

Recojo el cuaderno.

Antes de salir, la señora Collins habla de nuevo.

— Grace.

Miro.

— No confunda ausencia de garantía con certeza de pérdida.

La frase me sigue hasta el pasillo.

...

Le mando mensaje a Noah en cuanto salgo.

TERMINÉ.

La respuesta llega antes de que llegue a la escalera.

¿DÓNDE ESTÁS?

EDIFICIO ADMINISTRATIVO.

¿PUEDO IR?

Pienso.

Hay estudiantes en el pasillo.

Empleados.

Ventanas.

El miedo intenta responder que no.

Recuerdo el acuerdo.

PUEDES. PERO NOS ENCONTRAMOS AFUERA.

DIEZ MINUTOS.

Llega en siete.

Está con la ropa de entrenamiento.

Cabello húmedo.

Mochila al hombro.

Respiración un poco acelerada.

— ¿Corriste?

— Caminé rápido.

— Mentirosa.

— Aprendí de ti.

Noah se detiene a unos pasos.

No intenta tocar.

— ¿Y entonces?

— La beca no puede ser cancelada solo por causa de la relación.

El alivio aparece de inmediato.

— Eso es genial.

— La vivienda puede ser revisada.

La sonrisa desaparece.

— ¿Qué significa?

— Pueden separarnos.

— ¿Por qué?

— Consentimiento, presión, riesgo de conflicto tras una ruptura.

— No existe presión.

— Necesitan evaluar.

— ¿Y si decimos que queremos continuar?

— No lo garantiza.

Noah se pasa la mano por el cabello.

— ¿Perderías el apartamento?

— Tal vez me transferirían.

— ¿A dónde?

— No hay vacante ahora.

La mandíbula de él se tensa.

— Entonces no informamos.

La respuesta sale rápida.

Mi cuerpo se pone rígido.

— Noah.

Él se da cuenta.

— Perdón.

— Acabamos de prometer que no decidiríamos por el otro.

— No estoy decidiendo.

— Acabas de decidir por nosotros.

— Reaccioné.

— ¿Es diferente?

— Un poco.

— No.

Él respira.

— De acuerdo.

Mira el edificio.

Luego me mira a mí.

— ¿Qué quieres hacer?

— No lo sé.

— ¿Qué recomiendan?

— Un correo conjunto explicando que la vivienda vino antes de la relación y que ambos quieren mantener la convivencia.

— Entonces lo hacemos.

— Eso puede iniciar la revisión.

— Y esconder puede empeorar si alguien denuncia.

— Exactamente.

— Entonces lo hacemos.

— Estás decidiendo otra vez.

Noah cierra los ojos por un instante.

— Estoy intentando ayudar.

— Lo sé.

— Y fallando.

— Un poco.

— ¿Qué necesitas?

La pregunta reduce la tensión.

Pienso.

— Necesito tiempo para evaluar.

— ¿Cuánto?

— No lo sé.

— ¿Una noche?

— Tal vez.

— De acuerdo.

La respuesta es inmediata.

Esta vez, no hay expresión de abandono.

Ni insistencia.

Solo esfuerzo.

— Gracias.

— No me gusta.

— Lo sé.

— Pero respeto.

— También lo sé.

Nos quedamos parados.

La distancia entre nosotros parece mayor en público.

— La señora Collins dijo otra cosa — cuento.

— ¿Qué?

— Que no debo confundir falta de garantía con certeza de pérdida.

Noah piensa.

— Me gusta ella.

— Ni la conoces.

— Ella piensa como yo.

— Eso no es un argumento a favor.

Él casi sonríe.

— Grace, podemos perder la vivienda.

— Sí.

— Pero puede que no la perdamos.

— Sí.

— Y si la perdemos, encontramos otra solución.

— Hablas como si fuera simple.

— No lo es.

— Un dormitorio compartido puede sacarme del laboratorio.

— ¿Por qué?

— Ruido. Horarios. Falta de espacio.

— Entonces busca apartamento.

— No puedo pagar.

— Yo puedo ayudar.

La frase me cierra el pecho.

— No.

— Ni terminé.

— No voy a depender de ti financieramente.

— No hablé de pagar todo.

— Cualquier parte.

— Grace.

— No.

— Eso también es decidir sola.

— Es mi independencia.

— ¿Y si lo ofrezco como novio?

— Principalmente no.

La palabra novio llama la atención incluso en voz baja.

Miro alrededor.

Noah acompaña.

La frustración vuelve.

— Ni siquiera puedo decir quién soy para ti.

— Puedes cuando estemos solos.

— Eso no ayuda ahora.

— Noah…

— No estoy pidiendo que aceptes dinero. Solo que no descartes todas las opciones porque implican confiar en mí.

— El dinero es diferente.

— ¿Por qué?

— Porque cambia el equilibrio.

— Solo si lo usamos para controlar.

— Tú no lo harías.

— ¿Entonces?

— Yo me sentiría en deuda.

— No quiero eso.

— Pero yo lo sentiría.

Él se queda en silencio.

— De acuerdo.

La aceptación viene difícil.

Pero viene.

— Sin ayuda financiera — dice.

— Gracias.

— ¿Aun así podemos buscar soluciones juntos?

— Sí.

— ¿Puedo investigar viviendas, becas complementarias y alojamiento?

— Puedes.

— Sin cerrar nada.

— Sin cerrar nada.

— Sin enviar correo.

— Todavía no.

— De acuerdo.

Estamos negociando nuestro futuro frente al edificio administrativo como si fuera un proyecto.

Tal vez lo sea.

— ¿Quieres volver al apartamento? — pregunta él.

— Tengo laboratorio.

— ¿Ahora?

— En veinte minutos.

— ¿Y después?

— Reunión del proyecto.

— ¿Con Daniel?

La pregunta es demasiado neutra.

— Sí.

Noah mira al suelo.

— De acuerdo.

— No hagas eso.

— ¿Qué?

— Fingir que no molesta.

— Estoy intentando no convertirlo en problema.

— Puedes decir que sientes celos.

— Siento.

— ¿Pero?

— Confío en ti.

La respuesta calienta.

— Gracias.

— No agradezcas como favor.

Él usa mi frase.

— Para mí, es confianza.

Ahora usa la suya.

Sonrío.

Pequeño.

— Nos vemos en casa.

— ¿A qué hora?

— Siete.

— La puerta estará cerrada con llave.

Mi cuerpo reacciona.

Noah se da cuenta.

— Eso todavía funciona.

— Vete.

— Sí, novia.

— Noah.

Él se aleja sonriendo.

Antes de girar, mira una vez más.

Esta vez, no a mi boca.

A mis ojos.

No hay toque.

Ni gesto.

Aun así, siento.

...

Daniel está extraño.

Lo percibo en los primeros cinco minutos.

No en el trabajo.

Sigue eficiente.

Actualiza los modelos.

Presenta resultados.

Corrige una inconsistencia en el conjunto de datos.

Pero evita mirarme directamente.

Cuando mira, parece estar comparando información.

Al final de la reunión, el profesor se va antes.

Ethan no vino.

Nos quedamos solos.

Daniel cierra el portátil.

— ¿Puedo preguntar algo?

Mi cuerpo se pone alerta.

— Puedes.

— ¿Vas a responder?

— Depende de la pregunta.

Él suelta una risa corta.

Sin humor.

— Justo.

Recojo los cables.

— ¿Qué fue?

— ¿Tú y Noah están juntos?

Mi corazón se dispara.

La pregunta que evitamos.

La pregunta que él ya hizo.

Esta vez, no hay cómo responder con compañero de apartamento sin mentir directamente.

— ¿Por qué preguntas?

— Porque él pasó el partido entero buscándote.

— Eso no significa…

— Grace.

La forma en que dice mi nombre interrumpe.

— Después marcó y se golpeó el pecho mirándote a ti.

— Podría estar mirando a cualquier sector.

— Yo estaba al lado.

Silencio.

Daniel continúa.

— Y hoy apareció en el edificio administrativo minutos después de que tú salieras.

— ¿Tú viste?

— Estaba cruzando el campus.

Claro.

Siempre hay alguien.

— No necesitas contarme — dice él. — Pero prefiero no ser tratado como idiota.

La culpa surge.

— Nunca quise eso.

— ¿Entonces?

Pienso en Noah.

En Ryan.

En Ethan.

En secreto.

Daniel forma parte del laboratorio.

No del círculo personal.

Contar aumenta el riesgo.

Mentir puede destruir la confianza académica.

— Nos estamos conociendo — respondo.

La frase es débil.

Daniel sonríe sin humor.

— Eso significa sí.

No confirmo.

No niego.

Él mira su propio portátil.

— ¿Desde hace cuánto?

— Poco.

— ¿Antes del evento benéfico?

— No.

Eso puedo responder.

— ¿Después de las fotos?

— Sí.

Daniel asiente.

— De acuerdo.

— ¿Estás irritado?

— No lo sé.

— ¿Conmigo?

— Un poco.

— ¿Por qué?

Él tarda.

— Porque pregunté antes y tú lo negaste.

— Dije que éramos compañeros de apartamento.

— Una respuesta técnicamente correcta.

— Necesitábamos mantener discreción.

— Todavía necesitan.

— Sí.

— Entonces ¿por qué respondiste ahora?

— Porque no quiero mentirte.

— Solo omitir.

La frase duele porque es justa.

— Lo siento.

Daniel se pasa la mano por la nuca.

— No necesitas.

— Necesito.

— No me debes detalles de tu vida.

— Pero trabajamos juntos.

— Exactamente.

Él por fin mira.

— Eso es lo que me preocupa.

— ¿El proyecto?

— Los rumores.

— No deberían afectar.

— Ya afectaron.

— ¿Cómo?

— El profesor Almeida recibió un correo preguntando si estás usando el laboratorio para acercarte a atletas.

Me quedo inmóvil.

— ¿Qué?

— Llegó ayer.

— ¿Quién lo envió?

— No lo sé.

— ¿Por qué no me lo contó?

— Porque le pareció absurdo.

— ¿Y tú cómo lo sabes?

— Él preguntó si había cualquier relación del proyecto con el programa deportivo.

Se me hunde el estómago.

— ¿Qué respondió?

— La verdad. Ninguna.

— ¿Y se acabó?

— Por ahora.

La expresión por ahora pesa.

— Daniel, yo nunca…

— Lo sé.

— Nunca usé el laboratorio para eso.

— Lo sé.

— Noah ni siquiera entra aquí.

— Lo sé.

— Entonces ¿por qué no me lo contaste antes?

— Porque parecías ya estar lidiando con algo.

— Eso no es decisión tuya.

La frase sale automática.

Noah entró en mí de formas que no percibí.

Daniel frunce el ceño.

— Yo estaba intentando proteger el proyecto.

— ¿Ocultando una información que me involucra?

— No era oficial.

— Aun así.

Él cierra el portátil con más fuerza.

— De acuerdo. Lo siento.

La rabia disminuye.

Él hizo exactamente lo que Noah hizo.

Lo que yo hice.

Protección sin permiso.

Parece que todos confunden cuidado con control.

Principalmente yo.

— Está bien — digo. — Solo necesito saber.

— Ahora sabes.

— ¿El profesor guardó el correo?

— Probablemente.

— Necesito hablar con él.

— Puede llamar la atención.

— Ya llamó.

Daniel se queda en silencio.

— ¿Quién podría enviar algo así? — pregunto.

— Cualquier persona que vio las fotos.

— Pero ¿por qué el laboratorio?

— Porque eres becaria. Porque a la gente le gusta transformar cercanía en beneficio.

La mujer de coordinación.

La reunión general.

No fue solo prevención.

Hubo una queja.

Tal vez más de una.

— La reunión de ayer fue por eso — murmuro.

— Puede haber sido.

— Y tú no me lo contaste.

— No estaba seguro.

— Podrías haber preguntado.

— ¿Tú habrías respondido sobre Noah?

La pregunta me interrumpe.

Tal vez no.

— No lo sé.

— Exactamente.

Recojo la mochila.

— Necesito irme.

— Grace.

Me detengo.

— No quiero perjudicarte.

— Lo sé.

— Ni al proyecto.

— También lo sé.

— Pero sería más fácil si fueras honesta.

La frase duele porque no es solo sobre el noviazgo.

Es sobre confianza.

— Noah y yo estamos juntos — digo.

Daniel se queda inmóvil.

— ¿Oficialmente?

— En privado.

— Entonces es secreto.

— Sí.

— ¿Por la beca?

— Y por la carrera de él.

Daniel confirma despacio.

— De acuerdo.

— No puedes contarlo.

— No lo haré.

— ¿Lo prometes?

La expresión se endurece.

— No soy ese tipo de persona.

— No quise insinuar.

— Pero insinuaste.

— Tengo miedo.

Eso cambia algo en su rostro.

— Me di cuenta.

— Lo siento.

— Está bien.

No está completamente.

— Daniel…

— Necesito irme.

Él se pone la mochila al hombro.

Antes de salir, se detiene.

— Por lo que vale, Grace, él parece gustar mucho de ti.

Se me aprieta el pecho.

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque jugó el primer período como un idiota cuando tú no estabas.

Casi me río.

— Eso no es exactamente positivo.

— No.

Daniel abre la puerta.

— Pero después de que llegaste, parecía otra persona.

— Eso también puede ser malo.

— Puede.

Él me mira.

— Solo no dejes que nadie te convierta en culpable porque él sienta algo.

La frase me sorprende.

— Gracias.

Daniel asiente.

Sale.

Me quedo sola.

...

El profesor Almeida todavía está en el edificio.

Lo encuentro en la sala.

Toco.

— Entre.

Él levanta la vista del ordenador.

— Grace.

— Necesito preguntar sobre un correo.

La expresión cambia.

Daniel tenía razón.

— Siéntate.

No me siento.

— ¿Alguien hizo una queja sobre mí?

Él se quita las gafas.

— No lo llamaría una queja formal.

— ¿Cómo lo llamaría?

— Un mensaje anónimo.

— ¿Qué decía?

— Insinuaba que tu cercanía con el capitán del equipo podría estar relacionada con algún beneficio para el laboratorio.

— Eso es absurdo.

— Concuerdo.

— ¿Por qué no me lo contó?

— Porque no había fundamento.

— Pero hubo una reunión de coordinación.

— La reunión no fue solo por ti.

— Pero fui parte.

Él suspira.

— Probablemente.

La confirmación hiela.

— ¿Eso puede afectar mi posición?

— No sin evidencia de conducta inadecuada.

— No existe evidencia.

— Lo sé.

— El proyecto nunca tuvo vínculo con el hockey.

— Lo sé.

— Noah nunca tuvo acceso a los datos.

— Grace, lo sé.

La voz firme me hace detenerme.

— Entonces ¿por qué estoy siendo observada?

— Porque la exposición genera especulación.

— Eso es injusto.

— Lo es.

La conformidad me sorprende.

— ¿Qué debo hacer?

— Sigue trabajando.

— ¿Solo eso?

— Documenta decisiones del proyecto. Mantén comunicación profesional. No mezcles espacios académicos con eventos personales.

— Yo nunca mezclé.

— Entonces no tendrás problema.

— ¿Puede prometer?

Él se queda en silencio.

Claro que no.

Nadie puede.

— No — dice. — Pero puedo prometer que defenderé tu trabajo mientras permanezca sólido.

El nudo en el pecho disminuye.

— Gracias.

— Y Grace…

Espero.

— No necesitas contarme tu vida personal.

— ¿Pero?

— No permitas que el miedo perjudique tu desempeño.

La frase hace eco de lo que todos parecen decirle a Noah.

No dejes que la relación distraiga.

No dejes que el miedo distraiga.

Al final, tal vez la distracción no sea amar a alguien.

Tal vez sea gastar toda la energía intentando impedir que alguien lo perciba.

— Entendí.

— ¿Estás segura?

— No.

Él sonríe levemente.

— Respuesta honesta.

Salgo.

...

Llego al apartamento a las siete y veinte.

La puerta está cerrada con llave.

Uso mi llave.

Noah aparece desde la cocina.

— Te retrasaste.

La preocupación está en su rostro.

No acusación.

— Hablé con Daniel.

El cuerpo de él se pone rígido.

— ¿Sobre?

— Nosotros.

— ¿Le contaste?

— Él ya lo sabía.

— ¿Cómo?

— El partido. El edificio administrativo. Mi cara.

— Tu cara realmente es un problema.

— Noah.

— Perdón.

Pongo la mochila sobre la silla.

— También descubrí que alguien envió un correo anónimo al profesor Almeida.

La expresión cambia completamente.

— ¿Qué decía?

— Que mi cercanía contigo podría generar beneficio para el laboratorio.

— ¿Qué beneficio?

— Ninguno.

— Eso es ridículo.

— Lo sé.

— ¿Quién lo envió?

— Anónimo.

— ¿Podemos descubrirlo?

— No lo sé.

— ¿El profesor va a investigar?

— No hay amenaza directa.

— Eso ya te está afectando.

— Sí.

Noah se pasa la mano por el cabello.

Empieza a caminar por la sala.

— Por eso hicieron la reunión.

— En parte.

— Entonces ya están hablando.

— Sí.

— Necesitamos informar a la universidad antes de que parezca que escondimos.

La frase me sorprende.

— ¿Ahora quieres informar?

— Antes reaccioné.

— ¿Y ahora?

— Ahora existe registro.

— Eso puede iniciar la revisión de la vivienda.

— Lo sé.

— Podemos ser separados.

Noah se detiene.

El dolor aparece.

— Lo sé.

— ¿Y aun así crees que es mejor?

— Creo que esconder puede dar más poder a quien está intentando hacer daño.

La lógica es difícil de negar.

— La señora Collins recomendó un correo conjunto.

— Lo hacemos.

— Necesito pensar.

La frustración surge.

Pero él no habla de inmediato.

— De acuerdo — dice después.

— Estás irritado.

— Sí.

— ¿Conmigo?

— Con la situación.

— Y conmigo.

— Un poco.

La honestidad duele menos que el silencio.

— ¿Por qué?

— Porque parece que cada vez que llegamos a una elección, tu primer impulso es esperar hasta que el miedo elija por nosotros.

— Eso no es justo.

— Tal vez no.

— Mi vivienda está en riesgo.

— Lo sé.

— Mi proyecto recibió una acusación.

— Lo sé.

— Entonces no puedes exigir rapidez.

— No estoy exigiendo.

— Parece.

Noah respira.

— ¿Qué quieres que haga?

— Dame esta noche.

— Otra noche.

— Sí.

— De acuerdo.

La respuesta es más fría.

— No hagas eso.

— ¿Qué?

— Respetar como castigo.

— No estoy castigando.

— Te estás alejando.

— Porque no sé qué decir sin presionar.

La frase me hace detenerme.

Él está intentando.

De una forma imperfecta.

Pero intentando.

— Puedes decir que tienes miedo — respondo.

Noah mira.

— Tengo miedo.

— ¿De qué?

— ¿De perder el apartamento?

— No.

— ¿De Boston?

— Tampoco.

— ¿Entonces?

Él se acerca un paso.

— De que uses todo esto como prueba de que nosotros fuimos un error.

Se me aprieta el pecho.

— No pienso eso.

— ¿Todavía?

La palabra del padre.

La palabra que usamos cuando esperamos desastre.

— No — digo con firmeza. — No lo pienso.

Noah observa.

— Entonces dime qué estás pensando.

Respiro.

— Que tal vez la universidad nos separe.

— Puede.

— Que los rumores perjudiquen mi proyecto.

— Puede.

— Que Boston te lleve.

— Puede.

— Y que yo no consiga controlar nada de eso.

— Probablemente no.

Suelto una risa débil.

— Eres pésimo para tranquilizar.

— No quiero mentir.

— Entonces ¿qué tenemos?

Noah reduce la distancia.

Todavía no toca.

— Elección.

— Eso no impide consecuencias.

— No.

— No garantiza que te quedes.

— No.

— No garantiza mi beca.

— No.

— Entonces ¿por qué debería ser suficiente?

— Porque es la única cosa que realmente controlamos.

La frase entra hondo.

Elección.

No permanencia.

No seguridad.

No garantía.

Elección.

— ¿Y si elegimos mal?

— Ajustamos.

— ¿Y si duele?

— Va a doler.

— Noah.

— Grace, no puedo prometer que nada malo va a pasar.

— Lo sé.

— Puedo prometer que no voy a usar una consecuencia para decir que tú fuiste un error.

Las lágrimas llegan antes de que lo impida.

Él se da cuenta.

— ¿Puedo acercarme?

Confirmo.

Noah me abraza.

Esta vez, no pienso en ventanas.

Ni puertas.

Ni reglas.

Solo me apoyo.

— Alguien intentó convertir mi trabajo en chisme — digo contra su pecho.

— Lo sé.

— Y odio que esto esté pasando por causa de nosotros.

El cuerpo se tensa.

— Por causa de ellos — corrige. — No por causa de nosotros.

— Ellos solo tienen qué usar porque existe algo.

— Existir no es culpa.

Cierro los ojos.

— La señora Collins dijo que ser víctima de exposición no viola la beca.

— Me gusta más ella a cada minuto.

— Para.

— Es una frase importante.

— Lo sé.

Noah pasa la mano por mi espalda.

— ¿Daniel sabe oficialmente?

— Sí.

— ¿Cómo reaccionó?

— Se quedó herido porque yo omití.

— A él le gustas.

— Tal vez.

La mano se detiene.

Aparto el rostro.

— Prometiste confiar.

— Confío.

— ¿Entonces?

— Todavía tengo celos.

— ¿No puedes tener las dos cosas?

— Fue lo que enseñaste.

A pesar de todo, sonrío.

— Él prometió no contar.

— ¿Confías en él?

— Sí.

Noah piensa.

— Entonces voy a confiar en ti confiando en él.

La frase es extraña.

También bonita.

— Gracias.

— Eso es confianza.

— Lo sé.

— ¿Ahora puedo decir que no me gusta?

— Puedes.

— No me gusta.

— Apenas conoces.

— Lo suficiente.

— Él dijo que tú parecías gustar mucho de mí.

Noah se queda en silencio.

— ¿Él dijo?

— Sí.

— Tal vez me guste un poco más él.

Me río.

El sonido alivia algo.

— El profesor va a defender mi trabajo — digo.

— Genial.

— Pero no puede garantizar nada.

— Nadie puede.

— No pareces molesto con eso.

— Estoy aprendiendo a vivir sin garantías.

— ¿Cómo?

— Mal.

Levanto la mirada.

— ¿Funciona?

— A veces.

— ¿Y cuando no funciona?

— Te busco en la grada.

— ¿Eso fue un intento de ser romántico?

— ¿Funcionó?

— Desafortunadamente.

Noah sonríe.

Apoya la frente en la mía.

— El correo — dice. — No necesitamos decidir ahora.

— ¿Pero?

— Quiero que escribamos un borrador.

— ¿Hoy?

— Sin enviar.

Pienso.

— ¿Solo para saber qué diríamos?

— Sí.

— ¿Y mañana decidimos?

— Juntos.

La palabra es el centro.

— De acuerdo.

...

Nos sentamos a la mesa.

El portátil entre nosotros.

Noah sostiene una taza.

Yo tecleo.

Estimados,

Borro.

— ¿Muy formal? — pregunta él.

— Es una universidad.

— Verdad.

Escribo otra vez.

Estimados responsables del Programa de Vivienda de Emergencia,

— Parece que estamos confesando un crimen — comenta Noah.

— No ayuda.

— Perdón.

Continúo.

Nos gustaría informar un cambio en la naturaleza de la convivencia entre los estudiantes Grace Mitchell y Noah Sullivan, actualmente asignados a la misma unidad por decisión de la universidad.

Me detengo.

La frase parece enorme.

Oficial.

Irreversible.

— ¿Está todo bien? — pregunta.

— Ver nuestros nombres así.

— ¿Juntos?

— En un documento.

— Me gusta.

— Claro.

— Continúa.

Escribo:

La convivencia residencial comenzó antes de cualquier involucramiento personal y permanece consensual, respetuosa y segura para ambos.

Noah lee.

— Eso es verdad.

— Sí.

— Pon que ninguno de los dos ejerce autoridad sobre el otro.

Tecleo.

No existe relación académica, financiera, deportiva o institucional de subordinación entre los estudiantes.

— Bien — dice.

— También necesitamos decir que queremos seguir en el apartamento.

— Mucho.

Escribo:

En este momento, ambos desean mantener la asignación actual, pues la convivencia no perjudicó el objetivo del programa ni las actividades académicas y deportivas de cualquiera de las partes.

— ¿Cualquiera de las partes? — pregunta Noah.

— Lenguaje formal.

— Parece divorcio.

— Noah.

— Perdón.

Miro la pantalla.

— ¿Y si envían a alguien para entrevistar?

— Respondemos.

— ¿Por separado?

— Si lo piden.

— ¿Y si creen que tú me estás presionando?

Su rostro se pone serio.

— Di la verdad.

— Que nunca presionaste.

— Sí.

— ¿Y si creen que yo dependo de ti?

— Tú no dependes.

— Vivo contigo.

— Por determinación de ellos.

— Pero ahora…

— Grace, no estamos juntos porque necesites el apartamento.

— Lo sé.

— Entonces di eso.

Respiro.

— ¿Y si nos separan?

Noah cierra la mano sobre la taza.

— Vamos a sobrevivir.

— Hablas como si no doliera.

— Va a doler.

— ¿Mucho?

— Mucho.

La respuesta directa duele.

También consuela.

— Pero no termina con nosotros — continúa.

— No lo sabes.

— No quiero que termine.

— Yo tampoco.

— Entonces vivir separados no es terminar.

— Puede dificultar.

— Mucho.

— Boston también.

— Sí.

— ¿Por qué todo se está poniendo difícil al mismo tiempo?

— Tal vez porque nos volvimos demasiado fáciles juntos.

Miro.

— Eso fue bueno.

— Gracias.

— No te pongas engreído.

— Demasiado tarde.

Vuelvo al documento.

— No lo voy a enviar hoy.

— Lo sé.

— Tal vez ni mañana.

— De acuerdo.

— Necesito decidir.

— Nosotros necesitamos.

Corrijo.

— Nosotros necesitamos.

Noah sonríe.

Pequeño.

No victorioso.

Aliviado.

Guardo el borrador.

Cierro el portátil.

— Listo.

— ¿Quieres cenar?

— No tengo hambre.

— No almorzaste bien.

— ¿Cómo lo sabes?

— Ethan mandó mensaje.

Miro.

— ¿Ustedes hablan sobre mi alimentación?

— En emergencias.

— Eso es invasivo.

— Él dijo que tomaste café y comiste la mitad de un sándwich.

— Fue suficiente.

— No lo fue.

— Noah…

— No voy a obligar.

— ¿Pero?

— Voy a cocinar. Tú decides si comes.

Alzo una ceja.

— Eso es manipulación.

— Es oferta.

— Con olor.

— Estrategia.

— Aprendiste de mí.

— Compartimos.

Él va a la cocina.

Observo.

No intenta resolver la universidad.

No intenta pagar un apartamento.

No envía el correo.

Solo prepara comida.

Algo que puede hacer.

Tal vez sea eso.

No todo cuidado necesita salvar.

A veces, puede solo alimentar.

...

Durante la cena, hablamos de Boston.

No porque el problema haya terminado.

Porque la oportunidad también existe.

Noah muestra el cronograma.

Llegada el jueves.

Evaluaciones físicas el viernes.

Entrenamiento el sábado.

Entrevista final el domingo.

— ¿Van a pagar el viaje? — pregunto.

— Sí.

— ¿Hospedaje?

— También.

— ¿Quién más va?

— Otros siete jugadores.

— ¿De tu posición?

— Tres.

Se me aprieta el estómago.

— Entonces es competitivo.

— Mucho.

— ¿Estás nervioso?

— Sí.

— ¿Ya empezaste a entrenar diferente?

— Hayes va a ajustar.

— ¿Tu padre sabe?

— Llamé.

— ¿Qué dijo?

Noah mastica antes de responder.

— Que es lo mínimo que esperaba.

La rabia surge.

— Eso es horrible.

— Es su manera.

— No es justificación.

— Lo sé.

— Te merecías felicitaciones.

Noah me mira.

— Recibí.

El pecho se calienta.

— No sustituye.

— No.

— ¿Pero ayuda?

— Mucho.

Seguimos comiendo.

— ¿Te gustaría que yo fuera? — pregunto.

La pregunta sale antes de pensar.

Noah se queda inmóvil.

— ¿A Boston?

— Sí.

— ¿Podrías?

— No lo sé.

— Tienes clase.

— Es durante la pausa.

— Y dinero.

— Podría investigar.

— No necesitas.

La respuesta rápida me golpea.

— ¿No quieres?

— Quiero mucho.

— Entonces ¿por qué dijiste que no necesitas?

— Porque no quiero presionar.

— Pregunté.

— Sí.

Él deja el tenedor.

— Grace, si tú estuvieras en Boston durante la evaluación, me gustaría.

— ¿Pero?

— Tal vez sería malo para nosotros.

— ¿Por los ojeadores?

— Por la atención.

— Podría quedarme en otro hotel.

— Aun así.

— Entonces no debo ir.

— No dije.

— Parece.

— Estoy intentando pensar.

— Odias cuando hago eso.

— Ahora entiendo.

Casi sonrío.

— ¿Y?

— Quiero que vayas.

Mi corazón se acelera.

— ¿Incluso con riesgo?

— Quiero que estés allí.

— Eso es diferente de creer que debo.

— No creo que debas. Solo quiero.

La elección.

Siempre volvemos.

— Voy a verificar las clases y los costos — digo.

La sonrisa de él aparece.

— ¿En serio?

— No prometí.

— Pero vas a verificar.

— Sí.

— Ya es mucho.

— No se lo cuentes a Ryan.

— ¿Por qué?

— Porque él va a actuar como si fuera luna de miel.

Noah se ríe.

— Justo.

...

Después de la cena, nos sentamos en el sofá.

La televisión está encendida.

Ninguno de los dos mira.

Mi cabeza está en su hombro.

La mano de Noah sostiene la mía.

Simple.

Permitido.

Seguro.

— Grace.

— ¿Hum?

— ¿Puedo preguntar algo difícil?

Mi cuerpo se tensa.

— Depende.

— ¿Crees que Daniel envió el correo?

Levanto la cabeza de inmediato.

— No.

— ¿Estás segura?

— Sí.

— ¿Por qué?

— Porque él me lo contó.

— Eso puede ser una forma de alejar sospecha.

— Noah.

— Estoy preguntando.

— Él no lo haría.

— Confías mucho.

— Trabajamos juntos hace meses.

— Y a él le gustas.

— Eso no lo convierte en enemigo.

— No dije.

— Insinuaste.

Noah suelta mi mano.

La distancia pequeña parece grande.

— Perdón.

— Prometiste confiar.

— Confío en ti. No confío en él.

— No necesitas gustar.

— Pero puedo desconfiar.

— ¿Sin prueba?

— Un correo anónimo aparece exactamente cuando él percibe nuestra relación.

— Muchas personas percibieron.

— Él preguntó dos veces.

— Porque tenía sentimientos.

— Exactamente.

— Eso no prueba crueldad.

— No.

— Entonces para.

La voz sale más firme.

Noah cierra la expresión.

— De acuerdo.

— Otra vez eso.

— ¿Qué?

— Respeto como castigo.

— No estoy castigando.

— Te estás cerrando.

— Porque no quiero discutir.

— Puedes decir que estás herido.

— Estoy.

— ¿Porque defendí a Daniel?

— Porque parece que la palabra de él vale más que mi preocupación.

— No vale.

— Entonces ¿por qué mi pregunta fue tratada como ataque?

Pienso.

Tal vez porque el miedo de perder el proyecto me hace proteger a Daniel.

Tal vez porque admitir sospecha vuelve el laboratorio menos seguro.

— Porque necesito confiar en alguien allí — digo.

La expresión cambia.

— ¿Y no puede ser en mí?

— Tú no estás en el laboratorio.

— No.

— No conoces a Daniel.

— No.

— Entonces tu sospecha viene de los celos.

— En parte.

— ¿Y la otra?

— De que alguien esté intentando hacerte daño.

La rabia disminuye.

Noah continúa:

— Yo no puedo investigar el correo. No puedo impedir que la universidad revise la vivienda. No puedo resolver Boston. Entonces mi cabeza busca una persona a quien culpar.

La honestidad pesa.

— Eso no es justo con Daniel.

— Lo sé.

— Ni contigo.

— También lo sé.

— ¿Entonces?

— Voy a dejar de insinuar sin prueba.

— Gracias.

— Pero,

CAPÍTULO 18

QUIÉN NOS ESTÁ OBSERVANDO

NOAH

La fotografía permanece en la pantalla.

Grace sigue sosteniendo el celular.

Yo sigo mirando la imagen.

Fue tomada aquella tarde.

Frente al edificio administrativo.

Ella está de perfil.

Yo la estoy mirando.

No hay beso.

No hay abrazo.

Ni siquiera nos estamos tocando.

Aun así...

Quien tomó aquella foto sabía exactamente lo que estaba buscando.

Aparece otro mensaje.

NO TIENEN MUCHO TIEMPO.

Mi primer impulso es responder.

Mi segundo es buscar el número.

Mi tercero es abrazar a Grace.

No elijo ninguno de ellos.

— No respondas — repito.

Ella solo asiente con la cabeza.

— Voy a sacar capturas.

— Buena idea.

Grace hace capturas de la conversación.

Después envía todo a su propio e-mail.

Siempre organizada.

Incluso cuando está asustada.

— ¿Bloqueamos? — pregunta.

Pienso.

— Todavía no.

Ella me mira.

— ¿Por qué?

— Si bloqueamos ahora, tal vez perdamos alguna información.

Grace piensa unos segundos.

— Tiene sentido.

Abro mi portátil.

Busco rápidamente el número.

Nada.

Aplicaciones.

Directorios.

Ningún resultado.

Número desechable.

Claro.

— ¿Encontraste? — pregunta ella.

— No.

El silencio se apodera de la sala.

No es el silencio cómodo que aprendimos a compartir.

Es pesado.

Atento.

Como si cualquier ruido pudiera significar otro mensaje.

Grace rompe primero.

— Esto no fue aleatorio.

— No.

— La persona sabía de la reunión.

— Sabía de Boston.

— Y sabía que fuimos al edificio administrativo.

Cierro el portátil.

— Ella está siguiendo nuestros movimientos.

Grace aprieta su propia mano.

— O alguien lo contó.

Esa posibilidad me hace parar.

La miro.

Ella lo entiende inmediatamente.

— No estoy hablando de Ryan.

— Ni de Ethan.

— Ni de Daniel.

— Entonces ¿de quién?

— No lo sé.

Ese es exactamente el problema.

Puede ser cualquier persona.

...

Ryan llega veinte minutos después.

Fue la primera persona a la que llamé.

No conté detalles.

Solo pedí que viniera.

En cuanto entra en el apartamento, se da cuenta de que algo pasó.

— ¿Se pelearon?

— No.

— Entonces ¿quién murió?

Grace le entrega el celular.

Ryan lee.

La sonrisa desaparece.

— Esto es serio.

— Sí.

Él amplía la fotografía.

— Fue hoy.

— Sí.

— Ni siquiera se estaban tocando.

— Lo sé.

Ryan sigue mirando.

— Quien la tomó estaba escondido.

— ¿Cómo lo sabes?

Él acerca la imagen.

— El ángulo.

Muestra un pequeño árbol entre nosotros y el edificio.

— Esta foto fue tomada desde allí.

Miro por la ventana.

El árbol queda al lado de un camino poco transitado.

Alguien tuvo que esperar.

Observar.

Elegir el momento.

Se me encoge el estómago.

— Esto es acoso — dice Ryan.

Grace sigue en silencio.

— Tienen que avisar a la universidad.

Ella levanta la vista inmediatamente.

— No.

— Grace.

— Todavía no.

— Ya hay una amenaza.

— ¿Y si empeora?

Ryan cruza los brazos.

— Va a empeorar si ustedes fingen que no existe.

Miro a Grace.

Ella sigue dividida.

— No quiero parecer paranoica.

— Recibiste una fotografía tomada a escondidas.

— Lo sé.

— Esto dejó de ser paranoia hace tiempo.

Ella cierra los ojos.

— Yo solo...

La voz falla.

Me siento a su lado.

No toco.

Espero.

Grace respira.

— Estoy cansada de que todo parezca un motivo para llamar la atención de la universidad.

Ryan baja el tono.

— Lo entiendo.

— No, no entiendes.

Ella por fin lo mira.

— Cada vez que alguien dice "vamos a avisar", parece que mi beca está más cerca de terminarse.

El apartamento queda en silencio.

Ryan tarda en responder.

Cuando responde, habla despacio.

— Entonces pensemos diferente.

Grace espera.

— No vamos a avisar sobre el noviazgo.

— ¿Entonces?

— Vamos a avisar que alguien está acosando a una estudiante.

La frase cambia completamente el escenario.

Miro a Ryan.

Él continúa.

— La amenaza no es "ellos están saliendo".

La amenaza es "alguien está fotografiando a una becaria a escondidas y enviando mensajes intimidatorios".

Grace se queda inmóvil.

Percibo exactamente el momento en que la lógica cambia dentro de su cabeza.

— Eso...

Ella se detiene.

— Eso es diferente.

— Mucho.

Ryan devuelve el celular.

— Están mirando el problema equivocado.

...

Después de que Ryan se va, me quedo pensando en esa frase.

El problema equivocado.

Tal vez sea eso.

Pasamos días intentando proteger la relación.

Mientras otra persona convertía nuestra preocupación en un arma.

Grace toma el portátil otra vez.

— ¿Qué estás haciendo?

— Buscando el reglamento de la seguridad del campus.

Me siento a su lado.

— ¿Puedo ayudar?

Ella sonríe levemente.

— Siempre preguntas.

— Funciona.

— Puedes.

Buscamos durante casi media hora.

Hay un formulario para denuncias.

También hay un departamento de seguridad universitaria.

Grace lee todo cuidadosamente.

Después cierra la página.

— Todavía no.

— ¿Por qué?

— Quiero esperar un poco más.

— Grace...

Ella me toma la mano.

— No es huir.

— Lo parece.

— Estoy pensando.

Miro nuestros dedos.

— Confío en ti.

Ella aprieta mi mano.

— Gracias.

...

A la mañana siguiente, me despierto antes que ella.

No puedo dormir bien.

Con cada vibración del teléfono, mi cuerpo se despierta.

Ningún mensaje nuevo.

Aun así, la sensación permanece.

Voy a correr.

Necesito gastar energía.

Cuando vuelvo, encuentro a Hayes esperando cerca de la arena.

Está solo.

— Sullivan.

— Entrenador.

Me observa durante unos segundos.

— Dormiste poco.

— Sí.

— ¿Boston?

Pienso.

Luego decido.

No puedo ocultarlo todo.

— Recibimos una amenaza.

Su expresión cambia inmediatamente.

— ¿Recibimos?

— Grace y yo.

Hayes mira alrededor.

— Ven.

Entramos en su sala.

Le muestro los mensajes.

Él lee en silencio.

Tarda.

Mucho.

Cuando termina, pone el celular sobre la mesa.

— Esto cambia bastante las cosas.

— Me lo imaginé.

— ¿Respondieron?

— No.

— Excelente.

Apoya los codos.

— Mi primera orientación es simple.

— ¿Cuál?

— Guarden todo.

— Ya lo hicimos.

— Segunda.

— ¿Sí?

— No investiguen solos.

Asiento.

— Tercera.

Él respira.

— Boston solo necesita saberlo si esto afecta directamente la evaluación.

— Entonces todavía no.

— Todavía no.

El alivio dura poco.

— ¿Y la universidad?

Hayes piensa.

— Yo avisaría a la seguridad del campus.

Ya escuché esa frase.

Ryan.

Ahora Hayes.

Tal vez estoy intentando convencer a Grace de algo que ella todavía no logra ver.

— Ella tiene miedo.

— ¿De la beca?

— Sí.

Hayes permanece en silencio.

Luego pregunta:

— ¿Tú tienes miedo de qué?

La respuesta sale antes de que piense.

— De que alguien la lastime por mi culpa.

Hayes niega con la cabeza.

— Ese es el error.

Frunzo el ceño.

— ¿Qué?

— Sigues asumiendo que todo gira a tu alrededor.

Me quedo inmóvil.

— La amenaza fue enviada a Grace.

— Sí.

— Ella también puede ser un objetivo independientemente de ti.

Nunca lo pensé de esa manera.

— Tú no eres el centro de toda consecuencia.

La frase pesa.

— Así que deja de actuar como si proteger a Grace significara resolverlo todo tú solo.

Se me oprime el pecho.

Otra vez.

Siempre la misma lección.

...

Me encuentro con Grace después de la clase.

Está saliendo del laboratorio.

Daniel viene justo detrás.

Cuando me ve, solo hace un saludo discreto.

Respondo de la misma forma.

Nada más.

Grace se da cuenta.

— ¿Hablaron?

— No.

— Está mejor.

— Lo estoy intentando.

Ella sonríe.

Pequeña.

— Gracias.

Empezamos a caminar.

Sin tocar.

Como siempre en el campus.

— Hablé con Hayes.

Ella se detiene inmediatamente.

— ¿Sobre nosotros?

— Sobre la amenaza.

El rostro pierde el color.

— Noah...

— Solo sobre eso.

— ¿Qué dijo?

— Que guardemos todo.

— Ya lo hicimos.

— Y que no investiguemos solos.

Ella asiente.

— ¿Algo más?

La miro.

— Él cree que debemos avisar a la seguridad.

Grace suspira.

— Tú también lo crees.

— Sí.

— Ryan también.

— Sí.

Ella se queda unos segundos en silencio.

— Me estoy quedando sin argumentos.

Doy un paso más cerca.

Aún sin tocar.

— No quiero ganar esta discusión.

— Lo sé.

— Quiero que estés segura.

Ella cierra los ojos.

— Yo también.

— ¿Entonces?

Grace los abre de nuevo.

Veo el miedo.

Pero también algo nuevo.

Confianza.

— Vamos juntos.

Mi pecho se alivia inmediatamente.

— ¿Estás segura?

— No.

— Entonces ¿por qué?

Ella sonríe levemente.

— Porque esa se volvió nuestra regla.

La miro.

— Ninguno de los dos se enfrenta solo.

Las palabras vuelven.

Elección.

Otra vez.

Siempre elección.

— Gracias.

— Todavía no me agradezcas.

— Voy a agradecer.

Ella pone los ojos en blanco.

— Presumido.

— Mucho.

...

Al final de la tarde, pasamos frente al edificio de la seguridad universitaria.

Grace reduce el paso.

— Todavía da tiempo de desistir.

La miro.

— ¿Quieres desistir?

Ella piensa.

Luego niega con la cabeza.

— No.

Entramos.

La atención tarda pocos minutos.

Una agente nos recibe.

— Buenas tardes.

¿En qué puedo ayudar?

Grace me mira.

Me doy cuenta de que espera que yo hable.

Niego con la cabeza discretamente.

Ella misma empieza.

— Nos gustaría registrar mensajes anónimos.

La agente toma una carpeta con pinza.

— ¿Alguna amenaza física?

— Todavía no.

— ¿Fotos?

Grace asiente.

Entrega el celular.

La mujer analiza todo cuidadosamente.

— Hicieron bien en no responder.

Mi cuerpo se relaja un poco.

— ¿Es posible descubrir quién envió?

La agente no promete.

— Vamos a registrar.

Si hay nuevos mensajes, no los borren.

Guarden todo.

Pregunta dónde fue tomada la fotografía.

Mostramos.

Ella hace algunas anotaciones.

Luego dice algo que ninguno de nosotros esperaba.

— Ustedes no son los primeros.

Grace y yo nos miramos inmediatamente.

— ¿Cómo así? — pregunto.

La agente cierra la carpeta.

— Tuvimos otros casos de estudiantes recibiendo fotografías anónimas en los últimos meses.

Mi corazón se acelera.

— ¿Todos relacionados con relaciones?

Ella duda.

— No puedo comentar detalles.

Pero puedo decir que estamos siguiendo el caso.

Salimos de la sala casi diez minutos después.

El campus parece diferente.

Más grande.

Más frío.

Porque ahora sabemos que tal vez no seamos un caso aislado.

...

De camino de vuelta, Grace rompe el silencio.

— Esto lo cambia todo.

— Yo también lo creo.

— Tal vez ni siquiera sea sobre nosotros.

— Tal vez.

Ella mira hacia adelante.

— Lo que me asusta es no saber.

Asiento.

— Noah.

— ¿Hum?

— Gracias por insistir.

La miro.

— No fui solo yo.

— Lo sé.

— Ryan.

— Hayes.

— Tú.

Ella sonríe.

— Yo.

— Principalmente tú.

— ¿Por qué?

— Porque decidiste confiar.

Ella respira hondo.

— Todavía tengo miedo.

— Yo también.

— Pero parece menor.

Pienso unos segundos.

— No se hizo menor.

— ¿No?

— Solo dejó de ser solo tuyo.

Grace me mira.

Y, por primera vez desde que todo empezó, veo una sonrisa tranquila.

Pequeña.

Discreta.

Pero tranquila.

Tal vez compartir el peso no elimine el miedo.

Tal vez solo haga posible seguir caminando.

Y, por ahora...

Eso es suficiente.

CAPÍTULO 19

EL PRECIO DE SER VISTA

GRACE

Durante dos días, no llega ningún mensaje nuevo.

Eso debería tranquilizarme.

No tranquiliza.

El silencio del número desconocido parece diferente a un final. Parece espera.

Como si la persona supiera que ahora estamos atentos y solo estuviera buscando otro momento.

Empiezo a observar cosas que antes ignoraba.

Quién entra en el laboratorio.

Quién se queda parado demasiado cerca de los edificios.

Quién sostiene el celular en mi dirección.

Quién disminuye el paso cuando Noah aparece del otro lado del campus.

La mayoría de las personas no me están mirando.

Lo sé.

Aun así, mi cuerpo reacciona como si todas lo estuvieran.

El lunes por la mañana, encuentro a Noah en la cocina, apoyado en la encimera y leyendo el cronograma de Boston por cuarta vez.

Está completamente vestido.

Eso me decepciona más de lo que debería.

— Buenos días — dice.

— Buenos días.

Noah levanta la vista.

— Revisaste el pasillo antes de salir del cuarto.

Me detengo frente a la cafetera.

— No revisé.

— Abriste la puerta dos centímetros, miraste a ambos lados y después saliste.

— Eso se llama atención.

— Eso se llama revisar el pasillo.

Agarro una taza.

— Tal vez escuché algo.

— No había nada.

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque hice lo mismo antes.

Lo miro.

Noah deja la tablet sobre la encimera.

— No estoy criticando.

— Parece.

— Estoy diciendo que yo también estoy preocupado.

— No lo pareces.

— Estoy intentando no ponerte más nerviosa.

— Eso es decidir por mí.

Él cierra los ojos.

— De acuerdo.

— No necesitas frustrarte.

— Estoy frustrado conmigo.

La respuesta interrumpe la defensa que ya estaba preparando.

Noah se acerca, pero mantiene suficiente distancia para no acorralarme.

— Ya no sé cuándo esconder una preocupación es proteger y cuándo es decidir por ti.

— Puedes simplemente hablar.

— ¿Todo?

— Dentro de lo razonable.

— Esa expresión es peligrosa.

— ¿Por qué?

— Porque lo razonable para ti y para mí es diferente.

No puedo discrepar.

Sirvo el café.

Noah observa.

— Me preocupa que alguien esté cerca del apartamento — dice.

Mi mano se detiene sobre la taza.

— ¿Por qué?

— No hay un motivo específico.

— Entonces…

— Me pediste que hablara.

— Cierto.

Él continúa:

— También me preocupa que la seguridad trate esto como un caso común y solo actúe cuando ocurra algo peor.

Se me encoge el estómago.

— ¿Algo más?

— Me preocupa que estés fingiendo estar bien para seguir trabajando.

— No estoy fingiendo.

Noah levanta una ceja.

— Completamente — añado.

— Mejor.

— ¿Y tú?

— Estoy entrenando más.

— Eso no respondió.

— Estoy usando el entrenamiento para no pensar.

— Eso tampoco parece saludable.

— Probablemente no.

Le entrego una taza.

— Entonces los dos lo estamos manejando mal.

— Juntos.

— No conviertas todo en romanticismo.

— Esa era una observación factual.

Noah bebe.

Yo lo observo por encima de la taza.

La invitación oficial de Boston llegó la noche anterior.

Pasajes, hospedaje, horarios, documentos médicos, autorizaciones.

Todo está listo.

En veintitrés días, él embarca.

La cuenta regresiva empezó sin que ninguno de los dos lo anunciara.

— ¿Respondiste al correo? — pregunto.

— Todavía no.

— ¿Por qué?

— Quería revisar los términos.

— Ya los revisaste cuatro veces.

— Cinco.

— Noah.

Él apoya la taza.

— Mi padre quiere que acepte inmediatamente.

— Tú quieres ir.

— Quiero.

— ¿Entonces?

— Después de que acepte, queda oficial.

— Ya es oficial.

— Se vuelve más real.

Entiendo.

Es exactamente lo que pasó cuando empezamos a llamar a lo que tenemos una relación.

La palabra no creó el sentimiento.

Solo eliminó la posibilidad de fingir que no existía.

— Tienes miedo — digo.

— Sí.

— ¿De no lograrlo?

— También.

— ¿Y de qué más?

Noah mira la tablet.

— De lograrlo.

La respuesta es baja.

Sincera.

— Eso no tiene sentido.

— Para mí sí.

— Explica.

Él se pasa la mano por la nuca.

— Si no me eligen, sigo aquí. Va a doler, pero la vida sigue como la conozco. Si me quieren…

La frase queda incompleta.

— Te vas.

— Tal vez.

— No inmediatamente.

— No.

— Y no para siempre.

— No lo sé.

El miedo aparece antes de que pueda controlarlo.

Noah se da cuenta.

— Por eso no quería hablar.

— ¿Y esconderlo haría que desapareciera?

— No.

— Entonces habla.

Él respira.

— Si sale bien, tal vez tenga que tomar decisiones rápido. Entrenamientos, campamentos, contratos, cambios. No quiero que parezca que estoy eligiendo irme de ti.

El café parece amargo.

— Pero puedes elegir ir.

— Puedo elegir la carrera.

— ¿Es lo mismo?

— Espero que no.

La respuesta debería tranquilizar.

No tranquiliza.

Dejo la taza.

— Tienes que aceptar.

— Lo sé.

— Hoy.

— Grace…

— No puedes dejar que el miedo convierta esta oportunidad en algo malo.

— No estoy haciendo eso.

— Aún no respondiste.

— Porque quería hablar contigo.

— Hablaste.

— ¿Y?

Mi cuerpo quiere pedirte que esperes.

Que revises una vez más.

Que lo dejes para mañana.

Todo eso solo me daría unas horas extra antes de que la cuenta regresiva pareciera real.

No sería justo.

— Acepta — digo.

Noah observa mi rostro.

— ¿Estás segura?

— No necesitas mi permiso.

— No pregunté eso.

— Entonces ¿qué preguntaste?

— Si vas a estar bien cuando yo apriete el botón.

La pregunta casi me hace reír.

No porque sea graciosa.

Porque es imposible.

— No lo sé.

— Grace.

— Tú quieres honestidad.

— Quiero.

— No voy a estar completamente bien.

Su rostro se cierra.

Me acerco.

Le tomo la mano.

— Pero eso no significa que no quiera que aceptes.

— Puedo esperar hasta que tú…

— No.

Aprieto los dedos.

— No necesito dejar de sentir miedo para que tú sigas tu sueño.

Noah mira nuestras manos.

— Eso fue muy maduro.

— No te acostumbres.

— Demasiado tarde.

Él toma la tablet.

Abre el correo.

El botón azul parece pequeño para algo tan importante.

— ¿Quieres apretar? — pregunta.

— No.

— ¿Por qué?

— Es tu elección.

Su mirada se suaviza.

Noah presiona.

La pantalla cambia.

PARTICIPACIÓN CONFIRMADA.

Se me oprime el pecho.

Él va a Boston.

Es real.

Noah deja la tablet a un lado.

— Listo.

— Felicidades.

— Pareces triste.

— Lo estoy.

— Grace…

— Y feliz.

Él se queda en silencio.

— Las dos cosas caben — recuerdo.

Aparece una sonrisa pequeña.

— Aprendiste.

— Mal.

Noah levanta nuestra mano unida y besa mis dedos.

— Gracias por no pedirme que me quede.

La frase duele.

— Nunca voy a pedirlo.

— Lo sé.

— Eso no significa que no vaya a desearlo.

La sonrisa desaparece.

Él me atrae delicadamente hacia él.

— Puedes desearlo.

Apoyo el rostro en su pecho.

— Y tú puedes desear que yo vaya contigo.

— Lo deseo.

Cierro los ojos.

Aún no busqué los pasajes.

Ni los costos.

Ni la posibilidad de faltar al laboratorio.

Una parte de mí evita porque sabe que tal vez no pueda ir.

Otra parte evita porque, si puedo, estaré volviendo todo más serio.

— Voy a revisar hoy — prometo.

— Sin presión.

— No sabes decir eso sin parecer que presionas.

— Lo siento.

— No hace falta.

Nos quedamos abrazados hasta que mi celular vibra sobre la encimera.

Todo mi cuerpo se tensa.

Noah también.

Me aparto y miro.

Ethan.

El aire vuelve.

— Es él — digo.

Noah se suelta lentamente.

— Esto no puede continuar.

— ¿Qué?

— Cada notificación haciendo que parezcas que vas a desmayarte.

— Tú también te tensaste.

— Lo sé.

Agarro el teléfono.

Ethan envió una publicación.

Una página de chismes de la universidad.

El título aparece antes de la imagen.

¿CAPITÁN DEL HIELO TIENE NUEVA MUSA MISTERIOSA?

Se me enfría la sangre.

— Noah.

Él se acerca.

Abro.

La primera fotografía es del evento benéfico.

Estoy con su chaqueta.

La segunda fue tomada en el partido.

Yo en la grada.

Noah mirando hacia la sección.

La tercera es la fotografía enviada por el número desconocido.

Los dos frente al edificio administrativo.

Mi cuerpo se queda inmóvil.

— Es la misma foto — dice Noah.

— Sí.

— Entonces quien te la mandó a ti también se la envió a la página.

Sigo leyendo.

El texto insinúa que la "estudiante misteriosa" acompaña al capitán dentro y fuera de los eventos deportivos.

Menciona que soy becaria del laboratorio de tecnología.

No hay nombre.

Pero hay carrera.

Hay suficientes detalles.

Los comentarios ya empezaron.

ES LA CHICA DEL ABRIGO.

ÉL JUEGA MEJOR CUANDO ELLA APARECE.

¿ALGUIEN SABE QUIÉN ES?

ELLA ES DEL LABORATORIO DE IA.

APUESTO A QUE CONSIGUIÓ LA BECA POR CONTACTO.

La última frase hace que se me contraiga el estómago.

Noah toma el celular.

— Basta.

— Devuélvemelo.

— No necesitas leer.

— Es sobre mí.

— Exactamente.

— Noah.

Él cierra los ojos.

Me lo devuelve.

— Lo siento.

— Necesito saber qué están diciendo.

— No necesitas absorberlo todo.

— ¿Quién decide?

La pregunta sale más agresiva.

Noah retrocede.

— Tú.

— Gracias.

Miro otra vez la publicación.

Hay una actualización reciente.

FUENTES AFIRMAN QUE LOS DOS TAMBIÉN COMPARTEN UNA VIVIENDA DE LA UNIVERSIDAD.

El mundo parece detenerse.

— Saben lo del apartamento — murmuro.

Noah lee por encima de mi hombro.

La mandíbula se endurece.

— Pocas personas lo saben.

— La universidad.

— Ryan.

— Ethan.

— Daniel.

El nombre queda suspendido.

Me vuelvo hacia Noah.

Él no habla.

Pero pienso en lo que él pensó.

— No fue Daniel.

— No dije nada.

— Tu cara lo dijo.

— Estoy intentando no acusar.

— Entonces no acuses en silencio.

— Grace, alguien lo contó.

— Pudo haber sido cualquier empleado.

— O alguien cercano.

— Ryan no lo haría.

— Lo sé.

— Ethan tampoco.

— Lo sé.

— Entonces en tu cabeza queda Daniel.

Noah se pasa la mano por el cabello.

— No quiero discutir sobre él ahora.

— Porque sabes que no tienes prueba.

— Porque alguien acaba de divulgar dónde vivimos.

La frase cierra la discusión.

El miedo vuelve más grande.

No es solo un secreto romántico.

Es nuestra dirección institucional.

Tal vez no el número del apartamento.

Todavía.

— Tenemos que llamar a seguridad — digo.

Noah ya está agarrando su propio celular.

— Voy a llamar.

— En altavoz.

Él me mira.

— De acuerdo.

...

La agente que nos atendió pide que enviemos el enlace y las capturas.

Informa que la publicación fortalece el registro.

También pide que no nos pongamos en contacto con la página.

— ¿Pueden retirarlo? — pregunto.

— La universidad puede solicitarlo, pero la página no es oficial.

— ¿Y la fotografía?

— Vamos a revisar las cámaras cercanas al edificio administrativo.

Noah se inclina sobre la mesa.

— ¿Cuánto tiempo tarda eso?

— No puedo informar.

— La persona sabe dónde vivimos.

— La publicación dice que comparten una unidad universitaria. No revela la dirección exacta.

— Todavía.

La palabra sale dura.

La agente mantiene el tono profesional.

— Recomendamos que revisen la configuración de las redes sociales, eviten publicar ubicación en tiempo real y avisen inmediatamente si

hay acercamiento físico o nueva amenaza.

— ¿Acercamiento físico? — repito.

— Alguien siguiendo, esperando cerca de edificios, intentando contacto presencial.

Se me revuelve el estómago.

— ¿Y el apartamento?

— Podemos solicitar rondas adicionales en el área residencial.

Noah confirma inmediatamente.

— Hagan eso.

Lo miro.

Él se da cuenta.

— ¿Puede ser?

Pienso.

Las rondas llaman la atención.

También ofrecen seguridad.

— Puede.

La agente continúa:

— La página citó información institucional. Tal vez sea prudente informar al sector de vivienda antes de que reciban la publicación por terceros.

La decisión que aplazamos vuelve.

El borrador en el notebook.

Nuestros nombres juntos.

— ¿Tenemos que hacerlo ahora? — pregunto.

— No soy responsable del programa. Es solo una recomendación.

Ninguna garantía.

Nunca la hay.

Cuando la llamada termina, Noah apoya las manos en la mesa.

— Vamos a enviar el correo.

La frase no es una pregunta.

Mi cuerpo reacciona.

Él se da cuenta de inmediato.

— Lo siento.

Cierra los ojos.

— Tú decides si estás lista.

— Nosotros decidimos.

— Cierto.

— Y creo que tenemos que enviarlo.

Noah me mira.

— ¿Estás segura?

— No.

— ¿Pero?

— Ahora existe una publicación diciendo que escondemos la convivencia. Si la universidad se entera por ella, parece peor.

— Estoy de acuerdo.

— Esto puede separarnos.

— Lo sé.

— Puede pasar rápido.

— Lo sé.

— Tú vas a Boston en veintitrés días.

— Lo sé.

— Y tal vez ya ni vivamos juntos cuando vuelvas.

Su rostro cambia.

— No lo digas así.

— Es posible.

— Posible no es seguro.

La frase de la señora Collins.

— Lo sé.

— Podemos enfrentarlo.

— ¿Viviendo separados?

— Si hace falta.

— Hablas como si no cambiara todo.

— Cambia.

— Entonces…

— Pero no cambia lo que elegí.

Lo miro.

— No sabes cómo sería.

— No.

— Puede ponerse difícil.

— Se va a poner.

— Puedes decidir que demasiada distancia no vale la pena.

Su expresión se endurece.

— No pongas decisiones futuras en mi boca.

La frase me golpea.

— No lo estoy haciendo.

— Estás imaginando que voy a rendirme y usando eso para sufrir ahora.

— Estoy intentando prepararme.

— Para perderme.

— Tal vez.

— Grace.

— ¿Qué?

— Yo estoy aquí.

La voz es baja.

— Ahora.

— Eso debería ser suficiente.

— No siempre lo es.

— Entonces ¿qué lo sería?

No tengo respuesta.

Permanencia.

Garantía.

Promesa de que Boston no cambiará nada.

Promesa de que la universidad no nos separará.

Nada de eso existe.

— No lo sé.

Noah se aparta de la mesa.

La frustración está en cada movimiento.

— ¿Quieres enviar el correo o no?

El tono duele.

— Quiero.

— Entonces lo hacemos.

— No de esa manera.

— ¿De qué manera?

— Como si estuvieras molesto conmigo por tener miedo.

— Estoy molesto porque cada consecuencia se vuelve un ensayo para nuestro final.

— Porque existe riesgo.

— Y existe relación.

— Las dos cosas no se anulan.

— Exactamente.

Nos quedamos en silencio.

El celular vibra otra vez.

La página fue actualizada.

No miro.

No puedo.

— Necesito ir al laboratorio — digo.

Noah frunce el ceño.

— ¿Ahora?

— Tengo reunión.

— ¿Después de esto?

— Principalmente después de esto.

— Grace…

— No voy a dejar que la publicación parezca verdadera.

— No necesitas probar nada hoy.

— Lo necesito para mí.

Agarro la mochila.

Noah observa.

— ¿Quieres que te acompañe?

— No.

La respuesta sale rápida.

Su rostro se cierra.

— Porque llamaríamos la atención — explico.

— Claro.

— No es rechazo.

— Lo sé.

— Parece que no lo sabes.

— Estoy intentando saberlo.

Me acerco.

— Vamos a enviar el correo cuando yo vuelva.

— De acuerdo.

— Juntos.

— De acuerdo.

— Y no hables con la página.

— No pensaba hacerlo.

Solo lo creo a medias.

— Ni con Daniel.

— ¿Por qué hablaría con él?

— Porque estás desconfiando.

— No voy a acusar a nadie.

— ¿Lo prometes?

Noah me mira directamente.

— Prometo que no voy a confrontar a Daniel sin prueba.

La formulación es específica.

— ¿Y con prueba?

— Hablamos primero.

Asiento.

— Gracias.

— No agradezcas como si fuera un favor.

— Es confianza.

Él se suaviza.

— De acuerdo.

Quiero besarlo.

No lo hago.

La cortina de la sala está cerrada.

La puerta con llave.

Aun así, la fotografía en el teléfono parece haber entrado en el apartamento.

— Vuelvo a las siete — digo.

— Manda mensaje cuando llegues.

— Mando.

— Incluso si te retrasas.

— Sí.

Salgo.

Antes de cerrar la puerta, miro hacia atrás.

Noah está parado en medio de la sala.

El celular en la mano.

La imagen de la publicación reflejada en el rostro.

Por primera vez, entiendo que ser visto también le cuesta algo a él.

Solo que no cuesta de la misma forma.

...

El laboratorio está más silencioso cuando entro.

No porque haya menos personas.

Porque las conversaciones disminuyen.

Dos alumnas me miran rápidamente.

Un chico cierra una ventana en la computadora.

No necesito ver para saber.

La publicación llegó.

El profesor Almeida está al lado de la mesa principal.

Cuando me ve, hace un gesto.

— Grace, un momento.

Sigo hasta la sala.

Daniel está dentro.

Mi cuerpo se pone alerta.

— ¿Qué pasó?

El profesor cierra la puerta.

— La coordinación se puso en contacto.

— ¿Por la página?

— Sí.

— Yo no hice nada.

— Nadie dijo que lo hiciste.

— Entonces ¿por qué Daniel está aquí?

Daniel responde:

— Porque el correo anónimo involucraba el proyecto.

El profesor Almeida se sienta.

— Necesitamos organizar una respuesta institucional.

Mi corazón se acelera.

— ¿Van a suspender mi beca?

— No.

La respuesta inmediata me hace respirar.

— ¿Van a apartarme?

— No hay motivo.

— ¿Entonces?

— Necesitamos documentar que no existe relación entre tu vínculo personal y las actividades del laboratorio.

— Ya lo dije.

— Ahora necesitamos formalizarlo.

Pone una hoja sobre la mesa.

Una declaración.

Leo.

Afirma que ningún atleta tiene acceso a los datos.

Que no hubo financiamiento deportivo.

Que mi selección ocurrió meses antes de cualquier contacto personal con Noah.

— Puedo firmar — digo.

— Lee todo primero.

Leo otra vez.

No hay mentira.

No hay trampa.

Aun así, la sensación es de estar siendo juzgada por algo que no hice.

— ¿La coordinación sabe que vivimos juntos? — pregunto.

El profesor Almeida duda.

— La publicación lo menciona.

— ¿Pero ellos ya lo sabían?

— El sistema de vivienda tiene esa información.

— No sobre la relación.

— No.

— Necesito informar hoy.

No es pregunta.

El profesor confirma.

— Sería prudente.

Miro a Daniel.

Está serio.

Distante.

— ¿Contaste algo? — pregunto.

Su expresión cambia.

— ¿Qué?

— A alguien.

— ¿Estás preguntando si fui yo quien envió la información?

— Estoy preguntando si comentaste.

— No.

— ¿Con nadie?

— No.

— ¿Ni con Ethan?

— Ethan ya sabía más que yo.

— ¿Con compañeros del laboratorio?

— No.

Mi tono lo ofende.

Lo veo.

Aun así, necesito preguntar.

— La publicación cita el laboratorio.

— Mucha gente sabe dónde estudias.

— Cita la vivienda.

— Yo no sabía que era un programa de emergencia hasta que tú lo dijiste ayer.

Eso me hace detenerme.

Es verdad.

Nunca conté los detalles antes.

— Lo siento — digo.

Daniel cierra la expresión.

— Está bien.

No lo está.

— No, no lo está.

— Estás asustada.

— No justifica acusar.

— ¿No lo justificaría si fuera otra persona?

La pregunta me golpea.

Noah pensó en él.

Yo critiqué.

Ahora hago lo mismo.

— No.

— ¿Entonces?

— Lo siento.

Daniel mira al profesor.

— ¿Puedo salir?

El profesor Almeida confirma.

Antes de que llegue a la puerta, hablo:

— Daniel.

Él se detiene.

— Yo confío en ti.

— No parece.

— Estoy intentando.

— Intenta mejor.

Sale.

La puerta se cierra.

La vergüenza se queda.

El profesor Almeida me observa.

— La presión suele revelar nuestros peores métodos de defensa.

— ¿Eso fue una crítica?

— Una observación.

Me siento.

— No sé quién está haciendo esto.

— Justamente por eso no puedes convertir a todos en sospechosos.

— Alguien cercano lo sabe.

— O alguien con acceso a los sistemas.

— Eso es peor.

— Tal vez.

Leo la declaración nuevamente.

— La seguridad está investigando.

— Excelente.

— Dijeron que otros estudiantes recibieron fotos.

El profesor Almeida frunce el ceño.

— Eso cambia el contexto.

— ¿Cómo?

— Tal vez no sea una persona interesada específicamente en ustedes.

— Entonces ¿por qué toda la información?

— Las páginas de chismes recopilan detalles. Los estudiantes envían rumores. La información se acumula.

— ¿Eso debería tranquilizarme?

— No.

Él es honesto.

— Pero puede impedir conclusiones precipitadas.

Como acusar a Daniel.

Firmo la declaración.

— ¿Puedo seguir en el proyecto?

— Debes.

— ¿Incluso con la gente mirando?

— Principalmente.

— Eso parece castigo.

— Es elección.

Otra vez esa palabra.

— Tu trabajo existía antes del chisme — dice él. — No permitas que reescriba tu historia.

Se me oprime el pecho.

— Voy a intentarlo.

— No lo intentes hoy. Trabaja hoy.

Es exactamente la orientación que necesitaba.

No emocional.

No vaga.

Una tarea.

Vuelvo a la sala principal.

Las conversaciones disminuyen otra vez.

Abro el notebook.

Daniel está del otro lado.

No mira.

Escribo un mensaje.

LO SIENTO. NO DEBERÍA HABER PREGUNTADO DE ESA FORMA.

Él lo ve.

Ninguna respuesta.

Merezco el silencio.

Empiezo a trabajar.

...

Dos horas después, consigo olvidar por algunos minutos.

El código falla.

Luego falla otra vez.

En el tercer intento, identifico el problema en una función de limpieza.

Corrijo.

El modelo se ejecuta.

La pantalla se llena de números.

El alivio llega simple.

Conocido.

Esto sé hacerlo.

Daniel se acerca.

Coloca una hoja al lado del notebook.

— Los resultados anteriores para comparar.

— Gracias.

Él empieza a irse.

— Daniel.

Se detiene.

— De verdad lo siento mucho.

— Lo sé.

— No quiero que esto arruine nuestro trabajo.

— Yo tampoco.

— O nuestra amistad.

La palabra hace que por fin me mire.

— Eso depende.

— ¿De qué?

— De que puedas confiar en mí incluso cuando Noah esté celoso.

— No fue por él.

— No solo.

— Él prometió no acusar.

— Generoso.

El sarcasmo irrita.

Respiro antes de responder.

— Estás herido.

— Sí.

— ¿Porque pregunté o porque estoy con Noah?

Daniel se queda en silencio.

La respuesta está ahí.

— Las dos — admite.

— Yo nunca quise hacerte daño.

— Lo sé.

— Pero no puedo cambiar lo que siento por Noah.

— No lo pedí.

— Aun así…

— Grace, no quiero ser el amigo que se queda esperando que tu relación salga mal.

La franqueza me sorprende.

— Entonces no lo seas.

— Es lo que estoy intentando.

Se pasa la mano por la nuca.

— Necesito un poco de distancia fuera del proyecto.

Se me oprime el pecho.

— De acuerdo.

— En el laboratorio, seguimos normalmente.

— ¿Y fuera?

— Por ahora, no quiero cafés, conversaciones sobre vida personal ni mensajes de madrugada.

— Yo nunca mando mensajes de madrugada.

— Era un ejemplo.

— De acuerdo.

Daniel casi sonríe.

No llega.

— No voy a contar lo de ustedes.

— Lo sé.

— Y no envié el correo.

— También lo sé.

— ¿Estás segura?

Pienso.

Elijo.

— Lo estoy.

Su expresión se relaja un poco.

— Gracias.

— Eso es confianza.

— No uses frases de pareja conmigo.

Se me calienta el rostro.

— Lo siento.

Esta vez, él sonríe.

Pequeño.

— Vuelve al modelo.

— Sí.

Daniel se aleja.

La amistad cambió.

Tal vez no vuelva a ser como antes.

Eso duele.

Pero es una consecuencia real.

No una tragedia imaginada.

Puedo lidiar con lo que existe.

...

A las seis y cuarenta, recibo un mensaje de Noah.

¿ESTÁ TODO BIEN?

Respondo inmediatamente.

SÍ. TERMINANDO.

LA PUBLICACIÓN FUE ELIMINADA.

Me detengo.

¿POR LA PÁGINA?

LA UNIVERSIDAD LO PIDIÓ. ELLOS LA RETIRARON.

Alivio.

Después desconfianza.

PERO LA GENTE YA LA VIO.

LO SÉ.

Otro mensaje:

HAYES QUIERE QUE YO DÉ UNA DECLARACIÓN MAÑANA.

Se me encoge el estómago.

¿SOBRE NOSOTROS?

SOBRE PRIVACIDAD Y ACOSO. SIN CONFIRMAR RELACIÓN.

Pienso en la entrevista anterior.

En la respuesta ambigua.

En la página.

¿QUIERES HACERLO?

Tarda.

NO LO SÉ.

Es la primera vez que admite incertidumbre antes de decidir.

HABLAMOS EN CASA.

La respuesta llega:

JUNTOS.

Guardo el celular.

...

Noah preparó la cena otra vez.

Esta vez, está sentado a la mesa esperando.

El notebook abierto.

Nuestro borrador en la pantalla.

Cuando entro, él se levanta.

No viene hacia mí inmediatamente.

— ¿Puedo abrazarte?

La pregunta me desarma.

— Puedes.

Suelto la mochila.

Voy hacia él.

Noah me envuelve.

Fuerte.

Pero no demasiado apretado.

— ¿Cómo fue? — pregunta.

— Mal. Después mejor.

— ¿La beca?

— No está suspendida.

Su cuerpo se relaja.

— Gracias a Dios.

— Tuve que firmar una declaración sobre el laboratorio.

— ¿Qué decía?

Le cuento.

Él escucha sin interrumpir.

— ¿Y Daniel? — pregunta cuando termino.

— Lo acusé.

Noah se queda inmóvil.

— ¿Directamente?

— Pregunté si contó algo.

— ¿Y?

— No contó.

— ¿Cómo lo sabes?

La pregunta reaviva mi irritación.

Me aparto.

— Porque le creo.

Noah se da cuenta.

— Lo siento.

— Tú todavía sospechas.

— Estoy intentando no.

— No funciona así.

— Lo sé.

— Él pidió distancia fuera del laboratorio.

Su expresión cambia.

— ¿Por tu culpa?

— Por mi culpa.

— ¿Admitió que le gustas?

— Sí.

La mandíbula se tensa.

— Pero va a mantener todo profesional.

— De acuerdo.

— Noah.

— Estoy procesando.

— Puedes procesar en voz alta.

— No me gusta que él tenga sentimientos por ti.

— Lo sé.

— Tampoco me gusta que esté herido, porque eso significa que puede actuar emocionalmente.

— Él no es una amenaza.

— Espero.

— Confía en mí.

— Confío.

— Entonces necesitas confiar en mi evaluación.

— Eso es más difícil.

La honestidad impide que la discusión crezca.

— ¿Por qué?

— Porque tú quieres creer en lo mejor de las personas que amas.

La palabra llama la atención.

— Yo no amo a Daniel.

— No románticamente.

— No.

— Pero te importa.

— Sí.

— Y puedes ignorar señales.

— Así como tú puedes inventarlas por celos.

— Sí.

Nos quedamos en silencio.

— Entonces ¿qué hacemos? — pregunto.

— Nada sin prueba.

— Y sin interrogarlo.

— De acuerdo.

— Ni a Ryan.

— Nunca sospeché de Ryan.

— Solo lo estoy dejando claro.

Noah casi pone los ojos en blanco.

No lo hace.

— De acuerdo.

Señalo el notebook.

— ¿Enviamos?

El borrador espera.

Él se sienta.

Yo también.

Leo todo otra vez.

Al final, añadimos:

Ante la exposición reciente en una página no oficial y del registro realizado junto a la seguridad del campus, consideramos adecuado comunicar la situación de forma transparente y solicitar orientación sobre la continuidad de la asignación.

Se me enfrían las manos.

— Después de enviar, no hay vuelta atrás — digo.

— No.

— Pueden llamar mañana.

— Sí.

— Pueden separarnos.

— Sí.

— ¿Puedes dejar de responder solo sí?

— Estoy intentando no mentir.

Cierro los ojos.

— Puedo enviar — dice Noah.

— No.

— ¿Quieres hacerlo tú?

— Tampoco.

Él espera.

— ¿Juntos? — pregunta.

Lo miro.

— ¿Cómo?

Noah posiciona el cursor sobre el botón.

Pone la mano sobre el mouse.

Extiende la otra hacia mí.

La tomo.

— Contamos hasta tres — dice.

— Eso es infantil.

— ¿Está funcionando?

— Un poco.

— Entonces.

Respiro.

— Uno.

— Dos.

— Tres.

Él hace clic.

MENSAJE ENVIADO.

Mi corazón se dispara.

Por unos segundos, espero que algo ocurra inmediatamente.

Ninguna sirena.

Ninguna llamada.

Ninguna puerta abriéndose.

Solo la confirmación en la pantalla.

Noah aprieta mi mano.

— Lo hicimos.

— Sí.

— ¿Te arrepientes?

Pienso.

— Todavía no.

— Buen comienzo.

— ¿Y tú?

— Tengo miedo.

— No fue lo que pregunté.

— No me arrepiento.

El alivio llega pequeño.

Suficiente.

— Ahora la declaración — digo.

Noah cierra el correo.

Abre otro documento.

— Hayes sugirió algunas respuestas.

Leo.

“La universidad está acompañando una situación de exposición no autorizada que involucra a estudiantes. Mi prioridad es preservar la seguridad y la privacidad de las personas afectadas.”

— Está bien — digo.

— Parece escrito por abogado.

— Lo escribió la comunicación deportiva.

— Exactamente.

— ¿Quieres decir más?

— Quiero decir que Grace no hizo nada malo.

Se me oprime el corazón.

— No puedes usar mi nombre.

— Lo sé.

— Ni confirmar.

— Lo sé.

— ¿Entonces?

— Puedo decir que ninguna estudiante debe ser atacada por asistir a un partido o hablar con un atleta.

— Eso llama más la atención.

— También pone la culpa en el lugar correcto.

Pienso.

— Quieres defenderme.

— Sí.

— Y una parte de mí quiere dejarte.

— ¿Qué parte no quiere?

— La que sabe que tu declaración puede volverse titular antes de Boston.

— Hayes cree que el silencio parece indiferencia.

— ¿Y tu padre?

Noah se ríe sin humor.

— Quiere que diga que no existe relación y que la chica es solo una conocida.

El dolor llega inmediato.

— Tal vez sea más seguro.

Su rostro se cierra.

— No.

— Noah…

— No voy a convertirte en una mentira para proteger mi imagen.

— No necesitas usar mi nombre.

— Aun así.

— Puedes decir que no comentas rumores.

— ¿E ignorar el acoso?

— La universidad ya habló.

— A mí me preguntaron.

— Entonces responde sobre privacidad.

— Es lo que voy a hacer.

— Sin defenderme específicamente.

— Grace.

— Estoy intentando proteger Boston.

— Y yo estoy intentando protegerte a ti.

— Otra vez.

— No estoy decidiendo solo. Estamos conversando.

Es verdad.

Aun así, no me gusta.

— ¿Qué quieres decir? — pregunto.

Noah toma el documento.

Escribe.

"No comentaré especulaciones sobre mi vida personal. Sin embargo, fotografiar estudiantes sin consentimiento, divulgar información sobre vivienda y atacar el mérito académico de alguien no es entretenimiento. Es acoso. La universidad está manejando la situación, y espero que se respete la privacidad de las personas involucradas."

Leo dos veces.

Se me oprime el pecho.

— Eso va a parecer confirmación.

— Tal vez.

— Tu padre va a enloquecer.

— Probablemente.

— Boston puede pensar que estás distraído.

— O que tengo carácter.

— Esto es arriesgado.

— Sí.

— ¿Quieres hacerlo aun así?

— Quiero.

La pregunta que necesito hacer se queda atrapada.

— ¿Por qué?

Noah me mira directamente.

— Porque quedarme en silencio mientras llaman a tu trabajo un favor sería cobardía.

— Tú no eres responsable de mi reputación.

— No. Pero soy responsable de lo que hago cuando alguien a quien amo es atacada.

El mundo se detiene.

La palabra queda entre nosotros.

No fue broma.

No fue “gesto de amor”.

No fue indirecta.

Alguien a quien amo.

Noah también se da cuenta de lo que dijo.

Su rostro cambia.

Pero no se retracta.

Mi corazón late tan fuerte que duele.

— ¿Qué dijiste?

La voz casi no sale.

Noah respira.

— Que no voy a quedarme en silencio.

— Antes.

Él cierra los ojos por un segundo.

Cuando los abre, hay miedo.

El mismo miedo que siento.

— Dije que te amo.

Me levanto de la silla.

No porque quiera huir.

Porque no puedo quedarme sentada.

Noah no se mueve.

— No necesitas responder — dice.

— Entonces ¿por qué lo dijiste?

— Porque es verdad.

— ¿Desde cuándo?

— No lo sé.

— Tú siempre lo sabes.

— No sobre esto.

Camino hasta la ventana.

La cortina sigue cerrada.

Sujeto la tela sin abrir.

— Grace.

— Necesito pensar.

— Está bien.

— No significa que quiera terminar.

— Lo sé.

— Ni que estoy rechazando.

— Lo sé.

— Deja de decir que lo sabes.

— Lo siento.

Respiro.

Amor.

La palabra que evité en el mensaje.

La palabra que no quiero asociar a alguien que puede irse.

La palabra que no salvó a mi padre.

La palabra que no impide pérdidas.

— No deberías decirlo ahora — murmuro.

— ¿Por qué?

— Porque todo está inestable.

— El sentimiento no preguntó.

— Eso no es respuesta.

— Es la única que tengo.

Me doy vuelta.

Noah permanece sentado.

No intenta acercarse.

Respeta.

— Tú vas a Boston — digo.

— Sí.

— Tal vez seas elegido.

— Sí.

— Tal vez la universidad nos separe.

— Sí.

— Hay alguien observándonos.

— Sí.

— Y decidiste decir que me amas ahora.

— No decidí. Se me escapó.

— Eso es peor.

— Probablemente.

A pesar de todo, casi me río.

Las lágrimas llegan primero.

Noah se levanta, pero no se acerca.

— ¿Puedo?

Niego con la cabeza.

Todavía no.

Él se detiene.

— No sé qué responder.

— No necesitas responder hoy.

— ¿Y mañana?

— Tampoco, si no estás lista.

— Vas a quedarte esperando.

— Voy.

— Eso crea presión.

— Puedo fingir que no lo dije.

— No puedes.

— Entonces no sé cómo quitar toda la presión.

La honestidad ayuda.

Me limpio el rostro.

— Siento algo muy grande.

Noah se queda completamente inmóvil.

— Pero no sé llamarlo amor.

— Está bien.

— Tal vez lo sea.

— Está bien.

— Tal vez tengo demasiado miedo para saberlo.

— También está bien.

— Para ti es fácil decirlo.

— No lo es.

La voz falla levemente.

Por primera vez, percibo el costo de la confesión para él.

Noah no está seguro.

Está expuesto.

Como yo.

— Tienes miedo de que yo no sienta — digo.

— Mucho.

— Aun así lo dijiste.

— Sí.

— ¿Por qué?

— Porque me pediste que no escondiera preocupaciones.

Se me escapa una risa húmeda.

— Eso no era una preocupación.

— Para mí, es enorme.

— Idiota.

— Un poco.

Lo miro.

— Puedes acercarte.

Noah se acerca despacio.

Se detiene a un paso.

— ¿Más?

Confirmo.

Él me abraza.

Apoyo el rostro en su pecho.

Su corazón está acelerado.

Mucho.

Eso me consuela de un modo extraño.

— No puedo decirlo todavía — murmuro.

— Lo sé.

— Pero no quiero que lo retires.

Sus brazos aprietan.

— No lo voy a hacer.

— Y no quiero que lo digas todo el tiempo esperando respuesta.

— De acuerdo.

— Ni lo uses durante discusiones.

— Nunca.

— Ni como argumento para que yo vaya a Boston.

— Eso fue específico.

— Noah.

— De acuerdo.

Nos quedamos abrazados.

Su amor no resuelve nada.

No impide la revisión de la vivienda.

No identifica quién envió las fotografías.

No garantiza un futuro en la misma ciudad.

Aun así, cambia la temperatura del apartamento.

Tal vez porque una verdad, aunque asuste, es diferente de una amenaza.

La amenaza quiere obligarme a huir.

La verdad de Noah solo se queda.

Sin exigir.

Sin controlar.

Sin prometer lo imposible.

— Tu declaración — digo después de unos minutos.

— ¿Todavía te parece arriesgada?

— Mucho.

— ¿Pero?

— Creo que debes hacerla.

Él aparta el rostro para mirarme.

— ¿Estás segura?

— No.

— Tu respuesta favorita.

— Pero es tu voz.

— ¿Y tú?

— Estoy cansada de que otras personas cuenten nuestra historia.

Noah toca mi rostro.

— Entonces un día la contamos nosotros mismos.

El miedo intenta surgir.

Esta vez, no domina.

— Un día — respondo.

Él no pregunta cuándo.

Besa mi frente.

...

La comunicación deportiva publica la declaración a las nueve de la noche.

No menciona a Grace.

No confirma el noviazgo.

No lo niega.

Llama a la exposición acoso.

En quince minutos, la página de chismes desactiva los comentarios de la publicación eliminada.

En veinte, otras páginas comparten la declaración.

En treinta, el padre de Noah llama.

Él atiende en el cuarto.

No oigo todo.

La voz del padre atraviesa la puerta aun así.

— ¡Estás confirmando cada rumor sin decir la palabra!

Noah responde bajo.

No entiendo.

El padre sube el tono:

— ¡Boston no quiere a un jugador rodeado de drama!

Silencio.

Después Noah:

— El drama no lo creó ella.

Se me oprime el pecho.

El padre habla otra vez.

— ¡Estás tirando una carrera por una estudiante que probablemente ni estará en tu vida dentro de un año!

El aire desaparece.

No debería haber oído.

Pero oí.

La puerta se abre.

Noah sale con el teléfono en la mano.

El rostro está duro.

— ¿Está en altavoz? — pregunto.

Él mira la pantalla.

— No.

— ¿Él sabe que oí?

— No.

— Termina la llamada.

— Grace…

— No quiero que discutas por mi culpa.

— No es solo por ti.

— Termina.

Noah cierra los ojos.

Se lleva el teléfono al oído.

— Hablamos mañana.

Cuelga antes de la respuesta.

El apartamento queda en silencio.

— Puede que tenga razón — digo.

Noah me mira como si yo lo hubiera golpeado.

— No.

— Sobre un año.

— No digas eso.

— No lo sabemos.

— Exactamente. No lo sabemos.

— Entonces puede pasar.

— También puede no pasar.

— Noah…

— ¿Por qué siempre eliges la peor posibilidad como si fuera más verdadera?

La pregunta duele porque es justa.

— Porque duele menos estar preparada.

— No parece.

— Es lo que sé hacer.

— Entonces aprende otra cosa.

El tono está duro.

Mi cuerpo se cierra.

Noah se da cuenta de inmediato.

— Lo siento.

— No. Tienes razón.

— No quería hablar así.

— Pero estás cansado.

— Estoy.

— ¿De mí?

— De la forma en que conviertes cada ataque en argumento contra nosotros.

La frase entra hondo.

— Yo no hago eso.

— Acabas de hacerlo.

— Tu padre dijo…

— Mi padre quiere ganar.

— Tal vez quiera proteger.

— El control no es protección.

La palabra que usamos tantas veces.

— Él conoce ese mundo — digo.

— Y no te conoce a ti.

— Tal vez justamente por eso ve mejor.

Noah da un paso atrás.

— Eso fue cruel.

Me arrepiento inmediatamente.

— Lo siento.

— ¿De verdad crees que mi padre entiende nuestra relación mejor porque no le importas?

— No fue lo que quise decir.

— Fue lo que dijiste.

— Estoy asustada.

— Yo también. Y no estoy usando a tu profesor, a Daniel o a la universidad para decir que debes dejarme.

La culpa crece.

— Yo no quiero dejarte.

— Entonces deja de ensayar.

Silencio.

Las lágrimas vuelven.

Su rostro se suaviza, pero no se acerca sin pedir.

— Grace.

— Tengo miedo de creerte.

— Lo sé.

— Porque, si te creo cuando dices que me amas, voy a empezar a imaginar cosas.

— ¿Qué cosas?

— Boston. Después de Boston. Visitas. Graduación. Una casa que no sea concedida por la universidad.

La voz falla.

— Tú.

Noah se queda inmóvil.

— Eso no suena mal.

— Suena cuando puede desaparecer.

— Todo puede desaparecer.

— Lo sé.

— Entonces ¿prefieres no tenerlo?

— A veces.

— ¿Y ahora?

La pregunta es baja.

Miro alrededor.

A la mesa donde enviamos el correo.

Al sofá.

A la corbata dejada sobre una silla.

A la cocina donde él prepara café.

Al lugar que dejó de ser solo vivienda.

— Ahora, no.

Me acerco.

Esta vez, soy yo quien pregunta:

— ¿Puedo abrazarte?

Su expresión cambia.

— Puedes.

Le rodeo la cintura.

Noah tarda un segundo antes de responder.

Tal vez porque también necesita elegir confiar.

— Lo siento — digo.

— Yo también.

— Tú no hiciste nada.

— Me enojé.

— Tenías derecho.

— No quiero usar el enojo para presionarte.

— No me presionaste.

— Un poco.

— Tal vez.

Él suelta una risa sin humor.

— Respuesta honesta.

— Estoy aprendiendo.

Nos quedamos en silencio.

Su teléfono vibra.

Hayes.

No atendemos.

El mío vibra justo después.

Número desconocido.

Todo mi cuerpo se congela.

Noah lo siente.

Nos apartamos.

El mensaje aparece en la pantalla.

BONITA DECLARACIÓN.

Llega otro.

AHORA TODOS SABEN QUE HAY ALGO QUE ESCONDER.

Noah toma su propio celular para llamar a seguridad.

Antes de que lo logre, llega una imagen.

No es del campus.

Es del edificio donde vivimos.

Tomada desde abajo.

Una de las ventanas del tercer piso está marcada con un círculo rojo.

La nuestra.

Mi mano empieza a temblar.

El último mensaje aparece:

BOSTON NO ESTÁ LO SUFICIENTEMENTE LEJOS PARA PROTEGERLOS.

Noah no intenta agarrar el celular.

No decide.

Me mira.

— ¿Llamamos ahora?

El miedo lo toma todo.

Aun así, consigo responder.

— Ahora.

Él llama a seguridad.

Yo envío las capturas.

Esta vez, nadie habla de esperar.

La agente pide que permanezcamos dentro del apartamento.

Un equipo viene en camino.

Noah cierra con llave la puerta.

Revisa las ventanas.

Cierra todas las cortinas.

Después vuelve hacia mí.

— ¿Puedo tocarte?

Confirmo.

Él me toma las manos.

No dice que todo va a estar bien.

No promete que puede protegerme de todo.

Solo se queda.

Afuera, una sirena distante se acerca.

Mi celular vibra una vez más.

La pantalla se enciende.

No es el número desconocido.

Es el sector de vivienda.

Solicitamos la presencia de Grace Mitchell y Noah Sullivan en una reunión mañana, a las ocho horas, para revisión inmediata de la asignación residencial.

Se lo muestro a Noah.

Él lee.

La amenaza y la universidad llegan la misma noche.

Una quiere asustarnos.

La otra puede separarnos.

Noah aprieta mis dedos.

— Juntos — dice.

Miro la ventana marcada en la fotografía.

Después lo miro a él.

El miedo sigue.

Pero la respuesta no cambia.

— Juntos.

CAPÍTULO 20

SEPARADOS

NOAH

El equipo de seguridad llega en ocho minutos.

Parece más.

Grace sigue sentada en el sofá cuando los golpes alcanzan la puerta.

Tres.

Fuertes.

Identificados.

Aun así, mi cuerpo reacciona antes que la razón.

Me levanto.

— Quédate aquí.

Grace también se levanta.

— No.

La miro.

— Grace.

— Juntos.

La palabra me interrumpe.

Claro.

Asiento.

Caminamos hasta la puerta.

Antes de abrir, miro por la mirilla.

Dos agentes.

La mujer que nos atendió en el edificio de seguridad y un hombre que aún no conozco.

Abro.

La agente entra primero.

— ¿Están bien?

— Sí — responde Grace.

La voz está firme.

Las manos no.

Ella aún sostiene el celular con fuerza.

El otro agente permanece en el pasillo por unos segundos, mirando las escaleras y el ascensor antes de entrar.

— Recibimos las nuevas imágenes — dice la agente. — Necesitamos revisar el apartamento y el área externa.

Me hago a un lado.

El hombre camina hasta la ventana de la sala.

Aparta la cortina solo lo suficiente para mirar hacia afuera.

Luego examina la cocina, el pasillo y los dormitorios.

Grace me observa.

No sé si espera alguna reacción.

No sé qué ofrecer.

Una promesa sería una mentira.

Una garantía sería peor.

Así que me quedo cerca.

— La fotografía parece haber sido tomada desde la acera frente al edificio — informa el agente cuando vuelve. — El ángulo es compatible con el área pública.

— ¿Hay cámaras? — pregunto.

— En la entrada principal y en el estacionamiento.

— ¿Captan la acera?

— Parcialmente.

— Entonces pueden ver quién estaba allí.

— Tal vez.

La palabra me irrita.

Tal vez.

Posiblemente.

En análisis.

Todas las respuestas son incompletas cuando el miedo exige certeza.

Grace hace la siguiente pregunta:

— ¿La persona sabe nuestro número de apartamento?

La agente vuelve a mirar la fotografía.

— La ventana está identificada.

— Entonces lo sabe.

— Sabe qué unidad corresponde a la ventana. Eso no significa necesariamente que conozca el número.

— ¿Cuál es la diferencia? — pregunto.

Ella mantiene el tono profesional.

— Para la investigación, es relevante.

— Para entrar aquí, no.

Grace me toca el brazo.

Solo una vez.

Una advertencia.

Respiro.

La agente se da cuenta.

— Entiendo la preocupación. Por eso, recomendamos que ninguno de los dos permanezca solo esta noche.

Miro a Grace.

Ella también mira.

— ¿Podemos quedarnos aquí? — pregunta.

— Pueden. Tendremos rondas más frecuentes y un agente permanecerá cerca del edificio en las próximas horas.

— ¿Y mañana? — pregunto.

— La universidad evaluará medidas adicionales.

Grace aprieta el celular aún más fuerte.

— Tenemos una reunión con vivienda a las ocho.

— Vi la notificación adjunta al registro.

— ¿Eso tiene relación con la amenaza?

— No puedo responder por el departamento.

Claro.

Nadie responde por el departamento de otra persona.

Nadie asume el problema entero.

Todo dividido en departamentos.

Seguridad.

Vivienda.

Becas.

Deportes.

Laboratorio.

Mientras tanto, Grace sigue siendo una sola persona.

La agente pide que enviemos nuevamente los horarios aproximados de los mensajes.

Hace preguntas sobre quién conoce nuestra rutina.

Quién sabe de Boston.

Quién sabe del apartamento.

Quién sabía que estaríamos en el edificio administrativo.

Respondemos.

Ryan.

Ethan.

Daniel.

Entrenador Hayes.

Empleados.

Compañeros.

La lista parece crecer con cada frase.

— ¿Algún conflicto reciente? — pregunta el otro agente.

Grace duda.

— Hubo una página de chismes.

— Además de eso.

Ella me mira.

Sé en quién está pensando.

Daniel.

Yo también pienso.

Su rostro se endurece levemente.

— No tenemos prueba contra nadie.

La respuesta es deliberada.

Protege a Daniel.

Tal vez proteja a todos.

— No estamos pidiendo una acusación — explica la agente. — Solo contexto.

Grace respira.

— Un colega del laboratorio tenía sentimientos por mí.

El agente anota.

Mi cuerpo se tensa.

Ella se da cuenta.

Continúa antes de que yo hable.

— Él descubrió la relación recientemente. Se sintió herido, pero prometió preservar el secreto. No creo que tenga relación con los mensajes.

La agente lo registra de todos modos.

— ¿Nombre?

Grace me mira.

No porque necesite mi permiso.

Porque sabe lo que eso significa.

Doy el nombre.

— Daniel Foster.

La pluma sigue.

Cada información se vuelve documento.

Cada nombre pasa a existir fuera de nuestro control.

— ¿Alguien más? — pregunta.

Mi padre surge inmediatamente en mi cabeza.

El tono en la llamada.

La carrera.

La declaración.

Pero no.

Puede ser controlador.

Cruel.

Obsesionado.

No haría eso.

Creo.

— Mi padre desaprueba la relación — digo. — Pero no enviaría amenazas.

La agente mira.

— ¿Sabe dónde viven?

— Sí.

— ¿Sabe sobre Boston?

— Sí.

— ¿Tuvo acceso a la fotografía?

— No que yo sepa.

La pluma anota.

La rabia sube.

— Él no lo haría.

— Solo estamos registrando.

Grace me toca el brazo otra vez.

Esta vez, mantiene la mano.

— Está bien — digo.

No está bien.

Pero es necesario.

...

Los agentes se van después de la medianoche.

Un auto de seguridad permanece estacionado al otro lado de la calle.

Veo por la rendija de la cortina.

Grace está sentada a la mesa.

El correo de vivienda sigue abierto en el portátil.

La reunión.

Ocho de la mañana.

Revisión inmediata.

La palabra inmediata parece una sentencia.

— Deberías dormir — digo.

— Tú también.

— No voy a poder.

— Yo tampoco.

Voy a la cocina.

Lleno dos vasos de agua.

Cuando vuelvo, Grace está leyendo nuestro correo enviado.

Otra vez.

— ¿Crees que escribimos algo mal? — pregunto.

— No.

— Entonces ¿por qué estás leyendo?

— Porque tal vez haya alguna frase que haga parecer que la convivencia es inadecuada.

— Dijimos que es segura y consensuada.

— También dijimos que la naturaleza cambió.

— Porque cambió.

Ella cierra el portátil.

— Tal vez deberíamos haber esperado.

La frase me golpea.

— ¿Después de la publicación?

— No sé.

— ¿Después de la foto de la ventana?

— No sé.

— Grace.

— Estoy pensando en todas las posibilidades.

— Estás intentando volver.

— ¿Volver a dónde?

— A antes de enviar. Antes de informar. Antes de mí.

Su rostro se cierra.

— No conviertas todo en eso.

— Así es como parece.

— No todo arrepentimiento es sobre ti.

— Este lo es.

— Es sobre vivienda.

— Que cambió por la relación.

— Exactamente.

Silencio.

La palabra queda en medio de la sala.

Por nuestra culpa.

Otra vez.

Grace se da cuenta.

— No quise decir que tú tienes la culpa.

— Pero piensas que, si no estuviéramos juntos, esto no estaría pasando.

Ella no responde.

La ausencia confirma.

La rabia viene rápido.

Injusta.

Pero real.

— Puedes decirlo.

— No quiero discutir.

— Yo tampoco.

— Entonces para.

— No puedo cuando parece que estás mirándonos como el primer error de la secuencia.

— Yo no dije eso.

— No hace falta.

Grace se levanta.

— Estás cansado.

— Y tú tienes miedo.

— Sí.

— Entonces habla conmigo en vez de mirar el correo como si pudiera borrar la relación.

— No quiero borrar.

— ¿Estás segura?

Ella retrocede.

La pregunta duele.

Lo veo.

Aun así, no la retiro.

— Eso es cruel — dice.

— Lo sé.

— Entonces ¿por qué lo dijiste?

— Porque tengo miedo también.

— No es excusa.

— No.

El silencio pesa.

Grace va hasta la ventana.

No abre la cortina.

Solo se queda delante de ella.

— No me arrepiento de ti — dice.

La voz está baja.

— ¿Pero?

— Odio lo que está pasando.

— Yo también.

— Odio que hayan convertido mi trabajo en sospecha.

— Yo también.

— Odio que sepan dónde vivimos.

— Yo también.

— Odio que mañana alguien pueda decidir dónde voy a dormir.

La última frase se quiebra.

La rabia desaparece.

Voy hacia ella.

Me detengo detrás.

— ¿Puedo?

Grace no responde de inmediato.

Luego asiente.

La abrazo por detrás.

Ella apoya la espalda en mi pecho.

— No sé dónde voy a vivir mañana — murmura.

— Lo vamos a averiguar.

— Eso no es una respuesta.

— Es la única que tengo.

— Tú tienes dinero.

La frase viene inesperada.

Mi cuerpo se tensa.

— Eso no lo resuelve.

— Lo resuelve para ti.

— No quiero vivir sin ti.

— Pero puedes.

— Tú también puedes.

— No de la misma forma.

El riesgo desigual.

Otra vez.

— Lo sé.

— No lo sabes completamente.

— Entonces explícame.

Grace aparta mis brazos y se gira.

Los ojos están rojos.

— Si dicen que tú necesitas salir, alquilas otro lugar.

— Sí.

— Si dicen que yo necesito salir, tal vez vaya a un dormitorio temporal, tal vez a un hospedaje, tal vez espere una vacante. Tal vez pierda el espacio de trabajo. Tal vez tenga que reducir horas en el laboratorio. Tal vez…

— Yo puedo ayudar.

— No.

— Grace.

— No quiero depender.

— No tienes que llamarlo dependencia.

— El nombre no cambia.

— ¿Y qué quieres que haga?

— Nada.

La palabra duele más de lo que debería.

— ¿Nada?

— No puedes resolverlo.

— Puedo estar contigo.

— Eso ya lo estás haciendo.

— Parece que no es suficiente.

— No es suficiente para impedir a la universidad.

— Lo sé.

— Entonces deja de buscar una solución en la que logras salvarlo todo.

— No estoy intentando salvarlo todo.

Ella mira.

Mentirosa.

La palabra está en el rostro.

Me paso la mano por el pelo.

— Tal vez lo esté.

— Noah…

— No puedo quedarme quieto mientras tú puedes perder la vivienda.

— Yo tampoco puedo.

— Entonces hacemos algo.

— Ya hicimos.

El correo.

La denuncia.

La declaración.

— Ahora necesitamos esperar — dice ella.

Odio esperar.

Ella lo sabe.

— ¿Y si mañana nos separan?

— Lo afrontamos.

— ¿Juntos?

La pregunta sale antes de que pueda impedirlo.

Grace cierra los ojos.

— Sí.

— ¿Incluso viviendo separados?

— Sí.

— ¿Incluso si se pone difícil?

— Sí.

— Incluso si…

— Para.

Ella pone las manos en mi rostro.

— No vamos a ensayar el final hoy.

La frase es mía.

Lo siento.

— Está bien.

— Dijiste que yo hacía eso.

— Lo hacías.

— Ahora lo estás haciendo tú.

— Lo sé.

— Entonces quédate aquí.

— Estoy.

— No en el apartamento.

Su mano permanece en mi rostro.

— Aquí.

Entiendo.

Dejo de pensar en la reunión.

En la beca.

En Boston.

En la ventana.

Solo miro.

— Estoy — respondo.

Grace me abraza.

Esta vez, no hay miedo en el gesto.

Hay cansancio.

Necesitamos dormir.

No lo hacemos.

Nos sentamos en el sofá.

Ella se apoya en mí.

La televisión permanece apagada.

El auto de seguridad sigue afuera.

Alrededor de las dos, Grace se duerme con la cabeza en mi pecho.

No me muevo.

Incluso cuando se me duerme el brazo.

Incluso cuando la zona lumbar empieza a doler.

Me quedo.

No porque pueda impedir que alguien entre.

No porque sea necesario.

Porque fue lo que prometí sin palabras.

...

Nos despertamos a las seis y cuarenta.

Grace mira el reloj y se levanta inmediatamente.

— Dormimos.

— Un poco.

— Estoy horrible.

— No lo estás.

— No hagas eso.

— ¿Qué?

— Mentir por romance.

— Estás cansada. No horrible.

Ella va al baño.

Yo preparo café.

No hay espacio para entrevista simulada.

Ni bromas.

Solo el sonido de la cafetera y el peso de lo que viene.

Cuando Grace vuelve, lleva un pantalón negro y una camisa blanca.

Profesional.

Controlada.

Parece lista para defender una tesis.

— Esa ropa es intimidante — digo.

— Bien.

— Va a asustar al departamento de vivienda.

— Mejor.

Le entrego la taza.

— Necesitas comer.

— No puedo.

— Una tostada.

— Noah.

— Media.

Ella me mira.

— No uses la comida para controlar.

La frase me golpea.

— No estoy controlando.

— Estás insistiendo.

— Porque te sentiste mal el semestre pasado cuando te quedaste sin comer.

— Eso fue una vez.

— Fue suficiente.

Grace suelta el aire.

Toma una tostada.

— ¿Satisfecho?

— No completamente.

— Es lo que hay.

Acepto.

A las siete y cuarenta, salimos.

Un agente aún está cerca del edificio.

Saluda.

El campus parece normal.

Estudiantes caminando.

Bicicletas.

Café.

Auriculares.

Nadie parece saber que nuestra vida puede cambiar a las ocho.

No nos tocamos.

La distancia pública volvió a ser automática.

Hoy, duele más.

...

La sala de reuniones está en el mismo edificio donde Grace habló con la señora Collins.

Ella está allí.

También hay un hombre del departamento de vivienda y una mujer de la asesoría jurídica de la universidad.

Jurídica.

La palabra lo agranda todo.

— Buenos días — empieza el hombre. — Soy Martin Blake, director del Programa de Vivienda de Emergencia.

Presentaciones.

Asientos.

Documentos.

Nada pasa rápido.

Eso es peor.

Martin abre una carpeta.

— Primero, quiero dejar claro que esta reunión no es disciplinaria.

Grace respira discretamente.

— Entonces ¿por qué la asesoría jurídica está aquí? — pregunto.

La mujer responde:

— Porque hay una investigación de seguridad en curso y cuestiones de privacidad involucradas.

— ¿No por la relación?

— No exclusivamente.

La palabra exclusivamente no tranquiliza.

Martin continúa:

— Recibimos su comunicado anoche. Agradecemos la transparencia.

Grace mantiene las manos unidas sobre la mesa.

— ¿Mi beca está en riesgo?

La señora Collins responde inmediatamente:

— No por la relación.

— ¿Y por la publicación?

— Tampoco.

La tensión en sus hombros disminuye.

Poco.

— ¿El laboratorio?

— No es responsabilidad de este departamento — dice Martin.

Grace lo mira.

— Lo sé.

El tono es frío.

Él se da cuenta.

— Lo que necesitamos discutir aquí es la permanencia de los dos en la misma unidad.

Mi cuerpo se pone alerta.

— ¿Por qué? — pregunto.

Martin consulta la carpeta.

— El programa normalmente no asigna parejas en la misma vivienda de emergencia.

— No éramos pareja cuando nos asignaron — digo.

— Lo sabemos.

— Entonces la universidad creó la situación.

La asesora jurídica interviene:

— No estamos atribuyendo culpa.

— Pero quieren cambiar.

— Queremos evaluar el riesgo.

Grace habla antes que yo:

— ¿Qué riesgo concreto existe en nuestra convivencia?

Martin responde:

— Conflicto tras una eventual ruptura. Presión para mantener la relación debido a la dependencia habitacional. Alegaciones futuras de incomodidad o desequilibrio.

— Nada de eso está pasando — digo.

— Actualmente.

La palabra me irrita.

— Entonces nos están castigando por algo que puede pasar.

— No es un castigo.

— Lo parece.

Grace me toca la pierna por debajo de la mesa.

Una advertencia invisible.

Respiro.

Ella toma la palabra:

— ¿Existe alguna queja de uno de nosotros contra el otro?

— No.

— ¿Algún registro de conflicto en el apartamento?

— No.

— ¿Alguna infracción de conducta?

— No.

— Entonces ¿qué base objetiva existe para alterar la vivienda ahora?

Martin mira a la asesora.

Luego responde:

— El cambio en la naturaleza de la convivencia, sumado a la exposición pública y a la amenaza.

Grace se queda inmóvil.

— La amenaza no fue creada por nosotros.

— Estamos de acuerdo.

— Entonces ¿por qué se usaría para separarnos?

— Porque seguridad cree que su ubicación residencial fue comprometida.

El miedo cambia de forma.

No es solo política.

Es protección.

— ¿El edificio no es seguro? — pregunto.

— El edificio es seguro dentro de los estándares institucionales.

— Eso no respondió.

— La unidad fue identificada en una imagen. Seguridad recomienda una reubicación temporal.

Grace pierde el color.

— ¿De los dos?

Martin duda.

Ya lo sé.

— De uno de ustedes.

El silencio se apodera de la sala.

— ¿Cuál? — pregunto.

— Aún necesitamos discutir.

— No — digo. — Necesitan decirlo.

La asesora mantiene la voz controlada.

— La recomendación preliminar es que Grace sea transferida.

La rabia explota antes de que pueda contenerla.

— ¿Por qué ella?

— Noah — dice Grace.

— No.

Miro a Martin.

— La amenaza fue contra los dos.

— La mayoría de los mensajes fueron enviados al teléfono de ella.

— Porque la persona consiguió su número.

— Exactamente.

— Entonces la solución es sacar a Grace de la casa.

— Temporalmente.

— ¿A dónde?

Martin consulta otra hoja.

— Hay una vacante disponible en una residencia estudiantil femenina.

Grace habla:

— ¿Individual?

— Compartida.

— ¿Con cuántas personas?

— Tres estudiantes en la unidad.

— ¿Habitación individual?

— Compartida con una.

Su rostro cambia.

Sé lo que eso significa.

Sin silencio.

Sin control de horarios.

Sin espacio.

— ¿Y el laboratorio? — pregunta.

— La residencia está en el campus.

— Eso no respondió.

— Imagino que facilita el desplazamiento.

— Trabajo de madrugada.

— El edificio tiene áreas comunes.

— No puedo ejecutar ciertos modelos en un área común.

Martin se queda en silencio.

— ¿Y por cuánto tiempo? — pregunta Grace.

— Inicialmente, treinta días.

— ¿Treinta?

Mi voz sube.

— Con revisión al final.

— La evaluación de Boston es en veintitrés días — digo.

— Estamos al tanto.

— Entonces van a separarnos durante todo el período.

La asesora jurídica dice:

— La medida es de seguridad.

— Entonces transfiéranme a mí.

Todos miran.

Grace también.

— Noah.

— Yo me voy.

— La unidad fue concedida a los dos — dice Martin. — Pero la condición de Grace exige prioridad en el programa.

— Entonces alquilo otro lugar.

— No — responde Grace.

— No es tu decisión.

— Tampoco es solo tuya.

La frase golpea.

Nuestra regla.

— Si tú te quedas, mantienes la estabilidad — digo.

— ¿Y tú?

— Yo tengo opción.

— Exactamente el riesgo desigual.

— Esta vez, usar esa diferencia te ayuda.

— No quiero que uses dinero para resolverlo todo.

— No es todo. Es un apartamento.

— Es nuestra casa.

La palabra casa cambia la sala.

Hasta Martin mira.

Grace se da cuenta de lo que dijo.

No se retracta.

— ¿Puedo hacer una pregunta? — interviene la señora Collins.

El tono es más humano.

— Sí — responde Grace.

— Si la universidad ofrece una ayuda temporal para que Noah permanezca fuera de la unidad, ¿eso reduciría la resistencia?

Miro a Grace.

Ella no responde de inmediato.

— Él no necesita ayuda.

— No se trata de necesidad financiera — explica Collins. — Se trata de reconocer que el cambio fue recomendado por la universidad.

Martin la mira.

Parece no haber esperado la propuesta.

— ¿Eso es posible? — pregunto.

— Necesita aprobación — responde ella.

— ¿Y Grace permanece aquí?

— Esa sería una alternativa.

El alivio surge.

Luego desaparece.

— ¿Sola? — pregunta Grace.

— Temporalmente.

— ¿Con alguien vigilando el edificio?

— Habría rondas adicionales y medidas de seguridad.

— Entonces ella se quedaría sola en la dirección ya identificada — digo.

La lógica es absurda.

La asesora lo reconoce.

— La preocupación es válida.

— Claro que lo es.

Grace aprieta mi pierna con más fuerza.

— Otra alternativa — dice Martin — sería reubicar a los dos en unidades separadas.

— ¿Cuáles? — pregunta Grace.

— La vacante femenina y una residencia deportiva para Noah.

— ¿Hay vacante? — pregunto.

— Sí.

— ¿Habitaciones?

— Individuales en el ala deportiva.

Claro.

Mi habitación individual.

La de ella compartida.

Riesgo desigual.

Grace mira la mesa.

— ¿Cuánto tiempo tenemos para decidir?

— La recomendación es mudanza aún hoy.

— ¿Hoy? — pregunta ella.

— Sí.

— Eso no es tiempo.

— La situación de seguridad exige rapidez.

— ¿Y si nos negamos? — pregunto.

La asesora jurídica responde:

— La universidad puede determinar la reubicación como condición temporal del programa.

— Entonces no es elección.

— Ustedes pueden presentar objeciones.

— ¿Que serán analizadas cuándo?

— Tan pronto como sea posible.

La rabia vuelve.

— Después de que ya estemos separados.

— Noah — dice Grace otra vez.

Esta vez, la voz está baja.

La miro.

El miedo en su rostro impide otra explosión.

Ella me necesita controlado.

No peleando con personas que deciden.

Respiro.

— ¿Podemos hablar a solas? — pregunto.

Martin asiente.

— Diez minutos.

Todos salen.

La puerta se cierra.

El silencio queda.

Grace mira sus manos.

— Yo voy a la residencia femenina — dice.

— No.

— Noah.

— No.

— Tú vas al ala deportiva.

— No me importa dónde me quede.

— Entonces listo.

— No está listo.

— Es la opción más segura.

— ¿Para quién?

— Para nosotros.

— Vas a compartir habitación con una desconocida.

— Ya compartí antes.

— Y lo odiaste.

— Sobreviví.

— Eso no es un argumento.

— Tú vas a estar cerca del entrenamiento.

— No quiero ventaja.

— No es ventaja. Es realidad.

— Y tú pierdes tu espacio.

— Temporalmente.

— Treinta días.

— Tal vez.

— Tu rutina va a cambiar.

— La tuya también.

— Menos.

— Entonces acepta.

La facilidad con que ella se ofrece a perder más me enfurece.

— No.

— ¿Qué quieres?

— Que la universidad encuentre una opción justa.

— No existe ahora.

— Entonces esperamos.

— Seguridad quiere el cambio hoy.

— Podemos quedarnos en un hotel.

— ¿Quién paga?

— Yo.

Grace cierra la expresión.

— No.

— Es temporal.

— No.

— ¿Por qué?

— Porque no voy a dejar que conviertas tu dinero en la solución automática de todos los problemas.

— Y yo no voy a dejar que tu orgullo convierta una residencia compartida en la única solución aceptable.

— No es orgullo.

— Entonces ¿qué es?

— Límite.

— ¿Cuál?

— No depender de ti para tener dónde dormir.

La frase duele.

— Incluso siendo tu novio.

— Principalmente.

— ¿Por qué?

— Porque no quiero que la relación se mezcle con supervivencia.

— Ya vives conmigo.

— Por decisión de la universidad.

— Y ahora la universidad decidió separar.

— Exactamente.

— Entonces ¿lo que tenemos no puede ayudar?

— Emocionalmente.

— ¿Financieramente nunca?

— No así.

Me paso la mano por el pelo.

— Prefieres sufrir más para probar que puedes sola.

— Prefiero no crear una deuda invisible.

— Yo nunca cobraría.

— Yo me cobraría a mí.

El silencio pesa.

Entiendo.

No completamente.

Pero lo suficiente.

— ¿Y si es mi elección pagar un hotel para mí — pregunto — y tú quedarte aquí con seguridad?

— ¿Sola?

— Habría rondas.

— No quiero quedarme aquí sola.

La respuesta me interrumpe.

— ¿Entonces?

Grace respira.

— Vamos a las residencias separadas.

La palabra separadas suena mal.

Demasiado grande.

— ¿Tú quieres?

— No.

— Entonces ¿por qué hablas como si fuera simple?

— Porque necesitamos decidir.

— Podemos impugnar.

— ¿Y dormir dónde hoy?

— Hotel.

— Noah.

— Dos habitaciones.

— Aun así sería tu dinero.

— Mi padre pagaría de cualquier forma si fuera sobre carrera.

— No quiero a tu padre involucrado.

— Yo tampoco.

— Entonces no.

La rabia amenaza con volver.

Grace se da cuenta.

— Mírame.

Miro.

— No estamos terminando.

— Lo sé.

— Estamos cambiando de edificio.

— Lo sé.

— Por seguridad.

— Lo sé.

— Por treinta días.

— Tal vez.

Ella cierra los ojos.

— No hagas eso.

— ¿Qué?

— Convierte cada tal vez en desastre.

Otra vez.

Aprendimos las frases del otro.

— Perdón.

— Yo tampoco quiero compartir habitación.

— Lo sé.

— No quiero salir de nuestra casa.

La palabra otra vez.

Nuestra casa.

— Lo sé.

— No quiero dormir sin ti al otro lado del pasillo.

Se me aprieta el pecho.

— Yo tampoco.

— Pero no quiero que ese miedo decida todo.

— Parece que está decidiendo.

— La amenaza es real.

— Y nosotros también.

Grace se acerca más.

Me toma las manos.

— Dijiste que vivir separados no era terminar.

— Lo dije.

— ¿Lo crees?

Quiero responder inmediatamente.

No puedo.

Eso asusta.

— Noah.

— Lo creo.

La palabra sale baja.

— Entonces vamos a demostrarlo.

— No deberíamos necesitarlo.

— Pero necesitamos.

— ¿Y si eso te cambia?

— Puede cambiarnos a los dos.

— No fue lo que pregunté.

Grace aprieta mis dedos.

— No quiero irme de ti.

— Pero te vas a ir.

— Del apartamento.

— Lo sé.

— No de ti.

Respiro.

El miedo sigue.

Pero no puedo convertir su necesidad de seguridad en una prueba de amor.

— Está bien — digo.

— ¿Está bien?

— Vamos a aceptar temporalmente.

El alivio y la tristeza aparecen juntos en su rostro.

— Y impugnamos la habitación compartida — continúo. — Pedimos unidad individual en cuanto surja.

— Sí.

— Reuniones semanales con vivienda.

— Sí.

— Seguridad no puede divulgar nuestras nuevas direcciones.

— Claro.

— Y ningún cambio se vuelve permanente sin revisión.

— Lo ponemos por escrito.

— Todo por escrito.

Grace casi sonríe.

— Hablas como yo.

— Aterrador.

La sonrisa aparece.

Pequeña.

Dolorosa.

Pero existe.

— ¿Y nosotros? — pregunto.

— ¿Qué pasa?

— Necesitamos reglas.

— ¿Para vivir separados?

— Sí.

Ella piensa.

— No podemos dormir en las residencias del otro sin autorización.

— Odio esa regla.

— Es institucional.

— Peor.

— ¿Podemos encontrarnos aquí?

— Este apartamento quedará vacío.

— Tal vez no podamos acceder.

— Entonces biblioteca.

— Romántico.

— Cafetería.

— Peor.

— Auto.

— Grace.

Su rostro se calienta.

— Para hablar.

— Claro.

— Noah.

— Perdón.

Ella aparta la mirada.

— Podemos tener citas.

La palabra me sorprende.

— ¿Citas?

— Las personas que salen hacen.

— Nunca tuvimos una de verdad.

— Exactamente.

— Entonces ¿vivir separados mejora algo?

— No te pongas demasiado optimista.

— Imposible.

Me acerco.

— ¿Puedo besarte antes de que llamemos a todos de vuelta?

Grace mira la puerta.

Luego me mira.

— Puedes.

Le sostengo el rostro.

El beso empieza despacio.

No debería cargar despedida.

Carga.

Ella agarra mi camisa.

Su boca se abre.

La respiración cambia.

Por unos segundos, no hay universidad.

Ni residencia.

Ni amenaza.

Solo Grace.

Cuando nos separamos, su frente permanece en la mía.

— No quiero empacar mis cosas — murmura.

— Lo hago contigo.

— No quiero ver tu cuarto vacío.

— Yo tampoco quiero ver el tuyo.

— Esto es ridículo.

— Mucho.

— Son treinta días.

— Tal vez.

Ella aparta el rostro.

— Prometiste parar.

— Perdón.

Grace respira.

— Vamos a llamar.

— Está bien.

Antes de abrir la puerta, ella me toma la mano.

— No sueltes hasta que entren.

— Nunca.

Nos quedamos así.

Cuando la manija se mueve, soltamos.

La distancia pública vuelve.

Esta vez, sabemos exactamente cuánto cuesta.

...

La decisión queda registrada.

Reubicación temporal.

Grace a la residencia femenina West Hall.

Yo al ala deportiva Carter House.

Mudanza hasta las seis de la tarde.

Revisión en siete días.

Nueva evaluación de seguridad en treinta.

La asesoría jurídica redacta un documento específico afirmando que el cambio no constituye una medida disciplinaria y no afecta la beca académica ni mi vínculo deportivo.

Grace lee cada línea.

Pide modificación en dos.

Yo observo.

Incluso destruida, sigue siendo precisa.

— También queremos confidencialidad de las nuevas direcciones — dice.

La asesora añade.

— Y transporte para la mudanza — digo.

Martin mira.

— Podemos proporcionar.

— Equipo identificado.

— Sí.

— Sin estudiantes voluntarios.

— De acuerdo.

Grace me mira.

— ¿Algo más?

Pienso.

— Acceso al apartamento para retirar el resto después.

— Por cuarenta y ocho horas, acompañados por seguridad — responde Martin.

— ¿Y después?

— La unidad será retirada de uso hasta la conclusión de la evaluación.

Nuestra casa cerrada.

La palabra duele.

Grace firma primero.

Yo después.

Cuando salimos, no hablamos.

El campus sigue igual.

Nosotros no.

...

Ryan aparece antes del almuerzo.

Ethan también.

Grace se lo contó.

Los dos entran en el apartamento con cajas.

Ryan mira alrededor.

— Esto es temporal.

Nadie responde.

Ethan abraza a Grace.

Ella lo permite.

Se queda unos segundos.

Luego se aparta.

— Te quedas conmigo si quieres — dice él.

— La universidad ya decidió.

— Lo sé. Pero los fines de semana.

— Gracias.

Ryan toma una caja.

— ¿Qué cuarto empiezo?

— El mío — responde Grace.

Miro.

— ¿Estás segura?

— Cuanto antes.

Ella camina por el pasillo.

La sigo.

Ethan va a la cocina a organizar los artículos comunes.

Ryan se queda en la sala.

Da espacio.

En el cuarto de Grace, todo parece en su lugar.

Libros alineados.

Ropa.

Cables.

La lámpara.

La fotografía del padre dentro del cajón.

Ella abre el armario.

Se queda quieta.

— ¿Puedo hacerlo yo? — pregunto.

— No.

— Grace.

— Necesito.

Empieza a sacar la ropa.

Dobla.

Coloca en la caja.

Mecánica.

Precisa.

Yo tomo los libros.

— No mezcles por tamaño.

— ¿Cómo?

— Por tema.

— Claro.

Organizo por tema.

Computación.

Matemáticas.

Ficción.

El último grupo es pequeño.

— ¿Lees novelas? — pregunto.

Grace toma rápidamente un libro.

— No.

— Eso parece novela.

— Es ficción contemporánea.

— Con una pareja en la portada.

— Cállate.

El momento casi parece normal.

Ayuda.

— Llévate todos — digo.

— No hay espacio.

— Entonces los importantes.

Ella mira la estantería.

Elige tres.

El resto se queda.

Cada objeto dejado parece una promesa de regreso.

Cuando llega al escritorio, Grace cierra el portátil.

Desconecta los cables.

— Voy a perder el monitor — dice.

— Llévalo.

— La habitación es compartida.

— Aun así.

— No cabe.

— Puedo comprar uno portátil.

Ella me mira.

— No.

— Solo era una sugerencia.

— No conviertas todo en compra.

— Está bien.

La irritación aparece.

Luego desaparece.

— Perdón — dice ella.

— Está bien.

— No lo está.

— Estoy intentando.

— Yo también.

Continuamos.

En medio del cajón, encuentro el papel con las reglas del apartamento.

La primera versión.

Escrita por Grace.

NO ENTRAR EN EL CUARTO SIN TOCAR.

SIN FIESTAS.

SIN USAR LAS COSAS DEL OTRO.

SIN ENTORPECER ESTUDIOS O ENTRENAMIENTOS.

Al final, una línea añadida después.

NO TOMAR DECISIONES POR EL OTRO.

Sostengo el papel.

Grace ve.

Su rostro cambia.

— ¿Deberíamos tirarlo? — pregunto.

— No.

La respuesta sale rápida.

Ella lo toma.

Lo dobla cuidadosamente.

Lo pone en su mochila personal.

No en la caja.

— ¿Lo vas a llevar?

— Sí.

— ¿Por qué?

— Porque todavía son nuestras reglas.

Se me aprieta el pecho.

— Está bien.

...

A las cuatro, la mitad del apartamento está en cajas.

La cocina parece vacía.

La sala perdió libros, mantas y pequeñas cosas que nunca noté hasta que desaparecieron.

Grace se queda frente a la nevera.

Hay un imán sujetando el cronograma de Boston.

Ella lo quita.

— Tú te lo llevas — dice.

— Podemos dejarlo.

— No sabemos cuándo volvemos.

La frase duele.

— Grace.

— Es verdad.

Me lo entrega.

Lo pongo en el bolsillo.

Ryan entra.

— El transporte llegó.

Grace respira hondo.

— Está bien.

Ethan le toma la mano.

— Yo voy contigo.

Ella asiente.

— Y yo voy con Noah — dice Ryan.

Miro a Grace.

Residencias opuestas.

Rutas diferentes.

Hasta la mudanza nos separa.

— Podemos ir primero a West Hall — propongo. — Después a Carter.

— La universidad pidió desplazamiento separado — informa Ethan.

— ¿Por seguridad?

— Sí.

La rabia vuelve.

Grace se acerca.

— Está bien.

— No lo está.

— Lo sé.

Los empleados empiezan a retirar las cajas.

De repente, el apartamento deja de ser nuestro.

Se vuelve logística.

Inventario.

Puertas abiertas.

Gente entrando.

Me quedo en el pasillo mientras se llevan las cosas de Grace.

Ella observa cada caja.

Cuando la última sale del cuarto, entra.

Yo la sigo.

El espacio vacío parece más pequeño.

La cama sigue.

El escritorio.

Pero todo lo personal desapareció.

— ¿Olvidé algo? — pregunta.

Miro alrededor.

La almohada.

Un cable.

La taza sobre la ventana.

La tomo.

— Esto.

Ella la recibe.

— Gracias.

Nos quedamos frente a frente.

Afuera, alguien llama diciendo que el auto está listo.

— Manda un mensaje cuando llegues — digo.

— Tú también.

— ¿Videollamada hoy?

— Sí.

— ¿A qué hora?

— Después de que mi compañera se duerma.

La realidad entra.

Compañera.

Habitación compartida.

— ¿Y si no se duerme?

— Salgo.

— No quiero que andes sola.

— Hay áreas comunes.

— Aun así.

Grace me sostiene el rostro.

— No empieces.

— Perdón.

— Lo vamos a averiguar.

— Está bien.

— Una cosa a la vez.

— Está bien.

Ella mira la puerta.

Luego vuelve.

— Puedes besarme.

No pregunto.

Mi boca encuentra la suya.

El beso es fuerte desde el inicio.

Sin lentitud.

Sin cuidado excesivo.

No porque perdimos el control.

Porque estamos eligiendo recordar.

Grace me tira de la camisa.

Le sostengo la cintura.

Quiero guardar cada detalle.

El sabor del café.

La respiración corta.

Los dedos en la nuca.

Cuando nos separamos, ella sigue cerca.

— Te amo — digo.

La frase sale baja.

No para exigir.

No para recibir.

Solo porque puede ser lo último que diga dentro de ese cuarto.

Grace cierra los ojos.

Mi corazón se acelera.

Ella no responde.

No hace falta.

— No pongas esa expresión — murmura.

— ¿Cuál?

— Como si estuvieras esperando.

— Estoy intentando no.

— Lo sé.

Pasa el pulgar por mi rostro.

— Yo todavía no puedo decirlo.

— Está bien.

— Pero…

La palabra queda.

Espero.

— ¿Pero qué?

Grace me mira directamente.

— Me voy a otro edificio. No lejos de ti.

Se me aprieta el pecho.

— Está bien.

— Recuérdalo.

— Lo haré.

Ella besa mi boca una última vez.

Rápido.

Luego sale.

Me quedo en el cuarto vacío.

Escucho los pasos en el pasillo.

La puerta principal.

Voces.

El ascensor.

Silencio.

Solo entonces me doy cuenta de que no puedo moverme.

Ryan aparece en la entrada.

No habla por unos segundos.

— Esto es temporal — dice.

— Ya lo dijiste.

— Voy a seguir diciéndolo.

Miro la cama sin sus libros.

— Parece peor ahora.

— Porque ahora pasó.

— Dije que vivir separado no cambiaba lo nuestro.

— Y no lo cambia.

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque ustedes dos son incapaces de hacer cualquier cosa de forma simple.

Miro.

Ryan se encoge de hombros.

— La gente que termina normalmente no crea un documento conjunto, reglas, reunión de revisión y plan de llamadas.

— ¿Eso debería ayudar?

— Un poco.

Ayuda.

Poco.

— Vamos — dice él. — Tu turno.

Tomo mi mochila.

Antes de salir, vuelvo a la sala.

La mesa está vacía.

El portátil de Grace ya no está allí.

Ninguna taza.

Ningún cable.

La puerta del cuarto abierta.

Saco el cronograma de Boston del bolsillo.

Miro.

Veintidós días.

El viaje está más cerca.

Grace está más lejos.

Pongo el papel en la mochila.

Cierro con llave la puerta.

...

Carter House parece un hotel deportivo.

Pasillos anchos.

Fotografías de equipos.

Olor a producto de limpieza y equipos.

Mi cuarto es individual.

Cama más grande.

Escritorio.

Baño compartido solo con el cuarto de al lado.

Cómodo.

Mejor que el apartamento en algunos aspectos.

Lo odio inmediatamente.

Ryan deja la caja sobre la cama.

— No parece malo.

— Es horrible.

— Dramático.

— Mucho.

Él abre la cortina.

Hay vista al gimnasio.

— Estás a tres minutos del entrenamiento.

— Eso no ayuda.

— Va a ayudar a las seis de la mañana.

— No quiero ayuda.

Ryan se sienta en la silla.

— ¿Recibiste mensaje?

Miro el celular.

Nada.

— Todavía no.

— Debe estar llegando.

— Ya debería.

— Tal vez estén registrando la entrada.

— Ella dijo que mandaría.

— Noah.

— ¿Qué?

— Diez minutos.

— Doce.

— Contaste.

— Sí.

El celular vibra.

Grace.

LLEGUÉ.

Respiro.

Respondo:

¿CÓMO ES?

Tarda.

RUIDOSO.

¿COMPAÑERA?

TODAVÍA NO LLEGÓ.

¿QUIERES QUE TE LLAME?

Tres puntos.

NO PUEDO AHORA. ESTÁN HACIENDO ORIENTACIÓN.

La ansiedad intenta convertirlo en rechazo.

Me detengo.

Respondo:

DE ACUERDO. AVÍSAME CUANDO PUEDAS.

Ella manda:

AVISO. NO VOY A DESAPARECER.

La frase suelta algo dentro de mí.

Ryan observa.

— ¿Todo bien?

— Sí.

— Mentirosa.

Miro.

Él sonríe.

— Aprendí.

Pongo los ojos en blanco.

...

A las ocho y quince, Grace llama por video.

Estoy sentado en la cama.

Ella aparece en una escalera.

Paredes claras.

Luces fuertes.

Voces de fondo.

— ¿Dónde estás? — pregunto.

— Entre el segundo y el tercer piso.

— ¿Sola?

— Sí.

— ¿Es seguro?

— Noah.

— Perdón.

Ella apoya el celular.

Puedo ver mejor su rostro.

Está cansada.

— ¿Cómo es la habitación? — pregunto.

— Pequeña.

— ¿Llegó la compañera?

— Sí.

— ¿Cómo es ella?

— Se llama Emily. Estudia biología. Parece amable.

— ¿Parece?

— Hablamos por cuatro minutos.

— Está bien.

— ¿Y la tuya?

Giro la cámara.

Le muestro.

— Individual — dice ella.

El tono no es acusación.

Aun así, siento culpa.

— Puedo pedir cambiar.

— No.

— Grace.

— No haría que mi habitación fuera individual.

— Podrían ponerte aquí.

— ¿En residencia masculina deportiva?

— Punto.

Ella casi sonríe.

— ¿El escritorio es bueno?

— Sí.

— El mío también.

— ¿Puedes trabajar?

— Con auriculares.

— ¿Y dormir?

Grace mira hacia arriba.

Alguien cierra una puerta con fuerza.

— Lo averiguaremos.

— Puedo ir a buscarte.

— No.

— Para cenar.

— Ya comí.

— Café.

— Es tarde.

— Solo quería verte.

La frase sale más triste de lo que debería.

Grace se suaviza.

— Yo también.

— Entonces…

— No podemos romper las reglas la primera noche.

— No quiero romper.

— La residencia tiene horario de visitantes.

— ¿Cuándo?

— Hasta las ocho.

Miro el reloj.

— Pasaron quince minutos.

— Exactamente.

— Mañana.

— Mañana tengo laboratorio.

— Después.

— Tú tienes entrenamiento.

— Después.

Grace piensa.

— Siete y media.

— ¿Dónde?

— Cafetería cerca de la biblioteca.

— Una cita.

— Corta.

— Igual cuenta.

— Noah.

— Está bien.

Sonrío.

Ella también.

Por unos segundos, parece normal.

— ¿Está todo bien? — pregunto.

Grace tarda.

— No.

La honestidad duele.

— ¿Quieres hablar?

— Mi compañera preguntó por qué me transfirieron.

— ¿Qué dijiste?

— Reforma.

— Mentirosa.

— No podía contar.

— Lo sé.

— La habitación no tiene cerradura individual.

Mi cuerpo se tensa.

— ¿Qué?

— La puerta principal cierra con llave. La habitación no.

— Eso es inaceptable.

— Es una residencia.

— Necesitas privacidad.

— Voy a pedirlo.

— ¿Quieres que llame?

— No.

Respiro antes de insistir.

— Está bien.

Grace nota el esfuerzo.

— Gracias.

— Confianza.

— Sí.

Ella mira hacia abajo.

— También encontré una cuenta anónima siguiendo mi perfil.

— ¿Desde cuándo?

— No sé.

— Elimina.

— Ya eliminé.

— ¿Capturaste?

— Sí.

— ¿Enviaste a seguridad?

— Todavía no.

— Grace.

— Acabo de ver.

— Envía ahora.

Ella cierra la expresión.

— No uses ese tono.

— Perdón.

— Voy a enviar.

— Está bien.

— ¿Alguna otra orden?

— No fue una orden.

— Lo pareció.

Me paso la mano por la cara.

— Esto está difícil.

— Lo sé.

— No consigo saber cuándo puedo preocuparme.

— Puedes siempre.

— ¿Y cuándo puedo hablar?

— También.

— Entonces ¿por qué parece que todo lo que digo se vuelve control?

Grace se queda en silencio.

— Tal vez porque estoy cansada de que la gente decida dónde duermo — responde.

La rabia no es conmigo.

Pero golpea.

— Entiendo.

— No completamente.

— No.

— Perdón.

— Está bien.

— No lo está.

— Estoy intentando.

Ella respira.

— Yo también.

Silencio.

Una puerta se abre en su piso.

Pasos.

Grace baja la voz.

— Necesito volver.

— ¿Ahora?

— Emily puede pensar raro que yo desaparezca en la escalera.

— Está bien.

— Mañana, siete y media.

— Estaré allí.

— No llegues temprano.

— Imposible prometer.

— Noah.

— Cinco minutos.

— Está bien.

— Grace.

— ¿Qué?

Quiero decir te amo.

No lo digo.

Ella pidió.

No como presión.

— Buenas noches.

Su rostro cambia.

Tal vez perciba la frase que elegí no usar.

— Buenas noches.

La llamada termina.

La habitación queda silenciosa.

Individual.

Cómoda.

Vacía.

...

A las dos y diecisiete de la mañana, el celular suena.

Me despierto inmediatamente.

Grace.

Contesto.

— ¿Qué pasó?

Ninguna respuesta.

Solo respiración.

Me siento.

— ¿Grace?

— Perdón.

La voz está baja.

— ¿Qué fue?

— No puedo dormir.

— ¿Por el ruido?

— También.

— ¿Tu compañera?

— Está durmiendo.

— ¿Entonces?

Silencio.

— Grace.

— Oí a alguien en el pasillo.

— Es una residencia.

— Lo sé.

— ¿Intentó abrir la puerta?

— No.

— ¿Viste a alguien?

— No.

— ¿Recibiste mensaje?

— No.

— ¿Estás segura?

— Creo.

La palabra no es suficiente.

Me levanto.

Agarro el pantalón.

— Voy hasta ahí.

— No.

— Me quedo afuera.

— No puedes entrar.

— No necesito.

— Noah.

— No quiero que te quedes sola con miedo.

— Llamé porque no quería quedarme sola.

Me detengo.

Ella no pidió rescate.

Pidió presencia.

— Está bien.

Me siento de nuevo.

— ¿Quieres quedarte en la llamada?

— Sí.

— ¿Hasta dormir?

— Sí.

Me acuesto.

Pongo el teléfono en la almohada.

— Estoy aquí.

Grace respira.

— ¿Tu habitación es silenciosa?

— Mucho.

— Te odio.

— Justo.

— ¿La cama es buena?

— No.

— Mentirosa.

— Sin ti, no

CAPÍTULO 21

EL ROSTRO DETRÁS DE LA CÁMARA

GRACE

El mensaje de Noah permanece en la pantalla.

SEGURIDAD IDENTIFICÓ A ALGUIEN EN LAS CÁMARAS. QUIEREN HABLAR CON NOSOTROS. NO HABLES CON NADIE SOBRE ESTO.

Lo leo otra vez.

Luego una tercera.

El miedo debería disminuir ahora que existe una persona de interés.

No disminuye.

Mientras el peligro no tenía rostro, podía ser cualquiera.

Ahora puede ser alguien que conozco.

Alguien con quien ya he hablado.

Alguien que quizá esté en el mismo edificio en este momento.

Levanto la vista.

Emily todavía duerme en la cama al otro lado de la habitación.

La respiración es lenta.

Regular.

Su celular está cargando sobre la mesa.

Una mochila abierta en el suelo.

Ropa doblada sobre una silla.

Todo parece normal.

Ella también lo parece.

Conocí a Emily hace menos de doce horas.

No sé casi nada sobre ella.

Ese pensamiento me avergüenza inmediatamente.

No puedo convertir a cada persona desconocida en una amenaza.

Ya lo hice con Daniel.

Casi lo hice con todos.

Aun así, cuando alguien pasa por el pasillo, mi cuerpo se pone rígido.

Miro la puerta.

No hay cerradura individual.

Solo la cerradura externa de la unidad compartida.

La residencia está llena de estudiantes.

Puertas abriéndose.

Pasos.

Agua corriendo en los baños.

Voces.

Cientos de sonidos que antes serían solo rutina.

Ahora cada uno exige interpretación.

Tomo el celular de nuevo.

DESPUÉS DE TU ENTRENAMIENTO. VOY.

La respuesta ya fue enviada.

Noah vio.

Ningún mensaje nuevo.

Probablemente está en la arena.

Intentando jugar mientras sabe que alguien fue identificado.

Quiero llamar.

No llamo.

Él necesita entrenar.

Yo necesito ir al laboratorio.

La vida continúa.

Eso es lo que todos dicen cuando algo amenaza con destruirla.

Sigue trabajando.

Sigue entrenando.

Sigue asistiendo a clases.

Como si la rutina fuera una barrera.

Tal vez lo sea.

...

Emily se despierta a las seis y veinte.

Se queda sentada en la cama por unos segundos, el cabello despeinado y expresión confusa.

Luego me ve completamente vestida delante del portátil.

— ¿Dormiste?

— Un poco.

Ella mira el reloj.

— ¿Hace cuánto estás despierta?

— No sé.

— Eso da miedo.

Cierro la pantalla.

— Perdón si hice ruido.

— No hiciste.

Emily sale de la cama y toma una toalla.

Es alta.

Cabello castaño.

Usa gafas solo cuando mira el celular.

Parece amable.

Eso fue lo que le dije a Noah.

Todavía no tengo información suficiente para concluir.

— ¿Vas a salir temprano? — pregunta.

— Tengo laboratorio.

— ¿Todos los días?

— Casi.

— Debe ser intenso.

— Lo es.

Ella abre el armario estrecho.

— Vi la noticia sobre el traslado de emergencia.

Mi cuerpo se congela.

Emily no me está mirando.

Busca una camiseta.

— ¿Qué noticia?

Ella se gira.

— La coordinadora dijo que llegaste por un asunto de seguridad.

La universidad lo contó.

No los detalles.

Pero contó algo.

— ¿Eso fue lo que dijeron?

— Sí. Pidieron no compartir tu número de habitación ni rutina.

Se me encoge el estómago.

— ¿Dijeron mi nombre?

Emily percibe el tono.

— Solo a mí y a las otras dos de la unidad.

— ¿Otras dos?

— Las chicas de las habitaciones de al lado.

— ¿Ellas saben por qué estoy aquí?

— Solo que existe una situación de seguridad.

Paso la mano por la mochila.

— Bien.

— ¿Quieres que finja que no lo sé?

La miro.

La pregunta es directa.

Sin curiosidad disfrazada.

— No hace falta.

— Tampoco tienes que contarme nada.

— Gracias.

Ella asiente.

Luego señala la puerta.

— Pedí una cerradura portátil para ti.

Me quedo inmóvil.

— ¿Qué?

— Mi mamá compra esas cosas para viajes. Es una pieza que se fija por dentro. No daña la puerta.

— No era necesario.

— Lo sé.

La respuesta me recuerda a Noah.

Cuidado sin obligación.

— Llegará hoy — continúa. — Hasta entonces, puedo dormir con una silla en la manija si eso te hace sentir mejor.

Casi sonrío.

— Eso probablemente viola alguna regla de incendios.

— Cierto.

— Pero gracias.

— No hay problema.

Ella va al baño.

Me quedo mirando la puerta cerrada.

Vergüenza.

Eso fue lo que sentí cuando sospeché de ella por unos segundos.

Emily no hizo nada.

Solo se despertó en la habitación donde me colocaron.

No merece cargar con mi miedo.

Nadie lo merece sin prueba.

Repito eso mentalmente.

Especialmente antes de la reunión con seguridad.

...

El laboratorio está más lleno de lo normal.

El profesor Almeida conversa con dos investigadores cerca de la entrada.

Daniel trabaja en su propio ordenador.

No mira cuando entro.

La distancia que pidió comienza inmediatamente.

No hay café sobre mi mesa.

Ningún mensaje con algún chiste sobre el modelo.

Solo una carpeta compartida actualizada durante la madrugada.

Profesional.

Exactamente como prometió.

Dejo la mochila.

Enciendo el portátil.

Intento trabajar.

A las siete y doce, el profesor Almeida se acerca.

— ¿Puedes venir a mi despacho?

Mi cuerpo se pone alerta.

— ¿Pasó algo?

— Solo una conversación.

Lo sigo.

Él cierra la puerta.

— Seguridad se puso en contacto conmigo.

La frase aumenta el miedo.

— ¿Sobre Daniel?

La pregunta se me escapa.

Almeida levanta una ceja.

— No mencionaron nombres.

— Entonces ¿sobre el proyecto?

— Pidieron registros de acceso al laboratorio y confirmación de horarios de algunas personas.

Mi corazón se acelera.

— ¿Qué personas?

— No informaron.

— ¿Enviaste?

— El sector de tecnología proporcionará.

— Eso significa que la persona identificada tiene vínculo con el laboratorio.

— No necesariamente.

— ¿Por qué pedirían acceso de aquí?

— Porque tu nombre está vinculado a este edificio y hubo mensajes mencionando el proyecto.

La lógica existe.

Aun así, pienso en Daniel.

Está afuera.

Trabajando.

Quizá siendo investigado sin saberlo.

O sabiéndolo.

— La persona de las cámaras puede ser alguien de aquí — digo.

— Puede.

— ¿Y usted está tranquilo?

— No.

La respuesta es firme.

— Solo no voy a especular sin información.

La crítica es clara.

La merezco.

— Yo no acusé a nadie.

— Todavía.

Bajo la mirada.

— Seguridad pidió que no habláramos.

— Entonces cumple.

— ¿Incluso si estoy trabajando al lado de la persona?

— Principalmente.

La idea me revuelve el estómago.

— Eso es imposible.

— Es incómodo.

— ¿No es lo mismo?

— No.

El profesor Almeida se sienta.

— Grace, ¿seguridad cree que existe riesgo inmediato?

— No sé.

— ¿Pidió que dejaras el campus?

— No.

— Entonces sigue las orientaciones.

— Habla como si fuera simple.

— No es simple. Es objetivo.

Objetivo.

Una palabra que normalmente me conforta.

Hoy, irrita.

— ¿Y si es Daniel?

La pregunta por fin sale.

Almeida no reacciona inmediatamente.

— ¿Tienes alguna evidencia?

— No.

— ¿Algún comportamiento amenazante?

— No.

— ¿Él sabía de alguna información?

— Sí.

— Igual que muchas personas.

— Él se sintió herido.

— Las personas heridas no se convierten automáticamente en acosadores.

La vergüenza vuelve.

— Lo sé.

— Lo sabes racionalmente.

— Es todo lo que tengo ahora.

— Entonces úsalo.

Él inclina el cuerpo hacia adelante.

— No permitas que la necesidad de una respuesta te haga elegir un culpable conveniente.

La frase entra hondo.

— ¿Y si la respuesta es alguien en quien confío?

— Entonces lidiarás con hechos cuando existan.

— ¿Y hasta entonces?

— Trabaja.

De nuevo.

— ¿Solo sabe dar esa orientación?

— Es una buena orientación.

Tal vez lo sea.

Salgo.

Daniel sigue en el mismo lugar.

No mira.

Por primera vez, su distancia me alivia y me duele al mismo tiempo.

...

A las ocho y cuarenta, recibo un mensaje de Noah.

ENTRENAMIENTO TERMINÓ. HAYES VA CONMIGO HASTA SEGURIDAD. ¿QUIERES QUE PASE POR EL LABORATORIO?

Pienso en la orientación.

No hablar.

No llamar la atención.

No salir sola también parece malo.

TE ENCUENTRO EN LA ENTRADA DEL EDIFICIO DE SEGURIDAD.

Él responde:

NO ME GUSTA.

LO SÉ.

¿ETHAN PUEDE IR CONTIGO?

Miro el reloj.

Ethan tiene clase al otro lado del campus.

NO HACE FALTA. SON DIEZ MINUTOS.

La respuesta tarda más.

MANDA UBICACIÓN EN TIEMPO REAL.

Mi primer impulso es rechazar.

Control.

Vigilancia.

Luego pienso en la fotografía de la ventana.

En la persona identificada.

No es una petición sin contexto.

SOLO HASTA QUE YO LLEGUE.

DE ACUERDO.

Comparto la ubicación.

Noah envía:

GRACIAS.

No como favor.

Como confianza.

Guardo el celular.

Daniel se levanta al otro lado de la sala.

Mi cuerpo reacciona antes que la razón.

Él toma la mochila.

Camina hacia la salida.

Cuando pasa por mí, se detiene.

— El profesor pidió que lleve estos documentos a la administración.

Miro las hojas en su mano.

— Bien.

— No hace falta que parezcas asustada.

La frase me golpea.

— No lo estoy.

— Lo estás.

— Lo siento.

Daniel mira la puerta.

Luego me mira.

— Seguridad habló conmigo anoche.

Mi corazón se detiene.

— ¿Qué?

— Me pidieron que no comentara.

— Entonces ¿por qué estás comentando?

— Porque lo vas a descubrir.

— ¿Descubrir qué?

Él se pasa la mano por la nuca.

— Que aparezco en las cámaras.

El laboratorio parece quedarse en silencio.

Tal vez no lo haga.

Tal vez sea solo mi cuerpo apagando el resto.

— ¿En las cámaras del edificio administrativo?

— Sí.

Me levanto.

La silla se mueve con fuerza.

Algunas personas miran.

Daniel baja la voz.

— Grace.

— Tú estabas allí.

— Estaba.

— ¿En el árbol?

— No.

— ¿Tomaste la fotografía?

— No.

— Entonces ¿por qué no lo contaste?

— Porque no los vi.

— La cámara te vio.

— Cruzando el camino.

— Exactamente donde se tomó la foto.

— Yo iba a la administración a entregar documentos.

— Dijiste que estabas cruzando el campus.

— Lo estaba.

— Y viste a Noah llegar.

— De lejos.

— Después me preguntaste sobre nosotros.

— Porque los vi hablando.

La secuencia encaja de forma terrible.

— Mentiste.

— No.

— Dijiste que te diste cuenta por el juego y por el edificio.

— Me di cuenta.

— Pero no dijiste que estabas tan cerca.

— No estaba cerca.

— La cámara lo muestra.

— ¿Muestra qué, Grace?

Su voz sube un poco.

Todos están mirando ahora.

El profesor Almeida sale de la sala.

— ¿Algún problema?

Daniel cierra los ojos.

— No.

Lo miro.

No consigo responder.

Almeida entiende.

— Mi despacho. Ahora.

...

La puerta se cierra detrás de nosotros tres.

Daniel permanece de pie.

Yo también.

El profesor Almeida mira de uno a otro.

— ¿Qué pasó?

— Daniel aparece en las cámaras — digo.

Almeida no parece sorprendido.

— Lo sé.

Mi cuerpo se enfría.

— ¿Usted lo sabía?

— Seguridad me informó esta mañana.

— Y no me lo contó.

— Pidieron confidencialidad.

— Mientras yo trabajaba al lado de él.

— Grace — dice Daniel.

— No.

Miro a Almeida.

— Usted preguntó si yo tenía prueba.

— Y no la tenías.

— Pero usted tenía información.

— La información no es prueba de culpa.

— Es suficiente para dejarme decidir si quería quedarme en la misma sala.

— Seguridad no considera a Daniel una amenaza inmediata.

La frase me hace detenerme.

— Entonces ¿él es la persona identificada?

Daniel responde:

— Soy una de las personas identificadas en el área.

Una de.

No la persona.

— ¿Cuántas? — pregunto.

— No sé — dice.

Almeida continúa:

— La cámara muestra a decenas de estudiantes pasando por el camino. Llamaron a Daniel porque el horario coincide y porque existe vínculo conocido contigo.

— ¿Y qué dijo?

Daniel me mira.

— La verdad.

— ¿Cuál?

— Que fui a la administración. Que vi a Noah llegar. Que no fotografié. Que no envié mensaje.

— ¿Revisaron tu teléfono?

— Lo entregué voluntariamente.

La información rompe parte de la sospecha.

No toda.

— ¿Encontraron algo?

— No.

— ¿Cómo lo sé?

— No lo sabes — responde, herido. — Porque aparentemente nada de lo que diga es suficiente.

— Omitiste que estabas allí.

— Seguridad lo pidió.

— Antes de eso.

— No me pareció relevante.

— Viste a Noah llegar minutos después de mí y luego preguntaste si estábamos juntos.

— Sí.

— Eso es relevante.

— Tal vez ahora lo parezca.

— Lo parecía antes.

Daniel aprieta la mandíbula.

— Yo estaba intentando aceptar que elegiste a otra persona. No te estaba siguiendo.

La frase llena la sala.

El profesor Almeida mira la puerta.

— Esta conversación dejó de ser profesional.

— Ella me acusó — dice Daniel.

— Pregunté.

— No. Ya decidiste.

— No decidí.

— Tu cara decidió.

La misma frase que usé con Noah.

La ironía duele.

— Estoy asustada.

— Y yo estoy cansado de ser el sospechoso más conveniente porque me gustas.

— Tú estabas allí.

— Igual que otras personas.

— Tú sabías de Boston.

— La mitad del campus lo sabe después de la publicación.

— Sabías de la vivienda.

— Me lo contaste después de que los primeros mensajes ya habían sido enviados.

Eso es verdad.

La fotografía de la ventana vino después.

Pero la información en la página surgió antes de que yo le contara detalles a Daniel?

Intento reconstruir.

Él sabía que compartíamos apartamento.

Tal vez no que fuera vivienda de emergencia.

La página citó vivienda universitaria.

Eso podría descubrirse por otra fuente.

— No quiero discutir sin seguridad — interrumpe Almeida. — Grace, tienes una reunión programada.

Miro el reloj.

Nueve y siete.

Estoy atrasada.

Noah debe estar esperando.

Mi celular vibra.

TE DETUVISTE EN EL LABORATORIO. ¿TODO BIEN?

La ubicación.

Vio que no salí.

Respondo:

DANIEL DIJO QUE APARECE EN LAS CÁMARAS. VOY.

La llamada llega inmediatamente.

Rechazo.

Luego mando:

NO VENGAS AQUÍ. TE ENCUENTRO EN SEGURIDAD.

Los tres puntos aparecen.

Desaparecen.

La respuesta llega:

DE ACUERDO.

Confianza.

Incluso cuando odia.

Tomo la mochila.

— Grace — dice Daniel.

Me detengo.

— Yo no hice esto.

Lo miro.

Quiero creer.

Quiero una certeza.

No la tengo.

— Espero que no.

El dolor en su rostro es inmediato.

Salgo antes de que empeore.

...

Noah está afuera del edificio de seguridad.

Hayes al lado.

En cuanto me ve, da un paso.

Se detiene antes de tocar.

Estamos en público.

Aun así, la necesidad de cercanía es visible.

— ¿Estás bien? — pregunta.

— No sé.

— ¿Daniel habló?

— Sí.

La mandíbula se tensa.

— ¿Qué dijo?

— Que aparece en las cámaras, pero no tomó la foto.

— ¿Y tú crees?

— No sé.

Hayes abre la puerta.

— Guarden esa conversación para adentro.

El tono es de entrenador.

Obedecemos.

La misma agente nos recibe.

Hay otro hombre en la sala.

Traje oscuro.

Credencial de seguridad.

— Soy el investigador Marcus Reed — se presenta. — Estoy coordinando el análisis de los mensajes e imágenes.

Nos sentamos.

Noah a mi lado.

No nos tocamos.

Nuestras piernas quedan lo bastante cerca como para que yo sienta la presencia.

Marcus abre un archivo en el ordenador.

— Antes de mostrar cualquier cosa, necesito aclarar que ninguna persona fue formalmente acusada.

La frase es para mí.

Tal vez sepan de la conversación en el laboratorio.

— Entendido — respondo.

— Revisamos las cámaras cercanas al edificio administrativo, al centro deportivo y a la residencia.

Se me encoge el estómago.

— ¿Lograron ver quién tomó la foto? — pregunta Noah.

— Parcialmente.

Marcus gira la pantalla.

Una imagen granulada.

El camino.

El árbol.

Personas pasando.

La hora aparece en la esquina.

Me veo a mí misma saliendo del edificio.

Luego Noah llegando de otra dirección.

La grabación avanza.

Un estudiante cruza el camino.

Daniel.

Incluso a distancia, reconozco la mochila.

Él mira en nuestra dirección.

Sigue caminando.

No se detiene detrás del árbol.

No levanta el celular.

— Ese es Daniel Foster — dice Marcus.

— Él lo contó — respondo.

— Fue entrevistado y proporcionó acceso voluntario al dispositivo. No encontramos la fotografía ni mensajes relacionados.

Noah pregunta:

— Podría haber borrado.

— Podría. Pero tampoco hay registro de aplicaciones ocultas o números desechables asociados al dispositivo analizado.

— Entonces no fue él — digo.

Marcus no confirma.

— No tenemos elementos que lo vinculen directamente.

La culpa pesa.

Daniel dijo la verdad.

Al menos sobre eso.

El video continúa.

Treinta segundos después, una figura entra por el lado opuesto.

Gorra.

Sudadera.

Mochila.

La persona se detiene cerca del árbol.

Finge mirar el celular.

Luego lo levanta por algunos segundos.

La imagen fue tomada.

Mi cuerpo se enfría.

— ¿Se puede ver el rostro? — pregunto.

Marcus cambia el ángulo.

Otra cámara.

La persona cruza el estacionamiento.

El rostro aparece solo de lado.

No reconozco.

Noah se inclina.

— Amplía.

Marcus amplía.

La imagen pierde definición.

Pero hay detalles.

Hombre.

Probablemente estudiante.

Cabello claro bajo la gorra.

Una marca oscura cerca de la mandíbula.

O sombra.

— ¿Lo conocen? — pregunta.

Miro.

Nada.

Noah tampoco parece reconocer.

Hayes se acerca.

La expresión cambia.

Poco.

Pero cambia.

— ¿Entrenador? — pregunta Noah.

Hayes observa la pantalla.

— Tal vez.

El corazón se acelera.

— ¿Quién? — pregunto.

Él no responde inmediatamente.

Marcus mira.

— ¿Tiene una hipótesis?

— Un exjugador.

Noah se pone rígido.

— ¿Quién?

Hayes respira.

— Caleb Turner.

El nombre no significa nada para mí.

Para Noah, significa.

Lo veo en su rostro.

— Caleb fue expulsado el año pasado — dice.

— ¿Del equipo? — pregunto.

Hayes asiente.

— Violación disciplinaria.

— ¿Qué violación?

El entrenador mira a Marcus.

El investigador responde:

— Hubo denuncias de acoso digital contra estudiantes y de venta de información a páginas de chismes.

El miedo encuentra una forma.

— Él ya hizo esto antes — digo.

— Fue investigado — corrige Marcus. — Parte de las acusaciones no pudo comprobarse.

— ¿Y la otra parte?

— Hubo confirmación de acceso indebido a perfiles y divulgación de fotografías sin autorización.

Noah se levanta.

— ¿Y él todavía está en el campus?

— Está matriculado — responde Hayes.

— ¿Por qué?

— La expulsión fue del equipo, no de la universidad.

La rabia en el rostro de Noah es diferente.

Más antigua.

— Tú sabías que él estaba aquí.

— Lo sabía.

— ¿Y no pensaste en él cuando empezaron los mensajes?

— Pensé en muchas posibilidades.

— No lo dijiste.

— No había imagen.

— Él amenazó a otras personas.

— Noah — interrumpe Marcus. — Caleb aún no fue confirmado.

— Pero es él en la cámara.

— La semejanza existe.

— Entonces llámenlo.

— Estamos intentando localizarlo.

La frase cambia el aire.

— ¿Intentando? — pregunto.

Marcus cierra el archivo.

— No asistió a clases hoy y no está en la residencia registrada.

Mi cuerpo se queda helado.

— Entonces sabe que fue visto.

— No necesariamente.

— ¿El teléfono? — pregunta Noah.

— Apagado.

— ¿Desde cuándo?

— Cuatro de la mañana.

La fotografía de la ventana fue enviada antes.

El mensaje.

Boston no está lo bastante lejos.

— Él sabe dónde estamos — digo.

— La residencia antigua — corrige Marcus. — No tenemos evidencia de que conozca la nueva asignación.

— La universidad se lo contó a tres chicas de mi unidad — respondo. — Cualquiera puede comentar.

— Pedimos confidencialidad.

— Eso no impide.

— No.

Al menos no miente.

— ¿Por qué Caleb haría esto? — pregunto.

Hayes mira a Noah.

La respuesta está entre ellos.

— ¿Qué pasó? — insisto.

Noah permanece de pie.

Las manos cerradas.

— Yo fui responsable de la denuncia que lo sacó del equipo.

Silencio.

— ¿Denunciaste qué?

Él no me mira.

— Encontramos fotos de chicas en su teléfono. Algunas tomadas a escondidas. Otras enviadas por jugadores y estudiantes a una página que pagaba por contenido.

El estómago se revuelve.

— ¿Tú viste?

— Ryan vio primero. Me lo contó. Yo fui a Hayes.

— Y Caleb se enteró.

— Sí.

— ¿Te amenazó?

— Dijo que yo me iba a arrepentir.

La rabia surge por debajo del miedo.

— Y nunca me lo contaste.

Noah por fin mira.

— No pensé que tuviera relación.

— ¿Cuando empezaron a fotografiar a una chica ligada al equipo?

— No sabía que él todavía hacía eso.

— Sabías que estaba en el campus.

— Grace…

— Me dejaste sospechar de Daniel mientras existía alguien con historial.

La acusación golpea.

Hayes interviene:

— Noah no tenía confirmación.

— Pero tenía contexto.

— Debería haber hablado — dice Noah.

Lo miro.

— Sí.

— Lo siento.

— No ahora.

El dolor es demasiado grande para organizar.

Marcus continúa antes de que la conversación se transforme en otra cosa.

— Caleb conocía los horarios de entrenamiento. También sabe cómo funcionan las residencias deportivas y algunos procesos internos.

— ¿Y mi beca? — pregunto.

— La información académica puede obtenerse por redes sociales, páginas institucionales y comentarios de terceros.

— La vivienda no.

— Puede tener contactos.

La frase no tranquiliza.

— ¿Las otras víctimas estaban ligadas al hockey? — pregunta Noah.

— Algunas.

— Entonces es venganza.

— Puede ser.

— Contra mí.

Marcus me mira.

— Los mensajes fueron dirigidos a Grace. Aunque la motivación involucre a Noah, ella es el objetivo principal del acoso actual.

La corrección es importante.

Noah se sienta de nuevo.

No dice nada.

— ¿Qué pasa ahora? — pregunto.

— Emitiremos una orden de no contacto institucional en cuanto Caleb sea localizado. También estamos compartiendo la identificación con la policía local debido a la fotografía de la residencia y a la amenaza.

Policía.

La palabra lo hace todo más grande.

— ¿Necesito declarar? — pregunto.

— Sí.

— ¿Hoy?

— Podemos hacerlo ahora.

— ¿Y mi residencia?

— Recomendamos escolta de regreso y restricción temporal de salidas no acompañadas.

Noah habla inmediatamente:

— Ella no vuelve a la habitación compartida.

Lo miro.

La promesa de decidir juntos parece desaparecer ante el miedo.

Él lo percibe.

— Perdón.

Respira.

— ¿Quieres volver?

— No sé.

— Podemos pedir otra opción — dice Hayes.

Marcus asiente.

— Seguridad recomendó que ambos sean transferidos a un lugar no asociado a los programas habituales.

— ¿Ambos? — pregunto.

— Sí.

— ¿Juntos?

La pregunta sale antes de que yo controle.

Marcus mira los documentos.

— Eso depende de la vivienda.

Noah dice:

— Un hotel.

— La universidad puede proporcionar alojamiento temporal en habitaciones separadas.

Separados otra vez.

Pero en el mismo lugar.

Tal vez.

— ¿Por cuánto tiempo? — pregunto.

— Hasta que localicemos a Caleb y evaluemos el riesgo.

— ¿Horas? ¿Días?

— No puedo garantizar.

Nada de garantías.

Nunca.

— Quiero declarar — digo.

Noah mira.

— ¿Ahora?

— Sí.

— ¿Estás segura?

— No.

Aun así, me quedo.

...

La declaración dura casi una hora.

Fechas.

Horarios.

Mensajes.

Fotografías.

Relación.

Boston.

Laboratorio.

Preguntas repetidas de formas diferentes.

Noah hace la suya en otra sala.

Separados para evitar influencia.

Entiendo la lógica.

Odio.

Cuando termino, espero en el pasillo.

Hayes está al teléfono.

Habla bajo.

Probablemente con la universidad.

O Boston.

Marcus entra y sale de salas.

La agente imprime documentos.

Todo sucede alrededor.

Ninguna parte parece mía.

Mi celular vibra.

Daniel.

SEGURIDAD DIJO QUE YA NO SOY NECESARIO HOY. ESPERO QUE HAYAN ENCONTRADO AL RESPONSABLE.

Leo.

La culpa vuelve.

Respondo:

TENÍAS RAZÓN. LA GRABACIÓN MUESTRA QUE NO TE DETUVISTE PARA TOMAR LA FOTO. LO SIENTO MUCHO.

Él ve.

Tarda.

DIJE LA VERDAD.

La respuesta es justa.

LO SÉ.

Tres puntos aparecen.

Desaparecen.

Luego:

NO, GRACE. AHORA LO SABES.

Cierro los ojos.

No hay defensa.

SÍ. LO SÉ AHORA. Y ME EQUIVOQUÉ ANTES.

Él no responde.

Guardo el celular.

Es una consecuencia.

Necesito aceptar.

Noah sale de la sala.

En cuanto me ve, el cuerpo se relaja.

Se acerca.

Se detiene.

No toca.

Estamos en un pasillo casi vacío.

Aun así, pregunta:

— ¿Puedo?

No sé si quiero.

Estoy aliviada de verlo.

También herida.

— No ahora.

Su rostro cambia.

— De acuerdo.

Hayes termina la llamada.

— La universidad aprobó hotel por tres noches. Habitaciones separadas en el mismo piso. Transporte monitoreado.

— ¿Tres noches? — pregunto.

— Revisión diaria.

— ¿Y nuestras cosas?

— Seguridad recoge lo esencial en las residencias.

Noah pregunta:

— ¿Podemos ir juntos?

— En el mismo coche — responde Hayes. — Con agente.

No es libertad.

Es mejor que quedarme sola en la habitación sin cerradura.

— De acuerdo — digo.

Noah mira.

— ¿Aceptas?

— Sí.

— ¿Quieres llamar a Ethan?

— Después.

— Grace…

— Necesito unos minutos.

Él asiente.

Esta vez, no parece castigo.

Parece respeto.

...

El coche de seguridad nos lleva primero a West Hall.

Un agente sube conmigo.

Noah permanece en el vehículo.

No porque quiera castigarlo.

Porque no quiero hablar antes de entender lo que siento.

Emily está en la habitación cuando entro.

Mira al agente.

Luego me mira a mí.

— ¿Pasó algo?

— Me voy a quedar en otro lugar por unos días.

— ¿Por seguridad?

— Sí.

Ella cierra el portátil.

— ¿Necesitas ayuda?

— Solo voy a agarrar una bolsa.

— La cerradura llegó.

Muestra un pequeño paquete sobre la mesa.

El gesto me aprieta el pecho.

— Gracias.

— Puedes llevarla.

— No la voy a necesitar en el hotel.

— Llévala igual.

Guardo.

No porque la necesite.

Porque rechazar parecería rechazar el cuidado.

Emily se acerca.

— No le conté nada a nadie.

— Lo sé.

— Las chicas preguntaron.

Mi cuerpo se tensa.

— ¿Qué dijeron?

— Solo si eras la chica de la página.

— ¿Y tú?

— Dije que no sabía.

— Gracias.

— Es lo mínimo.

Ella duda.

— ¿Estás saliendo con el jugador?

La pregunta me sorprende.

Pienso en mentir.

No quiero.

— Sí.

Emily sonríe.

No como chisme.

Como una persona feliz por otra.

— Él parece preocupado.

— ¿Cómo lo sabes?

— Se quedó frente al edificio ayer durante casi veinte minutos antes de irse.

Se me encoge el corazón.

Noah no lo contó.

— ¿Vino?

— No entró. Solo se quedó dentro del coche de seguridad.

Probablemente quería asegurarse de que yo estaba allí.

Cuidado.

Control.

A veces separados por una línea casi invisible.

— ¿Él es buena gente? — pregunta.

— Mucho.

— Eso parece complicado.

— Mucho.

Ella me entrega el paquete de la cerradura.

— Espero que todo salga bien.

— Yo también.

Recojo ropa, portátil, cargadores.

Cuando salgo, Emily sostiene la puerta.

— Puedes volver cuando quieras.

La frase parece simple.

Después de perder una habitación, un apartamento y cualquier sensación de lugar fijo, casi me hace llorar.

— Gracias.

...

En el coche, Noah está en el asiento trasero.

Deja espacio entre nosotros.

La bolsa deportiva en el suelo.

También recogieron sus cosas.

El agente conduce.

Ninguno de los dos habla en los primeros minutos.

El hotel queda a quince minutos del campus.

Noah mira por la ventana.

Yo miro las manos.

— Tú sabías sobre Caleb — digo por fin.

El agente permanece en silencio.

Tal vez finja no oír.

Noah se gira.

— Sabía que tenía historial.

— Y que estaba en el campus.

— Sí.

— Y que te amenazó.

— Hace un año.

— Eso no desaparece solo porque pasó tiempo.

— No pensé en él cuando empezaron los mensajes.

— ¿Por qué?

— Porque pensé que había parado.

— ¿Basado en qué?

Él no responde.

— Exactamente.

— Me equivoqué.

— Sospechaste de Daniel.

— Sí.

— Casi confrontaste.

— No confronté.

— Porque prometiste.

— Sí.

— Pero en ningún momento dijiste: existe un exjugador que ya fotografió a chicas a escondidas y me amenazó.

La mandíbula se tensa.

— No quería asustarte sin motivo.

— No era sin motivo.

— Ahora lo sabemos.

— Tú sabías lo suficiente para mencionarlo.

— Grace…

— Eso es decidir por mí.

La voz sale baja.

Peor que si gritara.

Noah mira hacia adelante.

— Sí.

La concordancia interrumpe la rabia por un segundo.

— Hice exactamente lo que prometí no hacer.

— Sí.

— Lo siento.

— No sé si es suficiente ahora.

Aparece el dolor.

— Entiendo.

— No, no entiendes.

— Entonces explica.

— Empecé a desconfiar de las personas que están cerca de mí. Acusé a Daniel. Cuestioné a Emily mentalmente. Pensé en empleados, colegas, tu padre. Mientras tú tenías una información que podría haber dirigido todo.

— No sabíamos que era Caleb.

— Todavía no lo sabemos.

— Exactamente.

— Pero existía un patrón.

— Sí.

— Deberías haberlo contado.

— Sí.

El agente gira en el estacionamiento del hotel.

La conversación está lejos de terminar.

— Pensé que te estaba protegiendo de más miedo — dice Noah.

— Y me dejaste sola con el miedo equivocado.

La frase lo golpea.

Lo veo.

El coche se detiene.

El agente sale primero.

Noah no se mueve.

— No tengo defensa — dice.

— Lo sé.

— No voy a intentar justificar.

— Bien.

— Pero quiero que sepas que no lo oculté porque no confío en ti.

— Lo ocultaste porque no confiaste en que yo podría manejarlo.

Él cierra los ojos.

— Sí.

— Es lo mismo.

Salgo.

...

Las habitaciones están en el cuarto piso.

405 para mí.

407 para Noah.

Una puerta entre nosotros.

No un pasillo entero.

No otro edificio.

Aún separados.

El agente entrega tarjetas.

Explica que habrá seguridad en el vestíbulo y acompañamiento para cualquier salida.

Ningún visitante.

Ninguna publicación.

Ninguna ubicación compartida con terceros.

Firmamos.

Todo se volvió firma.

Noah permanece frente a la puerta de su habitación.

Yo frente a la mía.

— ¿Quieres hablar? — pregunta.

— Necesito ducharme.

— ¿Después?

Pienso.

— Después.

— ¿Llamo?

— Manda mensaje.

— De acuerdo.

Entramos en habitaciones separadas.

Cierro la puerta.

Echo llave.

Uso la cerradura portátil de Emily de todos modos.

La pieza encaja.

Pequeña.

Simple.

Me hace sentir un poco mejor.

La habitación es neutra.

Cama.

Mesa.

Sillón.

Cortinas cerradas.

Sin recuerdos.

Sin reglas escritas a mano.

Sin Noah en la cocina.

Pongo la bolsa en el suelo.

El celular vibra.

Ethan.

Luego Ryan.

Luego el profesor Almeida.

No respondo inmediatamente.

Voy al baño.

Abro la ducha.

Me quedo bajo el agua demasiado tiempo.

Cuando salgo, encuentro un mensaje de Daniel.

SEGURIDAD ME DIJO QUE HAY OTRO SOSPECHOSO. NO NECESITAS CONTAR DETALLES. SOLO QUIERO QUE ESTÉS SEGURA.

La generosidad duele.

Respondo:

GRACIAS. Y PERDÓN OTRA VEZ.

Esta vez, él responde:

NECESITO TIEMPO.

LO ENTIENDO.

Guardo el teléfono.

No voy a insistir.

Confianza también es permitir distancia sin convertirla en abandono.

Esa lección debería ser más fácil ahora.

No lo es.

...

Noah manda mensaje a las cinco y cuarenta.

¿PUEDO TOCAR?

Me quedo mirando.

Todavía estoy herida.

También quiero verlo.

Las dos cosas caben.

PUEDES.

Quito la cerradura portátil.

Abro la puerta antes de que toque.

Noah está con sudadera.

Cabello húmedo.

Parece cansado.

— ¿Puedo entrar?

— Puedes.

Él entra.

Se queda cerca de la puerta.

No se acerca.

— ¿Quieres sentarte? — pregunto.

Nos sentamos en sillas diferentes.

La cama permanece entre nosotros como una opción que ninguno de los dos considera.

— Conté todo en la declaración — empieza.

— ¿Sobre Caleb?

— Sí.

— ¿Y por qué no hablaste antes?

— También.

— ¿Qué dijiste?

— Que subestimé la relevancia porque quería creer que el problema había terminado.

— ¿Y había terminado?

— No.

— ¿Por qué lo expulsaron solo del equipo?

Noah mira sus propias manos.

— Las pruebas más fuertes involucraban conducta interna. Compartir fotos, apuestas, venta de información sobre jugadores y fiestas.

— ¿Y las chicas?

— Algunas no quisieron formalizar.

— Porque tenían miedo.

— Sí.

— ¿Hablaste con alguna?

— Con una.

— ¿Quién?

— Una estudiante llamada Madison.

El nombre es nuevo.

Su pasado sigue presentando personas.

— ¿Ustedes estuvieron juntos?

La pregunta se me escapa.

Noah mira.

— No.

— ¿A ella le gustabas?

— No sé.

— ¿La protegiste?

— Ayudé a llevar la denuncia.

— Caleb pensó que tú destruiste su carrera.

— Sí.

— Entonces me eligió porque estoy contigo.

— Tal vez.

El miedo se mezcla con una sensación peor.

Culpa.

— Esto realmente está pasando por tu culpa.

Noah se queda inmóvil.

La frase es cruel.

Pero no completamente falsa.

— En parte — responde.

La aceptación me impide atacar más.

— Eso no significa que tú seas culpable — añado.

— Lo parece.

— No lo es.

— Caleb eligió acosar.

— Sí.

— Yo elegí denunciar.

— Sí.

— Lo haría de nuevo.

— Espero que sí.

Él me mira.

— ¿Incluso sabiendo que podría llegar hasta ti?

La pregunta es difícil.

— No sé.

— Grace.

— Quiero decir que sí. Pero tengo miedo.

— Justo.

— Deberías haberme contado.

— Sí.

— No porque yo habría descubierto a Caleb.

— Lo sé.

— Porque yo tenía derecho a entender que existía alguien con motivo.

— Sí.

— Y porque eso afectó cómo traté a Daniel.

— Lo sé.

— No basta con saber.

Noah respira.

— ¿Qué necesitas de mí?

Pienso.

No una disculpa repetida.

No promesas.

— Quiero que me cuentes todo sobre Caleb.

Él se tensa.

— ¿Todo?

— Lo que pasó. Lo que dijo. Si ya te buscó después. Si tu padre sabe. Si Ryan sabe más. Todo lo que pueda importar.

— De acuerdo.

— Hoy.

— De acuerdo.

— Y sin decidir qué me va a asustar.

— De acuerdo.

La concordancia viene firme.

— Empieza ahora — digo.

Noah se recuesta.

Cuenta.

Caleb Turner entró al equipo dos años antes.

Buen jugador.

Agresivo.

Popular.

Tenía acceso a fiestas, vestuarios y círculos que páginas de chismes pagaban por seguir.

Al principio, eran informaciones pequeñas.

Quién faltó al entrenamiento.

Quién peleó.

Quién estaba saliendo con quién.

Luego vinieron fotografías.

Algunas enviadas voluntariamente por estudiantes.

Otras tomadas a escondidas.

Chicas durmiendo en fiestas.

Personas entrando en habitaciones.

Conversaciones privadas fotografiadas en pantallas.

Ryan encontró un grupo de mensajes abierto en el teléfono de Caleb después de un entrenamiento.

Se lo llevó a Noah.

Noah fue directo a Hayes.

La investigación encontró pagos.

Caleb perdió el puesto.

También perdió una recomendación para una liga menor.

— Él te culpó — digo.

— Y a Ryan.

— ¿Ryan recibió amenaza?

— Algunos mensajes.

— ¿Fotografías?

— No.

— ¿Tu padre?

— Se enteró.

— ¿Y qué dijo?

Noah se ríe sin humor.

— Que yo debería haberme mantenido al margen.

Claro.

— ¿Hayes?

— Apoyó.

— ¿La universidad?

— Aplicó advertencia y restricciones, pero parte del material no pudo vincularse directamente a él.

— Como ahora.

— Sí.

— ¿Caleb te buscó después?

— Una vez en el estacionamiento.

— ¿Cuándo?

— Tres meses después.

— ¿Qué dijo?

Noah duda.

— Todo.

Respira.

— Dijo que a mí me gustaba parecer héroe. Que un día alguien importante para mí pagaría por mi sentido de justicia.

La habitación parece más pequeña.

— Y no le contaste eso a seguridad cuando empezaron los mensajes.

— No recordé la frase hasta ver la imagen.

— ¿Cómo no la recordaste?

— Porque pensé que era provocación.

— Era amenaza.

— Ahora lo parece.

— Lo era antes también.

— Sí.

La rabia vuelve.

Me levanto.

Camino hasta la ventana.

No la abro.

— Eres inteligente.

— A veces.

— ¿Por qué los hombres siempre creen que una amenaza solo es seria después de que se vuelve acción?

Noah permanece sentado.

No se defiende.

— No lo sé.

— ¿Ryan sabía de esa frase?

— No.

— ¿Hayes?

— No.

— ¿Tu padre?

— Sí.

Me giro.

— Tu padre sabía que alguien amenazó con alcanzar a una persona importante para ti.

— Se lo conté en su momento.

— Y ahora él sabe de mí.

La conexión es obvia.

— ¿Crees que mi padre habló con Caleb?

— No sé.

— Noah.

— No estoy acusando. Estoy preguntando si existe alguna forma de que Caleb descubra rápido que yo soy importante.

Noah piensa.

— La declaración.

— Antes de ella.

— El juego.

— Antes.

— Las fotos del evento.

— Tal vez.

— ¿Tu padre comentó con alguien?

— No sé.

— Necesitas preguntar.

La expresión se cierra.

— No quiero involucrar a mi padre.

— Ya está involucrado.

— ¿Como posible fuente?

— Como alguien que lo sabe todo y desprecia nuestra relación.

— Mi padre no trabajaría con Caleb.

— No dije eso.

— Estás insinuando.

— Estoy intentando mapear una filtración.

Noah se pasa la mano por el cabello.

— De acuerdo.

— Pregunta sin acusar.

— Él lo interpretará como acusación.

— No puedes controlar.

— ¿De verdad quieres que llame ahora?

Pienso.

— No. Quiero que informes a seguridad primero.

— ¿Juntos?

— Sí.

Él toma el celular.

Llama a Marcus.

Pone el altavoz.

Cuenta sobre la frase exacta.

Sobre el encuentro en el estacionamiento.

Sobre el padre tener conocimiento.

El investigador hace preguntas.

Cuando termina, dice:

— No se pongan en contacto con el señor Sullivan ni con Caleb hasta que los orientemos.

Noah me mira.

— De acuerdo.

La llamada termina.

— Querías llamar a tu padre — digo.

— Sí.

— ¿Para confrontar?

— Para preguntar.

— Con rabia.

— Mucha.

— Gracias por esperar.

— Confianza.

La palabra todavía existe.

Aunque herida.

— Sí.

...

La comida llega a las siete.

La universidad envió vales del hotel.

Noah busca los paquetes en el pasillo y vuelve.

Comemos en la pequeña mesa.

Ninguno de los dos tiene hambre.

Aun así, comemos.

— ¿Boston dijo algo? — pregunto.

— Hayes dijo que la evaluación continúa.

— ¿Incluso con policía?

— Sí.

— Eso es bueno.

— Parece distante ahora.

— No puede parecer.

Noah mira.

— ¿Qué?

— Caleb no puede quitarte eso.

— No quiero pensar en hockey mientras te están acosando.

— Necesitas.

— Grace…

— Si dejas de entrenar, él consigue exactamente lo que quiere.

— Y si finjo que no pasa nada, me convierto en mi padre.

— No tienes que fingir.

— ¿Entonces?

— Haz las dos cosas.

Él casi sonríe.

— Las dos cosas caben.

— Sí.

— ¿Me estás mandando a entrenar?

— Te estoy recordando que existe vida más allá de esto.

— ¿Vas al laboratorio mañana?

La pregunta me hace detenerme.

— No sé.

— Aplicaría la misma lógica.

— No es igual.

— ¿Por qué?

— Caleb puede estar en el campus.

— Seguridad está buscando.

— No lo encontraron.

— Exactamente.

— Entonces tú crees que debo quedarme en el hotel.

— Creo que debes estar segura.

— Y tú puedes entrenar.

— La arena tiene control de entrada.

— El laboratorio también.

— No igual.

— Riesgo desigual otra vez.

Noah cierra los ojos.

— No quiero discutir.

— Ni yo.

— Pero no puedo decir que voy a trabajar normalmente sabiendo que él puede aparecer.

— Y yo no puedo permitir que el miedo interrumpa todo.

— Una mañana no es todo.

— Puede volverse una semana.

— Hasta que encuentren a Caleb.

— ¿Y si tardan?

La pregunta queda.

— No sé — admite.

— Yo tampoco.

— ¿Qué quieres hacer?

— Hablar con Almeida. Trabajar remotamente por algunas horas. Luego decidir.

Noah piensa.

— Eso parece razonable.

— No necesitas aprobar.

— Estoy intentando apoyar.

— Lo sé.

La tensión disminuye.

— Y tú entrenas — digo.

— Con escolta.

— Sí.

— Luego volvemos al hotel.

— Sí.

— ¿Puedo verte?

— Estamos en el mismo piso.

— Eso no respondió.

Miro la cama.

Luego lo miro a él.

— Podemos cenar juntos.

— ¿Y después?

Mi cuerpo reacciona a la pregunta.

La tensión entre nosotros existe incluso en medio de todo.

Tal vez más fuerte porque cada momento parece robado.

— No sé.

— De acuerdo.

Noah no presiona.

Eso me hace querer disminuir la distancia.

Me levanto.

Él acompaña con la mirada.

Voy hasta su silla.

— ¿Puedo sentarme cerca?

— Siempre.

— No digas siempre.

— Puedes.

Arrastro otra silla.

Me siento al lado.

Noah extiende la mano.

Espero.

Luego la tomo.

— Todavía estoy herida — digo.

— Lo sé.

— No quiero que pienses que eso desapareció porque estamos en la misma habitación.

— No lo pienso.

— Y todavía confío en ti.

Su mano aprieta la mía.

— Gracias.

— No como favor.

— Como elección.

— Sí.

Él mira nuestros dedos.

— Te amo.

Se me encoge el pecho.

Esta vez, la frase no parece presión.

Parece parte de la verdad que prometió no esconder.

— Lo sé.

Noah levanta la vista.

Tal vez la respuesta duela.

No la retiro.

— Todavía no puedo decirlo.

— Está bien.

— Pero cuando ocultas cosas, lo hace más difícil.

— Entiendo.

— Amor sin información no es confianza.

— No.

— No quiero ser protegida a medias.

— Nunca más.

Miro.

— No prometas nunca.

Él respira.

— Voy a intentar no hacerlo de nuevo.

— Mejor.

Nos quedamos en silencio.

Su pulgar toca mis dedos.

— ¿Puedo besarte? — pregunta.

Quiero.

También no quiero que el beso sustituya la conversación.

— Un beso.

— ¿Uno?

— Por ahora.

— De acuerdo.

Noah se acerca.

Su boca toca la mía despacio.

Sin urgencia.

Sin intento de profundizar.

Cumple exactamente.

Cuando se aparta, permanece cerca.

— Ese fue uno — dice.

— Sé contar.

— Solo confirmando.

Casi sonrío.

— Convencido.

— Un poco.

La tensión disminuye.

No desaparece.

Tal vez no deba.

Algunas heridas necesitan permanecer visibles hasta cicatrizar bien.

...

A las ocho y cuarenta, Marcus llama.

Caleb aún no fue localizado.

La policía encontró su coche en un estacionamiento fuera del campus.

Vacío.

En el asiento trasero, había una caja con equipos fotográficos.

Ningún teléfono.

Ningún ordenador.

Nada que pruebe los mensajes.

Pero confirma que posee equipo compatible.

— ¿Eso es suficiente para arrestar? — pregunta Noah.

— No en este momento — responde Marcus. — El coche no fue denunciado como robado y estaba en un área pública.

— ¿Y él?

— Estamos intentando contacto con familiares.

— ¿Puede estar cerca del hotel? — pregunto.

— El hotel no está vinculado públicamente a ustedes. La reserva se hizo bajo protocolo interno.

— Los empleados saben.

— Solo la gerencia y la seguridad designada.

La lista todavía existe.

Pequeña.

Pero existe.

— Recomendamos que permanezcan en las habitaciones después de las diez — continúa Marcus. — No abran la puerta sin confirmación de la recepción o seguridad.

— De acuerdo.

— Grace, tu traslado a West Hall fue suspendido hasta nueva evaluación.

— ¿Y después?

— No tenemos decisión.

— ¿El apartamento?

— Sigue aislado.

Nuestra casa existe.

Pero no podemos entrar.

— Entendido.

La llamada termina.

Miro a Noah.

EPÍLOGO

PARA SIEMPRE

DOS AÑOS DESPUÉS

El hielo siempre parece más pequeño visto desde las gradas.

Tal vez porque hoy no estoy mirando la pista.

Estoy mirándolo a él.

Noah Sullivan se desliza por la pista usando el uniforme azul marino de Boston.

El número veintisiete sigue en la espalda.

Algunas cosas nunca cambian.

El chico que compartía un pequeño apartamento universitario ahora es un jugador profesional de la NHL.

Y, incluso delante de casi veinte mil personas, todavía busca mis ojos antes del inicio de cada partido.

Encuentra.

Siempre encuentra.

Sonríe.

Solo por un segundo.

Luego se pone el casco.

El partido comienza.

...

— ¿Todavía te pones nerviosa? — pregunta Ryan a mi lado.

Lo miro.

— En todos los partidos.

— Ya han pasado dos años.

— Exactamente.

— Pensé que te acostumbrarías.

— Nunca.

Ryan se ríe.

También cambió.

Ahora viste traje en lugar del chándal de la universidad.

Trabaja en el cuerpo técnico del equipo.

Sigue siendo la persona más irritante que conozco.

— Él va a marcar hoy.

— Siempre dices eso.

— Porque siempre pasa.

Pongo los ojos en blanco.

— Presumido.

— Realista.

Al otro lado de la fila, Ethan fotografía todo.

Sigue siendo mi mejor amigo.

También sigue exagerando con la ropa.

Hoy lleva una bufanda azul enorme que probablemente puede verse desde el espacio.

— ¡Grace! — me llama.

Miro.

— ¡Sonríe!

— ¿Por qué?

— Porque ustedes van a aparecer en la pantalla gigante después.

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque conozco al operador.

Claro que lo conoce.

Ethan se hace amigo de cualquiera en menos de cinco minutos.

...

El primer período termina empatado.

En el descanso, mi celular vibra.

Un mensaje.

NO MIRES LA PANTALLA GIGANTE EN LOS PRÓXIMOS DOS MINUTOS.

Frunzo el ceño.

Noah.

Miro a Ryan.

Intenta esconder una sonrisa.

— ¿Qué hicieron ustedes?

— ¿Yo?

— Ryan.

— No sé nada.

Mentiroso.

Ethan contiene la risa.

— Yo tampoco sé.

Los dos son pésimos mentirosos.

— Ustedes están raros.

— Siempre lo fuimos.

Antes de que pueda insistir, las luces se atenúan.

La arena entera se oscurece.

La pantalla gigante se enciende.

Primero aparece una fotografía.

Nuestro antiguo apartamento.

La cocina pequeña.

Yo preparando café.

Noah usando una camisa arrugada y fingiendo leer un libro de programación al revés.

Me río inmediatamente.

Luego otra foto.

La pista de patinaje de la universidad.

Mi primer intento de mantenerme en pie.

Mi caída.

Noah sujetándome antes de golpear el hielo.

Otra.

El partido en el que Boston lo observó.

Otra.

El hotel.

Otra.

Nosotros dos en la ceremonia de graduación.

Otra.

El día en que defendí mi tesis de maestría.

Otra.

El primer apartamento que alquilamos después de la universidad.

Otra.

El perro.

Sí.

Realmente adoptamos un golden retriever llamado Bug.

Porque Noah insistió.

Otra.

Él sosteniendo mi diploma.

Yo sosteniendo su contrato profesional.

Las imágenes continúan.

La arena entera acompaña.

Mi corazón se acelera.

— Ryan...

— Yo no sé nada.

El peor mentiroso del mundo.

La última fotografía aparece.

Es nuestra favorita.

Ninguna pose.

Ningún fotógrafo profesional.

Solo nosotros dos sentados en el sofá del primer apartamento.

Yo programando.

Él durmiendo con la cabeza en mi pierna.

Luego la pantalla se queda negra.

Aparece una frase.

ELLA DIJO QUE EL AMOR NECESITA INFORMACIÓN.

Mi corazón se detiene.

Luego otra.

ENTONCES AQUÍ ESTÁ TODA LA INFORMACIÓN.

Las luces vuelven lentamente.

Miro el hielo.

Noah ya no está allí.

La arena entera empieza a aplaudir.

— Grace... — susurra Ethan.

Me giro.

Noah está entrando por el pasillo de las gradas.

Aún con el uniforme.

Sin casco.

Lleva una pequeña caja negra.

Mi cerebro simplemente deja de funcionar.

— Estás bromeando...

Sube los escalones.

La gente abre espacio.

Alguien empieza a grabar.

Probablemente miles de personas.

No puedo pensar en eso.

Solo en él.

Noah se detiene delante de mi asiento.

Sonríe de esa manera tranquila que siempre me desarma.

— Hola.

Empiezo a reír.

Luego a llorar.

Todo al mismo tiempo.

— Interrumpiste un partido.

— Pedí autorización.

— Estás completamente loco.

— Un poco.

Me toma las manos.

— Grace Mitchell...

Respira.

Los ojos también están vidriosos.

— Hace dos años compartíamos un apartamento porque la universidad decidió.

Suelto una risa entre lágrimas.

— No fue un buen comienzo.

— Fue el mejor de mi vida.

La arena entera está en silencio.

Nunca imaginé que veinte mil personas pudieran guardar silencio al mismo tiempo.

— Me enseñaste que el amor no sobrevive sin confianza.

Se me cierra la garganta.

— Que la confianza exige verdad.

Las palabras me llevan inmediatamente de vuelta al hotel.

A aquella conversación.

A la promesa.

— Me enseñaste que proteger a alguien no es esconder las partes difíciles.

Siento que las lágrimas vuelven a correr.

— Me enseñaste que nadie debe enfrentar el miedo solo.

Respira hondo.

— Y, sobre todo, me enseñaste que un hogar nunca fue aquel apartamento.

Lo miro.

— Porque hogar siempre fue donde tú estabas.

Noah se arrodilla.

La arena entera estalla incluso antes de la pregunta.

Aun así, solo consigo oírlo a él.

— Grace...

Abre la caja.

El anillo brilla bajo las luces del estadio.

Sencillo.

Elegante.

Exactamente como yo elegiría.

— ¿Quieres seguir tomando todas las decisiones conmigo...

Sonríe.

— ...por el resto de la vida?

La respuesta sale antes de que cualquier pensamiento logre alcanzarla.

— Sí.

Él se ríe.

— Ni siquiera terminé.

— No importa.

— Grace...

— Sí.

— Aún no terminé.

La arena entera empieza a reír.

Yo también.

— Entonces termina.

Niega con la cabeza.

— ¿Quieres casarte conmigo?

Le sostengo el rostro.

— Sí.

— ¿Estás segura?

— Noah Sullivan.

Lo jalo por la camisa.

— ¿De verdad crees que, después de todo lo que enfrentamos, voy a dejar que te escapes?

Él se ríe.

Pone el anillo en mi dedo.

Encaja perfectamente.

Cuando se levanta, beso su boca antes de que cualquier narrador deportivo pueda decir algo.

La arena estalla.

Aplausos.

Gritos.

Música.

Confeti azul empieza a caer del techo.

Ryan se seca discretamente los ojos.

Pésimo disfraz.

Ethan ya está llorando sin ninguna vergüenza.

Bug aparece en la pantalla gigante usando una bandana que dice:

ELLA DIJO SÍ.

— ¿Involucraste al perro? — pregunto.

— Era importante.

— Claro que lo era.

— Él lo aprobó.

Suelto otra risa.

— Eres imposible.

— Y tú te vas a casar conmigo.

— Me voy.

...

Seis meses después.

La boda ocurre exactamente como queremos.

Pequeña.

Al aire libre.

Solo familia y amigos cercanos.

Mi padre no está presente.

Porque sigue siendo solo una fotografía.

Pero hay un lugar reservado para él.

Noah se asegura de ello.

Su padre asiste.

Por primera vez, sin intentar controlar ninguna decisión.

Después de mucho tiempo, le pide perdón a su hijo.

No cambia el pasado.

Pero cambia el futuro.

Ryan entra como padrino.

Ethan también.

Los dos discuten durante la mitad de la ceremonia sobre quién se arregló mejor la corbata.

Emily está allí.

Daniel también.

Hablamos mucho antes de la boda.

Él reconstruyó su propia vida.

Hoy solo somos amigos.

Y eso basta.

El profesor Almeida sonríe discretamente cuando le entrego un ejemplar de mi tesis publicada como libro.

Sí.

Seguí investigando.

Hoy lidero un equipo de desarrollo en una empresa de inteligencia artificial.

Todavía programo hasta tarde.

Todavía organizo todo en listas.

Todavía irrito a Noah corrigiendo la posición de las tazas en la cocina.

Él sigue dejando calcetines fuera del cesto.

Todavía olvida dónde puso las llaves.

Todavía compra libros que nunca termina.

Todavía me mira antes de entrar en cualquier pista.

Algunas personas llaman a eso un hábito.

Yo lo llamo hogar.

...

Dos años después de aquella primera noche en el apartamento universitario, estamos nuevamente delante de una puerta.

Solo que esta vez es nuestra.

Sin universidad.

Sin reglas impuestas.

Sin mudanza obligatoria.

Noah sostiene una caja de cartón.

— ¿Preparada?

Lo miro.

Luego a la llave.

— Sí.

Abro.

La casa todavía está vacía.

Huele a pintura nueva.

Hay cajas por todas partes.

Ningún mueble.

Ninguna fotografía.

Ningún recuerdo.

Todavía.

Noah entra primero.

Luego se detiene en medio de la sala.

— Creo que olvidamos algo.

— ¿Qué?

Sonríe.

Saca un papel doblado del bolsillo.

Amarillento.

Casi gastado.

Lo reconozco inmediatamente.

Las antiguas reglas del apartamento.

La hoja que escribí el primer día.

Me la entrega.

Vuelvo a leer.

NO ENTRAR EN EL CUARTO SIN LLAMAR.

SIN FIESTAS.

SIN USAR LAS COSAS DEL OTRO.

SIN ENTORPECER ESTUDIOS O ENTRENAMIENTOS.

Y, en la última línea.

NO TOMAR DECISIONES POR EL OTRO.

Me río.

— ¿Aún guardaste esto?

— Claro.

Tomo un bolígrafo.

Miro a Noah.

— ¿Podemos actualizar?

— Creo que sí.

Tacho todas las reglas antiguas.

Escribo solo una.

ENFRENTAR TODO JUNTOS. SIN ESCONDER LAS PARTES DIFÍCILES.

Le entrego el bolígrafo.

Noah añade debajo.

Y NUNCA OLVIDAR QUE HOGAR ES DONDE TÚ ESTÁS.

Lo miro.

Se detiene delante de mí.

— ¿Te gustó?

— Mucho.

Doblo el papel.

Lo pongo dentro de un marco vacío que encontramos en una de las cajas.

Todavía sin fotografía.

Solo con nuestras palabras.

Cuelgo en la primera pared de la casa.

— ¿No vas a poner una foto? — pregunta Noah.

— Todavía no.

— ¿Por qué?

Le tomo la mano.

Miro alrededor.

La casa vacía.

La luz entrando por las ventanas.

Todo el futuro esperando.

— Porque nuestra mejor fotografía todavía no ha sido tomada.

Noah sonríe.

Besa mi frente.

— Entonces vivamos hasta que suceda.

Le aprieto la mano con más fuerza.

Salimos del pasillo.

Entramos juntos en la sala.

La puerta se cierra detrás de nosotros.

Esta vez, nadie nos separa.

Y, por primera vez desde que dos desconocidos fueron obligados a compartir un apartamento universitario, todas las decisiones de ahí en adelante nos pertenecen solo a nosotros.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Si has llegado hasta aquí, quiero agradecerte de corazón por haber dedicado tu tiempo a esta historia.

Escribir a Noah y Grace fue un viaje especial. Me enseñaron que el amor no nace de la perfección, sino de la confianza, del valor de decir la verdad y de la decisión de quedarse, incluso cuando el camino parece difícil.

Espero que hayas sonreído, te hayas emocionado, te hayas enamorado de estos personajes y hayas encontrado un poco de ti en cada capítulo.

Tu apoyo como lector significa más de lo que imaginas. Es gracias a personas como tú que nuevas historias siguen siendo escritas.

Muchas gracias por embarcarte en esta aventura conmigo. Espero reencontrarte en una próxima novela romántica.

Con cariño,

Penélope Aldaya